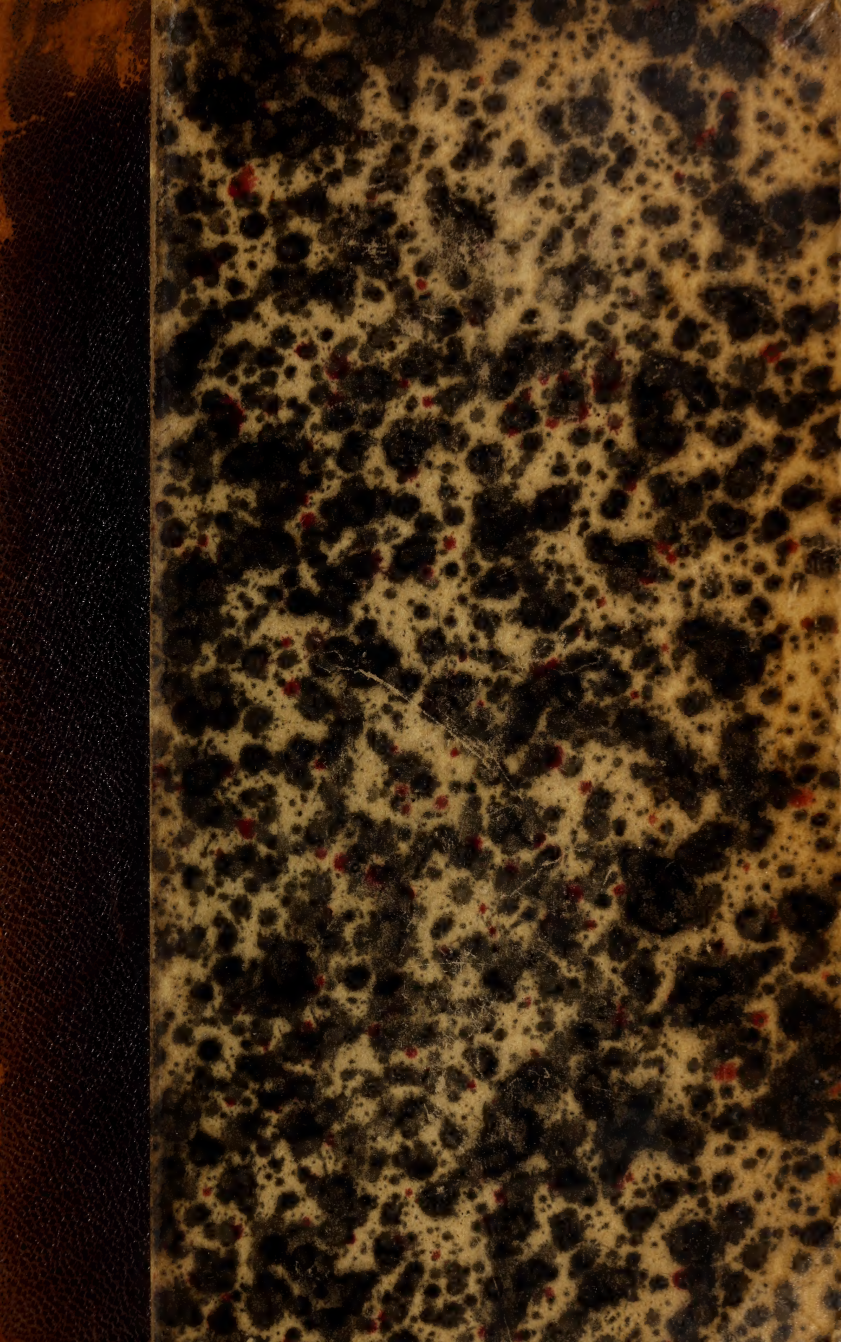
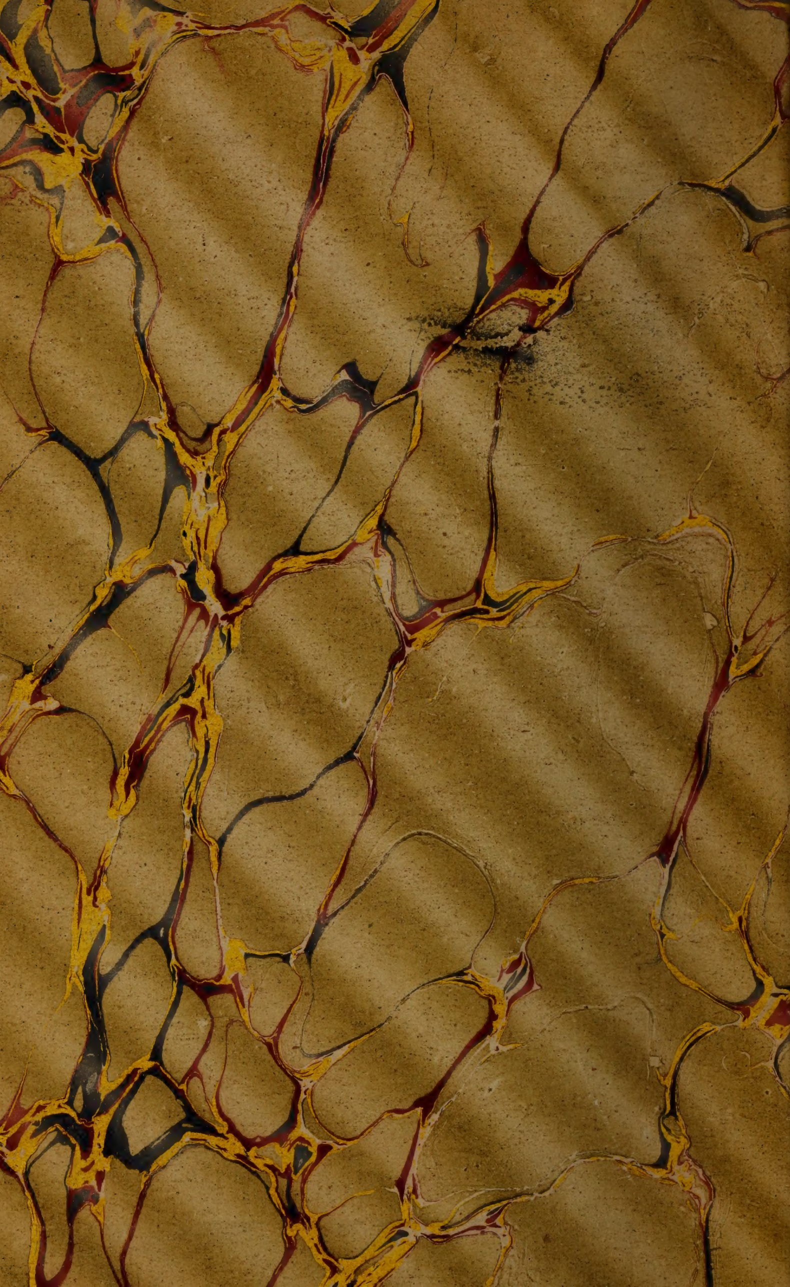
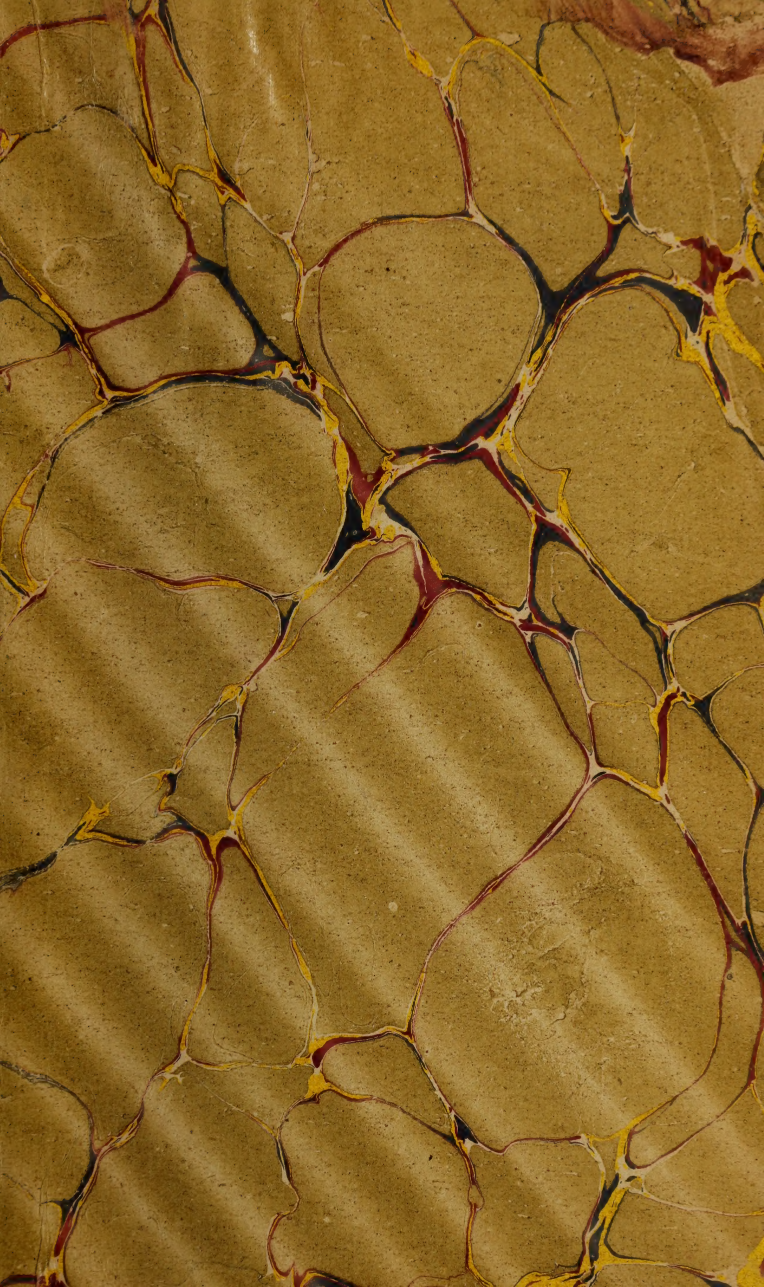
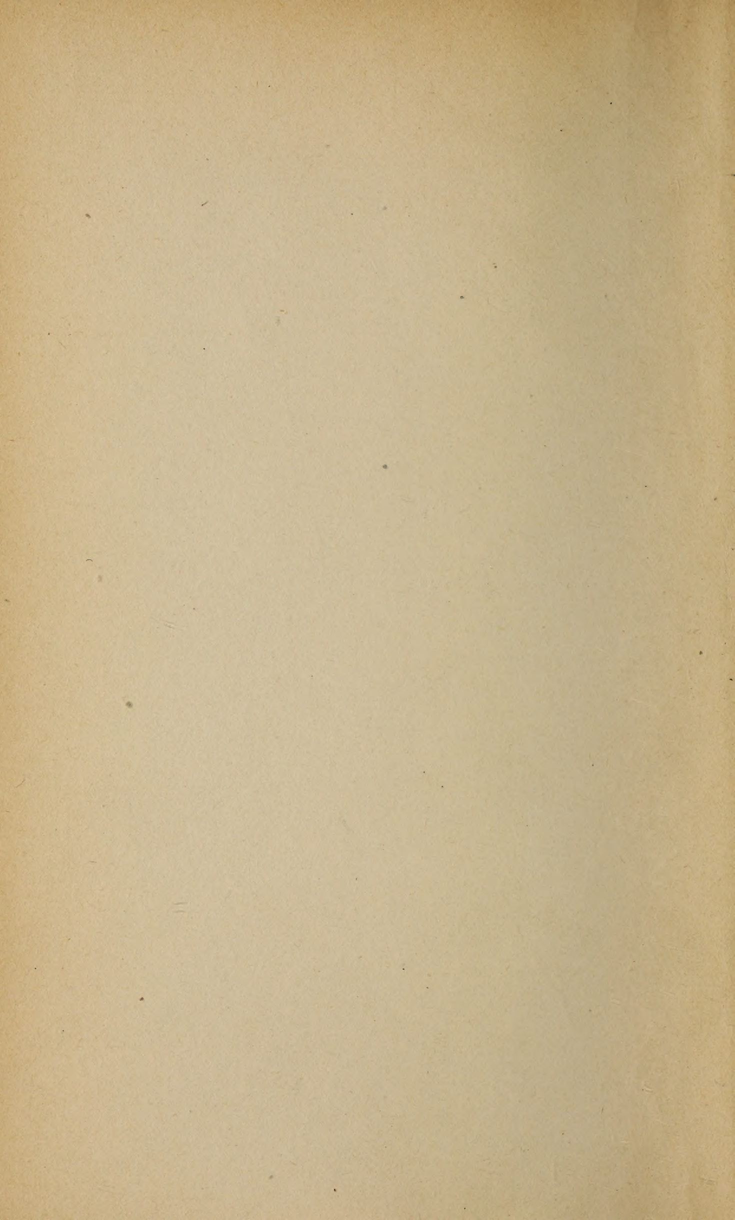
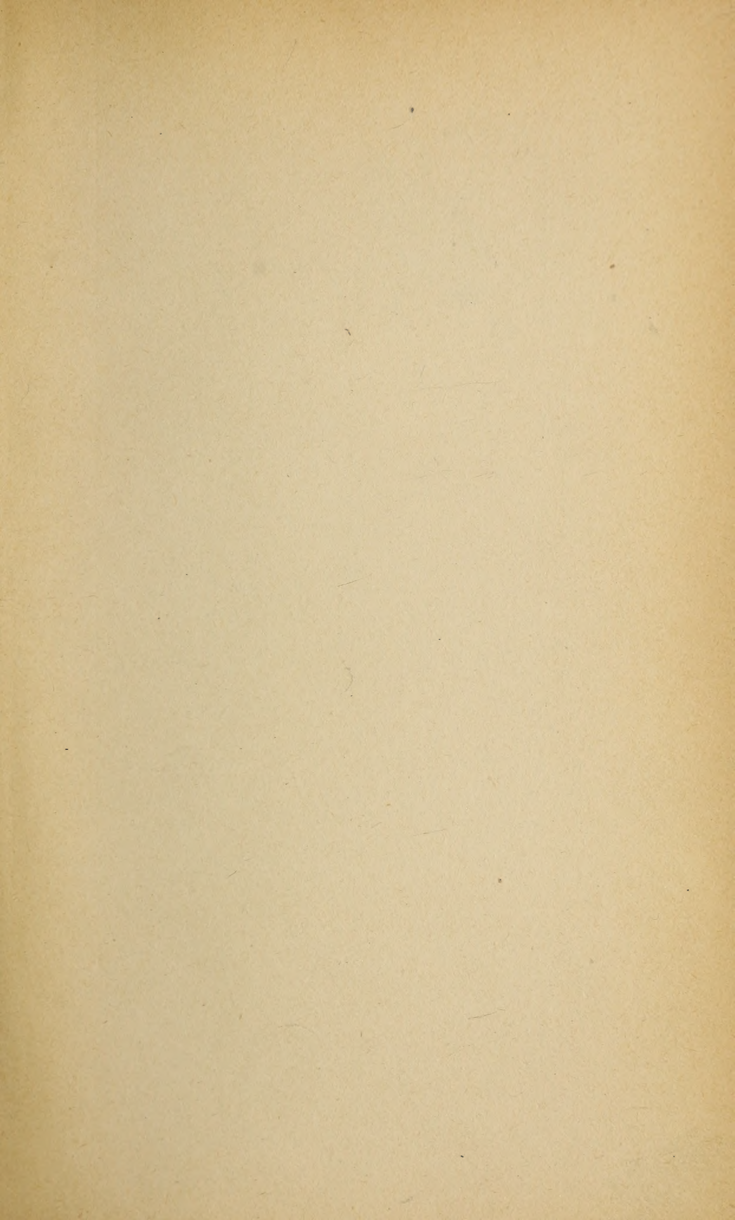
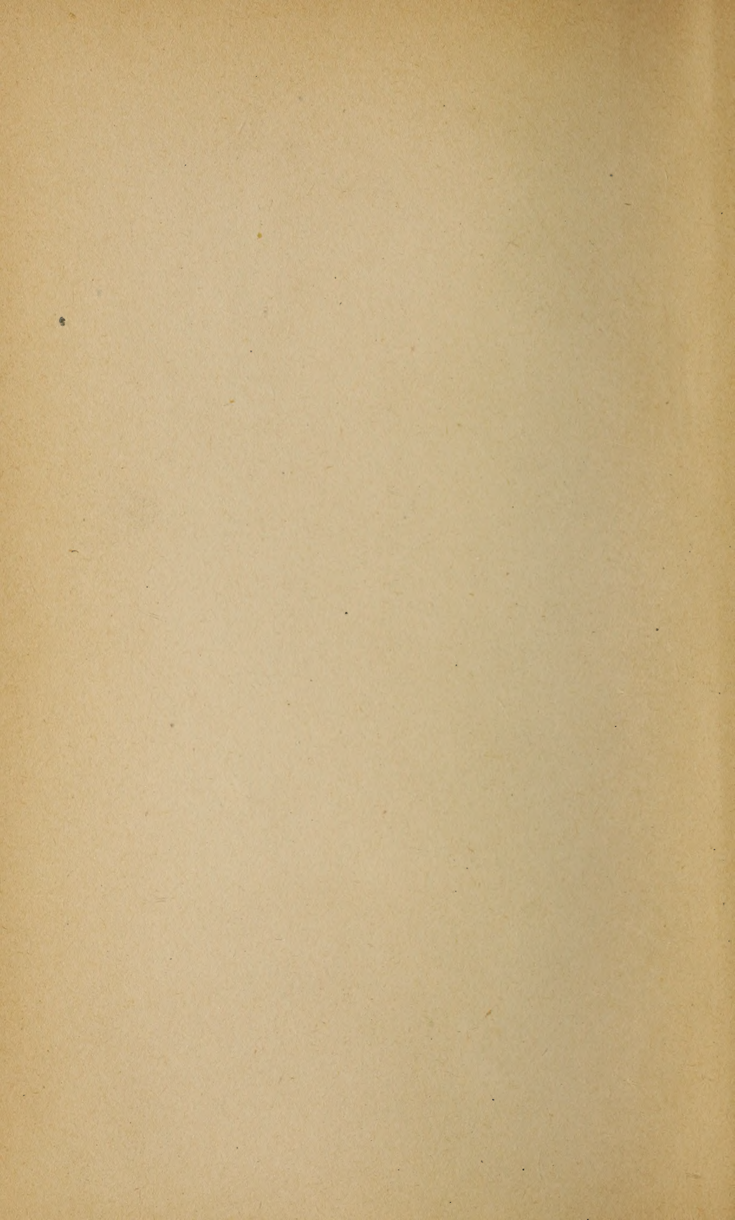













BIBLIOTECA
RENACIMIENTO

BIBLIOTECA RENACIMIENTO

DIRIGIDA POR

G. MARTINEZ SIERRA

COLECCIÓN DE

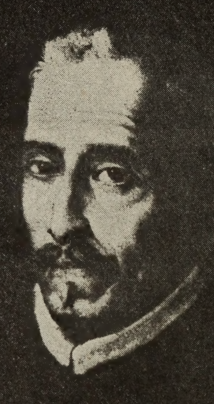
OBRAS MAESTRAS DE LA LITERATURA UNIVERSAL

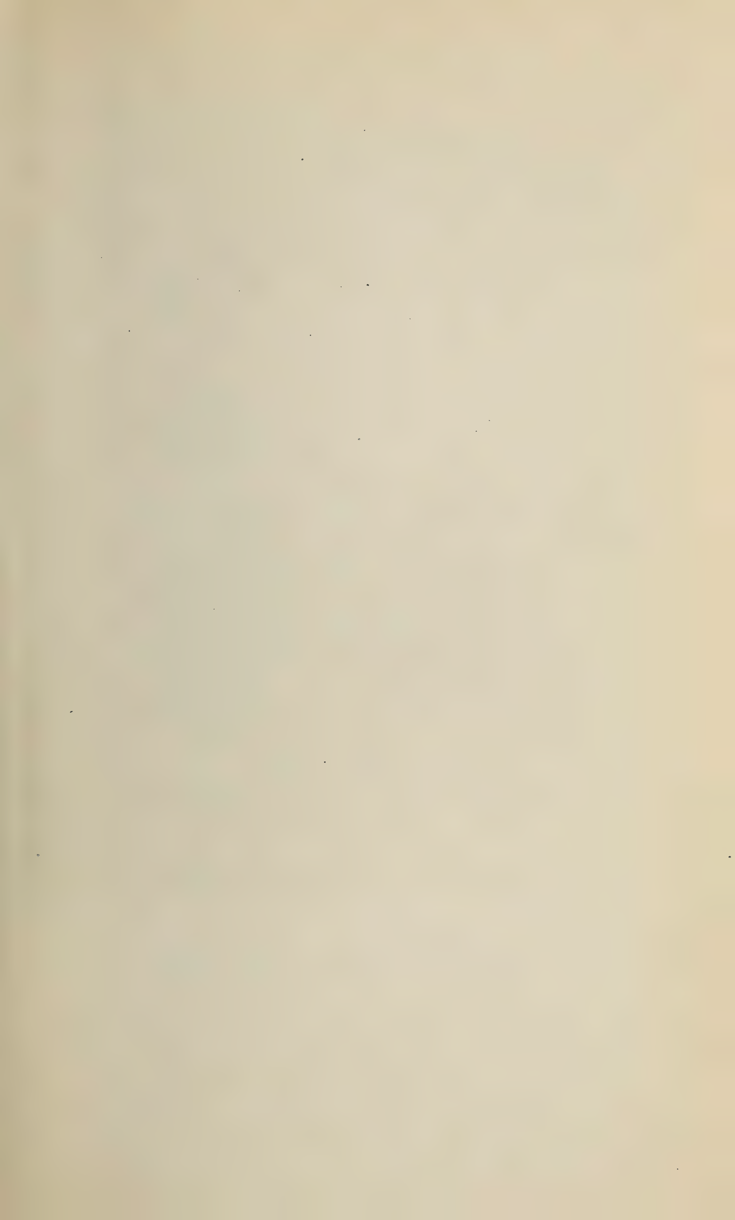
LA EDICIÓN Y COMENTARIO DE LOS TEXTOS CLÁSICOS ESPAÑOLES, LA TRADUCCIÓN DE LOS EXTRANJEROS Y LOS PRÓLOGOS DE UNOS Y OTROS ESTÁN Á CARGO DE EMINENTES ESCRITORES, CRÍTICOS Y ERUDITOS, LOS MÁS COMPETENTES EN LA MATERIA:

GABRIEL ALOMAR, AZORÍN, PÍO BAROJA, JACINTO BENAVENTE, BERNARDO G. DE CANDAMO, AMÉRICO CASTRO, JULIO CEJADOR, ENRIQUE DIEZ-CANEDO, FERNANDO FORTÚN, RICARDO FUENTE, VICENTE GARCÍA DE DIEGO, J. GÓMEZ OCERÍN, FRANCISCO A. DE ICAZA, JUAN R. JIMÉNEZ, RICARDO LEÓN, EDUARDO MARQUINA, G. MARTÍNEZ SIERRA, FRANCISCO MEDINA, ENRIQUE DE MESA, ANTONIO PALOMERO, R. PÉREZ DE AYALA, JACINTO O. PICÓN, CIPRIANO RIVAS CHERIF, FRANCISCO RODRÍGUEZ MARIN, VÍCTOR SAID-ARMESTO, EUGENIO SELLÉS, RAMÓN M. TENREIRO, MIGUEL DE UNAMUNO, FRANCISCO F. VILLEGAS, NARCISO ALONSO CORTÉS, ETCÉTERA, ETC.

LA PARTE ARTISTICA DE ESTAS EDICIONES ESTA ENCOMENDADA AL ILUSTRE DIBUJANTE

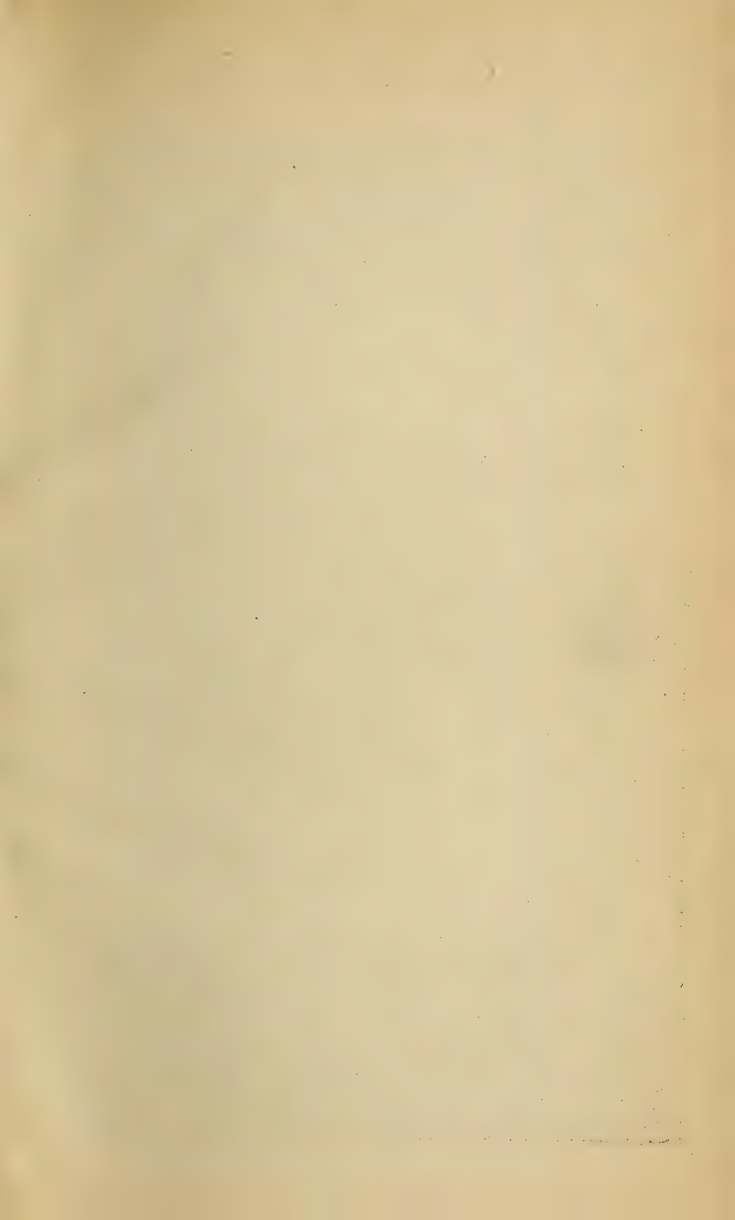
FERNANDO MARCO.

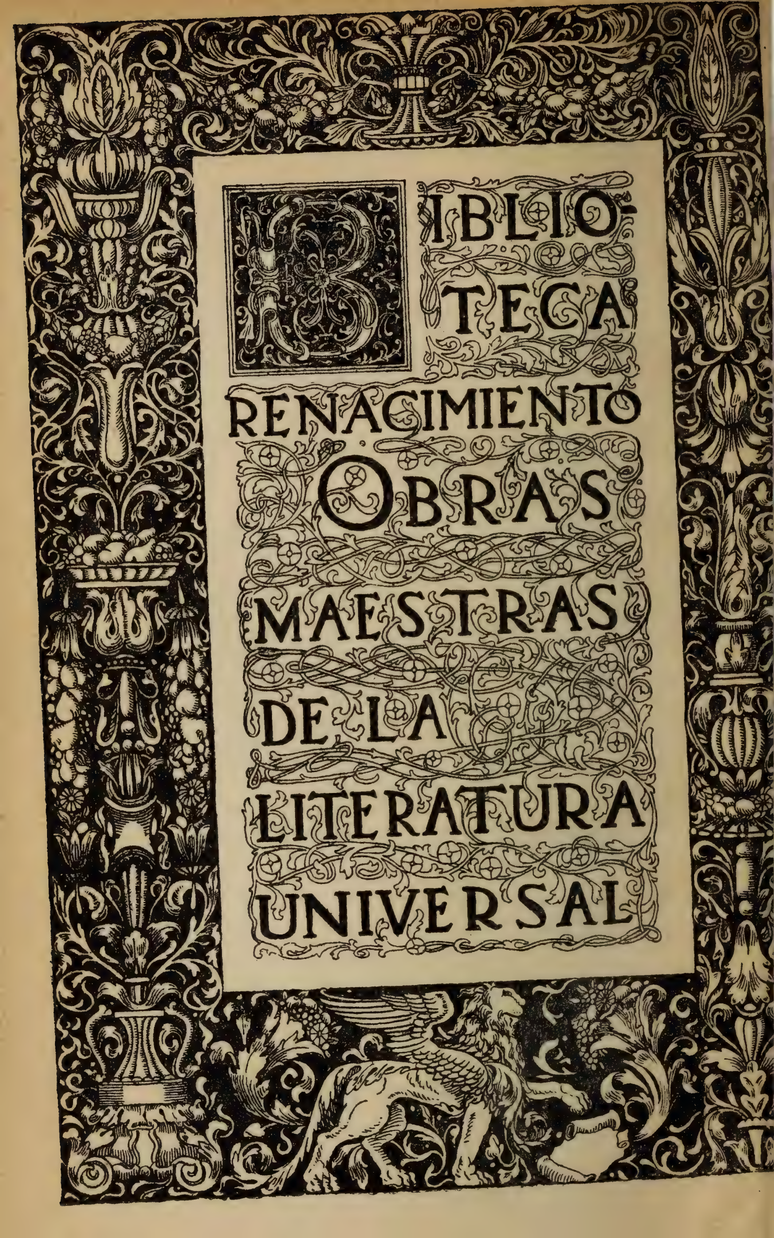

VPVS DE VEGA CARPIO
Lope de Vega Carpio

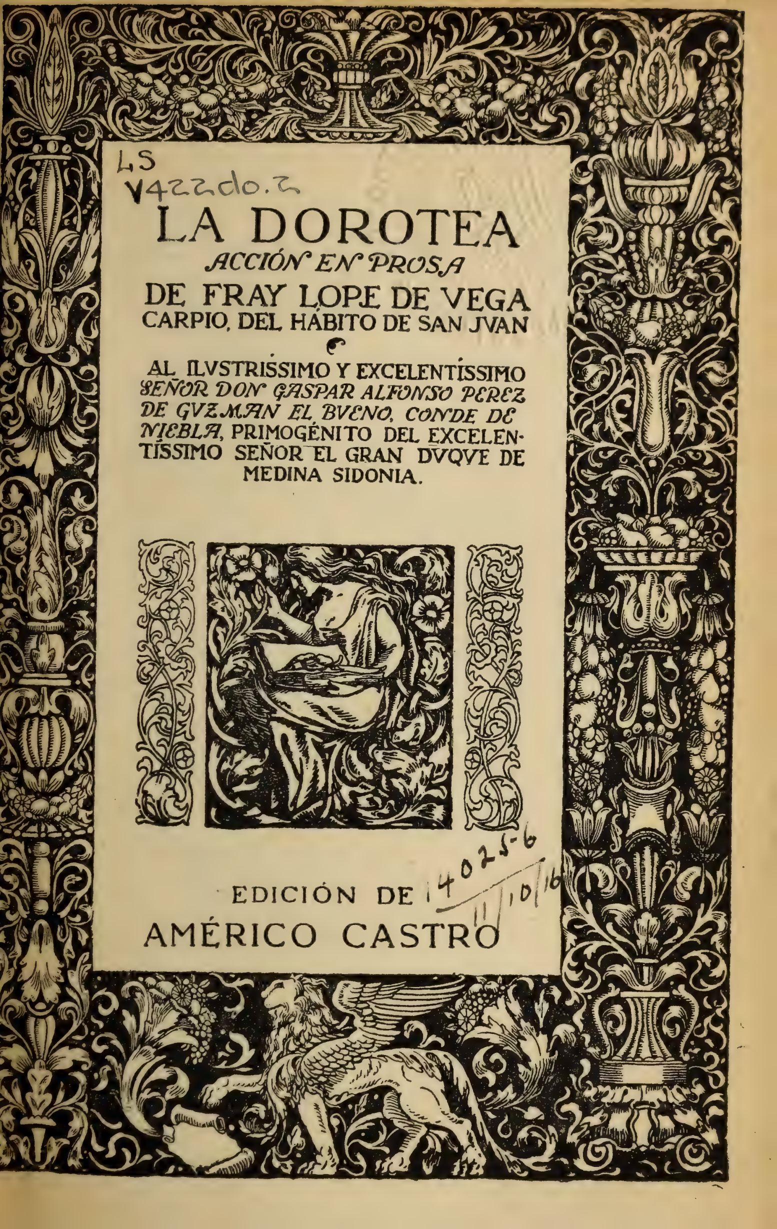




Audax dum Vegæ irrumpit Scarabeus in hortos,
Fragrantis periјt victus odore Rosæ.




BIBLIOTECA
RENACIMIENTO
OBRAS
MAESTRAS
DE LA
LITERATURA
UNIVERSAL



LA DOROTEA

ACCIÓN EN PROSA

DE FRAY LOPE DE VEGA CARPIO, DEL HÁBITO DE SAN JUAN

AL ILUSTRÍSSIMO Y EXCELENTÍSSIMO *SEÑOR DON GASPAR ALFONSO PEREZ DE GUZMAN EL BUENO, CONDE DE NIEBLA*, PRIMOGÉNITO DEL EXCELENTÍSSIMO SEÑOR EL GRAN DUQUE DE MEDINA SIDONIA.

EDICIÓN DE

AMÉRICO CASTRO



SUMA DE PRIUILEGIO

Tiene priuilegio por diez años Frey Lope de Vega Carpio para imprimir este libro, intitulado *La Dorotea,* sin que otro ninguno le pueda imprimir ni vender sin su licencia en el dicho tiempo, con las penas en él contenidas: firmado de su magestad, y refrendado por don Fernando de Vallejo, su secretario. Fecha en Madrid a 14 de setiembre de 1632.

SUMA DE TASSA

Está tassado este libro, por los señores del Real Consejo, a quatro marauedis y medio cada pliego; tiene treinta y cinco pliegos y medio, que al dicho precio monta quatro reales y veinte y quatro marauedis. Dada en Madrid a 14 de setiembre de 1632.

FE DE ERRATAS [1]

Mager aunque, quita *aunque,* fol. 39.
De su, di *de tu,* 52.
Ha hecho, di *has hecho,* 141.
Amenaceis, di *amaneceis,* 160.
Defensadara, di *desenfadará,* 126.
La de mis ojos, di *la que de mis ojos,* 275.
Carros, di *Arcos,* 249.
Delectione, di *delectatione,* fol, vltimo.

Este libro, intitulado *La Dorotea,* con estas erratas, está bien y fielmente impresso conforme su original.

Madrid y setiembre 7 de 1632.

El Licenciado Murcia de la Llana.

---

1 Como curiosidad y para no omitir nada del original reproducimos esta fe de erratas.



AL ILVSTRÍSSIMO Y EXCELENTÍSSIMO SEÑOR DON GASPAR ALFONSO PÉREZ DE GUZMÁN EL BUENO, CONDE DE NIEBLA

Escriví *La Dorotea* en mis primeros años, y habiendo trocado los estudios por las armas, debaxo de las vanderas del excelentíssimo señor duque de Medina Sidonia, abuelo de v. excelencia, se perdió en mi ausencia, como sucede a muchas; pero restituída o despreciada (que así lo suelen ser después de auer gastado lo florido de su edad), la corregí de la lozanía, con que se auía criado en la tierna mía, y consultando mi amor y obligación la vuelvo a la ilustrísima casa de los Guzmanes, por quien la perdí entonces: donde si viniere de buen semblante, será en ella alguno de los armiños de sus generosas armas; y si vieja y fea, la opuesta sierpe a la insigne daga del coronado blasón de su glorioso timbre. V. excelencia tiene el nombre de Bueno por naturaleza y sucesión de tantos príncipes que lo fueron: con esto sólo lisongeo su grandeza, pues es título que se traslada del mismo Dios, que guarde á v. excelencia muchos años.

Frey Lope Félix de Vega Carpio.



AL TEATRO,

DE

DON FRANCISCO LOPEZ DE AGUILAR

Como nuestra alma en el canto y música con tan suave afecto se deleita que algunos la llamaron harmonía, inventaron los antiguos poetas el modo de los metros y los pies para los números, a efeto de que, con más dulçura pudiessen, inclinar a la virtud y buenas costumbres los ánimos de los hombres; de que se colige quán agreste y bárbaro es quien este arte—que todos los incluye—desestima, respetado de los antiguos teólogos, que con él alabaron y engrandecieron,—aunque engañados—, sus fingidos dioses, hasta los nuestros, con sagrados himnos, el verdadero y solo. Pero puede assimismo el poeta vsar de su argumento sin verso, discurriendo por algunas decentes semejanças; porque esta manera de pies y números son en el arte poética como la hermosura en la juuentud y las galas en la disposición de los cuerpos bien proporcionados, que el ornamento de la harmonía está allí como accidente y no como real sustancia.

De suerte que si alguno pensasse que consistía en los números y consonancias, negaría que fuesse ciencia la poesía. *La Dorotea* de Lope lo es, aunque escrita en prosa, porque, siendo tan cierta imitación de

la verdad, le pareció que no lo sería hablando las personas en verso como las demás que ha escrito; si bien ha puesto algunos, que ellas refieren, porque descanse quien leyere en ellos de la continuación de la prosa, y porque no le falte a *La Dorotea* la variedad, con el deseo de que salga hermosa, aunque esto pocas veces se vea en las griegas, latinas y toscanas.

Consiguió, a mi juicio, su intento, aventajando a muchas de las antiguas y modernas—sea dicho con paz de los apassionados de sus autores, como lo podrá ver quien la leyere—; que el papel es más libre teatro que aquel donde tiene licencia el vulgo de graduar, la amistad de aplaudir y la embidia de morder. Parecíanle viuos los afectos de dos amantes, la codicia y trazas de vna tercera, la hipocresía de vna madre interessable, la pretensión de vn rico, la fuerça del oro, el estilo de los criados; y para el justo exemplo, la fatiga de todos en la diuersidad de sus pensamientos, porque conozcan los que aman con el apetito y no con la razón, que fin tiene la vanidad de sus deleites y la vilíssima ocupación de sus engaños.

Lo que resulta dellos dixeron lepidíssimamente Plauto en su *Mercader* y Terencio en el *Eunuco;* porque quantos escriuen de amor enseñan cómo se ha de huir, no cómo se ha de imitar; porque este género de voluntad—como Bernardo siente—ni tiene modo, ni modestia, ni consejo.

Si algún defeto huuiere en el arte—por ofrecerse precisamente la distancia del tiempo de vna ausencia—sea la disculpa la verdad; que más quiso el poeta seguirla que estrecharse a las impertinentes leyes de la

fábula. Porque el assunto fué historia, y aun pienso que la causa de auerse con tanta propiedad escrito; yo lo he sido de que salga a luz, aficionado al argumento y al estilo. Al que le pareciere que me engaño, tome la pluma; y lo que avia de gastar en reprehender, ocupe en enseñar que sabe hacer otra imitación más perfetà, otra verdad afeitada de más donaires y colores retóricos, la erudición más ajustada á su lugar, lo festivo más plausible y lo sentencioso más graue; con tantas partes de filosofía natural y moral, que admira cómo aya podido tratarlas con tanta claridad en tal sujeto.

Si reparare alguno en las personas que se tocan de passo, sepa que los del tiempo en que se escriuió eran aquellos, y los trages, con tanta diferencia de los de agora, que hasta en mudar la lengua, es otra nación la nuestra de lo que solía ser la española. Aquello se vsaua entonces y esto agora, que assi lo dixo Horacio, con auer nacido dos años antes que fuesse la conjuración de Catilina; y más antiguas son las comedias de Aristófanes, Terencio y Plauto, y se leen con lo que vsauan entonces Grecia y Roma; y entre las nuestras, más cerca de nuestros tiempos, *la Celestina* castellana y *la Eufrosina* portuguesa. Demás que en *la Dorotea* no se ven las personas vestidas, sino las acciones imitadas.

También ha obligado a Lope a dar a la luz pública esta fábula el ver la libertad con que los libreros de Seuilla, Cádiz y otros lugares del Andaluzía, con la capa de que se imprimen en Zaragoza y Barcelona, y poniendo los nombres de aquellos impresores, sacan diuersos tomos en el suyo, poniendo en ellos comedias de hombres ignorantes que él jamás vió ni imaginó, que es harta lás-

tima y poca conciencia quitarle la opinión con desatinos; y assí suplica a los ingenios bien nacidos y bien hablados en cuyas lenguas viue la alabança y cuya pluma jamás se vió manchada del vituperio, que no crean a estos hombres a quien la codicia obliga a tanta insolencia, y sólo lean a *Dorotea* por suya sin reparar assimismo en aquellos ignorantes que trasladan sátiras de sus costumbres no perdonando edades, noblezas, religiones, honras ni lugares altos; hombres que no saben de los libros mas de los títulos, y que al fin los dexan como cosa que compraron para engañar, y la venden porque no la han menester, aborrecidos del mundo, la escoria dél, la embidia de la virtud, émulos carcomidos de la gloria de los estudios agenos, a quien compara San Agustín a las lagunas en cuyo cieno se crian serpientes y animales inmundos, de quien ya queda esperando que entretengan la risa de los príncipes soberanos con las lágrimas de la honra, aunque no es posible que sus diuinos entendimientos crean (en agrauio de los estudios de la virtud) la bárbara lengua y pluma de la ignorante embidia, fiera a quien doran los dientes las heridas de la gloriosa fama quando piensan que los tiñen en la inocente sangre.

DON FRANCISCO DE QUEUEDO VILLEGAS, CAUALLERO DEL HABITO DE SANTIAGO, SEÑOR DE LA TORRE DE JUAN ABAD, EN EL PRÓLOGO DE LA COMEDIA EUFROSINA

Con grande gloria de la virtud y buen exemplo, se han escrito en España, con nombre de comedias (fuera de las fábulas), historias y vidas que a la virtud y al valor enseñan y mueven con más fuerça que otra alguna cosa como se ve con admiración en las de Lope de Vega y Carpio, tan dignas de alabança en el estilo y dulçura, afectos y sentencia como de espanto en el número demasiado para vn siglo de ingenios, quanto más para vno solo a quien en esto siguen dichosamente muchos que oy escriuen. Etc.

EL MAESTRO JOSEPH DE VALDIUIELSO, CAPELLAN DEL SERENÍSSIMO CARDENAL INFANTE

Atentamente he visto *La Dorotea,* de Frey Lope de Vega Carpio, del hábito de San Juan, por mandado y comisión de V. A. No tiene cosa opuesta a nuestra sagrada fe y a la honestidad y decoro de las costumbres. De su artificio y estilo, que exemplar enseña y dulce entretiene, no me atreuo a exagerar mi sentimiento, porque los censores de los libros tienen ya quien lo sea de sus censuras, en ofensa grande de la confianza que vuestra alteza haze de sus estudios; y assi diré solamente que tiene *La Dorotea* hermosura y entendimiento para salir a luz, siendo V. A. seruido: que este es mi parecer, en Madrid a 6 de mayo de 1632.

El Maestro Joseph de Valdiuielso.



Vi, por mandármelo el señor don Juan de Velasco y Azeuedo, electo prior de Ronces Valles y vicario general de Madrid, *La Dorotea,* de Frey Lope de Vega Carpio, del ábito de San Juan y príncipe de los poetas castellanos; y hallé en ella estilo elegante y puro y tal que se puede dezir justíssimamente lo que en otra ocasión escriuió vn sabio por él:

> Vsque adeo vt Plauti non sit cultiue Menandri
> Carpiaco eloquio pulchrius eloquium.

Gusté de sabrossísimos y agudos donaires, quadrándole muy bien lo que por él se cantó contra un infausto gramático:

> Quid dignum ferula tua notasti
> In Vega nitido elegantiarum
> Parente omnium et omnium leporum
> Omnium quoque calculis perito?

Noté, finalmente, no común erudición en las materias y ciencias que toca con grande y clara noticia dellas, mereciendo en todo rigor de justicia el grande, aunque breue, elogio deste verso:

> Scientiarum Vega Carpius Phoenix

Lo que no hallé en todo el contexto fué cosa que se oponga a la piedad y doctrina católica ni publique guerra a las buenas costumbres, antes es prosa grave y versos dulces y pulidos todo lo referido. Puédesele dar la licencia que merece y suplica. Madrid 6 de mayo de 1632.



La presente edición de *La Dorotea* reproduce exactamente la príncipe de 1632. Sólo he corregido el texto en casos de evidente errata, citando cuando lo creí necesario variantes de las otras dos ediciones del siglo XVII (1654 *y* 1675) [1].

---

1 "*La Dorotea.*

Acción en prosa de Frey Lope Félix de Vega Carpio, del ábito de San Iván.

A Ramón Dorada y Sala, escrivano de mandamiento y cámara de su magestad en su sacro, supremo y real consejo de la corona de Aragón y oficial mayor de la secretaria de Cataluña.

EXI DE THEATRO CATO,
ADHIBE MENTEM CICERO

Con licencia. En Madrid. En la Imprenta Real, año de 1654.

A costa de Juan Antonio Bonet, mercader de libros.,, Igual que la edición de 1632, salvo que añade la dedicatoria de Juan Antonio Bonet á Ramón Borda. La fecha de la licencia es de 23 de octubre de 1653. La fe de erratas del licenciado Carlos Murcia de la Llana, de 15 de febrero de 1654; la tasa, del día 23 del mismo mes y año. Consta de 8 páginas preliminares sin foliar + 222 folios. En 16.º Colofón: "Con licencia en Madrid en la Imprenta Real. Año 1654.,,

"*La Dorotea.*

Acción en prosa de Frey Lope Félix de Vega Carpio, del ábito de San Juan.

Al señor don Francisco de Herrera Enriquez, cavallero del orden

He conservado la ortografía del original (menos la *s* larga), puntuando y acentuando á la moderna; cualquier otro sistema de transcripción habría tropezado con graves inconvenientes, pues aun aquello que á primera vista podría prestarnos el método seguro—el valor fonético—es insuficiente. No poseemos aún un conocimiento absolutamente científico de cómo se pronunciaban en una fecha determinada del siglo XVII todas las grafías del castellano; tal vez no lo conozcamos nunca en detalle. Entre tanto conservemos la ortografía según la dan los textos: tal proceder tendrá el doble valor de reflejar exactamente la edición que se reproduce, y de suministrar materiales al científico sin que por ello el aficionado encuentre dificultades en la lectura. Aspecto más extraño presenta para el lector moderno el francés del siglo XVI—erizado de consonantes inútiles—, y sin embargo, las ediciones populares de Rabelais y Mon-

---

de Alcántara, gentilhombre de la Boca del rey nuestro señor, vizconde de Praderilla, señor de las villas de Alcubillete, Vgena y Torrejoncillo, del consejo y contaduría mayor de hacienda de su magestad. (Exi de Theatro, etc.).

Con licencia. En Madrid. Por Melchor Sánchez, y á su costa, año 1675. "Sigue la dedicatoria de Melchor Sánchez á don Francisco de Herrera. Fecha de la licencia, 19 de octubre de 1675. Fe de erratas, por el licenciado don Francisco Forero de Torres, de 13 de mayo de 1675. La tasa, del 16 del mismo mes y año. Consta de 7 páginas preliminares sin foliar + 222 folios, Colofón: "Con licencia en Madrid en la Imprenta de Melchor Sánchez. Año de 1675.,,

taigne no alteran en nada los originales. Claro está que los textos impresos no sirven para conocer la ortografía del autor sino la general en la época; de tal suerte que las vacilaciones de los sonidos, la sustitución de los antiguos por otros modernos están reflejadas en cierto modo por lo impreso. En qué medida ocurra esto, al historiador de la ortografía toca investigarlo: el editor moderno cumple con dar un texto exacto.

Nada más que lo bibliográfico diré acerca de la personalidad del autor y sobre el valor literario de *La Dorotea.*

Todos los manuales de literatura contienen los datos más salientes acerca de la vida de Lope; pero la mejor biografía que hasta hoy se ha escrito, es la del profesor norteamericano H. A. Rennert, *The Life of Lope de Vega* (1562-1635), Glásgow, 1904 [1], hecha en vista de los descubrimientos modernos de la erudición. Otra biografía importante es la de C. Alberto de la Barrera, que contiene gran riqueza de materiales, pero cuya exposición es algo difusa; además, como es natural, ha sido rectificada en algunos puntos por Rennert. Esta obra se halla al frente de la edición de Lope, hecha por la Academia Española, y ocupa todo el primer tomo (Madrid, 1890.)

---

1 En breve saldrá esta obra en castellano.

Para la inteligencia de nuestra obra es indispensable seguir de cerca la juventud de Lope, y muy especialmente los acontecimientos del año 1587 en que fué procesado y condenado al destierro por libelos contra unos cómicos [1]. El fondo de *La Dorotea* es autobiográfico, pero no quiso el autor que fácilmente se percibiese la realidad en ella. Han sido precisas las investigaciones de Tomillo y P. Pastor para que sepamos que *Dorotea* es Elena Osorio; *Teodora*, su madre Inés Osorio; *don Bela*, don Juan Tomás Perrenot de Granvela. Y según habían ya algunos sospechado, *don Fernando* es el mismo Lope de Vega.

No es preciso insistir sobre el interés bibliográfico y literario que ofrece el proceso de Lope y los documentos que añade Pérez Pastor [2]. Mediante estos, varios miles de versos que carecían de autor, han podido atribuírse á Lope; y ciertas ideas que ya se barruntaban al leer los *Ultimos Amores de Lope de Vega* [3], encuentran igualmente sujeto á quien referirse en el inquieto y tornadizo protagonista de *La Dorotea*.

No sólo como obra de fantasía interesa esta *acción*

---

1 Véase A. Tomillo y C. Pérez Pastor, *Proceso de Lope de Vega, por libelos contra unos cómicos*. Madrid, 1901.

2 *Datos desconocidos para la vida de Lope de Vega*, publicados antes en el Homenage á Menéndez y Pelayo. Madrid 1900.

3 *Revelados por el mismo en cuarenta y ocho cartas inéditas y varias poesías*, publicadas por F. Asenjo Barbieri. Madrid 1876.

en prosa—¿comedia o novela?—, sino también como libro didáctico y de crítica.

De la poética de Lope, trata Menéndez y Pelayo en la *Historia de las Ideas Estéticas,* tomo III, y concretamente cita *La Dorotea* en las páginas 441 y 508.

Para la relación de las teorías dramáticas de Lope con la crítica renacentista, véase I. E. Spingarn, *La critica letteraria nel Rinascimento* (trad. del inglés), Bari, 1905.

El Arte nuevo de hacer comedias (1609), fué editado por Morel-Fatio, *Bulletin Hispanique,* 1901; véase la reseña de A. Farinelli en *Archiv für das Studium der neueren Sprachen*, t. CIX, p. 458.

Especialmente, para las críticas del culteranismo que aquí formula Lope, pueden leerse: L. P. Thomas, *Le lyrisme et la préciosité cultiste en Espagne*, y *Gongora et le gongorisme,* donde hay extensas referencias.

En fin, para una bibliografía más extensa de Lope, remito al lector á la última edición de la *Literatura española* de Fitzmaurice Kelly.

A. C.

Noviembre, 1913,



LAS PERSONAS QUE SE INTRODUCEN

DOROTEA, *dama.*
TEODORA, *su madre.*
GERARDA, *su amiga.*
D. FERNANDO, *cauallero.* 5
JULIO, *su ayo.*
CELIA, *criada de Dorotea.*
FELIPA, *hija de Gerarda.*
CÉSAR, *astrólogo.*
LUDOUICO, *su amigo, y de D. Fernando.* 10
D. BELA, *indiano.*
LAURENCIO, *criado suyo.*
[MARFISA, *dama.*] [1]
[CLARA, *criada.*] [1]
[*La Fama.*] [1] 15
Coro de Amor.
Coro de Interés.
Coro de Zelos.
Coro de Vengança.
Coro de Exemplo. 20

1. Falta en el original.



LA DOROTEA

ACTO PRIMERO

SCENA PRIMERA

TEODORA.—GERARDA

GER.—El amor y la obligación, no sólo me mandan, pero porfiadamente me fuerçan, amiga Teodora, a que os diga mi sentimiento. 5

TEO.—¿En qué materia, Gerarda?

GER.—De Dorotea, vuestra hija.

TEO.—No es tanto que ella yerre como que vos lo aduirtáis. 10

GER.—Como esso puede nuestra amistad antigua y el amor que la tengo.

TEO.—Bien se conoce del afecto con que desde el principio de nuestra plática me le auéis encarecido. 15

GER.—La mayor desdicha de los hijos es tener padres oluidados de su obligación, o por el grande amor que los tienen, o por el poco cuidado con que los crían.

TEO.—¿Puédese negar a la naturaleza el amor de la sangre, ni el de la criança a sus gracias, desde la lengua balbuciente hasta el discurso de la razón? 20

GER.—Puede, quando el castigo importa.

TEO.—En la parte de la naturaleza, sería quebrar vn

hombre su espejo porque le retrata, pues el inocente cristal lo que le dan esso buelue, y en la de la criança, lo que sucede a los animales y aues, que se crían todo el año para matarlos vn día.

5 GER.—Si el hijo retrata al padre en las costumbres, perdónele porque le parece; si no, bien puede quebrar el espejo, pues que no le retrata, que quando vos érades moça, lo mismo haziades con el cristal que no os hazía buena cara.

TEO.—Esso de *quando érades moça*, pudiérades auer 10 escusado, que agora también lo soy.

GER.—Desconfío de persuadiros a lo que vengo, porque si vos os dais a entender que sois moça, mejor perdonaréis a vuestra hija sus defetos; que ningún juez sentencia animosamente, si es culpado en el mismo delito, y en vuestra edad 15 sería poca prudencia acercarse a morir y començar a viuir.

TEO.—¿Tanta edad os parece que tengo?

GER.—En buena fe, que es punto el de vuestros años, que qualquiera jugador le quisiera más que la mejor primera.

TEO.—La tema deste mundo más general es quitarse años 20 a sí, y ponerlos a los otros; y es necedad inútil, porque lo mismo piensa a un tiempo el que se los pone al otro, y cada vno se los quita.

GER.—¿Pues yo qué me quito?

TEO.—Gerarda, Gerarda, si vos queréis hazeros odiosa y 25 que huyan de vos vuestras amigas, no hallaréis mejor inuención que andar calificando las edades; porque no hay secreto que más se sienta descubrir que el de los años, y ya sé que ay personas tan curiosas desta impertinencia, que por su gusto buscan los libros del bautismo de los otros, y encubren 30 con inuención la parroquia donde se bautizaron: yo tengo, gracias a Dios, todos mis dientes cabales, que si no son tres, no me falta ninguno.

GER.—*Galana es mi comadre, si no tuuiera aquel Dios os salue.*

Teo.—Mi brío suple qualquier defeto.

Ger.—*La casa quemada, acudir con el agua.*

Teo.—Yo sé que embidian mis amigas la tez de mi rostro.

Ger.—Como essas necedades hará la embidia.

Teo.—Que como nunca me afeité, no me la quebraron los adereços fuertes, tan opuestos a la verdad, que adelgaçan y quiebran.

Ger.—Harto es que el tiempo no aya echado sulcos por tierra tan suya.

Teo.—Lo que no puedo negaros es que estoi vn poco más fresca de lo que solía; pero por esso gozaré de dos mocedades.

Ger.—*La mula buena, como la viuda, gorda y andariega.*

Teo.—Las canas aún se dexan entresacar de los demás cabellos, y yo siempre tuue lunares; demás de ser indicio de poco sentimiento no tener canas a su deuido tiempo.

Ger.—Siempre fuistes muy sentida.

Teo.—*Quando éstas sean canas, la Luna tiene manchas.* ¿Y por qué no ha de valer a las mugeres lo que se permite a los hombres? Y en verdad que creo que no sois vos tan niña, que, si no me acuerdo mal, me truxistes de las andaderas en casa de mis padres.

Ger.—Nunca yo huuiera dicho aquello de *quando érades moça,* que tan fuertemente me hauéis castigado: si assí riñérades a Dorotea, no os murmuraran vuestras vezinas, y tuuiérades mejor opinión en la corte. Pero diréisme vos, que *quien tunde el paño, quita la cresta al gallo.*

Teo.—¿Pues qué haze Dorotea que merezca mi indignación?

Ger.—¿Para qué fingís ignorancia, pues no sois marido bien acondicionado? ¿Pensáis persuadirme que no lo sabéis, como aquello de los años?

Teo.—Diréis que la festeja don Fernando: ¡qué gran

delito! ¿Y para esso, Gerarda, veníades tan armada de sentencias y tan preuenida de aduertimientos?

GER.—*Oy es día de echad aquí, tía.* Yo, amiga, no soy de aquellas que lo son de la merienda, del presente, del
5 juego y del coche al río, ni me ha conocido nadie por sumillera del ageno gusto. ¿Qué ropas ni basquiñas tengo por esso? ¿Qué moça he conducido? ¿En qué sala he estado mirando los retratos o hablando con los pages? A lo que venía me mouieron dos cosas: el seruicio de Dios y vuestra
10 honra.

TEO.—Diréis que no la tengo, porque aquel señor estranjero regaló a mi hija: esso fué con mucha honra y con palabra de casamiento.

GER.—*Robles y pinos, todos son mis primos.*

15 TEO.—Fuése a su tierra: ¿qué milagro? También se fué Eneas de la reina Dido, y el rey don Rodrigo forçó a la Cava.

GER.—Que no me espanto desso, Teodora, que ya se sabe que *libro cerrado no saca letrado.*

20 TEO.—Siempre fué la cartilla de los maldicientes la hipocresía: no veréis memorial que no comience diziendo que es por escusar la ofensa de Dios, y es por enemistad o zelos. ¡Ay, Gerarda, Gerarda!; parecéis al negrillo de Lazarillo de Tormes, que quando entraua su padre, dezía
25 mui espantado: "¡Madre, coco!,,

GER.—¿Pues qué tengo yo para que me parezcan los otros negros porque no me veo? Mi hija Felipa ya está casada, y quando no fuera muger de bien, como lo es, ¿corre esso por mi cuenta, o por la de su marido?

30 TEO.—*Quien al asno alaba, tal hijo le nazca.*

GER.—Los padres, Teodora, somos como las aues; en sabiendo bolar el pájaro, ayúdele el aire y válgale el pico: pero Dorotea, que no está fuera de vuestras alas, y que cada día buelue a reconocer el nido, y que ha cinco años

que este moço la tiene perdida, sin alma, sin remedio, y tan pobre (por no darle disgusto, o por miedo que le ha cobrado), que ayer vendió vn manteo a vna amiga suya, y dize que por deuoción y promessa trae vn ábito de picote, la que solía arrastrar Milanes y Nápoles en pasamanos y 5 telas. ¿Para qué será bueno que ande de recoleta por vn lindo, que todo su caudal son sus calcillas de obra y sus cueras de ámbar, esto de día, y de noche broqueletes y espadas, y todo virgen, capita vntada con oro, plumillas, vanditas, guitarra, versos lasciuos y papeles desatinados? Y 10 ella muy desvanecida de que se canten por el lugar, a buel-tas de sus gracias, sus flaquezas. ¡Qué gentil Petrarca para hazella Laura! ¡Qué don Diego de Mendoça, la celebrada Filis! ¡Ay, Teodora, Teodora! La hermosura, ¿es pilar de iglesia, ó solar de la montaña que se resiste al tiempo, para 15 cuyas injurias ninguna cosa mortal tiene defensa? ¿o es vna primauera alegre de quinze a veinte y cinco, vn verano agradable de veinte y cinco a treinta y cinco, vn estío seco de treinta y cinco hasta quarenta y cinco? Pues desde allí, ¿para qué será bueno el inuierno? Que ya sabéis que las 20 mugeres no duran como los hombres.

TEO.—Más cincos auéis dado que vn juego de bolos.

GER.—Pues sabed que todos son de largo, y que se pierde el juego. Los hombres en qualquiera edad hallan sus gustos, y son buenos para los oficios y para las dignidades: 25 tienen entonces más hazienda, y son más estimados: pero como las mugeres sólo seruimos de materia al edificio de sus hijos, en no siendo para esto, ¿qué oficio adquirimos en la república? ¿Qué gouierno en la paz? ¿Qué bastón en la gue-rra? Bolued, bolued en vos, Teodora; no acabe este moçuelo 30 la hermosura de Dorotea, manoseándola; que ya sabéis con qué olor dexan las flores el agua del vaso en que estuuieron. Yo he sabido que vn cauallero indiano bebe los vientos desde que la vió en los toros las fiestas passadas, que estaua en vn

balcón vezino al suyo; y sé yo a quién ha dicho, que me lo dixo a mí, que le daría vna cadena de mil escudos con vna joya, y otros mil para su plato, y le adornaría la casa de vna rica tapicería de Londres, y le daría más dos esclauas mula-
5 tas, conserueras y laboreras, que las puede tener el rey en su palacio. Es hombre de hasta treinta y siete años, poco más o menos, que vnas pocas de canas que tiene, son de los trabajos de la mar, que luego se le quitarán con los aires de la corte; y yo vi el otro día vn rétulo en vna calle que dezía:
10 "Aquí se vende el agua para las canas,,. Tiene linda presencia, alegre de ojos, dientes blancos, que luzen con el vigote negro, como sarta de perlas en terciopelo liso; muy entendido, despejado y gracioso; y, finalmente, hombre de disculpa, y no moçitos cansados, que se lleuan la flor de la ha-
15 rina, y dexan vna muger en el puro saluado, que ya entendéis para lo que será buena.

TEO.—*Gritá niños, que baxa el vino; oy a quatro, mañana a cinco.* Si traíades, Gerarda, essa correduría, ¿para qué era menester tanta retórica? ¿Veis cómo os dixe yo que
20 el memorial començaua por el seruicio de Dios, y acabaua en el del diablo?

GER.—Yo, amiga, vuestro bien miro, vuestra honra y la dessa pobre muchacha, que mañana se marchitará como rosa, y buscaréis dineros para curarla; que esto le dexará don Fer-
25 nandillo, y no los juros y regalos del indiano. Para todo acontecimiento, Teodora, hombres, hombres, y no rapazes, que con la saliua de las mugeres les sale el boço. Con esto me voy a rezar a la Merced; que en verdad que no me iré a casa sin encomendar a Dios vuestros negocios.

SCENA SEGUNDA

DOROTEA y TEODORA

DOR.—¡Brava conuersación has tenido con la bendita Gerarda! ¿Piensas que no lo he oído? Pues aunque me estaua tocando, más tenía los oídos en su plática que los ojos en mi espejo. ¿Esto quieres tú oir, y que se te atreua vna vil muger, por el interés que le han dado, a dezirte en tu cara que des lugar a vn hombre para que yo le admita? 5

TEO.—Quedo, señora dama, quedo; que si a mí me pierden el respeto, ella ha dado la causa. 10

DOR.—¿Yo la causa? ¡Gracia tienes! ¿Quándo tuue yo más dicha contigo? ¡Qué presto diste crédito a Gerarda! ¡Qué presto pudo persuadirte lo que deseauas! Buena eras para juez: dichosa contigo la primera información, desdichada la segunda. 15

TEO.—¿Puedes tú negar cosa alguna de quanto ha dicho, ni poner falta en vna muger honrada, que sólo pretende el seruicio de Dios y nuestra honra? ¿Debe de ir agora a que la premie por ventura el indiano? Pues en verdad que fué a rezar a la Merced por nosotras, y que es muger que le encargan lo mismo enfermos, necessitados y presos. 20

DOR.—Enfermos de amor, necessitados de remedio para sus deseos, y presos de su apetito.

TEO.—¡En esta muger pones falta! ¡Buena lengua se te ha hecho! ¡Qué cierto es perder la vergüença tras la honra! ¿Qué día se fué a comer Gerarda sin hauer visitado todas las deuociones de la Corte? ¿En qué jubileo no la hallarán deuota? ¿Qué sábado no fué descalça a Atocha? ¿Qué donzella no ha casado? ¿Qué casada no ha puesto en paz con su marido? ¿Qué viuda no ha consolado? ¿Qué niño no ha cu- 25 30

rado de ojo? ¿Qué criatura no se ha logrado, si ella le bendize las primeras mantillas? ¿Qué oraciones no sabe? ¿Qué remedios como los suyos para nuestros achaques? ¿Qué yerua no conoce? ¿Qué opilación no quita? ¿A qué partos secretos
5 no la llaman? Finalmente, para la dicha de una casa, no es menester mas de que ella la perfume.

Dor.—No te desvanezcas en su alabança, que todas essas gracias tienen diuersos sentidos; y si no son ironías, no se han de entender literalmente.

10 Teo.—La bachillera ya comiença a hablar en el lenguage de su galán: aprouechada está de parola. ¿Es esso lo que le enseña? De *ironías* quedará rica *literalmente.* ¿Sacólas de los sonetos? Pierda la ignorante la flor de su juuentud en essas boberías; que quando más medrada salga, quedará ce-
15 lebrada en vn libro de pastores, o la cantarán en algún romance, si de christianos, Amarilis; si de moros, Xarifa; y el galán, Zulema.

Dor.—¡Notable batería hizo en el muro de tu entendimiento la fisionomía liberal del rico indiano! ¡Assí suelen ser
20 ellos, como te le pintó la Circe! Y ¡qué bien supo apocar y disminuir las partes de don Fernando! ¡Qué bien la pagas en elogios el gusto que te ha hecho! Con essa información, ¿quién no la tendrá por santa, sus deuociones por verdaderas, y sus medicinas por milagros? Añade a las yeruas que
25 conoce, las habas que exercita; y en vez de las bendiciones, los conjuros que sabe. Pues si hablas en el mal de ojo, ten por cierto que son más los que contenta que los que quita. Ella fué por quien conociste al conde: ponga faltas a don Fernando, que no podrá dezir con verdad ninguna más de
30 que es pobre; pero ¿qué riqueza como la de su entendimiento, persona y gracias?

Teo.—¡O loca, desdichada, perdida, engañada de otro loco! ¿Qué gracias, qué persona, qué entendimiento tiene, si le confiessas pobre? ¿Quándo has visto sobre sayal passa-

manos de oro? Estarás muy desvanecida con que te llama la diuina Dorotea... Yo visitaré tus escritorios, yo te quemaré los papeles en que idolatras y essas locuras en que estudias vocablos que no nacieron contigo; no te quedará señal deste moço, si yo puedo, y ojalá te le pudiera sacar del alma. ¿Qué me miras? ¿Gestos me hazes? Por el siglo de tu padre, que si te doy vna buelta de cabellos, que no has de hauer menester rizos; y díle a don Fernando que haga versos a este sujeto, y que me llame Nerona, sacrílega, atreuida a la cabeça del sol, y que quantas hebras te quite se me bueluan rayos.

DOR.—Haz burla, no importa; afea mis pensamientos, infama mis costumbres. ¿Qué muertes de hombres has visto a nuestra puerta por vanidades mías? ¿Qué casada se ha quexado de la mala vida que le ha dado su marido por mi causa? ¿A qué fiesta voy? ¿De qué ventana me quitas? ¿Qué galas me murmuran adonde voy a missa?

TEO.—¡Esso que no es nada! Pues ¡triste de ti! ¿por quién hazes essa penitencia? Dí que eres virtuosa, porque esse moço te tiene hechizada, por darle gusto; porque ya deue de amenaçarte, que es lo vltimo del trato de semejantes hombres. Pues desengáñate, Dorotea, que no le has de ver ni hablar más en tu vida. ¡Tú pobre, yo sin honra; tú con hábito de picote todo vn año, y yo molestada de mis amigas todos los días! Resuéluete; que te tengo de cortar el cabello, y encerrarte donde aun el sol tenga asco de entrar a verte, o has de dexar essa perdición, essa locura, essa costumbre, esse trato infame. [*Asela del cabello y la maltrae.*] [1]. ¿Lloras? Bien hazes; pero no pienses enternecerme; que no hago yo aquí papel de galán zeloso, sino de madre honrada. [*Vase.*]

---

1 V. p. 25.

SCENA TERCERA

DOROTEA SOLA

¡Ay, infeliz de mí! ¿Para qué viuo? ¿Para qué solicito conseruar la más triste vida que se ha dado a esclaua?
5 ¿Quál muger de mis años la passa con tantos sobresaltos y desdichas? ¿Dónde me lleua este amor desatinado mío? ¿Qué fin me promete tan desigual locura de lo que pudieran auer merecido las partes de que me ha dotado el cielo? Quando aya passado lo mejor de mis años en este laberinto amoro-
10 so, ¿qué tengo de hallar en mí, sino arrepentimiento para los que me quedaren, quando a los que desprecio les dé vengança? Fernando mío, no querría que mi alma, que allá tienes, te lo dixesse que está pensando: cosa tan nueva, que jamás pensé que llegara a mi pensamiento. No puedo más;
15 que me veo cercada de tantos enemigos, que no podré escapar la vida si no es perdiendo el seso; pero si allá te dixere esta nouedad en tu agrauio, consulta con prudencia tu entendimiento, no con tu amor tus años. Pero, ¿cómo es possible que el [1] primero mouimiento de lo que digo, aya
20 llegado a mi imaginación? ¿Qué puedo querer sino quererte? ¿En qué puedo emplear mis años como en seruirte? ¿Qué puedo yo desear como agradarte? ¿Qué riqueza como oirte? ¿Qué tiempo más bien empleado que en tus braços? ¿Cómo viuiré yo sin ti? Menos falta me puede hazer la vida que tus
25 ojos. ¿Quién me consolará de no verte, después de tantos años de gozarte? Esse agrado tuyo, esse brio, esse galán despejo, essos regalos de tu boca, cuyo primero boço nació en

---

1 *Así* 1675; *en* 1632, 1654 *falta* el.

mi aliento, ¿qué Indias los podrán suplir, qué oro, qué diamantes? Mas ¡ay triste!, que desta amistad nuestra está ofendido el cielo, mi casa, mi opinión y mis deudos; mi madre me persigue, las amigas me riñen, los vezinos me murmuran, las embidias me reprehenden, mi necessidad ha llegado a lo 5 vltimo. Fernando no tiene mas que para sus galas: mira las otras mugeres con ellas: ya le parecerán mejor; que el adorno y la riqueça añaden hermosura y estimación, y la pobreça del trage descuida los ojos, y haze que vna muger cada día parezca la misma; y la diferencia causa nouedad y des- 10 pierta el deseo. Esto no podrá durar para siempre; y como no ay cosa más pública que el amor, aunque jamás lo crean los amantes, será impossible librarle de algún fin desdichado o en la vida o en la honra; y lo que más se deue temer, en el alma. ¿Para qué quiero aguardar a que te canses y me 15 aborrezcas? ¿A que te agraden las galas de otras, y este sayal que visto sea silicio de tus braços y penitencia de tus ojos? No quiero aguardar al fin que tienen todos los amores; pues es cierto que paran en mayor enemistad cuanto fueron más grandes. Si auemos de ser enemigos después, más vale 20 que aora nos concertemos con amistad; que quando el trato cessa sin agrauio, bien se puede conseruar en llaneza sin reprehensión, y en voluntad sin miedo.—Celia, Celia: dame el manto, y dí a mi madre que voy a missa.—Resuelta estoy. ¿Qué aguardo? ¡Jesús!: parece que tropecé en mi amor. 25 ¡O amor!: no te pongas delante, déxame ir, pues me dexaste determinar; que en las mugeres la resolución es difícil, la execución es fácil! [*Vase.*]

SCENA CUARTA

[*Sala en casa de don Fernando.*]

DON FERNANDO.—JULIO

JUL.—Con poca gracia te leuantas.
5 FER.—Mil desasossiegos he tenido esta noche.
JUL.—¿No has dormido?
FER.—Poco, y con mil congoxas.
JUL.—Del calor serían.
FER.—No, sino del primer sueño.
10 JUL.—¿Qué soñauas?
FER.—Vna confusión de cosas.

JUL.—¿Qué sueño ay tan claro que no sea confuso? Los que graue y suauemente duermen, dize el filósofo que no sueñan; pues soñaste y con fatiga, no tenías quieto el ánimo.
15 Los que sueñan, no por otra causa piensan que ven lo que sueñan, que porque la inteligencia está constante y sossegada; lo que acontece al ligero sueño, no al que por mucho calor se recoge a la parte interior. Soñamos lo que auemos hecho o queremos hazer, y también de lo que deseamos na-
20 cen tales imaginaciones y pensamientos; por esso es opinión del mismo que los virtuosos sueñan mejores cosas que los malos, viciosos y de peruersas costumbres.

FER.—Ya comienças a cansarme con tus filosofías. Déxame, Julio.

25 JUL.—Díme por tu vida el sueño.

FER.—Ya te digo que me dexes, Julio; ¿por ventura presumes interpretarle? ¡Qué gentil Joseph estaua preso conmigo!

JUL.—Anfitrión fué el primero que interpretó los sueños;

y porque esto es de Plinio, él mismo dize que poniéndose la parte siniestra del camaleón al pecho, sueña vn hombre lo que quiere, o lo haze soñar a quien quiere.

FER.—Como esso dirá Plinio.

JUL.—Cornelio Rufo soñó que perdía la vista, y desper- 5 tando se halló ciego.

FER.—Maldito seas, bachiller histórico, que assí me quieres dar pena, entendiendo por conjeturas la causa por que la tengo. Soñaua, ¡o Julio!, que hauía llegado el mar hasta Madrid desde las Indias. 10

JUL.—Ahorrárase mucho porte desde Seuilla a Madrid. Dí adelante.

FER.—Llegaua furioso hasta la puente.

JUL.—¡Pobre de Illescas!

FER.—En vna famosa naue enramada de jarcias y vestida 15 de velas, venía un hombre solo, que desde el corredor de popa arrojaua a vna barca barras de plata y tejos de oro.

JUL.—¡Quién estuuiera en la barca!

FER.—Estaua, ¡ay de mí!...

JUL.—Dílo: ¿qué tiemblas? 20

FER.—Estaua Dorotea.

JUL.—¿Y tomaua el oro?

FER.—Con las dos manos.

JUL.—Hazía muy bien, y ¡pluguiera a Dios que yo estuuiera con ella!: que aun durmiendo no tuue tanta dicha en 25 mi vida. ¡O!: si fuera verdad esso que soñaste, ¡qué salieran de mugeres a la mar de Madrid! Y más si arrojauan oro.

FER.—¿Salieran muchas?

JUL.—Más que al Prado. Pero ¿en qué paró la mar? Que estás más triste que si temieras anegarte en ella. 30

FER.—En que al salir de la barca Dorotea y Celia cargada de oro, llegué yo a hablarla, y se passó de largo sin conocerme.

JUL.—¿Y desso estás triste?

FER.—¿Es poca la causa?

JUL.—Pues ¿qué querías? ¿Que te diesse del oro?

FER.—No, sino que me hablasse.

JUL.—¿Soñando pides correspondencias?

5 FER.—¿Por qué no? Pues como yo me quexé de su desprecio, también podía Dorotea hablarme.

JUL.—Quiero interpretar el sueño.

FER.—Aurás leído a Artemidoro.

JUL.—Como deseas dar a Dorotea lo que no tienes, desse
10 pensamiento y solicitud ha nacido que la soñasses rica.

FER.—Amor quiera que essa sea la interpretación legítima.

JUL.—Dichoso eres, pues la enriqueces.

FER.—No creas en ensueños.

15 JUL.—No sé lo que te responda, pues siempre sueño que soy pobre, y despierto soy lo mismo.

FER.—¿Con oro han de vencer a Dorotea?

JUL.—Tendrá disculpa.

FER.—Ouidio dixo que más daño auía hecho el oro que
20 el hierro.

JUL.—Estaría mal con el oro, cuyas virtudes no digo porque le temes; pero ¿qué muerte se ha dado con él, si no es la de Creso, que por su codicia se le dieron derretido? Y sabemos que ay oro potable que conserua la vida, y al fin
25 entra en la confección de Alquerines.

FER.—Si yo tuuiera oro, no le comiera, aunque me diera mil vidas.

JUL.—¿Pues qué le hizieras?

FER.—Diérale a Dorotea.

30 JUL.—Basta el que le ha venido de las Indias; pero pídele oy algunos tejos, y haremos el potable, que es desta suerte, según dotrina de León Suauio. Toman en hoja o en poluos vna onça, y resuéluenla en humor, añadiendo de vinagre distilado lo que basta; distílase después a vezes sepa-

rado, hasta que no queda sabor de los dos juntos; échase luego en cinco onças de agua ardiente, y conseruado vn mes y reposado, se toma poco a poco.

FER.—No ay cosa de que no quieras saber algo, y de todo no sabes nada: ¿qué filósofo antiguo o moderno no ha 5 dicho mal del oro?

JUL.—El oro es como las mugeres, que todos dizen mal dellas y todos las desean; y al fin es hijo del sol, retrato de su resplandor, y viuífica naturaleza.

FER.—No es por esso amarillo. 10

JUL.—Pues, ¿por qué?

FER.—Por el miedo que tiene de que le busquen tantos.

JUL,—¡Qué cosa tan triuial y vieja! Perdóneme Diógenes. 15

FER.—Más viejo es el oro.

JUL.—Es verdad, y sus canas son la plata.

FER.—Ni la cama dorada aliuia al enfermo, ni la buena fortuna haze al necio sabio.

JUL.—También te puede perdonar Sócrates. 20

FER.—Dame aquel instrumento, estudiante de pesadumbres.

JUL.—Dellas y de filosofía estoy graduado.

FER.—Saltó la prima.

JUL.—Sería de la puente, aunque no ay río. 25

FER.—Yo la oí esta noche.

JUL.—Desuelado estauas.

FER.—En Dorotea.

JUL.—Yo pensé que en ir a la mar a buscarla.

FER.—El que dixo que fuera comodidad hallar a com- 30 prar cartas y barbas hechas, ¿por qué no dixo instrumentos templados?

JUL.—Porque fuera impossible, siendo las cuerdas de la materia que ves, porque con la humidad baxan y con mucha

calor suben. Finalmente, son como algunas mugeres, que siempre es menester templarlas.

FER.—Por esso tiran de su condición, para que alcançen al punto del que las templa.

5 JUL.—Muchas quiebran.

FER.—Buscar las finas y arrojar las falsas; que assí hazen los músicos.

JUL.—Vna curiosidad haze a esse propósito.

FER.—¿Cómo?

10 JUL.—Que quando desatan la madexa, la dan con el dedo, teniendo en la boca el cabo de la cuerda; y si haze dos sombras, la dexan por falsa, y passan a otro tercio. Y assí se ha de prouar la muger: y en haziendo dos sombras a cada parte, mudarse al tercio de otra.

15 FER.—Yo he templado.

JUL.—A mi costa, que lo he oído.

FER. Oye vn romance de Lope.

JUL.—Ya te escucho.

FER. [*Canta.*]

20 A mis soledades voy,
De mis soledades vengo,
Porque para andar conmigo
Me bastan mis pensamientos.
No sé qué tiene el aldea
25 Donde viuo, y donde muero,
Que con venir de mí mismo,
No puedo venir más lexos.
Ni estoy bien ni mal conmigo;
Mas dize mi entendimiento
30 Que vn hombre que todo es alma,
Está cautiuo en su cuerpo.
Entiendo lo que me basta,
Y solamente no entiendo,
Cómo se sufre á sí mismo

Vn ignorante soberuio.
De quantas cosas me cansan,
Fácilmente me defiendo;
Pero no puedo guardarme
De los peligros de vn necio. 5
El dirá que yo lo soy,
Pero con falso argumento;
Que humildad y necedad
No caben en vn sujeto.
La diferencia conozco, 10
Porque en él y en mí contemplo
Su locura en su arrogancia,
Mi humildad en mi desprecio.
O sabe naturaleza
Más que supo en este tiempo, 15
O tantos que nacen sabios
Es porque lo dizen ellos.
"Sólo sé que no sé nada,,,
Dixo vn filósofo, haziendo
La cuenta con su humildad, 20
Adonde lo más es menos.
No me precio de entendido,
De desdichado me precio;
Que los que no son dichosos,
¿Cómo pueden ser discretos? 25
No puede durar el mundo,
Porque dicen, y lo creo,
Que suena a vidrio quebrado
Y que ha de romperse presto.
Señales son del juizio 30
Ver que todos le perdemos,
Vnos por carta de más,
Otros por carta de menos.
Dixeron que antiguamente
Se fué la verdad al cielo: 35
Tal la pusieron los hombres,
Que desde entonces no ha buelto.

En dos edades viuimos
Los proprios y los agenos;
La de plata los estraños,
Y la de cobre los nuestros.
5 ¿A quién no dará cuidado,
Si es español verdadero,
Ver los hombres á lo antiguo,
Y el valor a lo moderno?
Todos andan bien vestidos,
10 Y quéxanse de los precios,
De medio arriba romanos,
De medio abaxo romeros.
Dixo Dios que comería
Su pan el hombre primero
15 En el sudor de su cara
Por quebrar su mandamiento;
Y algunos, inobedientes
A la vergüença y al miedo,
Con las prendas de su honor
20 Han trocado los efetos.
Virtud y filosofía
Peregrinan como ciegos;
El vno se lleua al otro,
Llorando van y pidiendo.
25 Dos polos tiene la tierra,
Vniuersal mouimiento,
La mejor vida el fauor,
La mejor sangre el dinero.
Oigo tañer las campanas,
30 Y no me espanto, aunque puedo,
Que en lugar de tantas cruzes
Aya tantos hombres muertos.
Mirando estoi los sepulcros,
Cuyos mármoles eternos
35 Están diziendo sin lengua
Que no lo fueron sus dueños.
¡O! ¡bien aya quien los hizo,

Porque solamente en ellos
De los poderosos grandes
Se vengaron los pequeños!
Fea pintan a la embidia;
Yo confiesso que la tengo 5
De vnos hombres que no saben
Quién viue pared en medio.
Sin libros y sin papeles,
Sin tratos, cuentas, ni cuentos,
Quando quieren escriuir, 10
Piden prestado el tintero.
Sin ser pobres ni ser ricos,
Tienen chimenea y huerto;
No los despiertan cuidados,
Ni pretensiones ni pleytos, 15
Ni murmuraron del grande,
Ni ofendieron al pequeño;
Nunca, como yo, firmaron
Parabién, ni Pascuas dieron.
Con esta embidia que digo, 20
Y lo que passo en silencio,
A mis soledades voy,
De mis soledades vengo.

JUL.—¿Cómo no has cantado alguna cosa de Dorotea?

FER.—Por la pesadumbre que me ha dado aquello del oro. 25

JUL.—Pues, ¿por qué no auía de tomarlo?

FER.—Porque, como la perdiz conoce el halcón que la ha de matar, conozco yo que me ha de matar el oro.

JUL.—Tienen oro y muger, correspondencia y simpatía; ni ay requiebro que las agrade como dezirles que son como 30 vn pino de oro, y esto, no porque son altas y dispuestas, sino porque es el árbol más grande para que sea más el oro.

FER.—Paréceme que siento chapines.

JUL.—Esse ruido y el de las cantimploras, dizen que es el mejor. 35

SCENA QUINTA

DOROTEA.—CELIA.—FERNANDO.—JULIO

DOR. [*En la calle.*]—Llama recio, si no te duele la mano.

5 CEL. [*En la calle.*] — Si ha rondado don Fernando, dormirá, como se vsa, haziendo noche lo mejor del día.

FER.—Mira, Julio, que nos quiebran la puerta.

JUL.—Alguno aurá rodado desde el quarto de arriba, o es pobre y sordo. ¿Quién está aí?

10 CEL. [*En la calle.*]—Abre, asaeteado.

JUL.—Celia, señor, Celia: papelito tendremos.

FER.—¿Dessa manera lo dizes, hombre sin alma?

JUL.—¿Dónde vas, que has quebrado la guitarra por salir de prisa?

15 FER.—A recibir el arco embaxador de los dioses, la aurora de mi sol, la primauera de mis años y el ruiseñor del día, a cuya dulce voz despiertan las flores, y como si tuuiessen ojos abren las hojas. [*Abre, y entra con Celia.*]

CEL.—No vengo sola.

20 FER.—¿Quién viene contigo, que me has turbado? ¡Jesús! [*Sale Dorotea.*] ¿Es Dorotea? ¡Bien mío! ¡El manto sobre los ojos! Entra, entra. ¿Qué traes, que tropieças? ¡Ni Celia alegre, ni tú descubierta! Cometa ay en el cielo: el príncipe Amor deue de estar enfermo. ¿Aún no hablas? Siéntate, mi 25 señora, siéntate: la escalera te ha desalentado.—Vn poco de agua, Julio.

JUL.—¿Trairé con ella otra cosa?

FER.—Pensé que auías venido. [*Vase Julio.*]—Señora, ¿qué es esto? ¿Por qué me matas? ¿Hante dicho algo de mí? 30 Tu madre me aurá leuantado algún testimonio por que me

dexes. Pues plega al cielo, que si he mirado, visto, ni oído ni imaginado otra cosa de quantas él ha hecho, fuera de tu hermosura, que la mar que esta noche he soñado me anegue y me sepulte, y el oro que te dauan te conquiste. [*Vuelve Julio.*] 5

JUL.—Aquí está vn búcaro y vnas alcorças.

FER.—Come, beue, o aquí están mi coraçón y mi sangre. ¿Qué tienes? ¡Desmayóse! ¿Qué es esto, Celia?—¡Muerto soy, acabóse mi vida!—¡A mi señora! ¡A mi Dorotea! ¡A vltima esperança mía!—Amor, tus flechas se quiebran; 10 sol, tu luz se eclipsa; primauera, tus flores se marchitan; a escuras queda el mundo.

JUL.—Celia, encender quiero vn acha.

CEL.—Calla, pícaro, que no estás en la comedia.

JUL.—Tenle bien essa mano, que se araña el rostro. 15

FER.—¡O Venus de alabastro! ¡O aurora de jazmines, que aún no tienes toda la color del día! ¡O mármol de Lucrecia, escultura de Michael Angel!

JUL.—Aora yo juraré que es casta.

FER.—¡O Andrómeda del famoso Ticiano! Mira, Julio, 20 ¡qué lágrimas! Parece açucena con las perlas del alba.—Desvíale los cabellos, Celia; veámosle los ojos, pues se dexa mirar el sol por la nube de tan mortal desmayo.

DOR.—¡Ay, Dios! ¡Ay, muerte!

FER.—Ya boluió a concertarse quanto auías dexado des- 25 compuesto; ya el amor mata, ya el sol alumbra, ya la primauera se esmalta, y yo estoy viuo. Pero ¿cómo la primera palabra ha sido las dos cosas más poderosas, Dios y la muerte?

DOR.—Porque Dios me libre de mí misma, y la muerte 30 ponga fin a tantas desventuras como cercan mi afligido coraçón y flaco espíritu; que la muger más fuerte al fin es obra imperfeta de la naturaleza, sujeto del temor y depósito de las lágrimas.

FER.—Quando naturaleza, atendiendo a lo más perfeto, por falta de la materia no hizo lo que pretendía, que es el hombre, sacó muchas ecepciones de la común flaqueza.

JUL.—Dize mui bien don Fernando; y assí vemos Ar-
5 temisias para la memoria, Carmentas para las letras, Penélopes para la constancia, Leenas para los secretos, Porcias para las brasas, Delboras para el gouierno, Neeras para la lealtad, Laudomias para el amor, Cloelias para el valor, y Semíramis para las armas, que con el peine en los cabellos
10 salió a ganar vitorias, mejor que Alexandro con la fuerte celada.

FER.—Y entre ellas, Julio, cuenta la perfeción de la hermosura de Dorotea, la limpieza de su aseo, la gala de su donaire, la excelencia de su entendimiento, en que fué su-
15 perior a todas; y esto no lo digan mis ojos, no mi amor, no mi conocimiento; calle mi voluntad y hable la embidia; que no ay mayor satisfación que remitille las alabanças.

DOR.—¡Ay, Fernando, que no ay en la desdicha letras, en la fortuna gouierno, aunque fuesse próspera, lealtad en
20 los impossibles, brasas en la influencia, valor con las estrellas, amor en las violencias, secreto en las tiranías, conslancia en las embidias, y armas en las traiciones!

FER.—¿Qué es esto, mi bien? ¿Por qué me sangras a pausas? Díme: "Fernando, muerto eres,,; irá Julio a que
25 vengan por mí; y no me suspendas el dolor en la duda, que es más fuerte de sufrir el temor que el mal sucesso, porque, imaginado, se piensa en que ha de venir, y venido, en que se ha de remediar.

DOR.—¿Qué quieres saber de mí, Fernando mío, mas
30 de que ya no soy tuya?

FER.—¡Cómo! ¿Ha venido alguna carta de Lima?

DOR.—No, señor mío.

FER.—¿Pues quién tiene poder para sacarte de mis braços?

DOR.—Essa tirana, essa tigre que me engendró (si yo puedo ser sangre de quien no te adora); esse crocodilo gitano, que llora y mata; essa serpiente que imita la voz de los pastores, para que, llamando sus nombres, los devore viuos; essa hipócrita, siempre las cuentas en la mano, y 5 ninguna con su vida. Oy me ha reñido, oy me ha infamado, oy me ha dicho que me tienes perdida, sin honra, sin hazienda y sin remedio, y que mañana me dexarás por otra. Respondíle; pagáronlo mis cabellos... Ves aquí los que estimauas, los que dezías que eran los rayos del sol, de 10 quien hizo amor la cadena que te prendió el alma, los que llamauan red de amor tus versos, esta color que tú dezías que deseauas tener en la barba antes que te apuntasse el boço. Estos, en fin, mi Fernando, lo pagaron: aquí te traigo los que me quitó, que los que quedan ya no serán tuyos; de 15 otro quiere que sean; a vn indiano me entrega: el oro la ha vencido, Gerarda lo ha tratado, entre las dos se consultó mi muerte. ¡O cruel sentencia! Supo que auía vendido los passamanos del manteo de tela el mes passado, y antiyer el de primauera de flores: dize que es para darte el dinero 20 que juegues, como si tú jugasses, siendo tu mayor vicio libros de tantas lenguas; y que con versos me engañas, y con tu voz, como sirena, me lleuas dulcemente al mar de la vejez, donde los desengaños me siruan de túmulo y el arrepentimiento de castigo. ¡Ay Dios! ¡Ay de mí! Déxame 25 deshazer estos ojos, pues ya no son tuyos; no ay que respetarlos, no me ha de gozar con ellos quien ella piensa, porque verá en sus niñas tu retrato, que sabrá defenderlos. ¡Ay Dios! ¡Ay muerte!

JUL.—Boluió al estriuo. 30

FER.—¿Pues para ocasión de tan poca importancia tanto sentimiento, Dorotea? Buelue a serenar los ojos, suspende las perlas, que ya parecían arracadas de sus niñas; no marchites las rosas, ni desfigures la harmonía de las faciones de

tu rostro con descompuestos afectos; que te asseguro, por el amor que te he tenido, que me auías dexado sin alma.

DOR.—¡Tenido, Fernando!

FER.—Tenido y tengo; que no es amor sombra, que se
5 desvanece en faltando el cuerpo. Pensé que te desterraua algún memorial zeloso, o que se auía tu madre muerto súbito del mal del mismo nombre con los achaques de cosas agrias, o que venía tu dueño de las Indias. ¡Para tan débil causa tan fuerte sentimiento! Restitúyeme al coraçón el ale-
10 gría de verte, que me auía quitado la tristeza de escucharte..., y vete en buen hora; que aguardo vn amigo para vn negocio, y no es justo que te vea; que las damas, y tan hermosas, sólo pueden estar sin sospecha en casa de juezes y de letrados; no en aposentos de moços, donde sólo ay es-
15 padas de esgrima, baúles de vestidos, y instrumentos de música.

DOR.—Pienso que no me has entendido.

FER.—¿Tan mal he repetido la lición, que te parece que no hize della conceto?

20 DOR.—¿Pues cómo, si te digo que se acaba nuestra amistad, tan fácilmente te has consolado?

FER.—Como tú lo estuuiste para dezírmelo.

DOR.—Yo vengo muerta.

FER.—Si lo estuuieras en tu casa, no huuieras llegado a
25 la mía.

DOR.—¿Mas qué piensas que te he burlado?

FER.—¿Cómo lo puedo pensar, si estas veras vienen desde las Indias? Vete, mi bien, que es tarde.

DOR.—¿Aún quieres echarme de tu casa?

30 FER.—Pues, ¿para qué quieres estar en ella, si no piensas boluer a verla, como dizes?

DOR.—¿Por qué no bolueré a verla?

FER.—Porque te vas a las Indias, y ay mar en medio.

DOR.—El de mis lágrimas.

FER.—Las de las mugeres son entretelas de la risa; no ay tempestad en verano que más presto se enxuge.

DOR.—¿Qué has hecho tú por mí en tantos años, que me obligue a fingir el amor que te he tenido?

FER.—¿También tú dices que te he tenido? 5

DOR.—Y estará bien dicho; que no lo merece quien no siente perderme.

FER.—Engáñaste; que tú sola te pierdes.

DOR.—Estraños sois los hombres.

FER.—Antes muy proprios; que nuestra primera patria 10 sois las mugeres, y nunca salimos de vosotras.

DOR.—Vámonos, Celia; que este cauallero deve de auer hallado estos días lo que dezía Gerarda.

FER.—Antes tú has hallado lo que Gerarda dezía; que si no fuera por ti, yo pudiera estar casado, con más oro que el 15 que te han traído; pero aún no he cumplido veinte y dos años.

DOR.—Y yo, ¿tendré quinientos?

FER.—¿Dígolo yo por esso, o porque, si Dios quiere, me queda vida para valerme della? Que de diez y siete llegué a 20 tus ojos, y Julio y yo dexamos los estudios, más oluidados de Alcalá que lo estuuieron de Grecia los soldados de Vlisses.

CEL.—¡Qué sequedad de hombre! Dios me libre: ¿aora cuenta fábulas? 25

DOR.—Déxale, Celia, que no es sin causa. Bien dezía yo que andaua diuertido: ya tendrá dueño; que a no ser ésta la causa, no estuuiera tan brauo de coraçón y tan valiente de ojos. [*Vase.*]

JUL.—¡A Celia, Celia! 30

CEL.—¿Qué quieres, Julio?

JUL.—Háblame tú a mí, y no me niegues el postrero abraço, si no es que te ha venido alguna carta de las Indias con los criados del indiano.

CEL.—Déxame baxar, que se va mi señora sola. [*Vase.*]

FER.—Cierra essa puerta, necio, y mira desde essa ventana si buelue la cabeça Dorotea.

JUL.—Ni le passa por el pensamiento.

5 FER. — Muerto soy, Julio: cierra todas las ventanas, no entre luz a mis ojos, pues se va para siempre la que lo fué de mi alma: quita de allí aquella daga, que el trato es demonio, la costumbre infierno, el amor locura, y todos me dizen que me mate con ella.

10 JUL.—Quedo, señor, detente. ¿Qué ceguedad es ésta?

FER. — Déxame, que como estanque detenido rompe la presa el alma, y quiere salir la furia por los ojos. ¡Ay de mi vida! ¡Ay de mis esperanças! Julio, déxame, y pues a los principios deste amor no fuiste prudente maestro, no seas 15 aora molesto amigo.

JUL.—Por el balcón no se baxa bien a la calle; mejor irás por la puerta.

FER.—Abrala el alma por el pecho a mis desdichas. ¿Qué tomaré para matarme? ¿Qué veneno será más breue? Soli-20 mán es de esclauos: yo que lo fuí de Dorotea, me mataré con él baxamente; que los venenos honrosos son para césares.

JUL.—Leamos a Nicandro; que él nos dará venenos.

FER.—¡Qué falsa risa!

25 JUL.—¡Qué fina locura!

FER.—Llámame vn barbero presto; sangraréme de la vena del coraçón, y luego que se aya ido me quitaré la venda; que si el amor á los principios passa por aquellos espíritus sutiles de átomo en átomo a inficionar la sangre, y en la 30 más pura tiene assiento, sacándola saldrá también con ella; que si hasta los desmayos del ánimo es aforismo físico en casos lo piden, ¿quál se puede ofrecer como éste?

JUL.—No me agrada el argumento; porque si amor es lo mismo que la sangre, ningún semejante puede expugnar su

semejante, que es impossible, como el calor al calor y el frío al frío.

FER.—Bestia, esso es por sí, pero no por accidente. ¡Qué gentil filósofo!, sabiendo que por el mío ya son contrarios.

JUL. — Lo que yo sé es que aquel gran médico Triuerio 5 dixo en su método, que la buena figura de la cabeça indicaua el temperamento del celebro; nunca me pareció que la tenías bien hecha; fuera de que vn excelente calor vicia las operaciones, y este de tu amor desatinado no te dexa conocer la razón con la templança que en tales ocasiones tienen los 10 hombres cuerdos: si no te vales de la prudencia, mortal te juzgo, sin ir a los pronósticos de la nosomántica de Moufeto; que para esto yo sé más que Hipócrates. ¿Qué andas en esse escritorio? ¿Qué buscas? ¿Qué rasgas? Dexa los papeles, dexa el retrato: ¿qué te ha hecho essa diuina pintura? 15 Respeta en esse naipe los pinceles del famoso Felipe de Liaño; que no es justo que priues al arte deste milagro suyo, ni des este gusto a la embidia de la naturaleza, zelosa de que pudiesse, no sólo ser imitada en sus perfeciones, sino corregida en sus defetos. 20

FER.—¡Viue Dios, que te mate!

JUL.—Mátame; pero no has de tocar al retrato, que está inocente.

FER.—Pues yo tengo de irme.

JUL.—¿Adónde? 25

FER.—A Seuilla; porque estar adonde vea mi muerte, es sufrir tantas quantos instantes tuuiere el día.

JUL.—¿No es mejor no ver la causa?

FER.—Es impossible, no auiendo tierra en medio.

JUL.—No me desagrada que te ausentes; pero, ¿con qué 30 dinero?

FER.—Marfisa, a quien siempre he despreciado, aunque nos auemos criado juntos, y que la dexé injustamente por esta ingrata, socorrerá nuestra necessidad liberalmente.

JUL.—¿Con qué achaque?

FER.—Con algún engaño.

JUL.—Bien dizes: vamos a verla.

FER.—Guarda essos papeles y esse retrato, pero de suerte que no le vea.

JUL. [*Aparte.*]—¡Pobre mancebo!: perderá el seso; pero ¿cómo puede perder lo que no tiene?

FER.—¿Qué dixiste?

JUL.—Que no tiene que perder quien ha perdido a Dorotea.

FER.—¡Ay, Julio, qué bien dizes! Pues ¡si vieras el entendimiento que tiene sobre tanta hermosura!

JUL.—El entendimiento no se ve, antes bien se diferencia del sentido en que aquél es vna potencia aprehensiua de las cosas esteriores, sin real suscepción, sino por sola recepción de las especies; y el entendimiento, por quien el hombre aprehende, no la misma cosa ni sus partes, o alguna corporal calidad della, sino recibiendo dentro de sí la especie de aquello que aprehende.

FER.—Bestia escolástica, ¿agora me repites las palabras? ¿Estoy yo para sentir lo que digo? Méteme por tu vida en la opinión con que Aristóteles dissentía de Platón en las especies, que pensó que se criauan con el entendimiento. Lo que yo quiero dezir, bien lo entiendes; que por lo que se habla o se escriue, se conoce el que los hombres tienen, y en essos papeles se puede ver y conocer el entendimiento de Dorotea, como en sus Rimas el de Laura Terracina o la Marquesa de Pescara; y por esso que has dicho, muestra essos papeles.

JUL.—¿Agora los descoges? No tienes tú mucha gana de ir a Seuilla.

FER.—Escucha éste. [*Lee.*] "Fernando mío, ¿para qué "son buenas tantas satisfaciones? Las que me diste anoche "fueron bastantes; que más me desenojaron tus lágrimas en-

''tonces, que aora tus palabras; que no ay retórica para
''persuadir coraçones airados, como efetos tan humildes;
''sólo me dexa cuidadosa tu poca edad; no sea que el auerte
''enternecido naciesse de tus años, y no de tus sentimientos.
''Si yo alabé a Alexandro de airoso y gentil hombre, no fué 5
''en comparación de tu persona, sino en descuido de mi
''ignorancia. Pusísteme la mano en el rostro: el agrauio con-
''siste en ser por zelos, que por amor no importara. Pero
''dirás tú que dél nacieron ellos, y estarános bien el creerlo,
''a mí y al rostro. Si querías errarme para que supiessen que 10
''era esclaua tuya, ¿de dónde has imaginado que yo reparo
''en que todos lo sepan? Pero puedo assegurarte que quando
''del golpe del rostro sonó el eco en el alma, dixo ella hu-
''milde: Sufre, Dorotea, que el mismo que te ha ofendido,
''te ha vengado; pues mayor que tu dolor será su sentimien- 15
''to. Pero entre estas amorosas humildades, aduierte que en
''las mugeres de bien no es burla para tomar exemplo; que
''si con esto auemos los dos sabido a lo que llega la llaneza
''del trato, no ay que aguardar á segunda esperiencia; por-
''que, aunque dizen que la muger es animal que gusta del 20
''castigo, no todas son tan seguras que no derriben al dueño,
''y se le vayan donde no las alcance. Lo que agora te pido
''es que vengas a ver el rostro que ofendiste, para saber
''quál está más encendido, o el tuyo con la vergüença de lo
''que hiziste, o el mío con las señales que me dexaste.,, 25

JUL. — Yo me acuerdo dessa noche y dessas locuras tuyas.

FER.—¡O, quién la huuiera muerto!

JUL.—Señor, mira que es tarde para hablar a Marfisa.

FER.—Este papel es de mi letra. Versos son... Ya me 30 acuerdo; que me los boluió para que se los cantasse. Quiero leerlos. [*Lee.*]

"Çagala, assí Dios te guarde,
Que me digas si me quieres;
Que aunque no pienso oluidarte,
Impórtame no perderme.
5 A tus ojos me subiste;
En ellos vi cómo llueuen,
Quando quieren, perlas viuas,
Y rayos, quando aborrecen.
Si fué verdad, tú lo sabes:
10 Mis desconfianças temen
Que, como ay gustos que engañan,
Aurá lágrimas que mienten.
Los hechizos de tu llanto
Diuinamente me prenden,
15 Pues mis ojos de los tuyos
Veneno de perlas beben.
Tus lágrimas me asseguran,
Tus regalos me entretienen,
Tus fauores me confían
20 Y tus zelos me enloquezen,
Mas en medio destas cosas,
Por cualquiera enojo leue,
Si quieres, ¿cómo es possible
Que te vayas y me dexes?
25 Tres días ha que te fuiste
A los prados y a las fuentes,
Dexando las de mis ojos,
Adonde pudieras verte.
¿En qué mejores cristales
30 Quien ama mirarse puede,
Si espejos del alma viuos
Fueron las lágrimas siempre?
O me quieres, o me oluidas.
Si me oluidas, ¿cómo vuelues?
35 Y si me quieres, çagala,
¿Cómo gustas de mi muerte?
Por hablar con las serranas

Acaso y sin detenerme,
¡Ay, Dios, qué duras vengançás
De culpas que no te ofenden!
Traen del baile a tu choça
Mil almas tus ojos verdes, 5
Y no los riño zeloso
(Dios sabe si culpa tienen),
Y tú me matas a mí,
Que si he pensado ofenderte,
Antes que mire otros ojos, 10
Los míos llorando cieguen.
Zagala del alma mía,
Buelue por tu vida a verme;
Mas ninguna obligación
Te traiga si me aborreces; 15
Que yo me sabré morir
Desesperado y ausente,
Porque me deuas matarme,
Porque no te canse el verme.,,

JUL.—Pues bien: ¿qué auemos de hazer con repetir ter- 20
nuras? Si estás arrepentido de partirte, conmigo no ay para
qué hazerte valiente.

FER.—¡Ay, Julio! ¡Qué bien dixo Séneca, que mientras
el ánimo está dudoso, por instantes se muda, impelido a di-
uersas partes de varios pensamientos! ¿Soy yo quien se de- 25
termina de no ver á Dorotea? No es possible. Pero ¿cómo
puedo verla con este agrauio? Mayor desdicha sería quedar-
me a verle. Animo, coraçón desesperado; que nadie le puso
en tanto mal, que no le pudiesse sufrir.

JUL.—¿Ataré los papeles? 30

FER.—Aguarda, veamos éste. ¿Qué piensas que dize?
¿No te acuerdas quando fuimos al arroyo?

JUL.—Como si aora fuera.

FER.—Respóndeme a vnos versos que le hize al brio y

gracia con que anduuo aquel día, que fué el de mayor perdición para mis ojos.

JUL.—De los versos me acuerdo yo, y podria dezírtelos.

FER.—Dímelos, Julio; hagamos con toda solenidad las
5 honras a esta ausencia.

JUL.—"Vnas doradas chinelas,
Presas de vn blanco listón,
Engastauan vnos pies,
Que fueran manos de amor.
10 Vnos blancos çapatillos,
De quien dixera mejor
Que eran guantes de sus pies,
Justa, aunque breue prisión;
Descubriendo medias blancas
15 Poco espacio, de temor
De que no pudieran serlo
Sin esta justa atención;
Asiendo las blancas manos
Vn faldellín de color,
20 Alfileres de marfil,
Que dieron vñas al sol,
Me enamoraron un día
Que, con esta misma acción,
La bellíssima Amarilis
25 Vn arroyuelo saltó.
Riéronse los cristales;
¡Ojalá tuuieran voz,
Porque dixeran su dicha
Sin murmurar la ocasión!
30 Bien ayas tú, la serrana;
Mil años te guarde Dios;
Que aun para saltar arroyos
Tienes brío y perfección.
Tu gusto goze otros tantos
35 El venturoso pastor
A quien amorosa has dado

De tus braços possessión.
Quando sales en chinelas,
Me ha dicho más de vna flor
Que la pisas sin quebrarla:
Tus pies tan ligeros son. 5
No suele passar la aurora
Por los prados tan veloz,
Aunque en no dexar estampas
Se quexan de tu rigor.
Mas la que en ellas no dexas, 10
Les dará mi coraçón,
Que, embidioso de las flores,
A recibirte salió.
Años ha, bella Amarilis,
Que el alma a tus ojos doy, 15
Mas no a tus pies, que aun apenas
Los vió mi imaginación.
Quando te calças, sospecho
Que es dificultad mayor
El hallar tus pies tus manos, 20
Que el encarecerlos yo.
Tus çapatillos vn día
Han de pensar, y es razón,
Que se te han ido los pies,
O que son vn pie los dos. 25
Sólo me ha dado cuidado
(Quiero bien, temiendo estoy)
Que puedan tener firmeza
Pies que tan ligeros son.
¡Ay, serrana! ¡Quién pensara 30
(Mas no digas que yo soy)
Que de vnos pies tan ligeros
Hiziera flechas amor!—
Esto le dixo a Amarilis
Vn villano que la vió 35
Que saltaua un arroyuelo;
Que lo demás murmuró.,,

FER.—Estaua por alabarte la hermosura, la gracia, e brío, el gusto, la alegría (que es vna de las partes que constituyen una muger hermosa), que tuuo aquel día Dorotea: mas ¡ay, Julio, que es poner impossibles a mi partida! Me-
5 jor es imaginar que soy muerto, y que mi alma sola es la que va a Seuilla. Ea, Julio, buen ánimo.

JUL.—No te he oído en todos estos amores tan gracioso disparate. ¿Quién te ha dicho que las almas de los amantes ausentes van a Seuilla?

10 FER.—La mía digo, Julio.

JUL.—Los que aman y se ausentan, suelen dezir por encarecimiento, que dexan el alma a lo que aman, porque está más donde ama que donde anima; que apartada del cuerpo no perece, ni se seca de la potencia de la materia; y assí,
15 les parece a los amantes que no la lleuan, pues que no viuen, y que ella assiste como inmortal donde la dexan.

FER.—Estoy por tenerlo por cierto.

JUL.—Essa razón sólo se puede perdonar a vn loco, y en este propósito te quiero dezir lo que siento de algunos
20 melindrosos Catones, que en viendo en las comedias vn galán muy tierno, presumen que el poeta imita sus costumbres mismas: censura indigna de hombres cuerdos, que de las cosas naturales hazen milagros; porque allí sólo se imita vn moço desatinado que sigue a rienda suelta su apetito, y
25 mientras mejor fuere el poeta que le pinta, más viuos serán los afectos y más verdaderas las acciones. Dixo Claudiano que si sus escritos eran lasciuos, su vida era honesta; mas, respondiendo á tu pensamiento, que imagina bárbaramente que dexa a Dorotea el alma (aunque bien sé que no lo en-
30 tiendes assí), por loco que te tiene la fuerça desta passión inuencible, digo, que sucede a los amantes lo que a las brujas, que piensan que van con el cuerpo donde las lleuan imaginariamente; y assí suelen ellos ver las acciones de sus damas, y dar crédito a sus zelos.

FER.—Yo te confiesso, Julio, que en mi tierno y amoroso natural tiene esta passión más fuerça.

JUL.—Toda causa de limitada virtud puede producir efecto más intenso en la materia dispuesta que en la que no lo está. 5

FER.—¿Y qué hará donde la virtud es grande?

JUL.—Lo que se ve en esta precipitada locura.

FER.—Yo hago lo que manda mi honra.

JUL.—¡Qué amor tan honrado, para ser libre!

FER.—No toda la honra está sujeta a leyes. 10

JUL.—La que no está sujeta a ellas no es honra.

FER.—Los hombres hazen honra de lo que quieren.

JUL.—Vn hombre ha de querer lo que es justo para ser honra.

FER.—Justo es huir de perderla. 15

JUL.—No la perdieras si huyeras dentro de Madrid de Dorotea.

FER.—Las ocasiones cerca, el peligro es cierto; a la ausencia me remito, si bien con desconfiança.

JUL.—Siguiéndote cumpliré con tu amistad, no con mi 20 obligación.

FER.—Yo ví, yo amé, este error viue en mí, como dixo el Damón de Virgilio.

JUL.—La raíz de todas las passiones es el amor: dél nace la tristeza, el gozo, la alegría y la desesperación. 25

FER.—Essa me lleua, no sé si dexando el alma.

JUL.—Amor tiene fácil la entrada y difícil la salida.

FER.—Mucho me ha de costar el deshazerme de la tenacidad de la costumbre.

JUL.—Assí dixo vn poeta: 30

Pintarle de colores como a loco,
y no llamarle amor, sino costumbre.

[*Vanse.*]

SCENA SEXTA

[*Sala en casa de Marfisa.*]

MARFISA.—CLARA.—DON FERNANDO.—JULIO

MAR.—¿Clara?

5 CLAR.—Señora...

MAR.—¿A qué hora vino a acostarse don Fernando?

CLAR.—Sentí la puerta, y despertóme más el cuidado que el ruido, y antes que me boluiesse a dormir dieron las quatro.

10 MAR.—¡Qué perdición de hombre!

CLAR.—Los años le disculpan.

MAR.—¿Sabes lo que pienso?

CLAR.—Ya sé yo que siempre estás pensando.

MAR.—Que le tiene hechizado Dorotea.

15 CLAR.—¿Echizos llamas cinco años de trato?

MAR.—Essos auían de cansarle.

CLAR.—Si estuuiera casado; que aún no quiso la lengua castellana que de casado a cansado huuiesse más de vna letra de diferencia.

20 MAR.—No es tan hermosa como dizen.

CLAR.—¿Dónde la viste?

MAR.—En la Merced vn día.

CLAR.—Pues no tienes razón; que es linda moça de gentil disposición, buen ayre y talle; los ojos son bellíssimos,

25 aunque algo desuergonçados.

MAR.—Esso quieren los hombres.

CLAR.—Mientras que no los tienen; que después más los querrían honestos.

MAR.—Esso es donaire; que quando conquistan las mugeres las querrían libres, y después santas.

CLAR.—Son vnos ojos que antes que los embiden quieren.

MAR.—¿Por naturaleza o por artificio?

CLAR.—Lo vno y lo otro, como respondió el combidado 5 al paje que le preguntó si lo quería tinto o blanco. La boca es graciosa, y no le pesa de reirse aunque no le den causa. Pica en flaca, pero no de rostro.

MAR.—Es muy de caras redondas. ¿Cómo le va de color? 10

CLAR.—Trigueño claro.

MAR.—¿El cabello?

CLAR.—Algo crespo, efeto de aquel color.

MAR.—Si fuera hombre, fuera atreuida y cobarde.

CLAR—¿Quién te lo ha dicho? 15

MAR.—Yo lo he leído.

CLAR.—Lo que es el entendimiento es notable, la condición amorosa, el despejo desenfadado, el hablar suaue con vn poco de zaceo, con que guarnece de oro quanto dize, como si no bastara de las perlas de los dientes. 20

MAR.—¡Maldita seas, pintamentiras! ¡Qué pesadumbre me has dado! ¿Qué más hiziera don Fernando en sus versos?

CLAR.—Dellos lo he sabido más que de mis ojos.

MAR.—¡Nunca tengas dicha! Aunque por ser tan necia, no te alcançará esta maldición. 25

CLAR.—Pues aún no te he dicho cómo canta y dança.

MAR.—Ya se enmienda la ignorante, grosera, descortés y bachillera, que por hablar dize lo que no sabe. ¡Qué de parte está la tonta de su don Fernando!

CLAR.—Más es tuyo que mío. 30

MAR.—¿Quándo fué mío? Pues con auernos criado juntos, aún no he merecido más amor que la llaneza de tratarnos sin cumplimientos.

CLAR.—El y Julio, su ayo o su perdición, vienen muy

aprisa, y a la puerta se queda su amigo Lodouico. [*Salen don Fernando y Julio.*]

MAR.—¿Cómo vienes desta suerte?

FER.—No sé cómo te lo diga; ponte, Clara, a la reja, y
5 mira si viene alguna justicia. [*Vase Clara.*]

MAR.—¿Qué has hecho? ¡Triste de mí!

FER.—Anoche...

MAR.—Dí, adelante.

FER.—Anoche, entre la vna y las dos, estaua hablan-
10 do..., no sé cómo la nombre.

MAR.—Yo lo diré por ti, si se te ha oluidado. Hablauas con Dorotea.

FER.—Con esse demonio, Marfisa.

MAR.—¿Ella o yo? Que juntas el demonio con mi nom-
15 bre, y siempre te lo parezco.

FER.—Déxame, por Dios te lo suplico; que no es tiempo de quexas. Hablaua en fin con ella, contándole que auía soñado mil disparates de la mar, de las Indias, de los galeones y de la plata; passaron dos hombres, amo y criado; detenían-
20 se más de lo que pueden dar licencia aquellas horas; desviéme de la reja, díxela que cerrasse la ventana, y sentéme en una piedra que sirue a los cauallos y a los amantes de la calle, que todo es vno; boluieron tan descorteses, que quisieron reconocerme, metiendo los emboços de sus capas en la mía,
25 mayormente el que la traía con oro; púseme en pie ligero, no de otra suerte que el toro que cerca de la vaca estaua echado, quando por la senda que diuide el prado siente latir los perros del caçador, que en confiança del plomo no le teme. "¿Qué quieren?,, dixe...

30 MAR.—Esso no dixera el toro.

FER.—Parece que te burlas.

MAR.—Pues ¿qué he de hazer, sabiendo quán mal se juntan vna comparación y vn sobresalto? Pero esso te ha quedado del curso de los versos.

JUL.—Señor, mira el peligro.

FER.—Ya lo veo, Julio.—Marfisa, escucha. Respondiéronme: "Saber lo que haze en aquella reja,,. "Estaua, le dixe, preguntando si auía de venir a aquellas horas algún hombre tan necio, que me lo preguntasse.,, Puse el broquel 5 al pecho, porque es grande y haze más daño que prouecho, quitando la vista; y sacando las espadas, se la puse al vno de los dos con gentil ayre.

JUL.—Y yo, ¿no era nada entonces?

MAR.—No hagas más efetos, por Dios; que temo lo que 10 queda. Dí presto; que bien puedes, pues vienes viuo.

FER.—Maté al vno y herí al otro.

JUL.—Y yo, ¿mondaua nísperos?

FER.—No se ha visto en el mundo valor como el que tuue. 15

JUL.—Y yo, ¿quedéme en casa?

FER.—Bien lo hizo Julio.—¿Qué tienes? ¿Lloras por mí, o por el muerto?

MAR.—Lloro por entrambos.

FER.—Mira si tienes qué darme; que me voy a Seuilla 20 mientras passa esta furia; porque temo que sepan quién lo ha hecho, o me conozca el que ha quedado viuo.

MAR.—¡Triste de mí! Que si no es mis joyuelas, no tengo otra cosa que darte; pero piérdanse, pues te pierdo, que eras mi mejor joya: estas arracadas tienen diez dia- 25 mantes...

FER.—No te las quites, Marfisa.

MAR.—Quien no ha de oir tus palabras, ¿para qué quiere galas en los oídos? Voy por mis cadenas y lo demás que tenga algún valor. [*Vase.*] 30

JUL.—Gran ceguedad es la tuya, pues esto no te obliga.

FER.—No puedo más; que no ay fuerças contra la influencia del cielo y el aluedrío del alma. Mas ¡cómo lo ha creído!

JUL.—Es vno de los defetos de las mugeres.

FER.—¿Quedaron las mulas a punto?

JUL.—Con sus maletas y cogines.

FER.—¿Qué pusiste en la mía?

5 JUL.—Vn vestido negro y alguna ropa blanca en vna manga verde que me prestó Ludouico.

FER.—¿Tienes botas?

JUL.—Vna sola.

FER.—De cuero digo.

10 JUL.—De lo mismo la lleuo; pero destas botas la sed son las espuelas.

FER.—Por la calle de Dorotea auemos de passar; que quiero que vea con sus ojos mi sentimiento; tú harás ruido para que se ponga a la ventana.

15 JUL.—No será menester; que en sintiendo que miran, ella se tendrá el cuidado.

FER.—¡Válame Dios! ¡Y lo que ha passado por mí desde las nueue hasta las doze!

JUL.—La comida me holgara yo que huuiera passado.

20 FER.—En Xetafe comeremos.

JUL.—No saldré yo de Madrid en confiança de Xetafe.

FER.—¿Qué te parece si fué verdadero el sueño?

JUL.—Calla; que viene. [*Vuelve Marfisa con Clara.*]

MAR.—Mis cofres he rebuelto, y quanto he hallado que
25 sea oro lleuas en este lienço.

FER.—Mi alma sale a la fiança, y en prendas desta liberalidad te dexo mi memoria. Escriuiré en llegando, y escriuiré en mi coraçón la escritura deste recibo, para que la cobres dél, si Dios me dexa boluer a verte, testigos tus
30 ojos. Mira con qué quieres que la firme.

MAR.—¿Qué firma como tus braços?

FER.—No llores, Marfisa mía; que no acertaré a partirme; porque no ay rémoras para detener vn alma como las lágrimas de lo que se adora.

MAR.—En tu rostro las estampo, a efeto de que te acuerdes que las lloraron mis ojos casi en los tuyos, por engañarme de que eran tuyas.

FER.—Alguna mia se ha mezclado en ellas, y yo te juro que las que me has puesto han hecho en mi rostro las letras 5 de tu nombre; pero ¿qué esclauo truxo en el mundo hierros de diamantes? Yo me parto.

MAR.—Yo me quedo muriendo. [*Vanse don Fernando y Marfisa.*]

JUL.—¡A, señora Clara! ¿Qué manda para Seuilla? 10

CLAR.—Que saludes en mi nombre la Giralda.

JUL.—¿No me das algo para el camino?

CLAR.—Esta sortija de açabache.

JUL.—Cosa de precio, digo.

CLAR.—La fineça de los amores es estimar las cosas de 15 poco precio; que las que le tienen, sin amor se estiman.

JUL.—También el amor se prueua en socorrer la necessidad de lo que ama.

CLAR.—¿Quién te ha dicho que te amo yo, para socorrerte? 20

JUL.—Dame essa gargantilla; que ¡por vida tuya que estás mejor sin ella! Porque essa nieue no ha menester más adorno que su hermosura.

CLAR.—Resfriaréme si me la quito.

JUL.—Yo te daré vna liga. 25

CLAR.—Pareceré cauallo con vanda al cuello.

JUL.—¿Qué traes en esta bolsilla?

CLAR.—Vnos pedaços de búcaro, que come mi señora; bien los puedes comer, que tienen ámbar.

JUL.—No los gasto de Portugal; mejor como búcaros de 30 Garrouillas.

CLAR.—Mi ama llora; voy a consolarla.

JUL.—No lo voy yo de ti; pero algún día...

CLAR.—Pues ¿qué pensauas? ¿Que era yo la menteca

de Marfisa, que paga los zelos de Dorotea con sus joyas? Vete, Julio; que no es nobleça comprar caro y vender barato, vestir locos y no pagar criados, y dar vna muger a vn hombre lo que ha menester para sí misma; si no es que ya
5 con lo que nos hurtan del trage, también quieran que les valga el priuilegio de nuestras condiciones. Pero en llegando a esto, tómense nuestros aliños, nuestros rizos, nuestros moldes y nuestros espejos; pero al pedir no toquen, porque lo tenemos executoriado desde el principio del mundo, reua-
10 lidando esta essención quantos siglos hasta el presente han presidido al tiempo [*Vanse.*]

SCENA [SEPTIMA] [1]

[*Sala en casa de Teodora.*]

TEODORA.—GERARDA.—CELIA.—DOROTEA

15 GER.—Esté en buen hora la honra de las viudas, el exemplo de las madres, la maestra primorosa de las cortesías, la caritatiua huéspeda de las desamparadas, maguer [2] aunque con poca dicha, que merecía ser princesa de Transiluania [3].

TEO.—Notable vienes, Gerarda, hablando a lo moderno
20 y a lo antiguo. ¿Cómo has casado el *Maguer* [2] y la *Primorosa*, ésta moça y aquél viejo?

GER.—Ya, Teodora, nuestra lengua es vna calabriada de blanco y tinto.

TEO.—Con esso la hablas de tan buena gana.

25 GER.—*Vn asno entre muchas monas, cócanle todas.*

---

1 *Todas las ediciones del siglo* XVII, *por error:* Octaua.

2 1632, muger; *corregido en* 1654.

3 *El original:* Transiluauania.

TEO.—No te enojes, por mi vida. ¿De dónde vienes?

GER.—Vengo de donde naci, y voy adonde tengo de morir. En la Merced he cumplido con alguna de mis deuociones.

TEO.—¿*Tose el padre prior? Bueno será el sermón.* 5

GER.—Pues en verdad que no vengo a predicar, sino a tomar doctrina de vuestra virtud.

TEO.—*Tal sea mi vida, qual es la perdiz con lima.* Ya, Gerarda, no querria más de que saliesse esta moça bien morigerada de mi educación. 10

GER.—Y essas dos palabritas, ¿de dónde son, Teodora? Bien digo yo, que se pega la habla como la sarna.

TEO.—*Comer a gusto, y hablar y vestir al vso.* ¿Reçaste por nosotras, como lo prometiste?

GER.—A los cinco rosarios me deparó mi dicha... ¿quién 15 dirás, Teodora? ¿Mas qué no lo adiuinas?

TEO.—¿Era aquella beata mortificada, que anda enseñando las cadenillas de hierro en las muñecas?

GER.—¡Sí, por cierto! *Viene de la güessa y pregunta por la muerta.* No, sino aquel cauallero indiano, que os dixe 20 esta mañana que miraua con buenos ojos a Dorotea. Allí estaua reçando como vn cordero. Deue de ser vn bendito; que mirad, amiga, no todos los hombres comen la caça que matan: amores ay honestos que se causan naturalmente por no sé qué sinfonía o simpatonía, que dizen estos que saben 25 poco latín y mucho griego.

TEO.—*Vieja que baila, mucho poluo leuanta.*

GER.—Por mi vida, que no seáis aguda, sino discreta. ¿Es mejor la perdición de Dorotea por Fernandillo? A peso de oro auiades vos de comprar *vn hombrón de hecho y de* 30 *pelo en pecho,* que la desapassionasse destos sonetos, y destas nueuas dézimas o espinelas que se vsan; perdóneselo Dios a Vicente Espinel que nos truxo esta nouedad y las cinco cuerdas de la guitarra, con que ya se van oluidando los ins-

trumentos nobles, como las danças antiguas, con estas acciones gesticulares y mouimientos lasciuos de las chaconas, en tanta ofensa de la virtud, de la castidad y el decoroso silencio de las damas. ¡Ay de ti, alemana y pie de gibao, que
5 tantos años estuuistes honrando los saraos! ¡O poderosa fuerça de las nouedades! Pero, boluiendo al señor don Bela, me dixo que no era su intento enamorar las rejas y dar materia de nota a las vezinas, sino con todo recato y decencia seruir a Dorotea, y regalarla magnífica y espléndidamente; y dígolo
10 como él lo dixo.

TEO.—*Temas ay de gauilán, que está cozido y quiere bolar.* Mirad, Gerarda; no es buena razón de estado que para sacar a mi hija deste lodo la metiéssemos en otro. Confiesso la necessidad desta casa y las obligaciones della; pero,
15 aunque sean mayores, no es bueno romper la seda por sacar la mancha. Bien creo que esse cauallero indiano fuera remedio de Dorotea, pero es mui costoso.

GER.—*Tres cosas hazen al hombre medrar: ciencia y mar y casa real.* Comadre, comadre, este mar no le nauegáis vos,
20 ya le passó el indiano; deshonor por deshonor, troquemos el perdido por el que trae prouecho. Discreta sois, miraldo bien, y consultad esta noche las almohadas; que podría ser que este cauallero se casasse con Dorotea, como lo han hecho otros muchos de mejor calidad, aunque la suya es grande,
25 con personas más desiguales y de menores méritos.

TEO.—Esso es quando se brindan el amor y la fortuna, y hechos vnos zaques, leuantan caídos y derriban leuantados; pero quando esto llegasse a casamiento, que ya tenemos verdadera noticia de que su esposo Ricardo es muerto en
30 Lima (¡bien aya Lima que deshizo y rompió tales prisiones!), ¿cómo se ha de remediar Dorotea para el honesto tálamo?

GER.—En verdad que la dificultad ha menester a Hipócrates. ¡Miren qué cadeneta en el aire para ponerse antojos!: como si los de vn nouio fuessen de larga vista, donde la men-

tira haze el papel del melindre y la confiança el del engaño. En verdad que pienso que destas desgracias han passado por estas manos más de sesenta y cinco, y que ninguno hasta agora se ha quexado. No es tan boba Dorotea, que no sabrá lleuar lo blanco de la pluma de vn palomino entre el cabello 5 para teñir a su tiempo con arte lo que ya era impossible por naturaleza.

TEO.—Gerarda, no passéis adelante; que ella y Celia están fuera, y pienso que vienen.

GER.—Voime por essotra puerta. [*Vase.*] 10

SCENA OCTAUA

TEODORA.—DOROTEA.—CELIA

TEO.—¿De dónde vienes a las dos de la tarde, Dorotea? ¿Qué templo ay agora abierto? ¿Qué deuoción te escusa? Assí se harán las haziendas de casa. Dos meses ha que co- 15 mençaste esse cañamazo para los taburetes. *Quien no ha mesura, toda la villa es suya.* Auráse comunicado mi enojo con el Cauallero de la ardiente espada: ¡quál me aurá puesto! ¿Qué don Diego Ordóñez diría tales retos sobre Zamora la bien cercada? Miren allí cómo viene: ¡qué encendida! 20 ¡qué descompuesta! ¡Plegue a Dios que yo mienta!

DOR.—Esto es lo que yo auía menester.

CEL. [*Aparte á Dorotea.*]—Ten paciencia; que importa.

DOR.—Más me importa acabar de todo punto mis desdichas que tener paciencia. 25

TEO.—¿Qué estáis hablando las dos? Haréis burla de mí a coros: *ríñeme mi madre, y yo trómposelas.* Dame de comer, Bernarda, que esta señora no vendrá en ayunas; que pasteles y fruta no aurán faltado a aquel pobre hidalgo; que hasta regalos hechos bien alcança su renta.—¿Qué haze essa 30

negra? ¿Por qué no sale de la cozina? Yo lo auré de hazer todo; que estas damas querránse recoger a contemplar en algún soneto. [*Vase.*]

CEL.—Déxala ir, no la repliques.

5 DOR.—¿Qué ruido es esse que ay en la calle?

CEL.—Vnos caualleros que van de camino, y en el habla me parece que he conocido a Julio.

DOR.—El alma me has turbado; voy a verle. ¡Ay triste! Aquel de las plumas y la cadena, ¿no es don Fernando?

10 CEL.—Agora buelue el rostro.

DOR.—El es sin duda, él se va por lo que le dixe: ¿cómo podré llamarle?

CEL.—No es possible: que va muy aprisa.

DOR.—¡Qué coléricos son los zelos! ¡Muerta soy! ¡o qué 15 mal hize! Mi Fernando se va, no quiero vida.

CEL.—¿Qué hazes, señora? ¿Qué has metido en la boca? ¡Jesús! La sortija de los diamantes se ha tragado para matarse. ¡Señora!... ¡Señora!... [*Vuelve Teodora.*]

TEO.—¿Qué quieres, Celia?

20 CEL.—Dorotea se muere.

TEO.—¡A niña! ¡A mis ojos! ¡Dorotea, Dorotea! ¿Cómo ha sido esta desgracia?

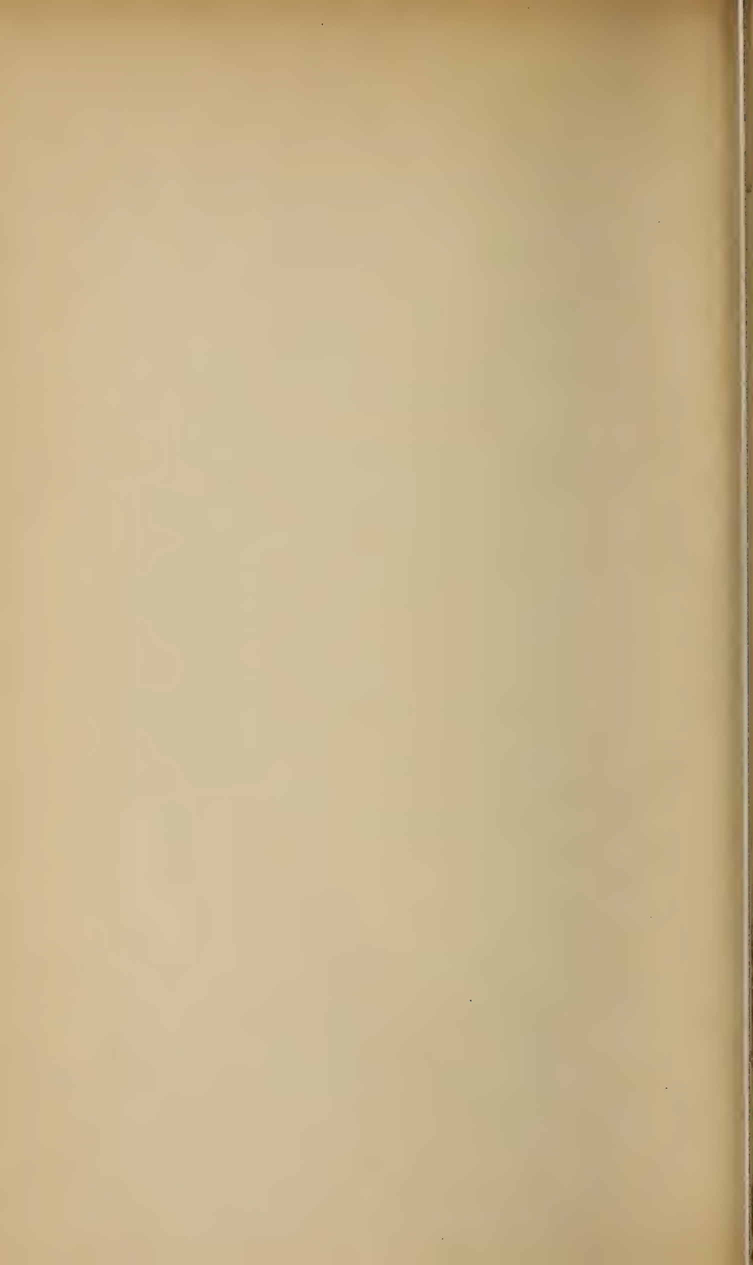
CEL.—No lo será pequeña si se muere. ¡O más firme que Porcia y con más noble muerte!: que la de Roma se 25 mató con brasas, y con diamantes ésta.

CORO DE AMOR

SÁFICOS ADÓNICOS

Amor poderoso en cielo y en tierra,
Dulcíssima guerra de nuestros sentidos,
30 ¡O, quántos perdidos con vida inquieta
Tu imperio sujeta!

Con vanos deleites y locos empleos,
Ardientes deseos y elados temores,
Alegres dolores y dulces engaños
Vsurpas los años.
Tirano violento de tiernas edades, 5
El bien persuades y al mal precipitas,
El fin solicitas del mismo a quien quieres:
Tan bárbaro eres.
Huid sus engaños, hazed resistencia
A tanta violencia, o locos amantes; 10
Que son semejantes al áspid en flores
Sus vanos fauores.
Templa las flechas en agua de oluido,
Amor bien nacido de iguales estremos,
Porque cantemos tus loores diuinos 15
En sáphicos himnos.



ACTO SEGVNDO

[*Sala en casa de don Bela.*]

SCENA PRIMERA

GERARDA.—DON BELA.—LAURENCIO

BEL.—No digo yo lo prometido, pero todo el oro que el 5
sol engendra en las dos Indias me parece poco, y aunque
se añadieran los diamantes de la China, las perlas del mar
del Sur y los rubíes de Zeylán; y a ti, discreta Gerarda, a
cuyo entendimiento se deue esta vitoria, quiero seruir por
aora con estos escudos. 10

GER.—El cielo te dé la vida que tus liberales manos merecen. No sé qué se dizen de los indianos, o tú eres excepción de la generalidad con que se habla en ellos, o por algún miserable quedaron con mal nombre, como los calabreses nobles; porque se dize que aquella tierra fué la patria 15
del hombre más infame.

BEL.—Laurencio...

LA.—Señor...

BEL.—Dale a Gerarda aquella tembladera de plata para
que haga chocolate, y vna de las dos caxas. 20

LA. [*Aparte.*]—¡Qué presto dexarán en cueros a mi
amo estas bellacas! ¿Mas qué boluemos a las Indias en calças y en jubón como el hijo pródigo? Tome, madre,

GER.—La tembladera tomo, las caxas guarda; que el chocolate que yo bebo, por acá se haze en Sanmartin y en Coca.

LA.—Coca y Mona son dos lugares que caen juntos
5 como Mançanares y la Membrilla.

GER.—¡Qué delgada es esta tembladera!

BEL.—No se repara en el peso, sino en la capacidad.

GER.—Ninguna cosa de plata perdió por el peso.

BEL.—Assí es verdad; pero pon la voluntad dentro, y
10 será pesada.

GER.—Dársela quiero a Dorotea.

BEL.—No, por Dios, Gerarda; que es destruirme. ¡Ola, Laurencio!...

LA.—Señor...

15 BEL.—Dame aquel búcaro dorado, que tiene el Cupido tirando al dios marino.

LA. [*Aparte.*]—¿No lo digo yo? Me quemen sino andan los conjuros.

GER. [*Aparte.*]—Este pícaro murmura; menester he con-
20 tentarle.

LA.—Este es el búcaro.

BEL.—Toma y dale a Dorotea; que si pone en él los rubíes de la boca, le boluerá diamante, digno de la ambrosia de los dioses; y si quieres alegorizarle estas figuras, di que
25 el Cupido es ella y yo el dios marino, pues vine por la mar a que me tirasse las flechas de sus ojos.

GER.—¡Qué discreción, qué gracia, qué aplicación tan linda! ¡O entendimiento, dulce parte del alma! Morirá-se por ti Dorotea, que está desvanecida de discreta, y
30 no ay regalos que la enamoren como concetos, ni tesoros que la obliguen como estas aplicaciones. ¿Qué dizen estas letras?

BEL.—*Omnia vincit amor*, que es vn hemistichio de vn poeta latino.

GER.—¡Jesús, don Bela! Concertados estáis los dos; que es muerta por hemistichios.

LA.—Deuen de ser en oro. [*Aparte.*] ¡O taimada vieja!

GER.—Si tú tienes algo de poeta, ganarásle el alma; porque como las mugeres son desvanecidas porque las alaben, 5 esto hazen los versos con tanta bizarría, que las bueluen locas.

BEL.—Yo le diré tales hipérboles y energías, que no me igualen quantos agora escriuen en España.

GER.—Acabóse: si ella te oye esso de hipérboles y ener- 10 gías, como suele vn niño ir los braços abiertos a quien le regala, se irá a los tuyos; que en oyendo vn vocablo esquisito, le escriue en vn librillo de memoria, y que venga o no venga, le encaxa en quanto habla. ¿Cómo dixiste essas dos vozes? 15

BEL.—Hipérboles y energías.

GER.—Parecen frutas de las Indias, como plátanos y aguacates. Aora bien, voy a darle este búcaro, y a comprarle destos escudos algunas tocas; que como la moça es virtuosa y su madre miserable, ándase todo el año en cabe- 20 llo, ¡y qué cabello! Quando le peina y tiende, parece vna Madalena en el desierto; apenas le puedo coger con entrambas manos.

BEL.—No, Gerarda, esso no; guarda tus escudos, y lléuale estos doblones para que ella los compre. 25

GER.—¡O generoso cauallero! ¡O hidalgo pecho! Dame essas manos; que te las quiero comer a besos.

LA. [*Aparte.*]—Como esso le auéis de comer tú y la donzella. ¡Ay tan grande inuención como la desta hechizera!

GER.—Compraréle de caminos medias y çapatos. ¿Ça- 30 patos dixe? Çapatillos, y aún no es bastante diminutivo. Si la viesses..., no tiene tres puntos de pie, con ser la pantorrilla bizarra cosa; y esto efectiuo, efectiuo, que no comprado.

LA.—Los diablos tiene en el cuerpo esta hechizera. ¿Mas qué le da más oro?

BEL.—No compres las medias, Gerarda; que yo se las embiaré oy, con passamanos y tabí para vn manteo.

5 GER.—Pues si vas á la puerta de Guadalajara...

LA. [*Aparte.*]—Mala jara te passe.

GER.—No se te oluide la pobre vieja; que traigo este mongil más hecho andrajos que el sayo del hijo pródigo.

LA. [*Aparte.*]—Esse será mi amo.

10 BEL.—Yo te sacaré mongil y manto.

GER.—¿Mas qué se te oluida algún manteo de frisa o de palmilla? Allí los hallarás colgados; no es menester aguardar la lista de los sastres: "daca para el angeo,,, "no ay harta seda,,, y otras impertinencias y sacaliñas.

15 BEL.—¿De qué color eres, amiga?

GER.—De todas, príncipe; que quando era moça, me inclinaba a verde; porque *quien se viste de verde, a su rostro se atreue;* pero ya, ¡mal pecado!, no ay color para mí como el abrigo, y más quando veo que se addereçan los tejados, que es la mayor señal del inuierno. Y espántome de los poetas, que quando le pintan, diziendo que ya braman los ayres, las fuentes se quexan, las aues hazen defensa a los futuros yelos, no ayan dicho: "ya se aderezan los tejados y se limpian los braseros,,.

25 LA. [*Aparte.*]—¡O, vieja futura! ¡Qué de parola mete!

BEL.—Tendrás manteo, Gerarda, que será el tejado de tu inuierno.

GER.—Dios te cubra de su gracia, y te abrigue de su 30 gloria.

LA. [*Aparte.*]—Deue de acabar el sermón.

GER.—En los ojos te veo que me le has de dar guarnecido...

LA. [*Aparte.*]—¡Y pediale de frisa!

GER.—Que, aunque vieja, no me pesa de que me digan que lleuo buenos baxos, que dan autoridad a la persona y buena opinión a la limpieza. Vn poeta dixo que los pages y lacayos eran los baxos de los señores, que, si van mal puestos, le desautorizan. No ay galán con mal pie y pierna; no 5 ay casa firme sin buen cimiento; el lodo respeta las cosas nueuas, y no se pega tanto. Finalmente, de tres jornadas que tiene la muger, conuiene a saber: la cara, la cintura y la planta, los baxos son el acto tercero. La mayor gracia en ellas y en los hombres es el andar bien: quien no está bien 10 calçado, ha de andar mal por fuerça, y apenas se ha mirado la cara del que passa, quando los ojos baxan a registrar los pies; y si no van tales, no ay pauón tan lindo que no deshaga la rueda. Quédate con Dios, y a la tarde podrás ver a Dorotea, que ya está leuantada. 15

BEL.—Madre, ¿qué fué aquello de la sortija?

GER.—Vn testimonio, zelos de casadas, embidia de donzellas, malas lenguas de mugeres libres. ¡Pobre de la hermosura! A nadie sin pensión la ha dado el cielo.

BEL.—No sé qué me dixeron de vn cauallero que se iba, 20 y que quiso matarse.

GER.—¡Matarse! Para esso está el tiempo. Como que no huuiesse alma, y se huuiesse de dar cuenta a aquel justo Juez de muertos y de viuos.

BEL.—¿Por esso lloras? 25

GER.—Soy tan deuota, que en hablando en el Señor, no puedo contener las lágrimas.

LA. [*Aparte.*]—Todo aquello es vino.

BEL.—No llores, madre.

LA. [*Aparte.*]—Sálese el cuero. 30

GER.—Voime a rezar vn poco; que tengo no sé qué deuociones; que no me daxan donzellas para casarse, ni enfermos para tener salud.

LA. [*Aparte.*]—Hará milagros.

BEL.—Mira que estaré a las tres a la puerta de Dorotea.

GER.—¡Y yo esperándote! [*Vase.*]

LA.—Señor, ¿tienes juizio? ¿Dessa manera gastas?

BEL.—Necio, las entradas del amor son éstas; en ganan-
5 do la plaça, retiraré la artillería.

LA.—¿Qué importa, si has gastado la munición, y no puedes quando quieras?

BEL.—Yo me conozco.

LA.—Y yo la corte.

10 BEL.—Ya es tarde para persuadirme: sirue y calla, Laurencio; que no te truxe para consejero, sino para criado. [*Vanse.*]

SCENA SEGUNDA

[*Sala en casa de Teodora.*]

15 DOROTEA.—CELIA

CEL.—¡Qué hermosa te haze el hábito de conualeciente! Que, fuera de la compuesta harmonía de tus faciones, como a otras lo macilento desmaya, a ti te adquiere gracia lo descolorido.

20 DOR.—Pienso que estoy muy fea; que la perfeta lisonja siempre tuuo fundamento sobre defetos.

CEL.—En ti es impossible; que yo he oído dezir que el cielo no admite peregrinas impressiones, ni tu rostro cosa indigna por lo mismo.

25 DOR.—¡Qué docta te dexó el buen Julio, maestro o ayo de aquel cauallero ausente!

CEL.—Para esto no he menester yo sus libros: bien conozco que ellos sabían; pero más he aprendido yo de ti que dellos, que sabes más que entrambos.

DOR.—En lo que más presumo que no estoy como dizes, es en lo que me encareces; que los encarecimientos mentirosos, más son consuelo de las partes defetuosas que alabanças; como quando a vna persona de mayor edad le dizen que no passa día por él; y dizen bien, porque parece que 5
ya los días le han dexado, y que él se passa sinellos.

CEL.—No le has tenido mejor en tu vida, dí lo que quisieres; porque fuera del escapulario azul sobre el hábito blanco, miras por lo condolido con tanta garabatosa suauidad, que prouocas a amor y a lástima: dos efetos que atraen la 10
voluntad entre la piedad y el gusto.

DOR.—Yo me contento con auer quedado viua. Dame vn espejo; que las mugeres, en viendo que nos alaban, deseamos ver lo que alaban, no porque no lo creemos, sino por vanagloria de gozarlo. 15

CEL.—Este es el que tú llamas Felipe Liaño, porque retrata diuinamente; pregúntaselo, y verás si no dize lo mismo.

DOR.—El dize verdad, y tú mientes. Toma, toma, cuélgale; que ni esta mañana ni aora me ha engañado. Bien 20
muestra mi rostro, como espejo de las faciones del alma, lo que tengo en ella: que yo no enfermé de destemplanças de la sangre, sino de accidentes del espíritu. ¡Ay de mí! ¿Que tan necia resolución tomé quando tan atreuida a mi amor dixe tales locuras a Fernando? 25

CEL.—No comencemos essa plática por Dios; que boluéremos á los desmayos passados, y si el primero mal te ha perdonado, porque te halló robusta, no lo hará el que le sucediere, porque te hallará débil.

DOR.—¿Qué hará mi bien aora? 30

CEL.—Estará en aquella gran ciudad, Babilonia de España, diuertido por ventura en otro gusto; que quien tuuo ánimo para irse, le aurá tenido para mudarse. Mal conoces la inconstante naturaleza de los hombres.

DOR.—De nosotras la tomaron.
CEL.—Primero fueron ellos.
DOR.—Nosotras salimos de sus espaldas.
CEL.—Con esso nos tienen en poco.
5 DOR.—Esso es por dos cosas que no caen en su culpa.
CEL.—¿Quáles son?
DOR.—Guardarles poca lealtad, o nacer desdichadas.
CEL.—Y ¿qué lealtad nos guardan ellos?
DOR.—¿Tú no ves que son hombres?
10 CEL.—¿Que son hombres? Yo me holgara de ver el priuilegio de la naturaleza, por donde consta la libertad de que vsan.
DOR.—¿Piensas tú que se les dió de valde?
CEL.—¡Y cómo si lo pienso, pues nacen como nosotras!
15 DOR.—¿No ves que está a su cargo nuestro sustento y vestido, y que corre por su cuenta nuestro amparo?
CEL.—Y ¿qué padecen las mugeres con su criança? ¡Esso no es nada! Fuera de los dolores que les cuestan. ¡Quien los ve tan humildes, diziendo taita y mama, jugando con 20 los pezones de los pechos, y a las pobres madres llamándolos reyes, emperadores y papas, y haziéndolos reir con las cosquillas! Y después, hechos vnos leones, con tan malas palabras, con tan crueles obras; y lo que es más de llorar, ensangrentando a vezes essos mismos pechos que los criaron.
25 DOR.—Yo, Celia, no quiero defendellos, que soy muger; pero assi como entre nosotras ay buenas y malas, ay también entre ellos malos y buenos. No es lo que yo siento aora ni su bondad ni su malicia; la ausencia de vno que quise me atormenta. Este bien sé yo que era bueno para mí.
30 CEL.—Ya lo será para otra.
DOR.—No me des zelos; que rodea con ellos el amor para el oluido. Díme que piensa en mí, reboluiendo la memoria de nuestras cosas passadas, sin descanso de noche, sin gusto de día; que le enfadan los amigos; que le parecen

las mugeres feas; que va y viene desde Seuilla a Madrid más vezes su imaginación que tiene el tiempo instantes; que con las desconfianças despierta la voluntad y el oluido duerme. Verdad es que yo no tengo esperança, porque solicité conmigo estos engaños, y podría dezir lo que Luis de Camoes con tanta gracia, como otras muchas cosas, en su lengua portuguesa, quexándose de amor: 5

Que naon pode tirarme as esperanças,
Que mal me tirará o que eu naon tenho.

CEL.—¡Con qué gracia hablaste la lengua portuguesa! ¿Para qué no la tendrá tu donaire? 10

DOR.—Ella es dulcíssima, y para los versos lo más suaue.

CEL.—Por tu vida, que con tu raro juizio arrojes de ti este pensamiento; y pues dizes que estás sin esperança, que te esfuerces a estar sin memoria, o que la tengas de las ofensas que aora te haze con la ira o con la condición este sujeto de tu injusta tristeza. 15

DOR.—No lo creas, Celia; que los hombres nunca están más inhábiles para ofendernos que quando maltratados; que mejor les va de ánimo quando están satisfechos de que los queremos. 20

CEL.—Sí, en verdad. Seuilla es para esso; esso dizen de la hermosura de sus damas y aquellas bocas desenfadadas, donde tan lindos dientes brillan, que, como de las Indias traen perlas a España, pueden ellas embiar perlas a las Indias. Pues el río ¡es bobo para no ser el del oluido! ¿No ves que entra en el Guadalete, aquel río del romance de la estrella de Venus? Que, preguntándole yo a Julio qué río era este que se cantaua más que nuestro Mançanares, me dixo que los antiguos pusieron allí el Leteo, que esso es Lethe, porque Guada es río, nombre arábigo, como Guadarrama, 25 30

Guadalquiuir, Guadalaxara. Pues ¡lo que cuentan de sus barcos, con los tendales de ramos de naranjos, en que passan a Triana y al Remedio!

DOR.—¡Nunca Dios te le dé, necia. ¡Qué aliuio el mío
5 quando pudiera dexir mi amor aquellos famosos versos:

Que ya mis desventuras han hallado
El término que tiene el sufrimiento!

CEL.—Ves aí lo que te ha dexado don Fernando: versos, acotaciones y vocablos nueuos, destos que no se precian de
10 hablar como los otros.

DOR.—¿Qué mayor riqueza para vna muger que verse éternizada? Porque la hermosura se acaba, y nadie que la mira sin ella cree que la tuuo; y los versos de su alabança son eternos testigos que viuen con su nombre. La Diana de
15 Montemayor fué vna dama natural de Valencia de Don Juan, junto a León; y Ezla, su río, y ella serán eternos por su pluma. Assí la Fílida de Montaluo, la Galatea de Ceruantes, la Camila de Garcilaso, la Violante del Camoes, la Siluia de Bernaldes, la Filis de Figueroa, la Leonor de
20 Corte Real. Amor no es margarita para bestias: quiere entendimientos sutiles, aborrece el interés, anda desnudo, no es para sujetos baxos; después de muerta, quiso y celebró el Petrarca su bella Laura. Fernando me quiso en Madrid, y me querrá en Seuilla; y si se le oluidare, yo le embiaré
25 allá mi alma que se lo acuerde.

CEL.—Yo, señora, deseo diuertirte: no juzgues a malicia esta pintura breue del lienço de Seuilla puesto en prática. ¿Pensauas que era el Betis como nuestro Mançanares, río con mal de piedra, todo arenas, por quien dixo don Luis
30 de Góngora, aquel famoso cordoués, que vn jumento le orinó el inuierno, y otro se le bebió el verano?

DOR.—Mançanares no se precia de profundo; que es,

como ingenio cortesano, oropel y ruido; de orillas sí y de seguridades: no es traidor como otros ríos, que han menester cada verano treinta ahogados, como aquel Minotauro que se comía los hombres; y más vale vna noche de San Juan suya entre verbenas, álamos y mastranzos, que los días que dizes de barcos enramados. Demás que, si por el Betis vienen barcos de plata a la torre del Oro, por Mançanares vienen coches de perlas y diamantes, en mil hermosas damas, adonde para quanto crían las Indias.

CEL.—Sí; pero ¿cómo puedes negar la culpa que tiene en que siendo los veranos tan humilde, se dexa entrar de mil géneros de hombres y mugeres, hecho vn valle de Josafat? Lastimosa libertad de la corte, no poco murmurada de los que saben quánto importa en las mugeres la honestidad y en los hombres el recatarla de tantos ojos. Liñán de Riaza, ingenio ilustre, habló en los paños que lava, quando dixo que era Mançanares

"Rico de plantas de pies,
Y de agua menguado y pobre.,,

Pero más satírico el otro poeta, que dixo por el mismo:

"Que no son álamos todos
Los que en el agua se ven.,,

DOR.—Déxame, Celia, vete á tu labor; que más me quiero estar sola, que con quien me pone en las heridas cáusticos para matarme.

SCENA TERCERA

MARFISA.—CLARA.—DOROTEA.—CELIA

MAR. [*A Clara, dentro.*]—Abierta está la puerta, y el estrado enfrente.

5 CLA. [*Dentro.*]—Esta es la falsa, que la principal cae en la otra calle, que corresponde a ésta, aunque todas deuen de ser falsas. [*Salen Marfisa y Clara.*]

MAR.—¿Aurá, señoras mías, vn jarro de agua para vna muger que viene del campo, y fatigada de poca salud?

10 DOR.—Désela Dios a tan gentil disposición, bizarro talle, gallardo aseo y hermosa cara. Entre, y siéntese para beberla; descansará también, y si es seruida, embiaré por vna silla para que buelua a su casa.

MAR.—¡Qué conformes palabras con la hermosura del 15 dueño! Conformáronse el cuerpo y el alma: tal licor para tal vaso.

CEL.—El del agua está aquí, no sé si fresca; que ya no enfrían las cueuas.

DOR.—No bebáis, que os hará mal sin comer algo. Trae 20 vna caxa, Celia, o mira si ha quedado algún bizcocho de los que me embió mi confessor.

MAR.—Bésoos las manos; el agua quiero sola.

DOR.—No bebáis tanto.

MAR.—Buena está, y no pierde por el olor del búcaro.

25 DOR.—Lleuáosle, con otros dos que son de la misma tierra.

MAR.—¡Tantas mercedes! Este solo lleuo por vuestro. Toma, muchacha; que es grande para la manga, donde le lleuara por estimarle, y si fuera menor le colgara al pecho.

30 DOR.—Más auéis dado que recibís, aunque fuera de oro.

MAR.—Quanto ay en vuestra casa lo es. ¡Qué aseo, qué limpieza! Vn nácar parece esta sala, y vos la perla.

DOR.—Después que estáis vos en ella, podrá parecerlo.

MAR.—Dexando la respuesta a vuestra cortesía, ¿qué contiene este hábito? 5

DOR.—Vna promessa.

MAR.—¿Auéis estado indispuesta?

DOR.—Y con gran peligro.

MAR.—No se os parece. ¿Qué mal tuuistes?

DOR.—Vn castigo. 10

MAR.—¿De qué?

DOR.—De un atreuimiento.

MAR.—Parecen males de amor, y en vos no pueden ser otros.

DOR.—Dixe lo que no pensaua, y pensando en lo que 15 dixe, solicité mi muerte.

MAR.—Creo que he oído que a vuestra puerta mató vn don Fernando a otro cauallero.

DOR.—¿Quién os dixo tan gran mentira? Mas pienso que deuió de ser él mismo. 20

MAR.—No le conozco; más sí a vna dama muy suya a quien él lo dixo.

DOR.—¿Dama muy suya?

MAR.—Ella se alaba desso.

DOR.—Celia... 25

CEL.—Señora...

DOR.—¿No escuchas esto?

CEL.—Aurán engañado a esta dama.

MAR.—También pudo ser possible; perdonad mi des-alumbramiento, si este cauallero os importa, o es acaso el 30 dueño de vuestra casa.

DOR.—Ni me importa, ni es el dueño; pero tengo vna amiga a quien él engañaua, y por ella me pesa.

MAR.—¿Con qué la engañaua?

DOR.—Con amores, con caricias, con idolatrías, con papeles discretos, con versos amorosos, con amanecer a su puerta, con zelos y con lágrimas.

MAR.—¿Lloran los hombres?

5 DOR.—Este era tan lisongero, que dezía que ya él no era hombre; porque, transformado en su dama, auía perdido el ser, y podía tener con disculpa esta condición; que en las mugeres la tiene, en quien las lágrimas son piedad, hermosura y consuelo, como mayorazgo de su imperfección.

10 MAR.—Si él las llorara por vos, disculpado estaua, que sois vn ángel, y más aora, que el vestido blanco os sirue de alua y el ábito azul de estola.

DOR.—No era yo, cierto; que si lo fuera, no le huuiera dado causa para que se partiera.

15 MAR.—¿Luego no està en Madrid?

DOR.—Fuése a Seuilla; pero cierto que me hazen sospecha vuestras preguntas, y si es que venís a informaros, ¿para qué tomastes agua? Que mejor era para mí, pues vos sois el juez deste tormento.

20 MAR.—Ni vengo a dárosle, ni vos le merecéis; passé acaso, y las conuersaciones nueuas traen mil despropósitos, y hazen caer en semejantes yerros; mas no deuéis de marauillaros, que, como es ordinario en los hombres, en sacando vna espada para ver los filos, sacarlas todos los que están presen-

25 tes; assí en nosotras, en sacando vna sus pensamientos, las demás desembainan los que tienen por mejores. Assegurarros puedo que en mi vida vi a don Fernando.

DOR.—Pues, si queréis verle, podréis presto. Dame, Celia, el escritorillo de los embustes. No os haga escrúpulo el

30 nombre; que en verdad que no soy hechizera; que le llamo assí por las bagatelas que tiene: vocablo de vn señor italiano, que me le ferió a vn instrumento que yo tenía y que él codiciaua.

MAR.—Deuíades de ser vos el instrumento; porque el

escritorio es el mejor que vi en mi vida, y tengo dos muy buenos.

DOR.—No seré galán con vos, aunque le alabéis, porque le estimo en mucho.

MAR.—¿Qué tiene esta naueta? 5

DOR.—Papeles son.

MAR.—¿Podré ver la letra?

DOR.—Parece que venís zelosa.

MAR.—Díxelo pensando que era vuestra, para ver cómo escriuís; que para todo tenéis gracia, y si es como habláis, 10 escriuiréis altamente.

DOR.—Lo uno y lo otro hago mal. Este es el retrato.

MAR.—¿Tan moço es este cauallero?

DOR.—Hízose quando le apuntaua el boço; ya le tiene, 15 aunque poco.

MAR.—¡Buena cara!

DOR.—No es lindo, pero todo junto es gentil hombre.

MAR.—Perdonad que os pregunte: ¿cómo le tenéis vos, si no es vuestro? 20

DOR.—Por la buena mano de Felipe, que todos estiman tanto.

MAR.—¿Queréismele feriar, si no os importa?

DOR.—Si vos dezís que no le auéis visto, ¿para qué queréis su retrato? 25

MAR.—Por saber si os importaua.

DOR.—Ya os dixe al principio que éste era el escritorio de los embustes.

MAR.—Disculpa bastante.

DOR.—No la tenéis vos de pedírmele. 30

MAR.—Ya os dixe la causa porque he codiciado ser amiga vuestra, y quisiera que desde luego no me encubriérades nada.

DOR.—¿Sobre qué trato queréis vos tan aprisa mis pen-

samientos? Lo cierto es que, aunque más los encubráis, se os ven los vuestros.

MAR.—Soy agente de la amiga que os dixe, y solicito su pleito. ¿Auéis tenido cartas deste cauallero?

5 DOR.—Más parecéis juez que solicitador: amainad la libertad; que, como tengo pocas fuerças y me lleuáis cuesta arriba, me voy cansando.

MAR.—¿Es clauicordio aquél?

DOR.—Es clauicordio.

10 MAR.—¿También tenéis harpa?

DOR.—Si la tañéis, holgaré de oiros.

MAR.—Nunca tuue más gracias que el desearlas. Ya soy vuestra amiga; quando estéis más fuerte y de mejor humor, vendré a oiros.

15 DOR.—Vos me le dexáis tal, que no acertaré a seruiros.

MAR.—No ha sido mía la culpa, sino del mal que tenéis.—Vamos, Clara, y no quiebres el búcaro.

CLA. [*Aparte á su ama.*]—¡Qué bueno estaua don 20 Fernando!

MAR.—Tal es el pintor que le hizo. ¡Quién pudiera tomársele!

CLAR.—Perdida queda. ¡Qué discreta has andado!

MAR.—Pocas vezes lo suelen ser los zelos. [*Vanse Mar-* 25 *fisa y Clara.*]

DOR.—¿Qué te parece desta visita, Celia?

CEL.—Que nos engañó al principio.

DOR.—¡Dama Fernando, y más si es ésta! No sin causa se le dió tan poco de lo que yo le dixe.

30 CEL.—Pues ¿cómo se fué tan aprisa?

DOR.—Porque ya deuía de tener preuenida su jornada. ¿Assí, traidor?... Pues está cierta, Celia, que no he tenido primero mouimiento de rendirme, ni al indiano ni a las Indias, hasta este punto en que he oído de la boca desta dama

traición tan grande. ¡O fementido, o falso, o cauallero indigno deste nombre! ¡A vna muger de mis prendas, ingrato, y que ha dexado por ti quanto puede atraer la hermosura, la gracia y el entendimiento en la corte! ¿Esto merecía mi verdad? ¿Esto mis braços? ¿Esto lo que he padecido con 5 mi madre y deudos, las necessidades que me han combatido, y que vencí con tan honrada resistencia? ¿Qué Penélope fué más perseguida? ¿Qué Lucrecia más rogada? ¿Qué Porcia más firme? ¡Por ti me mataua yo con espada de diamante, que no pudiera labrarse mi firmeza con muerte menos firme! 10 ¿Aquel valiente ánimo pagauas con traiciones? ¿Gustos agenos ocupauan tus braços, quando mis ojos lágrimas en las violencias de vna madre airada? No más, injustíssimo amor, no más; oy sale Fernando de mi pecho, como espíritu, a los conjuros desta muger. Bien se ve que es ella, claro está; en 15 sus razones se conoce, en sus preguntas se confirma. ¡Qué confiada hablaua! ¡El retratro me pedía! Mal hize en no dársele; pero mejor será el del alma, pues oy le saca della la justicia de mi verdad y el delito de su mentira. Quédese aquí essotro para sacarle cada día a la vergüença, dándole mil 20 golpes.

CEL.—Temo que sean con la boca.

DOR.—¿Yo auía de poner allí mis labios? ¿Yo, Celia? Plega a Dios que quando tal haga, se me peguen y junten.

CEL.—Al naipe. 25

DOR.—Sí, sí, muy tierna me dexan estos zelos; no zelos, que son de lo que se imagina, sino de lo que se prueua. Tú verás lo que passa: con vna aguja le tengo de picar los ojos.

CEL.—Quexáranse los tuyos.

DOR.—No le miraré entonces. 30

CEL.—Pues ¿cómo verás dónde le picas?

DOR.—Vn pintor tengo de llamar que le pinte vna soga al cuello.

CEL.—¡Pobre Fernando! Mira que los caualleros no lle-

uan soga; que el suplicio de su nacimiento es el azero, por lo que tiene de espada, que es la professión de la nobleza; pero hazme vna merced.

DOR.—¿Qué quieres?

5 CEL.—Que no le mates sin confessarle. Déxale venir y pregúntale.

DOR.—Dirá mil mentiras. Ea, buélueme a dar el escritorio; que oy soy Julia con la cabeça del orador de Roma.

CEL.—¿Eras tú la que boluías por los hombres? *Escaruó*
10 *el gallo, y descubrió el cuchillo.*

DOR.—Nunca pensé hallarle en tan hermosa vaina.

CEL.—Con zelos todo parece mejor; que por esso los llamaron antojos de larga vista.

DOR.—Aora por mi mal creo sus alabanças.

15 CEL.—En verdad, que no es tan linda, y para dama con demasiada frescura.

DOR.—Si es hermosa, ¿qué importa fresca?

CEL.—Ser ganapán de leche.

DOR.—Más sientes de lo que dizes.

20 CEL.—No lo hago por consolarte; pues ya lo estás de suerte, que quieres rendir tu rebeldía a vn hombre estraño.

DOR.—Ningún español lo es, aunque viua en la China.

CEL.—A mí me parece demasiado hombre para la deli-
25 cadeza de aquel tu ausente.

DOR.—La indignación facilita lo impossible.

CEL.—Deues de imaginar que al amor de Fernando le han crecido los vigotes con el tiempo, y nuestro don Bela se precia tanto dellos, que los trae con sotacola los vnos a
30 la sombra de los otros.

DOR.—Cierto que es gentilhombre don Bela.

CEL.—Esso no lo oye don Fernando ni yo puedo dezírselo.

DOR.—Escríueselo, Celia.

CEL.—¿Para qué? Pues de la primera dama que se le ofrezca dirá lo mismo.

DOR.—¿Tan presto ha de hallar dama?

CEL.—*En Toledo, el abad a güevo; y en Salamanca, a blanca.* 5

DOR.—Yo tendré quien me lo diga.

CEL.—¿Para qué, si has de querer a don Bela?

DOR.—Dios lo sabe; yo te digo que bueluan presto, y que Julio me diga quanto ha passado en mi ausencia.

CEL.—El callará por mí lo que Fernando hiziere contra ti. 10

DOR.—Yo le sabré obligar.

CEL.—¿No has oído aquel refrán que se hizo para los malos juezes? Pues encomiéndale a la memoria.

DOR.—¿Cómo dize? 15

CEL.—*Beba la picota de lo puro; que el tabernero medirá seguro.*

DOR.—Ya no se me da nada de don Fernando.

CEL.—Pareces loca.

DOR.—Al clauicordio me llego a diuertirme. 20

CEL.—Y yo escucharte.

DOR.—[*Canta.*]

Al son de los arroyuelos
Cantan las aues de flor en flor,
Que no ay más gloria que amor 25
Ni mayor pena que zelos.
Por estas seluas amenas
Al son de arroyos sonoros
Cantan las aues a coros
De zelos y amor las penas. 30
Suenan del agua las venas,
Instrumento natural,
Y como el dulce cristal
Va desatando los yelos,

Al son, etc.
De amor las glorias celebran
Los narcisos y claueles,
Las violetas y penseles
5 De zelos, no se requiebran:
Vnas en otras se quiebran
Las ondas por las orillas,
Y como las arenillas
Ven por cristalinos velos,
10 Al son, etc.
Arroyos, murmuradores
De la fe de amor perjura,
Por hilos de plata pura
Ensartan perlas en flores:
15 Todo es zelos, todo amores;
Y mientras que lloro yo
Las penas que amor me dió
Con sus zelosos desvelos,
Al son de los arroyuelos
20 Cantan las aues de flor en flor,
Que no ay más gloria que amor
Ni mayor pena que zelos.

SCENA QUARTA

GERARDA.—DORTEA.—CELIA

25 GER. [*Dentro.*]—Paz sea en esta casa, *et omnibus habitantibus in ea.*

CEL.—En los latines conozco a Gerarda; demonio es esta vieja. [*Sale Gerarda.*]

DOR.—Seas bien venida, madre.

30 GER.—Buena sea tu vida, angelito, ramillete de flores, retrato de la limpieza, estanco del aseo, cifra de la hermosura.

DOR.—¿Tantos requiebros? ¿Tantos?

GER.—Pues ¿qué quieres que te diga, si no he oído jamás tales palabras en tu boca? Que siempre me has recibido con otra cara de la que Dios te ha dado; y ¡qué cara! El te bendiga: toma, toma; que quisiera ser higuera para 5 darte dos mil en cada rama. ¡Qué niña de los ojos de amor! ¡Qué rapaza para quitarle el arco, y con la cuerda de la flecha darle dos mil açotes! Que como le pintan desnudo, no fuera menester quitalle los gregüescos. ¿De qué te ríes? Niño es, no le imagines hombre como vnos bellaconazos 10 que se van al río, y delante de todo el mundo están en cueros, que parecen ristra de açotados. Quando yo tenía marido, nunca me dexaua ir a essas fiestas; desde allí quedé tan bien enseñada: a los hospitales me voy, y les lleuo mi jarrillo de vino y mis bizcochos. Verdad es que se lo prueuo 15 en el portal, porque no les haga mal si es nueuo. Siempre que oigo cantar aquel romance que comienza: "*Dexóme amor de su mano*,,, me acuerdo del río de Madrid y de sus auenturas el mes de julio, en cuyos baños se pudiera echar vn arbitrio; que no le pagaran de mala gana los poco 20 honestos ojos.

DOR.—Madre, bien se puede ir a parte que no se vean hombres, o passar con tanta honestidad, que no los vean las mugeres.

GER.— ¡Ay, hija, que no sé qué tenemos en la imagi- 25 nación, que parece que siempre nos está diziendo, quando no queremos mirar: "¡Míralo, míralo!,, Otra vez te bueluo a dar higas; que por muchas que te dé, más hermosura tienes donde quepan. ¡Qué bizarra te hace el ábito! En essa religión qualquiera se fuera fraile: a fe que no dixera Cupi- 30 do, si te viera, lo que dixo a Venus quando se quería meter monja en Roma en el templo de la diosa Vesta: "*Quando yo fuere frayle, madre; madre, quando yo fuere frayle*,,.

DOR.—Gerarda mía, estoy mui triste.

GER.—Calla, bobilla, desconfiadilla, que estás abrasando el mundo con la nieue desse ábito, partido desse escapulario azul, como miran los astrólogos el cielo con la vanda de los signos. ¿Qué piensas que te traigo? Mira, mira, ¡qué
5 búcaro tan lindo! Aquí está Cupidillo, aquel de tu edad, aquel dulce matadorzillo. Toma, açótale, por el mal que te ha hecho: bien lo merece. Pero no, por el siglo de mi confessor; que primero me has de dar algo.

DOR.—¡Qué lindo es!

10 CEL.—A ver, señora.

DOR.—Déxale; que le ensucias, Celia.—Pero ¿qué quieres que te dé, madre?

GER.—No más de recibirle. Dí: "Yo le recibo,,.

DOR.—¿Es casamiento?

15 GER.—Pues a fe que me dieron a mí una tembladera de plata, que me ha hecho temblar oy a la comida, porque haze tres quartillos, aunque, si digo verdad, ya estauan hechos.

CEL.—Serían seis, madre.

GER.—*Contigo me entierren, que sabes de cuentas.* Pedí
20 para ti medias y çapatos, y están sacando vn manteo de tabí y vnos passamanos escarchados, que no se los puso Cleopatra tales, aquella que molía perlas para brindar a Marco Antonio; en que verás las necedades de los antiguos, pues era más a propósito brindalle con un torrezno.

25 CEL.—Madre, ¿no caen en Egipto las Garrouillas?

GER.—Anda, ignorante; que los que salieron dél suspirauan por las ollas que dexauan, y no ay olla sin tozino.

CEL.—Si prueuas con la Escritura, ¿quién puede contradezirte?

30 GER.—En mi tiempo la auía en romance, y estuuo muy bien quitada, y con santo acuerdo; porque somos muy bachilleras las mugeres, y no ay pocos ignorantes hombres.

DOR.—¿Y cómo sabes tú que tomaré esse manteo?

GER.—Como has tomado esse búcaro.

DOR.—Este es niñería, y está aquí amor presente; y siendo suyo el agrauio, no me dize que no le tome.

GER. [*Aparte.*]—Bueno va esto; no me engañaron el chapín y las tixeras: diferente está Dorotea de lo que solía.

DOR.—¿Qué dizes entre dientes? 5

GER.—Que me dan embidia tus años y tus gracias. ¡Qué piedra imán tan atractiua de voluntades y de oro tienes en essos ojos, y más después que se están riendo sus niñas de verse con el manteo! No dexó mayorazgo la naturaleza a las mugeres como la hermosura; sacará á este indiano el coraçón y los escudos. Las nauetas de los escritorios tiene llenas dellos: a la fe, niña, que me dió no sé quántos; que no te los enseño, porque los dexo guardados para mi entierro: allí estarán con el ábito pardo; no he de tocar a ellos, porque, hija, lo que importa es pensar en el fin y temer la muerte; que nos ha de pedir cuenta estrecha aquel Señor que sabe hasta los pensamientos, y no ay cabello de que no se la auemos de dar quando en el valle de Josafat nos veamos todos. 10 15

DOR.—¡Qué presto te enterneces!

GER.—Soy pecadora, Dorotea, y temo que no ay donde huir aquel tremendo día. Tú, como eres moça, estás pensando en tus galas; que, aunque dizen que el *moço puede morir y el viejo no puede viuir*, lo cierto es ir con las leyes de la naturaleza; y es ignorante el que se persuade que puede viuir, siendo viejo, más que los que mira moços; que si esto fuera, no huuiera él llegado a la edad en que está. 20 25

DOR.—¿Qué es esso, tía, que te suena en la manga?

GER.—Vn papelillo que estaua encima de la mesa deste cauallero magnífico: pareciéronme versos; y aunque es verdad que soy más aficionada a vna bota de Alaejos que a las trecientas de Juan de Mena, por si es cosa que puede aprouecharte, me le puse en la manga: léemele, por tu vida. 30

DOR. [*Lee.*]—"Receta para dar sueño a vn marido fantástico.,,

GER.—¡Que no es esse, rapaza! Muestra; que le he trocado. Este deue de ser.

DOR. [*Lee.*]—"Xaraue famoso para desopilar vna preñada dentro de nueue meses, sin que lo entiendan en su
5 casa.,,

GER.—Tampoco es ésse. Este pienso que es.

DOR. [*Lee.*]—"Oración para la noche de San Juan.,,

GER.—Creo que lo hazes adrede.

DOR.—Tía, yo leo lo que tú me das; que traes en essa
10 manga tantos papeles, que no se pueden buscar sin tabla.

GER.—Solos estos dos me quedan; que esta bolsilla era de vna agüela mía, con no sé qué cosas en latín, que deuían de ser de sus deuociones.

CEL.—Heredada tienes la virtud, Gerarda.

15 GER.—Si yo fuera como ella, ¿qué me faltaua? Aconteciale estar tres días eleuada.

CEL.—¿En pie, madre?

GER.—No, sino dormida.

CEL.—¡Qué pura virtud!

20 DOR. [*Lee.*]—"Arancel con que ha de andar vn cauallero indiano en la corte.

"Primeramente se acomodará en posada limpia, y tendrá cuidado de que nadie la sepa.

"Dirá en todas las conuersaciones que posa en casa de vn
25 amigo.

"No combidará a nadie por ningún caso.

"No tendrá coche, por no obligarse a prestarle.

"Dará ración á sus criados.

"Haráse pobre, contando siempre que se le hundió su
30 plata en los galeones, o que le robaron los nauíos de la reyna de Ingalaterra.

"Su plato, una gallina para dos días; y su olla, en que aya para él y dos pajes.

"No tenga ama; que acechan mucho y callan poco.

"No haga estrecha amistad con señores, porque no le pidan prestado.

"Con las damas sea liberal de palabras, sin ponerse a peligro de gastos impertinentes. No se enamore; que en la corte lo que se alcança, nunca fué de vno solo, y engáñase 5 el que lo piensa.

"En viendo que murmuran, diga que tiene que hazer, y váyase.

"Su trage sea honesto y limpio, y procure hablar poco, aunque parezca impossible. 10

"No se acueste sin auer dicho o hecho alguna lisonja donde pretende, que es la dotrina cortesana, ni se leuante sin auer pensado cómo guardará lo que tiene.

"De noche ha de salir los inuiernos, por lo que es perjudicial a la cabeça el sereno de Madrid, con el aderezo de 15 orejas que llaman bonete de Roma.

"Y si quiere parecer señor, no pague lo que deuiere, o por lo menos lo dilate tanto, que se muera de pesadumbre el que lo pide.,,

¿Este hombre me alabas, tía? Lo que auía menester vn 20 vidriero era vn gato que le anduuiesse retozando con los vidrios.

GER.—Mira, Dorotea; esse papel le ha dado algún traginante cosario, déstos que andan a enseñar visoños, imponer moscateles y embiar gacetas y relaciones por todo el 25 mundo. Son los primeros que saben a qué hora murió el turco en Constantinopla, quándo ay estafeta para el Cairo, cómo se dará vn arbitrio para que Madrid sea tan grande como París, juntándole con Xetafe, qué nueuas ay de la China, y otras impertinencias a este tono. 30

CEL.—Tía, ¿nunca tú has dado algún arbitrio?

GER.—Vno famoso para que vn soldado solo pudiesse defender la entrada en la Florida, o en otro puerto indiano, desde su fortaleza, a los olandeses.

CEL.—¡Sólo vn soldado! ¿Cómo?

GER.—Mira, Celia; éste auia de tener vna tinaja de azeite y vna geringa, y en viendo desembarcar los olandeses, y que venian marchando por la playa, no auia de hazer 5 más de tomar azeite y disparar a los primeros; pues claro está que por no verse manchar auian de retirarse y aduertir a los otros de que tirauan azeite: con que boluiéndose a embarcar se irian a su tierra.

CEL.—Buena estaua tu lámpara quando soñaste azeite.

10 GER.—Lee essotro papel, Dorotea, que bien se ve que es de versos.

DOR.—[*Lee.*]

"Assí Fabio cantaua
Del Tajo en las orillas,
15 Oyéndole las aguas,
Llorándole las ninfas.
La perezosa tarde
Con sombras fugitiuas
Baxaua de los montes
20 En braços de sí misma.
Las aues vagarosas
Callauan recogidas,
En tanto que la noche
Se reuelaua el día.
25 Las ruedas sonorosas
El silencio rompían,
Haciendo a rayos de agua
Esferas cristalinas.
Juntando las ouejas
30 Tuerce la honda y silua,
Porque el redil nudoso
Temprano las reciba.
Tendido yaze Fabio
En su choza pagiza;
35 No habla, que está solo;

No duerme, que suspira;
No sossiega, que piensa;
No engaña, que imagina;
No muere, que está muerto
Entre memorias viuas. 5
Ya lloraua el aurora,
Y abriendo clauellinas,
Como mirauan perlas,
Pensauan que era risa;
Quando a las solas peñas, 10
Que el eco repetían,
Cantó, passando el arco
A la sonora lira:
—Amar tu hermosura,
Gracia y discreción, 15
No quiero, Amarilis,
Que se llame amor.
Méritos del alma,
Justicia y razón,
Quiere amor que sea 20
El amarte yo.
No quieren mis ojos
Querer por fauor;
Rendirme a los tuyos
Es obligación. 25
No tengo esperança,
Toda me dexó;
Que en amar sin ella
Peregrino soy.
Del amor me dizen 30
Que es difinición
Desear lo hermoso:
Pónenme temor;
Que si tú lo eres,
Es contradición; 35
Que amor y deseo
Vno son los dos.

Si de la belleza
Los efetos son,
Parece impossible,
Pero al alma no.
5 Negar tu hermosura
Es notable error,
Y no desealla
Parece mayor.
Pero dize el alma
10 Que ella se obligó
A vencer deseos
Y amar tu valor.
Para no perderte,
(Si en tu gracia estoy)
15 Traigo tan rendida
La imaginación.
Afréntase el alma
Que amasse mi amor
Cosa tan perfeta
20 Sin gran perfeción.
Por esso, Amarilis,
A mis penas oy,
Para más fineza,
Hize esta canción:
25 *Que no quiero fauores*
Para mis penas,
Pues me basta la causa
De padecellas.
De mi amor la essencia
30 Amor sólo es;
Que aun es interés
La correspondencia.
Con tal diferencia,
Mi propria passión
35 Llama galardón
Del penar las penas;
Pues me basta, etc.»

GER.—¿Qué te parece?

DOR.—Estremadamente.

GER.—Yo te prometo que no es de los poetas que andan en quadrilla nuestro don Bela; ya puede andar aparte.

DOR.—Llámale tuyo, madre; que no es religión este co- 5 nocimiento, para que sean todas las cosas comunes.

GER.—No lo digo yo por esso, sino por encarecer su ingenio; que los entendimientos son como los instrumentos, que es menester tocarlos para saber qué consonancias tienen; y si el diuino tuyo pusiesse las manos en este chapetón de 10 la corte (que assí llaman ellos a los modernos), yo te asseguro que él descubriesse el oro oculto.

CEL.—Esso es lo que tú deseas...

GER.—De su entendimiento digo.

CEL.—Y yo de sus cofres. 15

DOR.—Mucho se precia en estos versos de amante casto; pero todos los hombres tienen esta traza. Entran diziendo que quieren ver; ven, y dizen que quieren oir; oyen, y dizen que quieren gozar; y al fin los auemos de creer si no los arrojamos al principio. 20

GER.—Dorotea, Dorotea, mientras eres niña, toma como vieja; que quando seas vieja, no te darán como a niña. Dexa de pensar en tus locuras, piensa en tu manteo; que ya me parece que te veo con él tan resplandeciente como estaua armado el señor don Juan de Austria en la 25 batalla naual entre aquellos capitanazos honradores de su nación.

CEL. [*Aparte á Dorotea.*]—Estraña es esta vieja. Mira a los despropósitos que salta.

GER.—Entonces sí que se buscauan las espadas de filos 30 negros para robustas manos, y no moldes vergonçosos para cabellos viles.

DOR.—No emiendes el mundo, madre; que te harás malquista; que a los españoles no los afemina el trage; que

el valor de las almas siempre es vno. Pero díme, ¿hallástete tú en la batalla naual?

GER.—No lo digáis a nadie: allá fuimos tres amigas por nuestro gusto.

5 CEL.—¿En coche ó por el aire?

GER.—Malicias nunca faltan.

CEL.—Pues ¿cómo fuiste?

GER.—Vnos capitanes nos lleuaron entonces.

CEL.—¿Con pies de gallo?

10 GER.—¿Qué dizes de gallo, Celia?

CEL.—Que deuías de ser polla, quando te lleuaua el gallo.

GER.—Y ¡qué tal polla! No auía en Italia española de más lindo brío.

15 CEL.—¿Y desde dónde viste la batalla? ¿Qué ventana alquilaste? O andarías, como Santelmo, de gauia en gauia.

GER.—Esse Santelmo es vna estrellica como vn diamante.

CEL.—Tú, Gerarda, bien conocerías entonces al Vchalí
20 y a Barbarroja.

GER.—¿Búrlaste, Celia? Déxate de preguntas, y mira quién llama; que parece galán en lo temeroso con que bate la puerta.

CEL.—¡Ay Dios, señora! El señor don Bela.

25 DOR.—¿El indiano?

CEL.—El mismo.

DOR.—Pues ¿quién le ha dado essa licencia? Di que no estoy en casa.

GER.—¡Ay, niña, qué término tan cruel para vn caualle-
30 ro de tales prendas!

DOR.—Esta visita tú la traçaste, Gerarda.

GER.—¿Qué preguntas? ¿Si trae el manteo? Y ¡cómo! ¡Hombre es de los que se descuidan!

DOR.—No digo sino que estáis conçertados.

GER.—¿Si son los passamanos escarchados? Y ¡cómo si lo son! Un dedo de alto tienen de oro.

DOR.—Que no te digo esso.

GER.—¡Ay, hija, que con la edad estoy destos oídos perdida! Anoche me puse en ellos vnto de conejo. 5

CEL.—Bien oye quando le dan algo.

GER.—Mira, Celia; ya estoy como los perros; que quando ven alargar la mano se llegan, y cuando la ven alçar se apartan, porque conocen que lo vno es pan y lo otro es palo; pero no tengas, mis ojos, en la calle descortésmente 10 a quien ya llegó a tu puerta; que no te ha de comer este cauallero a la primera visita.

DOR.—Tú harás que mi madre riña si le halla aquí quando venga.

GER.—Ella me ha dado licencia.—Entre, señor don 15 Bela, entre; que no está hondo. ¿De qué tiene miedo? Aquí estamos tres mugeres, que entre todas tres tenemos ciento y veinte y cinco años; pero yo sola me tengo los ochenta.

SCENA QUINTA

DON BELA.—LAURENCIO.—GERARDA.—DOROTEA.—CELIA 20

BEL.—No me tire de la capa, señora Gerarda; que a quien trae su voluntad no es menester hazelle fuerça.—Dios guarde tanta hermosura para testigo de su poder, aunque a costa de quantas vidas mata.

DOR.—Llega vna silla, Celia. 25

BEL.—No dexéis el estrado, señora Dorotea; que no soy tan gran señor, que merezca que salgáis de la tarima: tomad el almohada.

DOR.—Quando estéis sentado; y perdonad el no auer salido más passos; que me ha cogido vuestra venida tan 30

de súbito, que no halla el coraçón lugar donde se afirme.

Bel.—Mientras es vuestro, padecerá inquietud con la imaginación de emplearle en quien le merezca.

Dor.—Siempre querría que fuesse mío.

5 Bel.—Puertas tiene el coraçon por donde suelen robarle.

Dor.—Si él las tiene con guarda, estará seguro.

Bel.—Los ojos no la tienen.

Dor.—Antes muchas, como son la honestidad, el recato
10 y la obligación a la honra.

Bel.—Quando essas guardas vienen desde el coraçón a los ojos, ya suelen ellos auer mirado. Cien ojos tenía aquel pastor de Ouidio, y todos se los durmió con su encantada música Mercurio; y por esso agora los pauones, en cuyas
15 plumas los puso Juno, tienden la rueda, como solicitando que estén despiertos, y en oyendo cantar, se alteran; que piensan que vienen a matarlos.

Dor.—Con vos a lo menos ya no importará guardar los ojos, si podéis robar los coraçones por los oídos.

20 Bel.—No es mi entendimiento capaz de tanta dicha, que halle vuestra atención dispuesta a la música de mis palabras.

Ger.—¿Queréis que me ponga en medio, aunque lleue la peor parte? Paz, señores, y démoslos por entendidos.—
25 ¿Qué trae Laurencio, que está más cargado que sardesco de conuento?

Bel.—Vn poco de tela y unos passamanillos.

Ger.—Descoje, descoje, muestra, desembóçate. ¡Qué atado estás! Más difícil es de sacar esta tela de tus braços,
30 que de la tienda del mercader. ¡Qué cosa tan linda! ¿Es Milán esto? Bien ayan las manos que te labraron.

Dor.—Por cierto que es bellíssima.

Ger.—¿Pintó la primauera vn prado ni le imitó vn poeta con más flores?

DOR.—¡Qué bien assientan estas clauellinas de nácar sobre lo verde!

BEL.—Assí se casaran dos voluntades como estas dos colores.

DOR.—Lo verde es esperança y lo encarnado crueldad. 5

BEL.—La crueldad será vuestra color, y la esperança la mía; pero ¿quién las podrá casar, siendo contrarias?

DOR.—Contrarias, sí, pero no enemigas.

BEL.—Dezís bien; que vna cosa es la enemistad y otra la oposición. 10

DOR.—Tiene más esta esperança, que está esmaltada de flores, que son más que principios de la execución del fruto.

GER.—No has dicho cosa más a propósito.

DOR.—No tan aprisa, Gerarda; que muchos almendros 15 se han perdido por auer tenido flores sin tiempo.

GER.—Echástelo a perder, hija; mejor lo auías dicho, porque la producción de las flores puede ser serenidad del tiempo, y no atreuimiento del árbol, para merecer el castigo del yelo. 20

BEL.—El yelo siempre fué inclemencia del cielo, y no hazaña del ayre desnudar vn pobre almendro, que en confiança del sol se vistió de flores; mas valentía fuera despojar vn moral robusto.

DOR.—Al moral llaman discreto, porque de todos los ár- 25 boles florece el vltimo.

BEL.—Yo le llamara desdichado, pues fué tan poco fauorecido del sol.

DOR.—No es desdicha assegurar el bien que se pretende. 30

BEL.—No es bien el que llega tarde; porque tanta puede ser la dilación, que la esperança se buelua desesperación.

DOR.—La esperança tanto tiene de mérito quanto tiene de paciencia; y es tan galante efeto de amor el no tenerla,

que ha muchos días que este nombre anda desterrado de los palacios.

BEL.—El amor platónico siempre le tuue por quimera en agrauio de la naturaleza, porque se huuiera acabado el mun-
5 do. Mal amante llama Platón al que ama el cuerpo más que el alma, haziendo argumento de que ama cosa instable; porque la hermosura falta y se desflora por edad o enfermedad, y es fuerça que falte el amor o se disminuya, lo que no haría amando el alma.

10 CEL. [*Aparte.*]—¡A Platón encaxa este majadero! El ha oído dezir que Dorotea es perdida porque la tengan por sabia.

BEL.—Mas yo respondo que si la hermosura del cuerpo es lo visible, por quien lo inuisible se conoce, cada vno des-
15 tos dos indiuiduos se ha de gozar amando, el vno por los braços y el otro por los oídos.

CEL. [*Aparte.*]—Siempre oí dezir que los indianos hablan mucho, si bien todo es bueno, porque aquel clima produce raros y sutiles ingenios; pero ¿qué tiene que ver aquí Platón,
20 sino hazer a Dorotea el plato?

BEL.—¿Qué respondéis a esto?

DOR.—Estoy en estremo triste.

BEL.—En Grecia reinó vn humor en las doncellas, que se matauan todas con sus manos: assí lo escriue Plutarco.

25 CEL. [*Aparte.*]—Otro filósofo.

BEL.—Para remediar esto el Senado, mandó que a la que se matasse la sacassen desnuda a la plaça, y la tuuiessen todo el día en público descubierta; con que cessó el matarse, por el temor de la vergüença de ser de todos vistas.

30 GER. [*Aparte.*]—Medrará la pobre Gerarda con essas sofisterías.—Mira, rapaza, estos passamanos, de que pudiera el sol guarnecer los hábitos de sus planetas.

DOR.—Son más ricos que de buen gusto.

GER.—Hasta con los passamanos eres ingrata por lo que

tienen de manos; hasta agora, ¿quién te las pide? Y ¡qué tales son ellas para pedirlas, para desearlas y para encarecerlas! Como estás conualeciente, las traes sin adorno. Por vida de don Bela [*A él*] que le prestes essas dos sortijas por vn instante, verás lo que parecen en aquella nieue. 5

DOR.—Necia estás, Gerarda. ¡Jesús! ¡Qué necia!—Tened, señor, las manos.

BEL.—No desfauorezcáis, os suplico, estos diamantes, siquiera por lo que os parecen, y permitidme que yo os los ponga. 10

GER.—Acaba, muchacha. ¿Qué rehuyes los dedos? ¡Qué descortesía! ¿Tú naciste en la corte?

BEL.—En éste no vienen bien, aquí están mejor. Dadme essotra mano.

DOR.—Basta que honréis la vna. 15

BEL.—Quexárase la otra si no la igualo, y no quiero yo que aya cosa en vos que se quexe de mí.

DOR.—Ya las rindo a vuestro fauor; que no quiero que me riña Gerarda.

LA. [*Aparte.*]—¡Bueno anda mi amo! El ha dado entre Caribdis y Scila: estas dos deuen de ser los Euripos de la corte. Esto es adquirir con trabajo y gastar con desperdicio. 20

BEL.—¡Qué buenas están las sortijas! Parecen estrellas los diamantes en vuestras manos. 25

DOR.—Dezís muy bien, siendo las manos noche.

BEL.—¡Noche, señora! ¿Quándo fueron las del aurora tan cristalinas? Yo os confiesso que nunca pensé ver estrellas a mediodía hasta que vi estos diamantes en vuestras manos. 30

DOR.—Ya es mucho tenerlos en ellas; basta para que las ayáis visto con adorno. Tomad vuestras sortijas.

BEL.—¡O injusto agravio! No os las quitéis, hermosa Dorotea; que no ay en el mundo manos tan atreuidas, des-

pués de auer estado en las vuestras, ni querrán ellas sufrirlo; que el cauallo Bucéfalo de Alexandro de nadie se dexó sujetar sino de solo su dueño.

LAU. [*Aparte a Celia.*]—¡O, si tuuieran essa condición
5 las mugeres! Pero ¿dixera vna bestia lo que dixo mi amo? ¿Qué tiene que ver el cauallo de Alexandro con los diamantes de Dorotea? Parécese esto a lo que dixo cierto escritor, que la carne era como el Cid Rui Díaz; y en verdad que anda impresso.

10 CEL. [*Aparte a Laurencio.*]—Como essas cosas andan impressas.

LAU.—Y no son de las que peor se venden.

CEL.—Lo que todos entienden, todos lo compran.

LAU.—Quien no se dexa entender, ¿para qué escriue?
15 Si es para los que saben, no han menester saber lo que él sabe.

CEL.—Siempre ay más que saber que lo que vn hombre sabe.

LAU.—Tienes razón; y te asseguro que, como las cien-
20 cias son infinitas y la vida es breue, quien más sabe no sabe nada.

CEL.—Este tu amo, ¿ha estudiado?

LAU.—Lo que basta para ser bachiller, que es el peor linage de cortesanos para tratado; porque si habla con hom-
25 bres que saben, conocen lo que no sabe y se cansan de que piense que sabe: si habla con los que ignoran, huyen dél porque los tiene en poco y presume mucho. Y esto del magisterio es para las escuelas, no para las conuersaciones.

CEL.—¿Esso conoces, y comes su pan?

30 LAU.—También él me come mi seruicio.

CEL.—Enojadillo estás por lo que presumes del amor de Dorotea; que todos los que seruimos somos zelosos, y más quanto más priuados.

LAU.—Yo no lo soy de su amor, sino de su hazienda.

CEL.—Pienso que no ha menester tutor, demás de ser indiano.

LAU.—Mi señor es liberalíssimo.

CEL.—Ya auemos visto el aranzel con que pensó viuir en la corte. 5

LAU.—Como esso sabréis por la madre Cerbatana, que ya le ha quitado las sortijas, y temo que las calças.

CEL.—Desenfádate, bobo.

LAU.—No me lo digas con la mano, discreta.

CEL.—¿Luego no es fauor? 10

LAU.—Para andar en el rostro, sólo tienen licencia las damas y los barberos.

CEL.—¿Qué sabes tú si lo quiero yo ser tuya?

LAU.—Si yo no lo sé, ¿cómo quieres serlo?

CEL.—¿Truxiste mucha plata? 15

LAU.—Si leíste el aranzel, ¿cómo no sabes que nos auemos de hazer pobres?

DOR.—Hazedme placer, señor don Bela, que toméis las sortijas.

BEL.—No tomo lo que he dado; que esto tiene malo el 20 mar; entre otras condiciones, que buelue a recibir los ríos que salieron dél.

DOR.—Si los anillos fueron prisión antiguamente, presas estarán mis manos de vuestra liberalidad.

BEL.—Es impossible que lo sean de quien tiene en ellas 25 mi libertad; pero mil vezes las beso por fauor tan grande, que parece que le diminuyo si no me bueluo loco.—Muestra essas medias, Laurencio. Estos son algunos pares, porque no me dixo la color Gerarda que priua más con vuestro gusto. 30

DOR.—Estas de nácar son excelentes.

GER.—Llama este color los ojos.

DOR.—Los ojos no, sino el gusto; que de la vista mejor objeto es lo verde, y más la conserva.

LAU. [*Aparte.*]—¡Qué bachillería!

GER.—Dirán mejor con el manteo.

DOR.—Necia, lo que no se ve no se conforma.

LAU. [*Aparte.*]—¡Quál es la ninfa! Este sí que es arte
5 de amar, que no el de Ouidio. ¡Ay de los cascos de don
Bela!

CEL.—Estas blancas son mui lindas.

GER.—No para damas, que las hazen piernas de difun-
tos, y desde Juan de las Calças-Blancas son contra la pre-
10 mática del buen gusto.

CEL.—Sí, pero hazen las piernas más gruesas.

GER.—Para quien las ha menester, no para esta niña,
que no las compra ni se las deue al algodón, sino a la biza-
rra naturaleza.

15 DOR.—Estas moradas, pudiérades escusar.

GER.—Buenas son para vn obispo.

DOR.—¿Y estas doradas, tía?

CEL.—Para vn soldado de la Guardia.

GER.—Tómalas tú, Laurencio.

20 LAU.—Ya no soy de guarda.

GER.—Las moradillas serán para mí, pues que no las
quiere nadie.

BEL.—Los çapatos no truxe, que no los auía tan peque-
ños, ni se ha de calçar en tienda pie que lo auía de estar
25 del sol.

LAU. [*Aparte.*]—He aquí el sol con suelas: ¡qué hermo-
so desatino!

GER.—No gastarán mucho ámbar en las çapatillas, que
en verdad que la pueden calçar el pie con vna açucena.

30 LAU. [*Aparte.*]—¡Quál es la vieja! Y tendrá la niña sus
treze puntos, como qualquiera hijo de vezino, aunque entren
los gigantes!

BEL.—Pues, madre, ¿has visto tú el pie de la señora
Dorotea?

GER.—¡Qué pregunta! Criéla en estos braços; nadie como yo es testigo de sus perfecciones: a fe que aunque se pare colorada, que la he dado algunos açotes en esta vida. Pero, señor don Bela, ¿y la pobre vieja? ¿No reza della esta prouisión? ¿No entran aquí los oficiales y hombres buenos? 5

BEL.—Ya te lleuaron a tu casa para mongil, anascote; y el manteo se compró hecho porque tú quisiste.

CEL.—Mas, ¿que se te olvidó lo guarnecido?

BEL.—No soy tan descuidado con mis amigas: de terciopelo labrado tiene tres guarniciones. 10

GER.—La color me adiuinaste: ¿qué no acertará vn discreto? Dale tú las gracias, Dorotica, pues que por ti me abriga este liberalíssimo príncipe; Dios le abrigue con su piadosa mano. ¡Qué gran obra de misericordia vestir al desnudo! 15

LAU. [*Aparte.*]—También lo es dar consejo al que le ha menester.

GER.—¡Qué buena cuenta, qué cabal, qué entera que darás el día del Juizio, quando se ponga en vn peso este mongil, y este manteo! No le perderá de mí don Bela: desde aora le prometo cada día un rosario por él y por las ánimas de sus difuntos; que yo soy mui deuota del purgatorio. 20

LAU. [*Aparte.*]—De las bolsas.

BEL.—Hermosa Dorotea, desde que entré aquí puse los ojos en aquel harpa; de vuestras muchas gracias me dizen que es vna la voz y la destreza; no os tengáis por desseruida de que os suplique me favorezcáis con dos versos de lo que vos tuuiéredes más gusto. 25

DOR.—Sólo tengo de música el escusarme, porque me falte todo.—Dame aquella harpa, Celia. ¿De qué estás rostrituerta? 30

GER.—Y tiene razón, que no le han dado medias.

CEL.—¿Nací yo en las maluas?

DOR.—Toma estas blancas.

CEL.—La voluntad, no las medias te agradezco.

BEL.—De todas maneras queréis honrarme. ¡Qué bien parecen las manos en las cuerdas!

5 GER.—Como los diamantes, hazen diuersas luzes.

LAU.—Nosotros quedaremos ascuras.

DOR.—Perdonad el afinarla; que es notable el gouierno desta república de cuerdas.

BEL.—Las dos órdenes hazen más fáciles los bemoles.

10 DOR.—Deuéis de saber música.

BEL.—Afición la tengo.

DOR.—[*Canta.*]

"Cautiuo el Auindarráez
Del alcaide de Antequera,
15 Suspiraua en la prisión;
¡Quán dulcemente se quexa!
Don Rodrigo le pregunta
La causa de su tristeza,
Porque el valor de los hombres
20 En las desdichas se muestra.
"¡Ay!, dize el Abencerrage,
Valiente Naruáez, si fueran
Mis suspiros mi prisión,
Vuestra vitoria mis quexas,
25 Agrauiara mi fortuna,
Pues me dan menos nobleza,
Que ser vuestro esclauo alcayde,
Ser Bencerrage y Vanegas.
Oy cumplo veinte y dos años;
30 Essos mismos ha que reina
Vna mora en mis sentidos,
Por alma que los gouierna.
Nació conmigo Xarifa:
Bien deuéis de conocerla,
35 Porque tienen igual fama

Vuestra espada y su belleza.
Mal dixe veinte y dos años,
Pues quando estaua en su idea,
A quererla antes de ser
Me enseñó naturaleza. 5
Ni por estrellas la quise;
Que fuera del cielo ofensa,
Si para amar su hermosura
Fueran menester estrellas.,,

BEL. —¡Excelentes ocho versos! ¿Cúyo es este romance? 10
DOR. —De vn cauallero que está agora en Seuilla.
BEL.—¿Cómo se llama?
DOR.—Oid lo que queda. [*Canta.*]

"El criarnos como hermanos
Hizo impossible mi pena, 15
Desesperó mi esperança
Y entretuuo mi paciencia.
Declaróse nuestro engaño
En vna pequeña ausencia,
Si bien la de sola vn hora 20
Era en mis ojos eterna.
Por cartas nos concertamos
Que fuesse esta noche a verla;
Salí galán para bodas,
Que no fuerte para guerras. 25
Quando llegastes, Rodrigo,
Iba cantando vna letra
Que compuse a mi ventura,
Que a mis desdichas pudiera.
Resistíme quanto pude; 30
Mas no valen resistencias
Para contrarias fortunas:
Preso yo, Xarifa espera.
¡Qué bien dizen que hay peligro
Desde la mano a la lengua! 35

Pensé dormir en sus braços,
Y estoy preso en Antequera.,,
Oyendo el piadoso alcayde
Su historia amorosa y tierna,
5 Para boluer a Xarifa
Liberal le dió licencia.
Llegó el moro, y el sucesso
Después del alua le cuenta;
Que no son historias largas,
10 Antes de los braços buenas.,,

BEL.—¡Dichoso moro!; pues aun hasta agora lo es en cantar sus dichas essa voz celestial, que me ha tenido abstracto de mi mismo todo este tiempo.

GER.—¿Qué te parece, Dorotea, de aquello de *abstracto?*
15 ¿No te dixe yo que era muy discreto?

DOR.—Tia, yo viuo tan sola y recatada, que siempre seré necia: el señor don Bela ha visto mucho mundo.

BEL.—Sí, pero en todo él ninguna cosa como vos.

DOR.—Toma, Celia, el harpa; que me obliga a mucho
20 esta respuesta.

GER.—No, por tu vida, niña, no lo dexes tan presto. Rogalde, señor don Bela, que buelua a cantar otra cosa; que si tuuiera con qué obligarla, ya la huuiera premiado el gusto con que os ha fauorecido; que no suele ser tan liberal
25 desta gracia; pero ¿qué no se deue a vuestra gentileza?

BEL.—Con este maridage de rubí y diamante puedo seruirla.

GER.—*Arador de palma no le saca toda barba.*

LA. [*Aparte.*]—¡Qué astuta vieja!
30 DOR.—[*Canta.*]

"Corría vn manso arroyuelo
Entre dos valles al alba,
Que sobre prendas de aljófar

Le prestauan esmeraldas.
Las blancas y roxas flores
Que por las márgenes baña,
Dos vezes eran narcisos
En el espejo del agua. 5
Ya se boluía el aurora,
Y en los prados imitauan
Zelosos lirios sus ojos,
Jazmines sus manos blancas.
Las rosas en verdes lazos 10
Vestidas de blanco y nácar,
Con hermosura de un día
Dauan embidia y vengança.
Ya no baxauan las aues
Al agua, porque pensauan, 15
Como daua el sol en ella,
Que eran pedaços de plata.
En esta sazón Lisardo
Salía de su cauaña,
¿Quién pensara que a estar triste, 20
Donde todos se alegrauan?
Por las mal enxutas sendas
Delante el ganado baxa,
Que a vn mismo tiempo paciendo,
Come yelo y beue escarcha. 25
Por otra parte venía
De sus tristezas la causa,
Hermosa como ella misma,
Pues ella sola se iguala.
Leyendo viene vna letra 30
Que a sus estrellas con alma
Compuso Lisardo un día,
Con más amor que esperança.
Viole admirado de verla,
Y de vnas cintas moradas, 35
Para matalle a lisonjas,
El instrumento desata,

Y por dos hilos de perlas,
Que dos claueles guardauan,
Dió la voz al manso viento,
Y repitió las palabras:
5 "Madre, unos ojuelos vi,
Verdes, alegres y bellos:
¡Ay, que me muero por ellos,
Y ellos se burlan de mí! ,,

GER.—A ti sola te sufriera villancico que entrara con
10 madre, porque en fin la tienes y eres tan niña; pero no a vnos barbados, quando comiençan:

"Madre mía, mis cabellos...,,

Aunque ya, mejor lo pueden dezir los hombres que las
15 mugeres.

DOR.—[*Canta.*]

"Las dos niñas de sus cielos
Han hecho tanta mudança,
Que la color de esperança
20 Se me ha conuertido en zelos:
Yo pienso, madre, que vi
Mi vida y mi muerte en vellos.
¡Ay, [que me muero por ellos,
Y ellos se burlan de mí!],,

25 BEL.—¡Qué graciosa repetición! ¿Cúyo es el tono?

GER.—De la misma que lo canta: ¿esso preguntas?

BEL.—¡O, que mal pregunté! Que no faltará habilidad ninguna a quien el cielo dotó de tantas gracias.

GER.—Pues si la viéssedes poner las manos en vn claui-
30 cordio, pensaréis que anda vna araña de cristal por las te-

clas. Pues, ¡escribir vn papel de letra assentada! Puede trasladar priuilegios; y si es de prisa, copiar al buelo sermones.

DOR.—[*Canta.*]

> "¿Quién pensara que el color
> De tal suerte me engañara? 5
> Pero ¿quién no lo pensara
> Como no tuuiera amor?
> Madre, en ellos me perdí,
> Y es fuerça buscarme en ellos:
> ¡Ay, [que me muero por ellos, 10
> Y ellos se burlan de mí!],,

BEL.—Es excelente; pero yo me atengo al moro.

DOR.—¿Por qué, señor don Bela?

BEL.—Porque esto de pastores, todo es arroyuelos y márgenes, y siempre cantan ellos o sus pastoras: deseo ver vn 15 día vn pastor que esté assentado en banco, y no siempre en vna peña, o junto a vna fuente.

GER.—¡Jesús, qué gracia!

BEL.—Sea verdad que Teócrito y Virgilio, vno griego y otro latino, escriuieron bucólicas. 20

GER.—¿No te lo dixe yo, niña? ¡Mira qué sabiduría con aquel talle! Entendimiento tiene que podía ser feo.

BEL.—El romance de Auindarráez me auéis de hazer merced de darme; que quiero ver vuestra letra.

DOR.—Yo haré lo que me mandáis, y os seruiré con bol- 25 uerle a cantar; por ventura no os parecerá tan bien.

BEL.—¿Qué hazes, madre? ¿Para qué me andas en las faltriqueras?

GER.—Como te vi tan eleuado en la voz de Dorotea, quise hazerte vna burla. 30

BEL.—Bien pudieras, porque he estado en éxtasis escuchando al mismo Orfeo.

LAU. [*Aparte*].—Y échasele de ver en que lleua tras sí las bestias.

BEL.—¡O, moro, más dichoso por celebralle vuestra boca que por la liberalidad del alcayde en dexarle boluer á su
5 Xarifa! Sutil anduuo el poeta en dezir que antes de nacer la quiso Auindarráez en la ideal fantasía de la naturaleza.

DOR.—Los poetas son hombres despeñados; toda su tienda es de impossibles.

BEL.—Y de sentencias graues quando escriuen cosas se-
10 rias: valerme quiero de aquel concepto, y dezir que os quise antes que tuuiesse ser.

DOR.—Si os valéis desso, pensaré que vuestro amor es poesía.

LAU. [*Aparte*].—Presto será historia, y plega a Dios que
15 no sea trágica.

DOR.—Mi madre llama por la puerta principal: salid por ésta; y tú quita de aquí todo esto, no lo vea; que no tendré remedio de boluer a veros.

BEL.—¿Y quándo será, señora mía?

20 DOR.—Gerarda os lo dirá, que aora no puedo. [*Vanse don Bela y Laurencio.*]

GER.—No tiene mala traça el indiano.

CEL.—De darte su hazienda.

DOR.—En efeto, he tomado lo que no pensaua.

25 GER.—Piensa en lo que has de tomar, que esto ya lo tienes.

SCENA SEXTA

TEODORA.—DOROTEA.—GERARDA.—[CELIA]

TEO.—¿Qué hazías, Dorotea?

DOR.—Aquí estaua con Gerarda.

TEO.—¡Con Gerarda! Milagro. 5

DOR.—¿Porqué, milagro?

TEO.—Porque nunca te he visto muy deseosa de su conuersación.

GER.—Estáuale diziendo que en el repartimiento de mis monjas, de los santos deste año me auía cabido Santa Inés, 10 y auíame enternecido con su martirio, y contáuale su vida. ¿De dónde vienes?

TEO.—De ver vna amiga que estaua de parto.

GER.—¿Porqué no me lleuaste contigo? Pusiérale la rosa de Jericó, y mi nómina de reliquias. 15

TEO.—Ya parió vna muchacha como vnas flores; pero no se parece a su padre.

GER.—Imaginaría essa muger en otro; que no todos los sucessos han de ser culpas.

TEO.—Vn lunar tenía, que se le he visto yo a vn amigo 20 de su marido.

GER.—Ves aí lo que yo digo: estaríasele mirando aquel día, y la imaginación hizo efeto; tan inocente está essa muger como yo misma, que no he dado passo oy que no sea en mis deuociones. 25

DOR.—Madre, lleno traes de lodo el manto.

TEO.—Salpicóme vn cauallero destos que van desollinando las ventanas.—Ponle al sol en esse huerto, Celia.

DOR.—Nunca sales que no te suceda algo.

TEO.—El otro día caí en vna cueva. 30

DOR.—¿Porqué sales sin báculo.

TEO.—Porque tú eres el de mi vejez, y no quieres andar conmigo.

DOR.—Vas muy despacio.

5 GER.—Cansada vienes, Teodora; dí que te den un traguecito si dura aquello del otro día.

CEL.—*Pide el goloso para el deseoso.*

DOR.—Madre, mejor es que se quede a comer con nosotras Gerarda.

10 TEO.—¿Qué nouedad es ésta?

GER.—Dios te lo pague, niña, y quedaráse mi puchero para la noche; que en verdad que no le auía echado garuanços por ir de presto a missa.

TEO.—¡Ay! ¿Qué búcaro es éste?

15 DOR.—Vna amiga me le ha feriado al manteo que tú dezías que auía vendido, y de rabia no he querido enseñártele.

TEO.—Aunque te dixe aquellas cosas, bien sé yo tu virtud y honestidad, Dorotea. ¡Qué lindo es el búcaro!.

GER.—Si hablas en su virtud desta niña, será nunca aca-
20 bar; si fuera en el tiempo de las fábulas, y si fuera piedra, como Anaxarete.

CEL.—Ya está aquí la comida.

TEO.—Siéntate, Gerarda.

GER.—De capellana os tengo de servir: *Benedicite...*

25 DOR.—*Dominus...*

GER.—*Nos et ea que comituri somos, benedicat Deus in corporibus nostros.*

TEO.—No tanta fruta, Dorotea; que estás muy conualeciente. Dexa las vbas.

30 DOR.—¿Qué me han de hazer? Que ya estoy buena.

TEO.—Toma estos higos, Gerarda.

GER.—Por ti tomaré vno, que no lo hiziera por el padre que me engendró; pero es menester que sepas que con vn higo se bebe tres veces.

TEO.—¿Quién lo escriue?

GER.—El filósofo Alaexos: ¿pensaste que era Plutarco? Abrole por medio.—Dame, Celia, la primera.

TEO.—¿Sin comerle bebes?

GER.—Agora le hecho vn poco de sal. Dame la se- 5 gunda.

TEO.—Ya tienes las dos aparte; ¿qué harás agora?

GER.—Cerrar el higo y dame la tercera.

CEL.—Bebe, y buen prouecho; pero mira que es fuerte.

GER.—*Más fuerte era Sansón, y le venció el amor.* Bien 10 aya quien te crió.

TEO.—¿El higo echas por la ventana, después de tantas preuenciones?

GER.—¿Pues él auía de entrar acá? No se verá en esse gozo. 15

TEO.—Dexa el tozino, Dorotea; come tu pollo, que no estás para esso.

DOR.—Todo lo tengo de dexar. ¡Pollo, pollo! Ya me tienen más cansada que castañas en quaresma.

GER.—¡Quál está el tozinillo! Dame a beber, Celia, que 20 te descuidas de mí: y a fe que no me lo deues; que quando estás haziendo tu labor, oluidada de mí, estoy yo estudiando los nominatiuos de tu casamiento; y la noche de San Juan vi grandes cosas en vn orinal de vidrio; y a fe que quien passó a tales horas, que no venía a burlar. Toribio dixo: 25 "Montañés será tu marido,,.

CEL.—¿Cosa que sea destos que venden agua?

GER.—¿Pues qué querías? ¿Que tuuiesse solar, pendón y caldera? Dame de beber, que me ahogo.

CEL.—¿Tan presto, tía? 30

GER.—¿Esto es presto? Bueno por mi salud. *Esto y nada lleuáoslo en la halda.*

TEO.—Come dessa gallina, muchacha.

DOR.—No puedo más, señora; que cocida me haze asco.

GER.—Come, Dorotea; que *cara sin dientes haze a los muertos viuientes.*

DOR.—¿Y quién es la cara sin dientes?

GER.—Las gallinas, hija, que crían linda carne.

5 CEL. [*Aparte.*]—Quando la vieja anda por refranes, buena está su alma.

TEO.—Tú me agradas, Gerarda, que hablas y comes.

GER.—*Esse niño me alaba, que come y mama.*

CEL. [*Aparte.*]—Otro refrancito. ¡Qué colorada está la 10 madre! Parece madroño, y la nariz zanahoria.

GER.—Quando yo me acuerdo de mi Nuflo Rodríguez a la mesa... ¡Qué dezía él de cosas! ¡Qué gracias! ¡Qué cuentos! Dél aprendí las oraciones que sé. Era vn bendito, no hizo en su vida mal a un gato; que quando le sacaron a 15 la vergüença fué por ser tan hombre de bien, que nunca quiso dezir quién auía tomado los platos del canónigo. Aora parece que le veo por essa calle Mayor; ¡qué cara lleuaua en aquel pollino! No dixeran sino que iba a casarse Y como él tenía tan linda barba, agraciáuale mucho el desenfado 20 con que picaua aquella bestia lerda. Ya le dezía yo que no saliera sin acicates.

TEO.—Gerarda, no bebas más; que dizes desatinos, y en otra parte pensarán que era verdad lo que dizes. ¿Para qué lloras?

25 GER.—Porque fué crueldad lleuarle a galeras.

CEL.—Ya lo emienda.

GER.—Dios manda que se digan las verdades.

TEO.—No en daño del próximo.

GER.—¿Qué daño es contar sus alabanças, Teodora, ni 30 refrescar la memoria del bien que se ha perdido?

CEL.—A lo menos refrescar lo bien que se ha bebido.

GER.—La primera vez que me halló en aquella niñería del estudiante, fué notable su paciencia. Era inuierno, y echónos a mí y a él vn jarro de agua en la cama, diziendo

con aquella bondad de que él se preciaua mucho: "*A los vellacos, moxallos*,,.

TEO.—¿No aduiertes, Dorotea, la condición del vino?

DOR.—Fíale tus secretos; que éssa es la primera de sus faltas. 5

TEO.—¡O infame vicio, tan opuesto a la honra como aborrecido de la templança!

DOR.—Quanto vino entra, tantos secretos salen.

TEO.—Desde que le pisaron, por huir de los pies, se sube a la cabeça. 10

CEL.—¿Para qué me hazes señas, tía?

GER.—¡Para que me lo preguntes, necia! ¿Quánto va que me leuanto? ¿Pues no me entiendes?

CEL.—Ha caído vn mosquito.

GER.—No ayáis miedo que se descalabre; no le saques, 15 Celia, que son los espíritus deste licor, como los átomos del ayre; el vino los engendra, y a nadie le parecieron sus hijos feos. *Y cuando dieres vino a tu señor, no le mires al sol.*

CEL.—*Que quiera, que no quiera, el asno ha de ir a la feria.* 20

GER.—*Pesa presto, María, quarterón por media libra.*

CEL.—*No cabe más la taça, que no es saca de lana.*

GER.—La leche de los viejos es el vino: no sé si lo dize Cicerón o el Obispo de Mondoñedo. ¡Ay mi buen Nuflo Rodríguez! 25

TEO.—¡A la tema buelue!

GER.—En su vida reparó en mosquito; todo quanto venía colaua, que era vna bendición. Llamaua grosera al agua, porque criaua ranas; y vna de las cosas con que me venció para que no la bebiesse, quando me casé con él, fué dezirme 30 que auían de cantar en el estómago; y púsome tanto miedo, que desde entonces, sea Dios bendito, no la he prouado. Pues ya, para lo que me queda, con su ayuda bien sabré salir deste peligro.

CEL.—Mire que se duerme, tía.

GER.—*Viéneme el mal que me suele venir; que después de harto me suelo dormir.*

CEL.—*Pues si sabe la falta, dexe la causa.*

5 GER.—*Vn cuchillo mesmo me parte el pan, y me corta el dedo.*

CEL.—*Labrar y hazer albardas, todo es dar puntadas.*

GER.—La primera vez que yo me fuí de con mi Nuflo, no estuue más de cinco meses fuera de su casa; aún aora se 10 me acuerda con qué gracia que me dixo, quando boluí: "Aguardaría la señora a que fuesse por ella,,.

TEO.—Madre Gerarda, come más y bebe menos; que con la sal de tus gracias, te brindas a ti misma.

DOR.—Ya me pesa de que la ayas combidado.

15 GER.—¡Ay, Dorotea! Como eres niña, no has menester al vino, ni sabes sus virtudes.

DOR.—Querrás agora ser su coronista.

GER.—Díxome mi dotor que el vino viejo que passa de quatro años es caliente y seco en el tercero grado.

20 DOR.—¿Qué son grados, tía?

GER.—Hija, ¡todo lo que ha de saber quien viue en este mundo! Digo yo que serán más o menos cantidades. Finalmente, el vino, mientras más se enuejeze, más calor tiene; al contrario de nuestra naturaleza, que mientras más viue, más 25 se va enfriando; es mejor el más oloroso, más poderoso y espiritoso, no amargo ni con punta de vinagre, porque ha de ser agradable a todos los sentidos, y el que dança en la copa, tenle por más gallardo.

TEO.—*El pan con ojos, el queso sin ojos, el vino que sal-* 30 *te a los ojos.*

GER.—Este que digo, ayuda a la virtud expulsiua, resuelue los malos humores y quita las ventosidades; es bueno para los que tienen crudezas en las venas y en otras partes.

TEO.—Esse vino no es para gente moça, y el verano sería veneno; el inuierno será bueno para viejos y flemáticos. Este es razonable; pero ha de beberse con templança; que dessa manera alegra el coraçón y fortaleze los espíritus.

DOR.—Para huir las ofensas del vino, no se han de comer cosas dulces y apetitiuas. 5

GER.—¡Qué segura estoy desse cuidado!

TEO.—Si huuieras tomado antes del mantenimiento siete almendras amargas o de otras cosas astringentes, no te ofendiera el vino. 10

GER.—¡Ay, Teodora!, déxate de esas inuenciones; no ay cosa como siete torreznos. ¿Yo siete almendras? Dáselas a los siete infantes de Lara; que ya soy mayor de veinte y cinco años, y sé lo que me cumple.

CEL.—Perdida está la vieja. 15

DOR.—Tía, ¿quál es la mejor agua?

GER.—Niña, la que cae del cielo, porque no la bebe nadie.

DOR.—Dizen que la clara sutil, que nace al Oriente y corre por la tierra, no sobre piedras. 20

GER.—Corra por donde quisiere, no aya miedo que yo me fatigue por alcançarla.

DOR.—No sé cómo dizen que el vino da buena lengua, y que algunos, para hablar con osadía a los grandes príncipes, se valen de su fauor; porque yo veo, Gerarda, que no hablas claro. 25

GER.—Esso no nace del vino, sino del sueño.

DOR.—Y el sueño, ¿de quién nace?

GER.—De estar confortadas las partes intrínsecas.

DOR.—Mucho te costó salir de essa palabra. 30

GER.—¿Cómo ha tanto que no viene Celia a refrescarme? Dame tú de beber, negra; que esta moça me quiere mal porque la riño sus trauesuras.

CEL.—La negra está en la cozina.

GER.—Pues dame tú de beber, donzella de la Vera, y perdona, que ya sé te que traigo hecha pedazos.

CEL.—No quiere señora.

GER.—*Este tu hijo don Lope, ni es miel, ni es hiel, ni* 5 *vinagre, ni arrope.*

CEL.—En los ojos tienes esso postrero, como has llorado.

GER.—*Quando dan por los aladares, canas son, que no lunares.* Dame sin que lo vean.

CEL.—Nuue vezes has bebido.

10 GER.—*Escuderos de Hernán Daza, nueue debaxo de vna manta.*

CEL.—No la aurás menester esta noche.

GER.—*No tiene más frío nadie que la ropa que trae.*

TEO.—Mira, Gerarda, que te hará mal, y que Celia y la 15 negra se están riendo, y con ser tu amiga Dorotica, no te la perdona.

GER.—*Quando el guardián juega a los naypes, ¿qué harán los frailes?*

TEO.—Quítale essas azeitunas, negra.

20 GER.—Bien puede, que vn hora aurá que estoy con el huesso de vna, pidiendo una consolación.

TEO.—Alça esta mesa, y dale, niña, vn poco dessa gragea a Gerarda.

GER.—*Gragea a Guinea:* reuentado sea mi cuerpo, si en 25 él entrare. No se hallará en todo mi linage persona que aya comido dulce; en mi vida fuí a bautismo por no ver el maçapán y los almendrones; quando voy por las calles, me voy arrimando a las tabernas, y huyendo de las confiterías, y en viendo vn hombre que come cascos de naranja, le miro si 30 tiene ojos azules. Pues ¿passas? Maldito sea el coraçón que las passó, ni al sol, ni a la lexía.

CEL.—Ande acá, tía, que no está para firmar.

GER.—*Si como tiene orejas, tuuiera boca, a muchos llamara la picota.*

CEL.—Con buenas oraciones se alça la mesa.

GER.—No quites los manteles; daré gracias, pues eché la bendición.

TEO.—Dí; veamos.

GER.—*Quod habemus comido, de Dominus Domini sea benedito, y amicos y a vobis nunca faltetur, y agora dicamus el sanctificetur.* 5

DOR.—No se le puede negar que tiene gracia, y yo conozco muchos presumidos de ciencias que saben menos latín. 10

GER.—Después de comer, siempre tengo yo mis deuociones.—Lléuame al oratorio, Celia.

CEL.—Tía, mejor es a la cama. No te cargues tanto, que pesas mucho.

GER.—*La puerta pesada, puesta en el quicio no pesa nada.* 15

CEL.—*Topaste en la silla. Por acá, tía.*

TEO.—¡Qué golpe que se ha dado! Lléuala con tiento, ignorante.

CEL.—¿Qué tiento, si no le tiene? 20

CORO DE INTERES

DÍMETROS JÁMBICOS

Amor, tus fuerças rígidas
Cobardes son y débiles
Para sujetos ínclitos 25
De conquistar difíciles.
Al interés espléndido
Son las empresas fáciles,
Con el oro dalmático
Y los diamantes scíticos. 30
El dar, pródigo artífice,
Constantes hizo adúlteras;

No todas son Eurídices,
Euadnes y Penélopes.
Ya no se mata Píramo,
Ni son las Daphnes árboles
5 Para la sacra púrpura
De las doradas águilas.
¿Qué Cáucaso, qué Ródope,
Qué mármoles ligústicos,
No buelue en cera líquida
10 Este metal dulscíono?
Amor a Venus cándidá,
Porque en los braços hórridos
La vió de vn feo sátiro,
Lloró con tiernas lágrimas.
15 Al fiero Marte indómito
Y al claro Apolo Délfico,
Por vn Fauno ridículo
Trocó la diosa impúdica.
No piense amor solícito
20 Por las vitorias de Hércules,
Que sus historias trágicas
Ha de escriuir en pórfidos;
Que mis pomas hespérides
Han de vencer sus máquinas
25 Y los mayores triunfos
De los romanos Césares.

ACTO TERCERO

[*Sala en casa de don Fernando.*]

SCENA PRIMERA

DON FERNANDO. — JULIO

FER.—Apenas, ¡o Julio!, he llegado, quando quisiera 5
no auer venido. Bien dixo aquel poeta:

"¡O gustos de amor traidores,
Sueños ligeros y vanos,
Gozados, siempre pequeños,
Y grandes, imaginados!,, 10

JUL.—Pues ¿qué es lo que aora te da pena? ¿Esta era
la prisa? ¿Esto dezir que se auía parado el tiempo? ¿Esto
hazerme leuantar antes que supiessen los pájaros que amanecía?
¿Para esto prometías tanto dinero a los moços del
camino, porque te pusiessen en la corte el día que se- 15
ñalauas?

FER.—¿De qué te admiras, Julio? ¿No sabes que se esfuerça
más el deseo quando tiene más cerca la causa? Otros
que vienen de ausencias largas, descansan de sus cuidados
con ver el dueño dellos; pero, ¡infeliz de mí! ¿a qué he ve- 20
nido, si no tengo de ver a Dorotea?

JUL.—¿Quién te lo quita?
FER.—El mismo amor, que me lo manda.
JUL.—No pienses en lo que piensas.
FER.—¿Cómo puedo no pensar en lo que pienso?
5 JUL.—Diuirtiendo el pensamiento.
FER.—Dame vn libro.
JUL.—¿Latino, francés o toscano?
FER.—Dame a Heliodoro en nuestra lengua.
JUL.—¡Gentil deuocionario! Toma.
10 FER.—Aquí dize: [*Lee.*] "*Teágenes y Clariquea quedaron solos en la cueua, juzgando por gran bien la dilación de los trabajos que esperauan; porque, hallándose libres, se dieron los braços amorosamente*,,. ¿Esto quieres que lea?
JUL.—Yo no; que tú lo pides.
15 FER.—Esto más enciende que entretiene. ¡Ay de mí, Julio! ¿Qué hará la cruel Dorotea?
JUL.—Dexa, por Dios, essa imaginación que te atormenta.
FER.—Muestra el axedrez; jugaremos vn poco.
JUL.—Bien dizes; pongo las piezas.
20 FER.—¿Están puestas?
JUL.—¿Pues no lo ves? Comienza. ¿Qué has hecho
FER.—Derribélas todas, por no ponerme a peligro de perder la dama. Muestra las espadas negras.
JUL.—Quitaréles el poluo de nuestra ausencia.
25 FER.—De la postura angular, dize Carrança que salen todas las heridas. ¿Qué postura tendría el amor quando me dió las mías?
JUL.—Pregúntalo a Dorotea, que le dió el arco.
FER.—Bien hiziste essa treta; que del fin del tajo salen
30 todas las estocadas. ¡Ay, Dorotea, que no me bastan reparos contra las tuyas!
JUL.—¿Porqué arrojas la espada?
FER.—Porque no diga Alciato que está en manos de loco.

JUL.—A vn gentil hombre, que tú conoces, se le ha muerto su dama; yo quiero entretenerte con vnos versos suyos, a manera de edilios piscatorios.

FER.—Yo tengo dos del mismo, y los he puesto en famosos tonos. 5

JUL.—Pues escucha éstos, que no son menos buenos que los que dizes.

FER.—Dí, si te acuerdas dellos.

JUL.—[*Lee.*]

"¡Ay soledades tristes 10
De mi querida prenda,
Donde me escuchan solas
Las ondas y las fieras!
Las vnas que espumosas
Nieue en las peñas siembran, 15
Porque parezcan blandas
Con mi dolor las peñas;
Las otras que bramando,
Ya tiemplan la fiereza,
Y en sus entrañas hallan 20
El eco de mis quexas.
¿Cómo sin alma viuo
En esta seca arena,
O cómo espero el día,
Si está mi aurora muerta? 25
O ¿pediré llorando
La noche de su ausencia,
Que, pues ya viuen juntas,
Entrambas amanezcan?
Pero saldrán las suyas, 30
Y no saldrá mi estrella;
Que, aunque de noche salen,
Padece noche eterna.
Alma Venus, diuina,
Que día y noche muestras 35

La senda del aurora
Y del mayor planeta,
Por esta noche sola
Le da la presidencia,
5 Pues sabes que te iguala
Su luz y su pureza.
Cubra funesto luto,
Barquilla pobre y yerma,
De la proa a la popa,
10 Tus jarcias y tus velas.
No ya tendal te vista,
Ni te coronen fiestas,
Marítimos hinojos;
Mas venenosa adelfa.
15 Las juncias y espadañas
Que de aquestas riberas,
Con sus dorados lirios,
Texidas orlas eran,
Y los laureles verdes,
20 Secos tarayes sean;
Lo inútil de sus hojas
Mis esperanças tengan.
Y rómpaste de suerte,
Que parezcas deshecha
25 Cauaña despreciada,
Que los pastores dexan.
No ya por la mesana
Tus flámulas parezcan
Sierpes de seda al viento,
30 De tafetán cometas.
No de alegres colores,
Sino de sombras negras,
Las palas de tus remos,
Las ondas encanezcan.
35 No las desnudas ninfas,
Quando la vela tiendas
A la embreada quilla

Arrimen las cabeças.
Deshechos vracanes
Te saquen y te bueluan,
Pues ya la mar de España
Les concedió licencia. 5
Vosotros, ¡o barqueros!,
Que en aquestas aldeas
Dexáis vuestras esposas
Hermosas y discretas;
Si obligan amistades 10
A mis tristes endechas,
En tanto que las olas
Por estas rocas trepan;
Pues viuen retiradas
Las barcas y las pescas, 15
Ayudad con suspiros
Mis lastimosas quexas.
El que a la mar saliere,
Para que presto buelua,
Embárquese en mis ojos, 20
Y le tendrá más cerca.
El que estuuiere alegre,
Ni venga, ni me vea;
Que boluerá, de verme,
Con inmortal tristeza. 25
Cortad ciprés funesto,
Y acompañad mi pena
Con versos infelizes
De míseras elegias.
Y el que mejores rimas 30
Hiziere a las exequias
De mi querida esposa,
Tal premio se prometa.
Aquí tengo dos vasos,
Donde esculpidas tenga 35
La desdeñosa Daphnes,
Y la amorosa Leda:

Aquella verde lauro,
Y con las plumas ésta
Del cisne, por quien Troya
Llamó su fuego a Elena;
5 Y dos redes tan juntas,
Que si sus nudos cuenta,
Podrá suspiros míos,
Y yo del mar la arena.
Sacarán las Nayades,
10 Las Dríadas y Oreas,
Aquéllas de las ondas,
Las otras de las seluas,
Las frentes que coronan
Corales y verbenas,
15 Para que doble el llanto
Tan mísera tragedia.—
"Ya es muerta, dezid todos,
Ya cubre poca tierra
La diuina Amarilis,
20 Honor y gloria vuestra;
Aquella cuyos ojos
Verdes, de amor centellas,
Músicos celestiales,
Orfeos de almas eran;
25 Cuyas hermosas niñas
Tenían, como reinas,
Doseles de su frente
Con armas de sus cejas.
Aquella cuya boca
30 Daua lición risueña,
Al mar de hazer corales,
Al alua de hacer perlas;
Aquella que no dixo
Palabras estrangeras
35 De la virtud humilde
Y la verdad honesta;
Aquella, cuyas manos

De viuo azar compuestas,
Eran nieue en blancura,
Cristal en transparencia;
Cuyos pies parecían
Dos ramos de açucenas, 5
Si para ser más lindas,
Nacieran tan pequeñas;
La que en la voz diuina
Desafió sirenas,
Para quien nunca Vlisses 10
Pudiera hallar cautela;
La que añadió al Parnasso
La musa más perfeta,
La virtud y el ingenio,
La gracia y la belleza. 15
Matóla su hermosura,
Porque ya no pudiera
La embidia oir su fama,
Ni ver su gentileza.,,
Venid á consolarme, 20
Que muero de tristeza;
Mas no vengáis, barqueros,
Que no quiero perderla;
Que si mi vida dura,
Es sólo porque sienta 25
Más muerte con la vida,
Más vida que sin ella
Ya roto el instrumento,
Los lazos y las cuerdas,
Lo que la voz solía, 30
Las lágrimas celebran.
Su dulce nombre llamo;
Mas poco me aprouecha,
Que el eco que me burla,
Con mis acentos suena. 35
Mi propia voz me engaña;
Y como voy tras ella,

Quanto la sigo y llamo,
Tanto de mí se alexa.
En este dulce engaño,
Pensando que me espera,
5 Salen del alma sombras
A fabricar ideas.
Delante se me ponen,
Y yo con ansia estrema,
Lo que imagino, abraço,
10 Por ver si efeto engendra.
Pero en desdicha tanta
Y en tanta diferencia,
Los braços que engañaua,
Desengañados quedan.
15 ¡Qué alegre, respondía,
Diuidiendo risueña
Aquel clauel honesto
En dos esferas medias!
Y yo, su esposo triste,
20 Al desatar la lengua,
Cogía de sus hojas
La risa con las perlas.
Mas ya no me responde
Mi dulce, amada prenda;
25 Que en el silencio eterno
A nadie dan respuesta.
De suerte sus memorias
En soledad me dexan,
Que busco sus estampas
30 Por esta arena seca.
Y donde tantas miro,
(¡Qué locura tan nueva!),
Escojo las menores,
Y digo que son ellas.
35 No ay árbol donde tuuo
Alguna vez la siesta,
Que no le abraze y pida

La sombra que me niega.
Y entre estas soledades,
Con ansias tan estrechas,
No miro su retrato,
Y muérome por verla; 5
Que no pueden los ojos
Sufrir que muerta sea
La que tan lindo talle
Pintada representa.
Lo que deseo, huyo; 10
Porque de ver me pesa
Que dure más el arte
Que la naturaleza.
Sin esto, porque creo
(Como me mira atenta) 15
Que, pues que no me habla,
No deue de ser ella.
Pintóla Franceliso;
De las paredes cuelga
De mi cauaña pobre; 20
Mas ¡qué mayor riqueza!,
Si alguna vez acaso
Leuanto el rostro a verla,
Las lágrimas la miran,
Porque los ojos ciegan; 25
Mas no podrá quexarse
De que otra cosa vean,
Aunque mirasse flores,
Sin parecerme feas.
Tan triste vida passo, 30
Que todo me atormenta,
La muerte porque huye,
La vida porque espera.
Quando barqueros miro,
Cuyas esposas muertas, 35
Que tanto amaron viuas,
Oluidan y se alegran;

Huyo de hablar con ellos,
Por no pensar que puedan
Hazer en mí los tiempos
A su memoria ofensa.
5 Porque si alguna cosa,
Aun suya, me consuela,
Ya pienso que la agrauio,
Y dexo de tenerla.„
Assí lloraua Fabio
10 Del mar en las riberas,
La vida de Amarilis,
La muerte de su ausencia.
Quando atajaron juntas
Con desmayada fuerça,
15 El coraçón las ansias,
Las lágrimas la lengua.
Amor, que le escuchaua,
Dixo: "La edad es esta
De Píramo y Leandro,
20 De Porcia, Julia y Fedra;
Que no sòn destos siglos
Amores tan de veras,
Que ni el morir los cura,
Ni el tiempo los remedia.„

25 FER.—Con tanta acción has leído, Julio, essos versos, que me has traído las lágrimas a los ojos.

JUL.—Deue de ser como te halla flaco de la voluntad.

FER.—¡O, quánto me agradan las cosas tristes! ¡Bien aya hombre tan firme y tan dichoso!

30 JUL.—¿Dichoso puede ser quien pierde lo que los versos dizen?

FER.—¡Pluguiera a Dios que yo llorara a Dorotea!

JUL.—Parece tu deseo el de aquel tirano que, partiéndose a Roma, donde le llamaua César, encargó a un amigo 35 que matasse a Mariane, su esposa, si el César le matasse a

él, porque lo que tanto amaua no fuesse de otro; y fué después del mismo amigo, que le descubrió el secreto.

FER.—Mejor estado, Julio, es el de esse amante que el que yo tengo. ¡O si pudiéramos trocar tristezas! Que él llora lo que le falta, y yo lo que tiene otro. 5

JUL.—No digas tal; que no es possible.

FER.—Si ello es, como es, possible, ¿para qué lo dudas?

JUL.—O quieres, o no quieres a Dorotea: si la quieres, piensa bien de lo que quieres; sino la quieres, no pienses tanto en cosa que no quieres. 10

FER.—Yo la quiero y la aborrezco.

JUL.—Es impossible.

FER.—Aristóteles escriue que la hermosa Hélide tuuo amores con vn etíope, y parió vna hija blanca; pero que el hijo de la hija nació negro; y assí, de la hermosura de Dorotea nace mi amor blanco; pero deste mismo, después, mi aborrecimiento negro. 15

JUL.—¿Da la razón el filósofo?

FER.—No más de que buelue después de muchos géneros la semejança; consúltale en el libro primero de la *Generación de los animales*. 20

JUL.—Pienso que te contradizes; porque si de la hermosura de Dorotea nació tu amor blanco, ¿quién de los dos fué el etíope, para que saliesse negro el aborrecimiento?

FER.—Los zelos, Julio; que nunca amor se engendró sin ellos. 25

JUL.—¡Graciosa respuesta!

FER.—Si de la posición del antecedente se infiere la consecuencia, perfeto es el silogismo.

JUL.—¿Porque amas a Dorotea? 30

FER.—Porque es digna de ser amada.

JUL.—Es fuerça que sea bien para que se ame.

FER.—Ay mucha distancia de bien a buena; que ya sé yo del filósofo en las *Ethicas*, donde trata de los amigos, que

lo que es absolutamente bueno es amable y apetecible; pero dize que el amor es semejante al afecto, y la amistad al hábito.

JUL.—Holgárame que huuieras leído, en el libro primero
5 de los *Retóricos*, la causa porqué los amantes, en medio de sus tristezas, están alegres.

FER.—¿A qué propósito?

JUL.—Dize que como los enfermos se alegran en la furia de la calentura, pensando en que han de beber, assi los que
10 aman, quando están ausentes, quando escriuen y quando desean, se alegran imaginando en el efeto del bien que esperan.

FER.—Ya te entiendo, Julio: quieres dezir que espero ver a Dorotea; pues ¿cómo se ajusta esse pensamiento al mío
15 si la quiero porque es hermosa, y no la veo porque la abo rrezco?

JUL.—No quiero responderte, sino diuertirte. Oye el segundo discurso del mismo amante:

"Para que no te vayas,
20 Pobre barquilla, a pique,
Lastremos de desdichas
Tu fundamento triste.
Pero tan graue peso,
¿Cómo podrás sufrirle?
25 Si fuera de esperanças,
No fuera tan difícil.
De viento fueron todas,
Para que no te fíes
De grandes oceanos
30 Que las bonanças fingen.
Halagan las orillas
Con ondas apacibles,
Peinando las arenas
Con círculos sutiles.

Serenas de semblante,
Engañan los esquifes,
Jugando con los remos
Porqne no los auisen.
Pero en llegando al golfo, 5
No ay monte que se empine
Al cielo más gigante,
Adonde tantos gimen.
Traidoras son las aguas;
Ninguna se confíe 10
De condición tan fácil,
Que a todos vientos sirue.
Tan presto ver el cielo
A las gabias permite,
Como que los abismos 15
Las rotas quillas pisen.
Ya, ¡pobre leño mío!,
Que tantos años fuiste
Desprecio de las ondas
Por Scilas y Caribdis, 20
Es justo que descanses,
Y en este tronco firme
Atado como loco,
Del agua te retires.
No intentes nueuas tablas 25
Ni el viento desafíes,
Que ruinas del tiempo
Ninguna emienda admiten.
Mientras te cuelgo al templo,
Vitorioso apercibe 30
Para injustos agrauios
Paciencias inuencibles.
En la deshecha popa
Desengañado escriue:
Ninguna fuerça humana 35
Al tiempo se resiste.
No te anuncien las aues

Tempestades terribles,
Ni el ver que entre las ramas
Airado el viento silue;
No mires los que salen,
5 Ni barco nueuo embidies,
Porque le adornen jarcias
Y velas le entapizen.
A climas diferentes
La errada proa inclinen
10 Las poderosas naues
De Césares Filipes.
Antárticos tesoros
Alegres soliciten,
Diamantes orientales,
15 Safiros y amatistes.
Las armas de las popas
Con generosos timbres
Los montes de agua espanten,
La tierra opuesta admiren.
20 Y tú, de sólo el cielo
Cubierta, no porfíes
A bolver á las ondas,
De quien saliste libre.
Huye abrasadas Troyas,
25 Siendo al furor de Aquiles
Eneas el silencio,
Y la virtud Anquises.
Quando tu dueño y mío
En esta orilla viste
30 Saliendo de las aguas
Salir a recibirme,
Aún no mostraua el alua
Sus cándidos perfiles,
Riendo en açucenas,
35 Llorando en alelíes,
Quando a buscar regalos
Eras pomposo cisne

Por las ocultas sendas
Del reino de Anfitrite.
Ni temías tormentas
Ni encantadoras Circes;
Que ya para sirenas 5
Era mi amor Vlisses.
Y aun me vieron a vezes
Sus cristalinas sirtes
Búzano de las perlas,
Y de los pezes lince. 10
¿Qué pesca no le truxe
Quando la noche viste
De sombras estos montes,
Que con mi amor compiten?
Y no en luziente plata, 15
Sino en texidas mimbres;
Que donde vienen almas
Son las riquezas viles.
No ay cosa entre dos pechos
Que más el alma estime 20
Que verdades discretas
En apariencias simples.
Ya la temida parca,
Que con igual pie mide
Los edificios altos 25
Y las choças humildes,
Se la robó a la tierra,
Y con eterno eclipse
Cubrió sus verdes ojos,
Ya de los cielos iris. 30
Aquellas esmeraldas,
Que con el sol diuiden
La luz y la hermosura,
En otro cielo assisten:
Aquellos que tuuieron, 35
Riéndose apacibles,
La honestidad por alma,

Que no el despejo libre.
Ya de su voz no tienen
Que dulcemente imiten
Los arroyos passages,
5 Los ruiseñores tiples.
No sé quál fué de entrambos,
(Bellíssima Amarilis),
Ni quién murió primero
Ni quién aora viue.
10 Presumo que trocamos
Las almas al partirte;
Que pienso que es la tuya
Esta que en mí reside.
Tendido en esta arena
15 Con lágrimas repite
Mi voz tu dulce nombre,
Porque mi pena aliuie.
Las ondas me acompañan;
Que en los opuestos fines
20 Con tristes ecos suenan
Y lo que digo dizen.
No ay roca tan soberuia
Que de verme y oirme
No se deshaga en agua,
25 Se rompa y se lastime.
Leuantan las cabeças
Las focas y delfines
A las amargas vozes
De mis acentos tristes.
30 No os admiréis, les digo,
Que llore y que suspire
Aquel barqeuro pobre
Que alegre conocistes;
Aquel que coronauan
35 Laureles por insigne,
Si no miente la fama
Que a los estudios sigue,

Ya por desdichas tantas,
Que le humillan y oprimen,
De lúgubres cipreses
La humilde frente ciñe.
Ya todo el bien que tuue 5
De verle me despide;
Su muerte es esta vida
Que me gouierna y rige.
Ya mi amado instrumento,
Que hazañas inuencibles 10
Cantó por admirables,
Lloró por infelizes,
En estos verdes sauzes
Ayer pedaços hize;
Supiéronlo barqueros, 15
Enojados me riñen.
Quál toma los fragmentos
Y a vnirlos se apercibe;
Pero, difunto el dueño,
Las cuerdas, ¿de qué siruen? 20
Quál le compone versos;
Quál, porque no le pisen,
Le cuelga de las ramas,
Transformación de Tisbe;
Mas yo, que no hallo engaño 25
Que tu hermosura oluide,
A quanto me dixeron
Llorando satisfice:
"Primero que me alegre,
Será possible vnirse 30
Este mar al de Italia
Y el Tajo con el Tibre
Con los corderos mansos
Retozarán los tigres,
Y faltará a la ciencia 35
La embidia que la sigue;
Que quiero yo que el alma

Llorando se distile
Hasta que con la suya
Esta vnidad duplique;
Que puesto que mi llanto
5 Hasta morir porfíe,
Tan dulces pensamientos
Serán después fenizes.
En bronce sus memorias
Con eternos buriles
10 Amor, que no con plomo,
Blando papel imprime.
¡O, luz, que me dexaste!
¿Quándo será possible
Que buelua a verte el alma
15 Y que esta vida animes?
Mis soledades siente...
—Mas ¡ay!, que donde viues,
De mis deseos locos
En dulce paz te ríes.,,

20 FER.—Dame un traslado destas endechas, Julio; que si fueran breues, las estudiara para cantarlas.

JUL.—Las otras dos que tienes son más a propósito.

FER.—¡Qué amor! ¡Qué fineza! ¡Qué verdad! ¡Qué soledad! No le ha faltado a esse amante sino beberse las ce-
25 nizas de su Amarilis.

JUL.—En los pies de los ídolos de la India he visto vnas urnas de oro; y preguntando lo que auia en ellas, me dixeron que las cenizas de algún indio, que porque las pusiessen al pie del ídolo, se dexauan quemar de sus ministros.
30 Paréceme que quisieras ocupar vna déstas a los pies de Dorotea.

FER.—No lo creas, Julio; sino aduierte cómo parece que se hizieron los versos para descansar los que aman.

JUL.—Y para desechar las tristezas y el temor del ánimo,

como en Horacio aurás visto, donde dize que con las musas no temía el rigor de los cuidados.

FER.—Remedio del amor las llama Teócrito en su *Cíclope;* y deue ser porque aliuian sus tristezas quexándose, que no porque le curen; y son exemplo los versos referidos. 5 ¡Quién pudiera dar las suyas al aura!, como dixo Anacreonte. Pero ni el escriuirlos ni el cantarlos sossegará las tempestades del mar de mis pensamientos.

JUL.—Pues el huir no fué remedio, ¿cómo lo será el acercarte? Mejor lo passauas en Seuilla: yo pensé que te 10 enamorauas ya de aquella de los ojos negros.

FER.—¡Ay, Julio, que son heridas que se curan sobre falso!

JUL.—No le faltaua hermosura.

FER.—Ni entendimiento. 15

JUL.—Pues ¿qué le faltaua?

FER.—¿No has visto vn hombre que escriue mal, y quiere que vn maestro le enseñe a escriuir bien, que passa más trabajo en quitalle la primera forma que en enseñarle la segvnda? Pues dessa suerte no puede el segundo amor enseñar 20 hasta que el primero oluide.

JUL.—Quiero dezirte vnos versos que oí en vna comedia, a propósito de tus zelos, de tus jornadas y deste indiano que te amartela, que, según imagino, esse despertador desvela más tu pensamiento que las gracias y hermosura de 25 Dorotea,

> "Canta, pájaro amante, en la enramada
> Selua a su amor, que por el verde suelo
> No ha visto el caçador, que con desvelo
> Le está escuchando, la vallesta armada. 30
> "Tírale, yerra, buela, y la turbada
> Voz en el pico, transformada en yelo,
> Buelue, y de ramo en ramo acorta el buelo
> Por no alexarse de la prenda amada.

"Desta suerte el amor canta en el nido;
Mas luego que los zelos que rezela
Le tiran flechas de temor de oluido,
"Huye, teme, sospecha, inquiere, zela,
5 Y hasta que ve que el caçador es ido,
De pensamiento en pensamiento buela.,,

FER.—Julio, ya auemos venido; no ay sino tener paciencia y diuertirnos por essos campos.

JUL.—Mejor fuera por essas conuersaciones, y mirando
10 otras cosas que tuuieran hermosura.

FER.—Y ¿adónde ha de auer hermosura fuera de Dorotea?

JUL.—En todo aquello que tuuiere proporción; que esso es hermosura; porque, como dixo en su *Filografía* León
15 Hebreo, la forma que mejor informa la materia haze las partes del cuerpo entre sí mismas más iguales con el todo, vnificando el todo con las partes.

FER.—Y ¿dónde se hallará essa vnión y correspondencia?

20 JUL.—En muchas; que no se abreuió la mano de la naturaleza en Dorotea.

FER.—Mil vezes he pensado que de lo que le sobró de la materia de que la compuso hizo después las rosas y los jazmines.

25 JUL.—A essa cuenta, ¿primero fué Dorotea que las rosas?

FER.—No, Julio; sino que aquello cándido y purpúreo de jazmines y rosas estaua ya gastado con el tiempo, y renouóse con las sobras de los colores de Dorotea.

30 JUL.—¡Pobre juizio! Mejor será dexarte, que persuadirte.

FER.—Julio, trátame bien, hasta que estés enamorado.

JUL.—Embiaua vn villano vn rozín de caça que codiciaua vn grande, y dezía la carta: "Ai lleuan el rozín, más flaco

que quando le vió V. Señoría, porque está enamorado; y assí, le suplico que le trate como V. Señoría quisiera que le tratraan, si fuera rozín,, .

FER.—Pesado estás, sobre necio.

JUL.—Yo te digo lo que te importa. 5

FER.—Y yo con Ouidio, que ninguno que ama lo conoce, y con Séneca, en su *Hipólito,* lo que tomó dél Garcilaso quando dixo:

"Conozco lo mejor, lo peor aprueuo.,,

[*Vanse.*] 10

SCENA SEGUNDA

[*Sala en casa de don Bela.*]

DON BELA.—LAURENCIO

BEL.—Estoy contento, Laurencio, de auer conquistado la gracia de su madre de Dorotea; porque hasta tenerla, 15 todo era inquietud y desasossiego de entrambos, y era fuerça que fuesse mayor el mío.

LA.—¿Qué no quieres conquistar, si el general es de diamante y los soldados de oro? Haz cuenta que tú estauas en Madrid, y que ellas fueron a las Indias. 20

BEL.—Quanto se gasta es poco, respeto de lo que merece Dorotea.

LA.—Mucho merece, pero mucho se gasta. Notable oficio es la hermosura: a quien le dió la naturaleza, no busque otro. 25

BEL.—No es oficio, sino dignidad.

LA.—También las dignidades son oficios.

BEL.—Bienes de naturaleza se llaman, a diferencia de los de fortuna.

LA.—Los de tu fortuna poco a poco se van a los que le dió la naturaleza a Dorotea, y tendrálos entrambos: mira si 5 son oficio; y si digo yo bien que no han menester ir a las Indias.

BEL.—Los que no la pueden gozar, pésales que aya hermosura.

LA.—Y a los que la gozaron a tanta costa, les pesa des- 10 pués de auerla gozado.

BEL.—Nunca puede pesar tanto placer.

LA.—No ay placer que no tenga por límite el pesar; que, con ser el día la cosa más hermosa y agradable, tiene por fin la noche.

15 BEL.—Nunca yo estuue más en las Indias que mereciendo ver a Dorotea.

LA.—Ni ella mejor que quando te las va quitando; y acuérdome de auer leído en la historia de los Xarifes que le dixeron a aquel discreto moro que se auían descubierto algu- 20 nas minas de oro en los Montes Claros, que están de aquella parte de Marruecos, y mandólas cegar aprisa y que nadie sacasse oro, pena de la vida; porque si lo sabían los christianos, no las irían a buscar a las Indias, sino a su tierra.

25 BEL.—Si alguna tengo, no me ha hecho daño el descubrilla; que Dorotea no me la quita con armas, sí con hermosura.

LA.—Siempre fueron las más fuertes; pues a los que más lo fueron vencieron tanto. Omphale rindió a Hércules, Bri- 30 seida, a Aquiles; pues en llegando a sabios, Aristóteles adoraua a Hermia, y le compuso himnos, como vsauan los griegos a los dioses, tanto, que, acusado de Demófilo y Eurimedonte, se desterró de Atenas.

BEL.—Luego, ¿tendrá disculpa?

LA.—De amarla, sí; de darla, no.
BEL.—No se puede amar sin dar.
LA.—Ni dar sin empobrecer.
BEL.—¿Porqué da Dios a los hombres?
LA.—Porque los ama. 5
BEL.—Luego ha de dar quien ama.
LA.—Dios no puede empobrecer; que si fuera possible, dixéramos que quando no tuuo que dar, se dió a sí mismo.
BEL.—Díme, Laurencio: ¿Platón fué sabio? 10
LA.—Llamáronle diuino.
BEL.—Pues él dixo que todo lo bueno era hermoso; luego consequencia es que todo lo hermoso es bueno, y lo que es bueno, digno es de ser amado; ni puede ser reprehendido quien ama lo que es bueno. 15
LA.—¡Estremados conuertibles! Pero paréceme, señor, que a ti y a mí nos haze mucho daño esso poco que auemos estudiado; pero mira, assí Dios te guarde, de qué manera declaró Marsilio Ficino el pintar los antiguos el dios Pan medio hombre y medio bestia. 20
BEL.—¿Qué fué la causa?
LA.—Como era hijo de Mercurio, significaron las dos maneras de hablar en sus dos formas: quando verdadera, hombre, y quando falsa, bestia.
BEL.—Por buen camino me lo llamas. 25
LA.—No digo tal, sino que te aprouechas mal de la parte superior en tus argumentos.
BEL.—No ha menester la hermosura de Dorotea mi defensa.
LA.—No, sino tu dinero. 30
BEL.—Frines fué vna muger de Beocia que, acusada al magistrado por la hazienda que auía adquirido, se desnudó delante de aquellos senadores, que, viendo la perfeción de su cuerpo, la dieron por libre; y dixo Quintiliano que

más que la acción y patrocinio de los letrados, le auía valido la hermosura.

LAU.—No la miraron los juezes con las leyes, sino con los deseos: mejor exemplo les diera Octauiano, que oyó a
5 Cleopatra sin mirarla al rostro; pero, pues tú estás contento, yo pagado.

BEL.—¿No lo he de estar, teniendo ya de mi parte a Teodora, madre de mi Dorotea?

LAU.—No por cierto; porque, si antes tenias vna san-
10 guisuela, aora tienes dos que te chupen la sangre; y te figuro como suele vn toro en el coso, a quien han echado un alano, que con la parte que le queda libre se va defendiendo; pero, echándole otro, se rinde, y con igual fatiga los lleua a entrambos colgados de las orejas como arracadas.

15 ## SCENA TERCERA

GERARDA.—DON BELA.—LAURENCIO

GER. — *Adonde ay voluntad, mejor es entrarse que llamar.*

BEL.—¡O madre mia, y qué segura la tienes!

20 LAU. [*Aparte.*]—No la mia.

BEL.—¿Cómo está mi Dorotea? Lo primero.

GER.—No se ha leuantado, con achaques de la mala semana.

BEL.—Si se la quieres quitar, ponle vna calabaça en los
25 pechos; que no lo digo yo, sino Hipócrates.

GER.—¿En esso se metió aquel de los *Aphorismos?* La vida nos diera. Aun si fuera para mí, ya no importara; pero mejor lo hizo la naturaleza. Desso estoy libre, gracias a Dios, y de dolor de muelas.

30 LAU.—¿Cómo te han de doler, si no las tienes?

GER.—*¿Cómo no riñe tu amo? Porque no es casado.* Laurencio, Laurencio, esto que agora no es, fué perlas algún día, y yo vi más de vn soneto a mis dientes. ¿Pensaste que auía de ser como el moro que huuo en la India, que viuió trecientos años, y de ciento en ciento le nacian 5 dientes, y se le mudaua el cabello de blanco en negro?

LAU.—Todo esso ay por acá también, sin que lo haga la naturaleza: pero no se viue tanto.

GER.—Prestado lo da todo la naturaleza.

LAU.—Por poco tiempo lo fía. 10

GER.—*Cochino fiado, buen inuierno y mal verano;* las que tuuimos primauera con gusto, passaremos el otoño con trabajo.

BEL.—Pues buena estás, madre, y bien te portas.

GER.—*Campana cascada, nunca sana.* No ayas miedo 15 que yo sea como el moro.

LAU.—Pues harto tienes desso.

GER.—*Casaron a Pedro con Marigüela; si ruin es él, ruin es ella.*

BEL.—Madre, quiérote dezir vn secreto para confirmar 20 las facultades natiuas, que en cualquiera parte afecta y mórbida pone vigor y fuerça, aunque tú no la aurás menester para los desmayos de Venus.

GER.—¿Y qué es el secreto? Que sois demonios los indianos. 25

BEL.—Toma vn pedaço de oro y métele ardiendo en vino, que es poción milagrosa.

GER.—Ya se te ha pegado lo crespo de la lengua: poción, natiua, afecta y mórbida.

BEL.—¿No ves que son los propios términos? Haz lo que 30 te digo del oro, y bébete el vino.

GER.—Para comprar el vino me holgara de tener el oro; que esse licor saludable no ha menester quien le ayude; poderoso es solo.

LAU.—Bien puedes hazer la esperiencia con alguno de los doblones que tienes.

GER.—*Vn ojo a la sartén y otro a la gata.* Esso que me ha dado don Bela, hermano, está para mi entierro; que no
5 quiero ir al cimenterio de la parroquia con vn *Quirieleison* desentonado de vn sacristán solo, que parece que pregona algún borrico perdido: mis cofradías tengo de lleuar, y la mejor sepultura ha de ser la mía, que no quiero que me dé el agua a cielo abierto.

10 LAU.—¿Aun muerta aborreces el agua?

GER.—No estoy mui bien con ella.

BEL.—Ay auersiones y contrariedades naturales; y como ay simpatías, antipatías, assí entre los animales como entre los hombres, y aun entre los planetas, para los aspectos in-
15 fortunados o benéuolos. El cieruo y la culebra se aborrecen, los cisnes y las águilas, los toros y lobos, la perdiz y el cueruo; y entre los hombres, aborrecen los que saben menos a los que saben más, los dicípulos que salen a bolar, a los maestros que los enseñaron; y de la misma suerte ay
20 amistades por secreta naturaleza, de que muchos filósofos escriuen la causa.

GER.—Yo no sé para qué os vais conmigo a las retóricas y habladurías; que es vender miel al colmenero: dadme para el vino, ya que no me deis el oro.

25 BEL.—¿Con quánto te contentas?

GER.—Con lo que el refrán dize: "*Vn quartillo presto es ido, vna azumbre también se sume, el arroba es la que abonda*".

BEL.—Dale ocho reales.

30 GER.—Ya se van baxando las cuerdas al instrumento: no me espanto; que *de los amores y las cañas, las entradas.* Pues en verdad que pienso mortificarme en esto de la sed; que el primero día que visitaste a Dorotea, comí con madre y hija, y si no lo has por enojo, anduue tan liberal de la

taza, como de la mano a la boca ay tan pocos atolladeros, que no salí en dos días de vna cozina, aunque yo pensé que estaua en el oratorio.

LAU.—Soñarías la gloria.

BEL.—Aora bien: ¿á qué vienes, Gerarda? ¿Es tuya esta visita, v de Dorotea por paraninfo? 5

GER.—De Dorotea; que yo no vengo acá por mí sola, por no cansarte con mis impertinencias. Esta memoria truxo el sastre de lo que es necessario sacar para el hábito leonado.

LAU. [*Aparte.*]—Leones te despedacen. 10

BEL.—¿Ha de auer oro?

GER.—*No ay buena olla con agua sola.* Vnos galones no más, y en el jubón trencillas.

LAU. [*Aparte.*] — De açotes le merecen madre, hija y tercera. 15

GER.—¿Qué dizes de su madre entre dientes, Laurencio? ¿No es muy honrada y virtuosa?

LAU.—No lo digo yo sino por la libertad de su casa.

BEL.—¿Esso te admira, bobo? ¿No sabes que *no ay casa donde no aya su chiticalla?* 20

LAU.—Yo he leído este papel, y se sacará todo como Dorotea lo manda; que todo es poco para seruilla.

GER.—Este tu Laurencio, mayordomo impertinente, anda siempre rostrituerto, y deue de ser porque Celia no le ha correspondido como él quisiera. 25

LAU.—¡Yo la he mirado con essos ojos! Sí, sí; hallado se auia el enamorado, tierno es el moço. *No seáis hornera si tenéis la cabeça de manteca;* que también yo sé refranes. ¡Cierto que es Celia muy linda para dezirle amores! Buena era para alazán tostado... y llena de pecas. 30

GER.—Assí la quieren más de quatro; *que no ay olla tan fea que no tenga su cobertera. Nuestro yerno, si es bueno, harto es luengo; pues nadie diga desta agua no beberé;* que suelen mudarse los tiempos.

LAU.—*Mudança de tiempos, bordón de necios.*

GER.—*Assí es redonda y assí es blanca la luna de Salamanca.*

LAU.—Gerarda, Gerarda, *la muger y el huerto no quieren más de un dueño; que la donzella y el azor las espaldas al sol.*

GER.—Pues ¿qué se puede presumir de Celia y de su recogimiento? *Desde la desgracia primera, ya soy donzella.*

LAU.—*Haga quien hiziere, calle quien lo viere, mal aya quien lo dixere.*

GER.—*El dicho aprueuo, y el propósito no entiendo; que el golpe de la sartén, aunque no duele, tizna.*

BEL.—Yo he escrito, madre, debaxo desta lista estos renglones. Mejor es que Dorotea vaya a sacar los recados; lleuaránle el coche.

GER.—¡Qué astuto eres! Por no me dar algo, quieres que lo saque Dorotea.

BEL.—¿Qué has menester?

GER.—Vn manto.

BEL.—Ya le escriuo.

LAU.—*Gota á gota, la mar se apoca.*

GER.—*Gauilán de Alcaraz, mugeres, no tiene cascaueles.* Laurencio amigo, *si quieres que te siga el can, dale pan.*

LAU.—También, madre, dizen que *quien te gouernó, ésse te enriqueció;* y deues aduertir que a *quien en vn año quiere ser rico, al medio le ahorcan.*

BEL.—Ya está puesto el manto.

GER.—Póngate el rey en esse pecho un lagarto colorado.

LA.—No se le ha puesto malo tu diligencia.

GER.—Voyme a visitar de camino a vna donzella que tiene necessidad de mí.

LA.—No deue de estar satisfecha de que lo es.

GER.—Hermano Laurencio, *hazer bien nunca se pierde.*

Está afligida la pobrecita; que es mañana la boda, y creo que se descuidó con vn page.

LA.—¡Qué de descuidos dessos ay en el mundo!

GER.—Es como vn oro; no sería mala para ti, pues no te agrada Celia; que a dos días de la boda, bien puede sa- 5 lir de casa.

LA.—*La flaca baila en la boda; que no la gorda.*

GER.—Esso me deues, que te he enseñado a hablar. Adiós, don Bela. [*Vanse.*]

SCENA QUARTA 10

[*Sala en casa de don Fernando.*]

LUDOUICO.—DON FERNANDO.—JULIO

LUD.—Ya pensé que os quedáuades en Seuilla.

FER.—¡O, Ludouico, quán agradables son a mi deseo vuestros braços! 15

LUD.—Permitid que dellos me traslade a los de Julio.

JUL.—Tanto estimo los vuestros, como los que dexáis para honrar los míos.

LUD.—Nunca pensé que os huuiérades detenido tanto.

FER.—Dios sabe lo que me cuesta de ansias, deseos y 20 desesperaciones.

LUD.—Dessa suerte mal prouará con vos la ausencia, ser el verdadero Galeno de los amantes.

JUL.—Tres meses ha que salimos de Madrid; y si los amores de don Fernando fueran en alguna comedia, dado 25 auíamos en tierra con los preceptos del arte, que no dan más de veinte y quatro horas, y salir del lugar es absurdo indisculpable.

FER.—Por esso es historia verdadera la mía; y más delito

fué introducir las ranas Aristófanes, y en sus Anfitriones los dioses Plauto.

LUD.—Yo hize lo que me mandastes el día que sucedió al que os partistes.

5 FER.—¿Distes la cuchillada a Gerarda?

LUD.—No; porque sabía que os auíades de arrepentir de auerlo mandado, como en el semblante mostráis agora, y porque vna noche que la esperaua a que passase en casa de vna vezina suya, de la misma facultad, se assomó a vna ven-
10 tana y me dixo: "Váyase a su casa, cauallero el del reboço; que no he de salir de la mía hasta que el sol me lo mande y la gente me defienda,,.

FER.—¿Qué me dezís, Ludouico?

LUD.—Lo que me passó con ella.

15 JUL.—¿Aora sabes que es hechizera y sortílega?

LUD.—No ay delito porque merezca vna muger herirla el rostro, porque es todo el caudal y mayorazgo que les dexó naturaleza.

JUL.—Si el vínculo fuera firme...

20 FER.—Mejor es que no lo sea, porque tenga lugar nuestra vengança.

JUL.—No la pueden dar mayor a los que hizieron tiros.

LUD.—¿Luego vos la tomárades con esso de Dorotea?

FER.—Nunca la podré aborrecer tanto que dessee verla
25 fea: tan dulce me será siempre la memoria de su hermosura. Ni sufrirá mi alma que el tiempo saque della vna Dorotea tan hermosa y me la ponga tan fea, ni me persuado que los años se atreuan a desluzir tanto milagro de la naturaleza.

JUL.—Muchas conseruan la hermosura largo tiempo.

30 FER.—La reina de Rodas hizo matar a la troyana Elena de zelos de su marido, teniendo sesenta años.

LUD.—Lo demás que me mandastes executé; y pues no auéis recibido mis cartas, por aueros ido a Cádiz y a Sanlúcar, causa de que se perdiessen, sabed, Fernando, que yo

lleué vuestros papeles, digo (los que me distes) a Dorotea. Halléla en la cama, y no sin peligro, porque se auía querido matar con vn diamante la noche que os partistes. Tomólos su criada Celia, habló poco; pero esso de vuestra determinación injusta, y no sin alguna lágrima, que por más que 5 la escondía no podía negármela, porque le sucedía como al sol quando llueue con él, que como no se ve la nube, se ven el sol y el agua. Despedíme, y de allí a muchos días boluí a verla, ya fuera de algunas calenturas, de cuyos crecimientos estaua flaca. Nunca yo me espanté que las passiones 10 del alma se comunicassen al cuerpo; que son mui vezinos y mui amigos. Conualeció Dorotea, huuo muletilla, tocado baxo, punto de toca los primeros días, y después algo del cabello descubierto, como que era descuido; desta transformación resultó vn ábito azul y blanco. Aquí yo la vi vn 15 día... No querría renouaros las llagas.

FER.—¿No sabéis que se están frescas?

LUD.—Más hermosa muger, no la pintó el Ticiano, aunque entre Rosa Solimana, la fauorecida del Turco.

FER.—¿No pudiérades dezir Sophonisba, Atalanta o 20 Cleopatra?

LUD.—Essas no las pintó el Ticiano.

FER.—Bien dezís, que este retrato le auemos todos visto.

LUD.—Suelen traer las labradoras en las texidas encellas los naterones cándidos, y caerse algunas hojas de rosa en- 25 cima de los ramilletes, que también lleuan; assí auéis de imaginar en su rostro sobre la nieue legítima la color bastarda.

FER.—Parece que escriuís versos, cuya costumbre os presta el mismo estilo para la prossa, o queréis boluerme loco.

LUD.—No vais aprisa al gusto; que presto le perderéis 30 con lo que se sigue.

FER.—Haréisme grande fauor, porque me va la vida en aborrecerla.

LUD.—Yo acudí algunas noches a ver si auía moros en la

costa, y vi algunos emboçados, como criados que esperauan amante dueño. No fué engaño; ¡que ojalá lo fuera! En la reja estaua vn hombre, conocióme Dorotea, y rióse mucho; diéronme pensamientos de acuchillarlos, y parecióme des-
5 pués que cerrar luego la ventana auía sido respeto. Vltimamente, yo fuí a visitarla ocho días antes que vos viniéssedes (que por estar en Illescas a vna nouena hasta oy no os he visto); hallé vna rica tapizería y estrado nueuo; pedí agua para passar este susto, y vi diferente plata, y dos mulatas
10 de buena gracia, vna con vna saluilla y otra con vn paño de manos labrado, que con estraordinario olor de pastilla de flores, no se auía contentado de la limpieza sola: bebí vn áspid en vn búcaro de oro. No osé preguntar nada, porque decir a vna muger hermosa y moça que de qué tiene las ga-
15 las y el adorno de su casa, es negarle la hermosura y ofenderla descortésmente en la honra.

FER.—¿No os preguntó por mí?

LUD.—Esta vez no me dixo nada.

FER.—Pues en esso echaréis de ver la solución de lo
20 que no preguntastes, y descifraréis el milagro de la riqueza que vistes.

LUD.—Hermano, yo os tengo de dezir la verdad; no sé qué dizen de vn indiano.

FER.—Acabóse. ¿Para qué pintó la antigüedad al amor
25 con vn pez en la mano, y en la otra flores?

LUD.—Porque es igual señor de mar y tierra.

FER.—Mejor fuera pintarle con una barra de oro.

LUD.—¡O, gran virtud la del oro!

FER.—Preguntaldo a mis desdichas.

30 LUD.—No, sino a Arnaldo Villanouano en el libro de conseruar la juuentud y retardar la vejez. La renouación y confortación desta piel que nos viste, escriue que se haze con la bebida del oro purissimo preparado. No humedece, ni desseca; antes se casa con el temperamento nuestro dul-

cemente. Conuiene a la complexión humana, y todo aquello en que va faltando, reduce a perenidad y templança, ayuda al estómago frío, haze valiente al cobarde, confirma la sustancia del coraçón y expele dél toda impressión maliciosa.

FER.—No passéis adelante en sus virtudes; que si éssa tiene, me sacara del coraçón este vicioso amor. ¿Con que podrá restituirme lo que me ha quitado, si por él he perdido a Dorotea?

LUD.—Dexaron los antiguos tan oculta la manera de hazerle con perfeción, que no sé que aya en España quien le prepare.

JUL.—Basta que aya quien le tenga.

FER.—Con exemplo infalible se confirma la excelencia del oro, pues estando yo en el coraçón de Dorotea, donde la causaua inquietud, me arrojó dél esse cauallero con dársele tomable, si no potable; que del pez pólipo se escriue que desde el anzuelo passa por el sedal a la mano del pescador, y desde ella al coraçón y le mata.

LUD.—Mucho le aurá costado.

FER.—Más a mí de mi sangre que a él del oro, y no ay oro como la sangre.

JUL.—Que los metales tienen espíritu fué mente platónica, y dél lo tomó Virgilio en el sesto de la *Eneida*, y lo refiere León Suauio.

FER.—Espíritu deue de tener, y aun espíritus; que tales efetos haze.

LUD.—Dos principios están constituídos en la naturaleza de las cosas; de los quales se engendran todos los géneros de metales (según Leuinio Lemno) en las íntimas entrañas de la tierra, que son el azufre y el açogue; aquél como padre y éste haziendo oficio de madre, produce primeramente el oro, luego la plata menos noble, y después los demás metales; y assí, no deuéis admiraros, Fernando, que el príncipe dellos sea tan poderoso.

FER.—¡Maldito sea, que tanto mal me ha hecho, pues por él, siendo tan frío, se engendra el oro por quien me abraso! Ya me acuerdo de su inquietud y inconstancia, y juntamente de su prouecho, en que es parecido a la natura-
5 leza mudable y bulliciosa de las mugeres, y en lo que son importantes y necessarias.

JUL.—Del açogue se ha visto que, sangrando a vn hombre (que con él le auían curado del mal de Francia), salió por la vena abierta, mezclando sangre y plata en aquellos
10 pequeños globos que parecen perlas.

FER.—¡Ay, Julio, que tengo a Dorotea de suerte en las medulas de los huessos, después que adolecí de su contacto, que creo que si me sangrassen de la vena del coraçón, saldría como açogue por la cisura della!

15 JUL. [*Aparte.*]—Más auías menester sangrarte de la vena de la cabeça, para que el viento y Dorotea saliessen juntos.

LUD. [*A Julio.*]—Yo pienso que esta rabia de Fernando no es amor, ni este contemplar en Dorotea efeto suyo, sino que, como tocando la imán a la aguja de marear siempre mira
20 al Norte, assí la passada voluntad tocada en los zelos deste indiano, le fuerça a que con viua imaginación la contemple siempre.

JUL. [*A Ludovico.*]—Dessa manera le aurá sucedido lo que suele con los espejos cóncauos, que, opuestos al sol,
25 por reflexión arrojan fuego, que abrasa fácilmente la materia dispuesta que se aplica, como cuentan del espejo de Arquimedes, con que abrasó las naues enemigas; porque, reducidos los rayos solares a vn punto solo, resulta dellos este ardiente efeto.

30 LUD.—De suerte, Julio, que el sol es Dorotea, el espejo el indiano, y don Fernando la materia opuesta.

JUL.—La hermosura de Dorotea passa por el cristal de los zelos al amor de don Fernando; que no fuera tan ardiente si no passara por ellos.

LUD.—Aciertas, Julio, en esse pensamiento; porque todo amor, reducido a un punto de zelos, abrasará la más elada Scitia.

FER.—¡Ay de mi! Mal me fué ausente, peor presente: no durará mucho mi vida. 5

LUD.—¿Y en qué la passáis después que venistes?

FER.—De noche leo alguna historia o algún poeta; acuéstome con miedo de que no tengo de dormir, y sáleme tan cierto, que como a qualquiera relox me pueden preguntar las horas; y si de cansado de la batalla de mis pensamientos 10 (como el Petrarca dixo) me duermo vn poco, sueño tan prodigiosas inuenciones de sombras, que me valiera más estar despierto.

LUD.—Efetos son de la melancolía.

FER.—Al alba salgo al Prado, o me voy al río, donde 15 sentado en su orilla estoy mirando el agua, dándole imaginaciones que lleue para que nunca bueluan.

LUD.—¡Qué necia jornada!

JUL.—Auéis de entender, Ludouico, que es esto con tanta tristeza, que muchas vezes se me queda casi muerto 20 de estos amorosos deliquios entre los braços; yo le digo que, pues él sustenta, que son penas bien empleadas, como lo ha dicho en vn romance que canta, que no es justo que se entristezca. Ayer estábamos en el Soto; y a este propósito le escriuí vn epigrama en vn libro de memoria. 25

LUD.—¿Latino ó castellano?

JUL.—No, sino castellano; que latino ya no ay quien lo agradezca, que es harta lástima.

LUD.—No es, por cierto; porque el poeta, a mi juizio, ha de escriuir en su lengua natural; que Homero no escriuió 30 en latín, ni Virgilio en griego, y cada vno está obligado a honrar su lengua, y assí lo hizieron el Camoens en Portugal, y en Italia el Tasso.

FER.—Sanazaro escriuió en latín poema y églogas.

LUD.—También escriuió la *Arcadia* y otras obras, como el Bembo, el Ariosto y el Petrarca.

FER.—¿El Ariosto escriuió versos latinos?

LUD.—Mucio Justinopolitano cita un epitafio suyo al
5 marqués de Pescara, que se opone diametralmento a quantos hay escritos.

FER.—Dí, Julio, tu soneto, no se nos olvide.

JUL.—"No es fineça de amor entristecerse,
Antes deuen las penas desearse;
10 Porque quien es discreto en emplearse,
Tendrá por gloria el gusto de perderse.
Amor en possessión no ha de entenderse;
Que es honra del sujeto rezelarse,
Y puede en esperança auenturarse
15 Lo que con el silencio merecerse.
Triste estará de su zeloso estado
Quien con amor indigno se entretiene,
Pues no ay seguridad donde ay cuidado.
Del mal empleo la tristeza viene;
20 Que quando es el amor bien empleado,
No puede entristecer al que le tiene.,,

LUD.—Tú le acabaste felizmente; no como algunos, que comiençan el soneto y van baxando en estilo y pensamiento, hasta que no dizen nada. ¿Y vos no auéis hecho alguna
25 cosa a esta ausencia?

FER.—Estos versos:

"¡Ay riguroso estado,
Ausencia fementida,
Que diuidiendo el alma,
30 Puedes dexar la vida!
¡Quán bien por tus efetos
Te llaman muerte viua,
Pues das vida al deseo

Y matas a la vista!
¡O, quán piadosa fueras
Si en aquesta partida
La vida me quitaras
Como el alma me quitas! 5
Humilde Mançanares,
En tus verdes orillas,
Que de olmos te coronan,
De yedras te entapizan,
Una pastora viue 10
De partes tan diuinas,
Que es honra de la corte
Y gloria de la villa.
Sus alabanças cantan
Las aguas fugitiuas, 15
Las aues que la escuchan,
Las flores que la imitan.
Es tan bella, que tiene
Embidia de sí misma,
Pudiendo estar segura 20
Que el mismo sol la embidia;
Que no la ve más bella
Por su dorada cinta,
Ni quando viene a España,
Ni quando va a las Indias. 25
A no quererme, pienso
Que al tiempo que se mira,
La hizieran sus espejos
De su cristal Narcisa.
Yo merecí quererla, 30
¡Dichosa mi osadía!
Que es merecer sus penas
Calificar mis dichas.
Quando seguro estaba
De verla y de seruirla, 35
La poderosa fuerça
De tanto bien me priua.

Ajenos interesses
Mi muerte solicitan,
Quando mis esperanças
Más verdes florecían.
5 Assí la flor de Apolo,
Al tiempo que declina,
Sepulta el roxo cerco
Entre sus hojas mismas;
Assí desmaya el ámbar
10 La rubia clauellina,
Que el animal que pace
Con pie grosero pisa.
Assí del duro golpe
Que el álamo derriba,
15 La parra que le abraça
Con frágiles caricias,
Desmaya la firmeza,
Y el alma desasida
Las rúbricas desata,
20 Los pámpanos marchita.
A diferente cielo
El cuerpo solo obligan,
Que parta sin el alma,
¡Ay, Dios, qué gran desdicha!
25 Quando mi amor no fuera
De fe tan pura y limpia,
Su sentimiento sólo
Mi muerte solicita.
Quitar que no lo sienta
30 Quererme mal sería,
Pues lo que della quiero
Lo mismo me lastima.
¡O, sierras, que de nieve
Tocadas y vestidas,
35 Y cuyas frentes altas
Las nuues desafían!
Quando mi amor os passe,

¿Quáles serán vencidas?
¿Mis encendidas llamas
O vuestras nieues frías?
Saldré yo vitorioso,
Y a la pastora mía 5
Dirá mi voz turbada
Que por cantar suspira:
—Dulces pensamientos
Que vais conmigo,
Bolueréis en el aire 10
De mis suspiros.
Si me acompañáis,
Dexarme tenéis,
Porque bolueréis
Más presto que vais. 15
Aunque porfiáis
En acompañarme,
¿Por qué de matarme
Viuís contentos?
Dulces pensamientos, etc.,, 20

JUL.—Menester es, señor Ludouico, que busquéis algún entretenimiento a don Fernando, que por los passos que va furioso, llegará presto a acabar con todo; que esto deue de ser lo que él desea.

FER.—Antes ni temo mayor mal, ni deseo salir del que 25 tengo.

"El esquiuo dolor no es el que haze
La guerra, que padezco, de mi daño;
Que el mal no espanta al que le tiene en vso.,,

Esto dixo en vn soneto aquel ilustre andaluz Fernando 30 de Herrera, y verdaderamente que, aunque le parece a Julio que puede esta imaginación mia conduzirme a más desesperados términos, recibe engaño, porque más seguro estoy de no enloquecer sin Dorotea que con ella.

LUD.—Encareció su hermosura.

JUL.—Yo sé que si la tuuiera no la quisiera tanto.

FER.—Aquí la priuación es necio argumento.

JUL.—Quando ella no sea, los zelos bastan.

5 FER.—¿Cómo la puedo yo querer por lo que la aborrezco?

JUL.—No la aborreces, sino que temes que te aborrezca.

FER.—Bien sabes tú que he deseado su muerte.

JUL.—Vna cosa hallé leyendo el libro tercero de Xeno-
10 fonte, que me causó admiración, no lexos deste propósito.

LUD.—Pues que tú la encareces, será notable.

JUL.—Díxole Armenio a Ciro que no matauan los maridos a sus mugeres, quando las hallauan con los adúlteros, por la culpa de la ofensa, sino por la rabia de que les hu-
15 uiessen quitado el amor y puéstole en otro.

LUD.—¡Estraño pensamiento! Y que, mirado bien, deue de ser el primero mouimiento para matarlas, como se ha visto en muchos que han sufrido la ofensa mientras ellas no estauan enamoradas.

20 JUL.—Prueua infalible.

FER.—De amar y de aborrecer, preguntad al mismo; porque respondió Ciro que tenía dos ánimos quando juzgauan por impossible que dexasse a la hermosa Pantea; y veréis que el vno era de amor, y el otro de aborrecimiento.

25 JUL.—Esso es por lo que yo temo tu juizio, y más quisiera que amaras o aborrecieras determinadamente.

LUD.—Esta enfermedad, melancólica por amorosa inclinación o por la possesión perdida del bien que se gozaua, llaman los médicos *erotes;* cúrase con baños, música, vino y
30 espectáculos.

JUL.—Vino, Fernando no le bebe; música, él canta y le causa mayor tristeza; porque es como el camaleón, que sobre la color que le ponen, de aquella parece; si en tristes, triste; si en alegres, alegre.

LUD.—La razón da Plinio, y no me agrada, porque dize que, por ser el más temeroso de todos los animales del mundo, pierde el color tan presto; deuiéndose atribuir a la transparencia, como sucede al vidrio.

JUL.—Ay vna yerua que llaman los latinos *centum capita*. 5

LUD.—Esse nombre le viniera bien al vulgo. ¡Desdichado del que pone la tabla de sus estudios a su deprauado juizio y ignorante gusto!

JUL.—Tiene la yerua que digo la raíz hermafrodita, y como cae la diferencia a hombre o muger, assí haze el efeto; 10 pero vaya esta mentira con las demás fábulas.

LUD.—El mismo autor afirma que, por tener essa raíz Safo, aquella gran poetissa, quiso tanto a Faon Lesbio, que fué sujeto de vna de las Epístolas de Ouidio.

JUL.—Si Gerarda ha descubierto esta yerua, que las tales 15 llaman mandrágora, y la tiene Dorotea, ¿qué espectáculo, qué música, qué vino como ella misma, para que descanse mi amado preso, como dize la letrilla que agora cantan?

FER.—Antes me dexaré morir mil vezes.

LUD.—Luego ¿no pensáis verla? 20

FER.—Esse día sea el vltimo de mi vida.

LUD.—En su *Combite de amor* dixo Platón que solamente se reían los dioses de los amantes perjuros.

JUL.—Alguna vez se rieron de la música de Palas, por la fealdad con que tañía. 25

FER.—Yo pude ver a Dorotea muchas vezes después que vine, y, contra todos mis deseos, salieron con vitoria mis desengaños; que siempre fué valiente la honra.

LUD.—Pues tomad alguna honesta ocupación.

FER.—No soy inclinado a la caza, ni jugué en mi vida. 30

LUD.—Escriuid un poema, pues sabéis que os diuertirá mucho.

FER.—Hame quitado amor el ingenio.

LUD.—Amor le ha dado a muchos que no le tenían.

FER.—Y a los que le tenían le ha quitado. ¿Qué os parece que escriua?

LUD.—Vn sujeto graue, pues tantos capitanes españoles os darán el assunto. Poned los ojos en aquel excelentíssimo
5 soldado y duque de Alua, por la tierra, o el felicíssimo marqués de Santa Cruz, por la mar; éste, Toledo inuencible, y aquél, Baçán famoso; a aquél obedeció la campaña, y a éste el agua; y dedicalde a alguno de sus hijos.

FER.—Soy moço para tanta empresa.

10 LUD.—Quando le ayáis acabado, no lo seréis; que ay mucho interualo desde el primer diseño a la postrera lima.

FER.—Más a propósito era para mis hombros débiles vn sujeto amoroso, como la hermosura de Angélica.

LUD.—Esso no podrá diuertiros, que es lo que yo deseo;
15 sea cosa graue.

FER.—Començaré mañana.

LUD.—Tendréis la mitad dél hecho.

FER.—Todos los principios son difíciles.

LUD.—El fin prueua los actos; porque el fin, no sólo es
20 a quien todo se refiere, pero lo mejor de todo, según el filósofo en sus *Físicos*.

FER.—Claro está que tengo de proponer el fin en el principio: mas ¿por qué me canso, sabiendo claramente que para más que algunas endechas tristes que yo cante, no me
25 ha de dar lugar esta passión zelosa, que como vna cortina de nube se opone a toda la luz de mi entendimiento?

LUD.—Yo os veré mañana, y os traeré de mi corto ingenio vn sujeto que escriuáis, que vestido de vuestros versos será admirable. Quedad con Dios. [*Vase.*]

30 FER.—¿Qué te parece, Julio, de mis fortunas? Juré a Ludouico que no vería en mi vida a Dorotea, y muérome por quebrar el juramento.

JUL.—¿Ya se te oluida lo que te dixo de la risa de los dioses?

FER.—Por esso mismo me parece que no saldré con ello, pero sí con no hablarla.

JUL.—Si la ves, tú la hablarás.

FER.—No lo creas.

JUL.—No haré; que ya lo tengo creído. 5

FER.—¿Qué se perderá en que vamos esta noche a ver las puertas por donde yo entraua a tanta gloria? Esto no es ver a Dorotea; que Dorotea no es puerta.

JUL.—Y es fácil silogismo.

FER.—¿Cómo? 10

JUL.—Toda puerta es de madera, toda muger es de carne; luego la muger no es puerta.

FER.—Maldito seas, que en tanta tristeza me has mouido a risa: ¡qué gracioso silogismo!

JUL.—A lo menos el que el indiano haze con Dorotea, 15 está en *Dari*, y si huuiera en su lógica *Tomari*, allí estuuiera el suyo, infiriéndose la conclusión de dos pronunciados, que son, el amor dando y el interés pidiendo.

FER.—Aora bien, tomaremos, por lo que sucediere, dos broqueles y dos jacos, por si fueren menester las liciones de 20 Paredes.

JUL.—Galán maestro, aunque siempre trae luto.

FER.—Veamos siquiera esta noche la caxa de aquella joya.

JUL.—¿Llevaré el instrumento? 25

FER.—Lléuale; que si se ofreciere sacar la espada, poco importará perderle.

JUL.—¿Qué más perdido que tú?

FER.—Calla, Julio; que algún ingenio sagrado dixo que la lengua del amor es bárbara para quien no le tiene 30 [*Vanse.*]

SCENA QUINTA

[*Calle.—Es de noche.*]

DON BELA.—LAURENCIO.—FELIPA

BEL.—En entrando por esta calle, me parece que por
5 abril estoy en alguna de la insigne Valencia.

LAU.—¿De qué suerte?

BEL.—Tiene diferente olor que las otras.

LAU.—Téngolo por impossible, si reparasses en los naranjos de donde sale azar tan diferente a estas horas.

10 BEL.—¡O, Laurencio! Acuérdate de Plauto, donde dixo que hasta los perros de sus damas lisonjeauan los amantes.

LAU.—Traes en la imaginación el buen olor de Dorotea, y está más viua quanto más te acercas a su casa; que los
15 que aman tienen todos los sentidos en la imaginación.

BEL.—Esta es la reja: de día me agrada esta celosía, y de noche me enfada.

LAU.—¿Porqué causa?

BEL.—Porque de día impide que vean a Dorotea, que es
20 lo que yo deseo, y de noche no me dexa verla como yo querría, que es a lo que vengo.

LAU.—¡Qué de requiebros aurán entrado por estos hierros!

BEL.—¿Aurá con qué compararlos?

25 LAU.—Pues ¿no?

BEL.—¿Con qué, Laurencio?

LAU.—Con las mismas necedades que le aurán dicho.

BEL.—Yo no, sino locuras. ¿Qué hará Dorotea?

LAU.—Estará pensando qué pedirte.

BEL.—¡Qué palabra tan de criado!
LAU.—El mercader lo diga.
BEL.—Yo te digo que para lo que merece, todo es poco.
LAU.—Algún día te ha de parecer mucho.
BEL.—Por linda que fuera, no valiera vn real, si no 5
costara.
LAU.—Esso es verdad, porque los hombres más assisten por lo que dan, que por las gracias que sus damas tienen.
BEL.—¿Porqué razón?
LAU.—Porque, como los jugadores, piensan desquitarse 10
de lo que han perdido,
BEL.—Vna ventana han abierto.
FEL. [*A la ventana.*]—¿Es el señor don Bela?
BEL.—Yo soy, Felipa.
FEL.—Aún no está recogida Teodora. 15
BEL.—¿Qué haze?
FEL.—Allí está con el rosario, dando más cabeçadas que reza cuentas.
LAU.—¿Y son de la gineta ó de la brida?
BEL.—¿Y mi Dorotea? 20
FEL.—Compone vn romance que quiere embiarte.
LAU.—¿No lo dixe yo? ¿Quánto va que es el romance para el mercader y el estriuo para tu dinero?
BEL.—Habla baxo, ignorante.
FEL.—¡Si la viesses con qué gracia está haziendo gesti- 25
llos a los concetos, compitiendo con el papel la mano de la pluma, haziéndola más blanca la negra que está siruiéndola!
BEL.—¿De tintero, Felipa?
LAU.—¡Qué buen requiebro! Díle que moje en la negra.
FEL.—Roldán anda suelto; quiero hazer que le reco- 30
jan. Tú, en tanto, da vna buelta, y tendré auisada a Dorotea.
BEL.—Dale este papel; que también a mí me haze el amor poeta.

FEL.—¿Para qué traes guantes de ámbar, que hazen sospecha quando passas?

BEL.—Tómalos tú, porque no la tengan. [*Quítase Felipa de la ventana.*]

5 LAU.—Verdadero ha salido mi pronóstico.

BEL.—¿De qué suerte?

LAU.—Siempre dixe que estas damas te auían de quitar hasta el pellejo; mira si ha sido engaño, pues ya te quitan los guantes, que lo parecen.

10 BEL.—Deues de pensar que es el de Alexandro, de quien se escriue que el sudor era puro ámbar.

LAU.—Fué lisonja de los escritores.

BEL.—Ya sé yo que en su pluma consiste la fama de los príncipes, o buena o mala.

15 LAU.—Quando sea verdad, gracia es la de Alexandro, que la dió la naturaleza a algunos animales; que los micos orientales huelen a almizcle, y de los gatos se saca el algalia.

BEL.—Dorotea huele bien, naturalmente.

LAU.—Por lo que tiene de gato, y al fin lo vendrá a ser 20 de tus doblones.

BEL.—¡Qué desagradable necio!

LAU.—Porque no sé dezir lisonjas.

BEL.—¿Quieres ver el engaño en que estás?

LAU.—Más quisiera no ver el tuyo.

25 BEL.—Dorotea ¿es hermosa?

LAU.—No puedo negarlo.

BEL.—¿Es entendida?

LAU.—Por todo estremo.

BEL.—¿Tiene gracias naturales?

30 LAU.—En quanto dize y haze.

BEL.—¿Has visto que entre en su casa persona sospechosa?

LAU.—Ninguna.

BEL.—¿Muéstrame amor?

LAU.—Tú lo sabes.
BEL.—¿Es limpia?
LAU.—¿A qué propósito?
BEL.—A la salud importa.
LAU.—Todo lo confiesso. 5
BEL.—¿Merece ser querida?
LAU.—Merece.
BEL.—¿Pues qué delito es el mío?
LAU.—Lo que gastas.
BEL.—¿Qué es lo que gasto? 10
LAU.—Tiempo y dineros.
BEL.—Todo es mío.
LAU.—Los dineros sí, el tiempo no.
BEL.—¿Pues cuyo?
LAU.—De tus negocios. 15
BEL.—¿Qué me estorua a mí Dorotea?
LAU.—El acudir a tus pretensiones.
BEL.—Antes me aliuia del cansancio insufrible de las respuestas, oyendo siempre vna cosa misma.
LAU.—Quien pretende sin paciencia, ¿para qué pretende? 20
BEL.—¿También te cansa que pretenda?
LAU.—No por cierto; pero no se encaminan bien los negocios con viciosos entretenimientos.
BEL.—¿Ya me predicas?
LAU.—Señor, señor, a pretensiones humanas, diligencias 25 diuinas.
BEL.—Yo hago las que puedo.
LAU.—La primera se te oluida.
BEL.—¿Dirás que dexar a Dorotea?
LAU.—La razón lo dize. 30
BEL.—Auiendo leal correspondencia de su parte y tanto amor de la mia, ¿cómo es possible?
LAU.—Considerando que ella te dexara a ti si se le ofreciera mejor ocasión.

BEL.—No hiziera; que es muger principal.
LAU.—Sí; pero es muger.
BEL.—Las de tan altas prendas no se comprehenden con esse nombre.
5 LAU.—¿Qué prendas?
BEL.—Su nacimiento noble y otras obligaciones.
LAU.—Dí que es señora de la casa de Dorotea, como aora se usa.
BEL.—¿Pues no ay señores de casas y solares?
10 LAU.—Muchos; pero algunos con desollado atreuimiento se ponen esse título de los apellidos que tienen, y como nadie sale a la causa, sálense con ello; que el que es varón legítimo de su apellido, deue honrarse, y deue ser honrado por su clara limpieza; pero fingir lugares y vassallos hombres
15 comunes sin dignidad ni oficio, prouoca a risa y a escándalo.
BEL.—Toda hermosura es señora de vassallos.
LAU.—Y más si tiene tantos quantos la pretenden.
BEL.—¿Qué importa que pretendan, si no alcançan?
LAU.—¿Acuérdaste de que la pretendiste?
20 BEL.—¿Cómo puedo oluidarme?
LAU.—¿Qué medios pusiste?
BEL.—Oro y Gerarda.
LAU.—¿Hate fauorecido?
BEL.—¿Esso preguntas?
25 LAU.—Y si otro la pretendiesse, ¿no haría lo mismo?
BEL.—No, porque estoy yo de por medio.
LAU.—También lo estaua el que tú venciste.
BEL.—Las leyes dizen que la possesión y la propriedad son cosas diuersas y separadas.
30 LAU.—¿Pues qué propriedad es la tuya en lo que possees con mala fe?
BEL.—Yo sé que todo el oro del mundo no es ya poderoso, Laurencio, para conquistar a Dorotea.
LAU.—No hablo en lo que tú mereces y ella conoce;

pero el oro siempre fué oro, y Gerarda siempre será Gerarda.

BEL.—Contra el oro, más oro; contra Gerarda, azero.

LAU.—No es remedio el que trae más daño.

BEL.—¿Qué daño? 5

LAU.—Poner las manos en vna muger miserable.

BEL.—Por lo menos quitara vna embustera del mundo.

LAU.—Y ¿qué importara donde quedan tantos cuya pluma y lengua andan quitando a todos con cartas fingidas y con palabras feas la honra que ellos no tienen? 10

BEL.—Paréceme que vienes esta noche de mala gana: buéluete, Laurencio; que estás impertinente.

LAU.—No podré obedecerte; que no es justo que te dexe solo.

BEL.—Pues si has de estar conmigo, calla. 15

LAU.—Mal hize en hablar como amigo, auiendo de callar como criado.

SCENA SEXTA

[*Habitación de Dorotea.*]

DOROTEA.—FELIPA 20

DOR.—¿Con quién hablauas, Felipa?

FEL.—Con el señor don Bela.

DOR.—¿Fuése?

FEL.—Díxele que estaua Teodora cuidadosa, rezando, mirando y gruñendo. 25

DOR.—Y de mí, ¿qué le dixiste?

FEL.—Que estauas escriuiéndole vn romance; y murmuraua Laurencio.

DOR.—¿Qué murmuraua?

FEL.—Que sería alguna prosa dedicada a tus galas.

DOR.—Todos os auéis engañado.
FEL.—¿Cómo?
DOR.—Es impossible que lo adiuines.
FEL.—¿Cosa que fuesse alguna carta?
5 DOR.—No he podido sufrir más tiempo la esperança de que Fernando se acordaría de mí.
FEL.—Ni yo lo creyera del grande amor que te tuuo, y que tú le mereciste.
DOR.—¡Fuertes son los hombres!
10 FEL.—Con el agrauio mucho.
DOR.—Yo no le hize agrauio.
FEL.—Dixístele que querías agrauiarle.
DOR.—Presente, no lo hiziera.
FEL.—¿Qué puedes escriuirle que venga a propósito en
15 tan pacífica possesión de don Bela?
DOR.—Llega essa luz, y escucha.
FEL.—Zelosa está Celia de mi priuança.
DOR.—Todo lo ha menester para que no se entone y desvanezca; que es discreción de los señores descuidarse al-
20 gunos días de los criados que quieren bien, para que teman que pueden oluidarlos; que tratarlos siempre con igualdad no es seruirse de ellos, sino seruillos.
FEL.—Bien hazes en barajarnos como fueren las ocasiones de auernos menester; que salir siempre vno, es fullería
25 de la condición y desprecio de la voluntad.
DOR.—Escucha vnas necedades tiernas.
FEL.—En siendo tiernas, no pueden ser necedades.
DOR. [*Lee.*]—"¿Quién dixera, Fernando mío, la noche antes del día que te partiste, que á los dos nos sucediera tan
30 gran desdicha, que a mí me obligaran a darte causa, y tú la tuuieras para partirte? Crueles fuimos entrambos, pero tú más conmigo, como quien tenía más valor y entendimiento. Es la condición de las mugeres tan temerosa, y imprímese en su cobardía tan fácilmente la más mínima amenaça, que

ella tuuo la culpa de mi atreuimiento. Dirás que ¿cómo no pudo mi amor aconsejarme que nos estaua mejor a los dos morir que diuidirnos, y que mi madre no podía ser tan riguroso juez como yo lo fuí de mí misma? Aquí no sé qué disculpa darte, mas de que parece que me quitó con los cabellos el entendimiento. Toda fuí lágrimas hasta tu casa, tan desatinada y ciega, que entre quantas cosas imaginé, ninguna fué tu ausencia; que si pensara que tenías amor, que te dexara libre para elegir más el remedio de la desdicha que el rigor de la vengança, antes boluiera a dar a mi madre los cabellos que me quedauan, que ir a lleuarte los que me auía quitado. Pensaua por el camino que hallaría consuelo en tu sentimiento, y hallé mayor crueldad en tus manos que en las suyas, pues ella me castigaua por ti, y tú a mí por ella. Respondísteme con tanta seueridad y aspereza, que le fué forçoso al alma esforçar mi natural flaqueza, para no perder su honra; que no ay cosa que más se la quite que los desprecios de lo que ama. Esto no puedes negar, que estuuieron presentes Julio y Celia, más admirados de tu respuesta que de la nouedad del sucesso que yo te refería. ¿Qué coraçón de fiera con tan animosa determinación en vn instante executara, con cinco años de amor, tan gran castigo? Los antiguos que escriuieron ingratitudes de hombres, ¿qué memoria dexaran de tu crueldad si fueras de aquel tiempo? Lo más que me dixiste para consolar mis lágrimas fué hazerme cargo de que por mí no estauas casado, sin acordarte que aora tienes veinte y dos años; mira, cruel, si te queda bastante tiempo para casarte, y si por lo mismo me estás en obligación, pues los cinco años de nuestro conocimiento te he quitado de arrepentirte. Secásteme con tu sequedad las lágrimas, con tu aspereza el coraçón, y con tus palabras la voluntad; que las respuestas injustas enfurecen la humildad, escurecen el entendimiento y alteran con tempestades de ira la serenidad del alma. Finalmente, la tuuiste para partirte;

pues no es essa la mayor crueldad si la comparo a tres
meses de oluido, donde te aurá parecido que sería baxeza
darme a entender que te acordauas de mí con escriuirme.
¿Qué huuieras perdido de quien eres por saber de vn cuerpo
5 a quien lleuaste el alma, dexándome en estado que aquella
noche, como no tuue espada para matarme, la hize de vna
sortija que me diste, porque lo fuesse el veneno de su dia-
mante? Pero no quiso executar mi muerte, respetando el
coraçón en que estauas; que, como siempre fué de cera
10 para tu gusto, no se preció de rendir cosa tan débil, a imi-
tación del rayo. ¡O qué bien me has animado para sufrir
tan desesperada ausencia sin ofensa tuya! ¡O cómo me has
entretenido con la esperança de verte, para no dar en las
ocasiones de oluidarte! Pero bien ha hecho, porque desen-
15 gañándome de tu amor, no me atormente el mío. No te
hago cargo de los trabajos que he passado por estimarte, en
la salud, en la opinión y en la hazienda: de las necessidades
sí, hasta ponerme en ocasión de parecerte mal por no tener
que vestirme. Mas ¿para qué te hago cargo destas cosas,
20 quando has de pensar que te aparté de mí para tenerlas? Y
por ventura en ocasión que si ésta llega a tus manos, se la
comunicarás con risa a quien se estará burlando de mis lá-
grimas, gloriosa de que te ha desenamorado de mí; y men-
tiréis entrambos, porque ni tú lo estarás, ni ella me ha
25 vencido; y esto, no por arrogancia, sino porque es fácil
consequencia que tú no me puedes auer oluidado a mí,
pues yo no te he oluidado a ti; que conforme a lo que los
hombres sentís, dezís y escriuís de nosotras, con más faci-
lidad os oluidamos. Y pues que yo, con tantas razones para
30 aborrecerte, y con ser muger, te quiero todavía, claro está
que quien es hombre me tendrá el mismo amor agora que
solía tenerme, fuera de tener más que oluidar los hombres
en las mugeres que nosotras en ellos, porque siempre son
mayores nuestras perfecciones y gracias, acompañadas de

aquella blandura natural, cariño y dulçura que mueue vuestra inclinación a nuestro deseo. No te digo que me respondas, ni que te acuerdes de mí; que esto no se haze rogando, sino sintiendo; sino sólo te suplico que no te quexes de mí en tus versos, porque si me quitaron alguna 5 opinión alabándome, no me acaben de destruir ofendiéndiéndome.—*La misma.*,,

FEL.—No has dicho cosa en la carta como la firma.

DOR.—¿Qué te parece?

FEL.—De tu amor y de tu entendimiento. 10

DOR.—El vno suple lo que el otro falta. [*Sale Celia.*]

CEL.—Si has leído, llegaré a hablarte.

DOR.—Con menos ceño, Celia; que yo no tengo causa para guardarme de ti. Esta es vna carta.

CEL.—Querría preguntarte para quién es, por ser yo la 15 estafeta.

DOR.—Lléuate el enojo a Seuilla, por parecerte a don Fernando.

CEL.—No, señora; mas impórtame saber si le escriues; que puede ser que te ayas cansado sin causa. 20

DOR.—¡Ay Dios, Celia! ¿Es muerto aquel loco, o se ha passado a las Indias?

CEL.—No, señora, ni Dios lo quiera; mas porque pienso que está en Madrid.

DOR.—¿Qué dizes, necia? 25

CEL.—Que le han visto Bernarda y la negra baxar reboçado por nuestra calle, y a su meritíssimo ayo y consejero Julio: dixéronmelo en secreto, quise certificarme, y es sin duda.

FEL.—¿De qué te alteras? ¿Adónde vas? Detente, que 30 anda don Bela por la calle. Déxame a mí; que si fuere necessario, yo sabré hablarle.

DOR.—Detenme, amor; que pues Fernando se viene, mejor es fingir descuido que mostrar cuidado.

SCENA SEPTIMA

[*Calle.*]

DON FERNANDO y JULIO

FER.—Escura noche.

5 JUL.—A propósito de tu intento.

FER.—Deseo que me ayude su escuridad.

JUL.—Virgilio dixo que arrojaua Caco de la boca vna fumífera noche: ¿qué dixera desta calle?

FER.—A mí me parece el rocío Idalio, que dixo Ponta-
10 no, la mirra del Orontes, y todas las yeruas aromáticas, sabeas, arabias, armenias y pancayas.

JUL.—*El poluo de la oueja alcohol es para el lobo*; pero dixo don Luis de Góngora de las calles de Madrid, que eran lodos con peregil y yeruabuena.

15 FER.—Mejor durmiera yo en ésta que en los jardines de Chipre o entre las rosas del monte Pangeo, hibleas o elisias flores.

JUL.—Ebrios de amor llamó Filostrato en la imagen de Ariadna a los que, amando con excesso, no tienen modo ni
20 límite en el amor.

FER.—Díme, Julio: en la juuentud, ¿no es la sangre más sutil, clara, cálida y dulce?

JUL.—El discreto filósofo considera el sentido de la proposición para preuenir lo que ha de responder, conceder o
25 negar. Apostaré que quieres dezir que resueltas con la edad aquellas partes sutiles, se haze más crassa y densa, y procediendo los años se muda en sequedad y frialdad. Pues no te lleuo diez años; que si te reprehendo, no es como viejo, sino como amigo.

FER.—Parece que respondes antes que te pregunten.

JUL.—Yo no me canso de que ames, sino de que no descanses.

FER.—Como el sol, coraçón del mundo, con su circular mouimiento forma la luz, y ella se difunde a las cosas infe- 5 riores, assí mi coraçón, con perpetuo mouimiento, agitando la sangre, tales espíritus derrama a todo el sujeto, que salen como centellas a los ojos, como suspiros a la boca y amorosos concetos a la lengua.

JUL.—Conozco que tienes en las venas infusa la sangre 10 delicadíssima de Dorotea, como, en el Marsilio platónico, Lisias la de Phedro; pero todos los antiguos filósofos dixeron que la ley no era otra cosa que vna razón deriuada de la deidad de los dioses, que manda las cosas honestas y prohibe las contrarias.

15

FER.—¿Amo yo por ventura el mármol del otro jouen, que le coronaua de rosas, y le quiso comprar al magistrado de Atenas, y porque no se le vendió se murió con lastimosas ansias? ¿Amo yo la pintura de Elena como el legado de Cayo César, o vna muger con alma y tantas gracias, que fué 20 cuidado y particular estudio de la naturaleza su hermosa fábrica?

JUL.—Aora bien, éstos son males, que sólo el tiempo tienen por Auicena.

FER.—¿Por fuerça auía de ser moro? ¿No hallaste otro 25 médico?

JUL.—No, porque ¿quién puede curar vn loco sino vn bárbaro?

FER.—¡Ay paredes! ¡Ay puertas! ¡Ay rexas de la cárcel hermosa de mi libertad! Quiero besaros mil vezes. 30

JUL.—¿Los hierros besas?

FER.—Aquí solía poner la mano Dorotea quando sus hierros eran eslauones de mi cadena, y su mano argolla de cristal que los ceñia.

JUL.—Ya los puede hazer de oro, según nos dizen.

FER.—¿Qué no podrá el oro, como materia prestantíssima del elemento terrestre?

JUL.—Todos los cuerpos elementares, dixo Paracelso que
5 se resoluían en su elemento: el hombre en tierra; y vsando filosóficamente de la fábula de las ninfas, la resoluió en el agua, y no sé qué se dixo de Melusinas, que las dió al ayre.

FER.—Esso, Julio, ¿a qué propósito?

JUL.—A que se dexó al reino de amor.

10 FER.—¿Quién es su reino?

JUL.—El elemento del fuego.

FER.—Dexóle, ¡ay de mí!, para la salamandra de mi coraçón.

JUL.—Eliano y Plinio dizen que vn animal llamado peri-
15 gono se engendra del fuego.

FER.—Esse soy, Julio, que viuo y muero templando con mis lágrimas este viuo ardor que me consume.

JUL.—Allá dixo el poeta Hesíodo, que tenían larga vida las náyades: deue de serlo ya tu espíritu; y la amphibia es
20 vn animal que viue la mitad en la tierra y la mitad en el agua.

FER.—Todas essas fábulas son moralidades de mis penas.

JUL.—Verdaderas quieren que sean, y dan testigos, pues Draconeto Bonifacio vió tritones, y Teodoro Gaza nereidas,
25 y en estas nauegaciones y descubrimientos de las Indias vieron vnos pilotos vn viejo desnudo en vnos riscos; y llegando a preguntarle qué tierra era aquélla, súbitamente se arrojó desde la peña al mar, y entre esferas de espuma se çabulló en sus ondas.

30 FER.—Mejor se dice *sumergirse*.

JUL.—También dize el castellano *somurgujóse*, y aunque es significatiuo, es áspero.

FER.—¡Qué neciamente me entretienes! ¿Qué hará agora Dorotea?

JUL.—Estará con dos velas a tu retrato, haziendo oración porque su dueño buelua.

FER.—¡O, enemigo mío! ¿No bastaua la burla sino también con don Bela? ¿Piensas que no entiendo el equiuoco?

JUL.—De ninguna manera fué con malicia lo de las ve- 5 las; que fuera demasiada sutileza; y en esto deues creer que me sucedió como a los poetas, que dizen muchas vezes por el consonante lo que no pensaron por el ingenio, y más quando son legos, que es lo que llaman donados del Parnasso. 10

FER.—¡Qué mal empleada muger!

JUL.—Antes dizen que bien, porque el indiano, si no es mui moço, es mui entendido; y en los diálogos del Guazo hallarás que las mugeres ignorantes aman el cuerpo, y las discretas el alma; y el Ariosto en vn canto de su *Orlando* 15 las aconseja que quieran hombres de edad, como no sean *Tropo maturi.*

FER.—¡Ay de mis veinte y dos años y de mis veinte y dos mil tormentos! ¿Cuándo se han de acabar ellos o esta miserable vida? 20

JUL.—¿Aora sales con esso?

FER.—¡O mi bien! ¡O mi primero amor! ¡O mi esperança! ¡O mi señora! ¡O mi Dorotea! ¿Cómo pudiste ser tan cruel conmigo? ¿Cómo me dixiste tales palabras, que fué forçosa obligación de mi honra perderte para siempre? 25

JUL.—Señor, dexa por Dios essos desatinos; toma el instrumento y canta, siquiera porque diuiertas tanta tristeza; que yo pienso que sabe que estás aquí, y por ventura echarás de ver si ha quedado alguna centella en las zenizas de aquel fuego, para que el fénix amor salga a segunda vida, 30 como le pinta Lactancio, antístite de los bosques y venerable sacerdote de la luz, después que ha hecho su sepulcro o nido sobre las lágrimas de mirra, el espirante amomo, acanto y cassia.

FER.—Por más que hazes, no puedes diuertirme. Sepa o no sepa Dorotea que estoi aquí, yo le quiero dezir mis locuras con estas cuerdas· y quando no me escuche, no importa; que el alma se deleita con la música naturalmente.

5 JUL.—Assí lo dixo el filósofo.

FER.—¡Ay, sol mío! Sal a oirme, aunque me abrases, pues eres el mismo fuego.

JUL.—Los cuerpos celestes calientan, no porque son cálidos, sino en quanto son de veloz mouimiento y luminosos.

10 FER. - Pero ¿cómo saldrás a oirme, aunque tengas allá mi alma que te lo aduierta, si tienes también la de don Bela, que no te dexe?

JUL.—Impossible es que vn sujeto tenga más de vna forma: si el amor de Dorotea ocupa el alma de don Bela,
15 ¿dónde ha de estar la tuya?

FER.—Allí junto a Dorotea.

JUL.—También es impossible estar la forma sin la materia.

FER.—¿Quién te lo dixo?

20 JUL.—Aberrois quando menos.

FER.—Pues tú y Aberrois os id noramala, que me tenéis quebrada la cabeça.

JUL.—Canta, canta, pues has templado; no venga quien lo estorue.

25 FER.—Pobre barquilla mía,
Entre peñascos rota,
Sin velas desvelada,
Y entre las olas sola:
¿Adónde vas perdida?
30 ¿Adónde, dí, te engolfas?
Que no ay deseos cuerdos
Con esperanças locas.
Como las altas naues,
Te apartas animosa

De la vezina tierra,
Y al fiero mar te arrojas.
Igual en las fortunas,
Mayor en las congoxas,
Pequeño en las defensas, 5
Incitas a las ondas,
Aduierte que te lleuan
A dar entre las rocas
De la soberuia embidia,
Naufragio de las honras. 10
Quando por las riberas
Andauas costa a costa,
Nunca del mar temiste
Las iras procelosas.
Segura nauegauas; 15
Que por la tierra propia
Nunca el peligro es mucho
Adonde el agua es poca.
Verdad es que en la patria
No es la virtud dichosa, 20
Ni se estimó la perla
Hasta dexar la concha.
Dirás que muchas barcas
Con el fauor en popa,
Saliendo desdichadas, 25
Boluieron venturosas.
No mires los exemplos
De las que van y tornan;
Que a muchas ha perdido
La dicha de las otras. 30
Para los altos mares
No lleuas cautelosa,
Ni velas de mentiras,
Ni remos de lisonjas.
¿Quién te engañó, barquilla? 35
Buelue, buelue la proa,
Que presumir de naue

Fortunas ocasiona.
¿Qué jarcias te entretexen?
¿Qué ricas vanderolas
Açote son del viento
5 Y de las aguas sombra?
¿En qué gabia descubres,
Del árbol alta copa,
La tierra en perspectiua
Del mar incultas orlas?
10 ¿En qué zelajes fundas
Que es bien echar la sonda,
Quando, perdido el rumbo,
Erraste la derrota?
Si te sepulta arena,
15 ¿Qué sirue fama heroica?
Que nunca desdichados
Sus pensamientos logran.
¿Qué importa que te ciñan
Ramas verdes o rojas,
20 Que en seluas de corales
Salado césped brota?
Laureles de la orilla
Solamente coronan
Nauíos de alto borde
25 Que jarcias de oro adornan.
No quieras que yo sea
Por tu soberuia pompa
Faetonte de barqueros,
Que los laureles lloran.
30 Passaron ya los tiempos,
Quando lamiendo rosas
El céfiro bullía
Y suspiraua aromas.
Ya fieros vracanes
35 Tan arrogantes soplan,
Que, salpicando estrellas,
Del sol la frente mojan.

Ya los valientes rayos
De la vulcana forja,
En vez de torres altas,
Abrasan pobres chozas.
Contenta con tus redes, 5
A la playa arenosa
Mojado me sacauas;
Pero viuo, ¿qué importa?
Quando de roxo nácar
Se afeitaua la aurora, 10
Más pezes te llenauan
Que ella lloraua aljófar.
Al bello sol que adoro,
Enxuta ya la ropa,
Nos daua vna cauaña 15
La cama de sus hojas.
Esposo me llamaua,
Yo la llamaua esposa,
Parándose de embidia
La celestial antorcha. 20
Sin pleito, sin disgusto,
La muerte nos diuorcia:
¡Ay de la pobre barca
Que en lágrimas se ahoga!
Quedad sobre la arena, 25
Inútiles escotas;
Que no ha menester velas
Quien a su bien no torna.
Si con eternas plantas
Las fixas luzes doras, 30
¡O dueño de mi barca!,
Y en dulze paz reposas,
Merezca que le pidas
Al bien que eterno gozas,
Que adonde estás me lleue 35
Más pura y más hermosa.
Mi honesto amor te obligue;

Que no es digna vitoria
Para quexas humanas
Ser las deidades sordas.
Mas ¡ay que no me escuchas!
5 Pero la vida es corta:
Viuiendo, todo falta;
Muriendo, todo sobra.

JUL.—Paréceme, señor, que han abierto vn poco de la ventana; sombra haze la luz. ¿Si está allí Dorotea?

10 FER.—Necio, ¿cómo puede ser que el sol no hiziera sombra con otra luz, sino mediante el cuerpo opuesto?

JUL.—Dará en Celia, y ella formará la sombra.

FER.—Creo que he cantado mal, porque me temblaua la voz.

15 JUL.—Antes no te he oído en mi vida con tan excelentes passos y cromáticos; diuinamente passauas en las otauas de la voz al falsete.

FER.—Deues de consolarme; que mal puede tener la voz segura quien tiene el coraçón temblando: cantaré otra cosa, 20 ya que voy perdiendo el miedo.

JUL.—A lo menos porque te escuchan.

FER.—¿Qué me queréis, alegrías,
Si me venís a alegrar,
Pues sólo podéis durar
25 Hasta saber que sois mías?
¿De qué sirue persuadirme
Que tenga gusto y placer,
Pues ya no puedo tener
De dónde pueda venirme?
30 ¿Para qué quiero alegrías
Después de tanto pesar,
Pues sólo podéis durar
Hasta saber que sois mías?

Quien alegra sus tristezas,
Arguye poco valor;
Que son tristezas de amor
Las más honradas finezas.
Ni yo me quiero, alegrías, 5
De vuestro gusto fiar,
Pues sólo, etc.
Entretuuiera las penas
De mi cansado viuir,
Si pudiérades venir 10
Diziendo que sois agenas.
Dezid que sois, alegrías,
De quien podáis alegrar,
Pues sólo, etc.
Un tiempo alegre me vi, 15
Que a ser triste me enseñó,
Porque tan poco duró,
Que apenas le conocí.
Cometas sois, alegrías;
Yo, donde vais a parar, 20
Pues sólo, etc.

JUL.—No hazen señal ni de hablarte ni de llamarte; sólo passan sombras de vna parte a otra por lo que se ve abierto de la ventana.

FER.—Deuen de ser mis dichas, que en esta casa siempre 25 fueron sombras. Vámonos, Julio.

SCENA OCTAUA

FELIPA.—FERNANDO.—JULIO.—DOROTEA

FEL. [*A la ventana.*]—¡A, cauallero!
JUL.—Buelue, que te llaman.
5 FER.—La voz desconozco.
JUL.—Ya todo será diferente.
FER.—Y todo será en daño mío.
JUL.—Como ay nueuo corregidor, aurán mudado las varas.
10 FER.—¿Quién me llama, y qué es lo que me manda?
FEL.—Vna dama que se ha alegrado mucho de oiros, os suplica que cantéis otra vez aquello de la pobre barquilla.
FER.—No querrá el dueño, porque no ha tenido tanto peligro en alta mar como llegando al puerto; pero cantaré,
15 por seruiros, el estado en que se halla, que no es mui dichoso, porque deuí a esta casa el que tuue alegre; que aquí viuía vna dama, tan dulce sujeto de mis pensamientos, quanto aora triste.
FEL.—Y viue agora, porque nació en ella y no ha tenido
20 otra.
FER.—Dixéronme que se auía passado a las Indias.
JUL.—¡Qué bien dicho, aunque no para en la calle!
FEL.—¡A las Indias! Pues ¿a qué efeto?
FER.—Como esso muda el tiempo y puede el oro.
25 FEL.—Los cuerpos muda la fuerça y violencia de la fortuna, no las almas.
FER.—Es impossible que sin el alma se mude el cuerpo.
FEL.—Estáis engañado; porque donde no va la voluntad va el cuerpo solo, como quien lleua luz en vna linterna, que
30 alumbra la calle y escurece la persona.

JUL.—No he oído cosa tan aguda.

FER.—Essa razón me ha muerto.

FEL.—Pues yo, ¿qué os he dicho?

FER.—La luz que passa por la linterna es por medio de la puerta, que es hecha de materia tan indigna, que por ella 5 se significa el mayor agrauio de la honra.

JUL. [*Aparte.*]—¡Qué bien dixo la *madera* de que se hazen linternas y tinteros!

FER.—Pero quiero hazer lo que me mandáis; que me ha deslumbrado mucho la linterna, porque no ay cosa que ofen- 10 da más los ojos, si es descortés el que la lleua.

Gigante cristalino,
Al cielo se oponía
El mar con blancas torres
De espumas fugitiuas, 15
Quando de vn tronco inútil
Cuyas ramas solían
Hazer dosel a vn prado,
Que fué de vn rayo embidia.
Tenía Fabio atada 20
Su mísera barquilla,
Los remos en la arena,
La red al sol tendida.
Ya no repara en nada;
Que quien de sí se oluida, 25
Grandes memorias tiene,
Que a tanto mal le obligan.
Baxa fortuna corre,
Poco la vida estima
Quien todo lo desprecia 30
Y a todo se retira.
Que despreciarlo todo
Es humildad altiua,
Acción desesperada,
Que no filosofía. 35

Mas tanto pueden tristezas
De passadas alegrías,
Que obligan, si porfían,
A no estimar la muerte ni la vida.
5 Las atreuidas ondas
Que a conquistar subían
Por escalas de vidro
Las almenas diuinas,
Abrieron vna naue
10 Desde el tope a la quilla,
Sembrando por las aguas
Velas, jarcias y vidas.
Y dixo: "Si estuuieras
Atada a las orillas,
15 Como mi barca pobre,
Viuieras largos días.,,
¡Dichoso yo, que puedo
Gozar pobreza rica,
Sin que del puerto amado
20 Me aparte la codicia!
La soledad me mata
De vn bien que yo tenía,
No los palacios altos,
Ni el oro de las Indias.
25 Quando anegarse veo
Las naues, y las dichas,
Consuelo en las agenas
La pena de las mías.
Mas tanto pueden, etc.
30 Memorias solamente
Mi muerte solicitan,
Que las memorias hazen
Mayores las desdichas.
Para regalo tuyo,
35 Amarilis diuina,
Quando el aurora rayos,
Redes al mar tendía.

Sacaua yo corales,
Que, como se corrían
De verse con tus labios,
Más finos parecían.
A tus hermosas manos 5
Lleuar también solía
Los pezes y las perlas
En vna concha misma.
De mi cabaña humilde
Las paredes suspiran, 10
Adonde yo gozava
Tu dulce compañía.
Y en tantos desconsuelos
Quiere el amor que siruan
En esperanças muertas 15
Estas memorias viuas.
Mas tanto, etc.

DOR. [*Aparte a Felipa, desde dentro.*]—¡Ay, Felipa! ¿Quién será esta dama? Que me abraso de zelos.

FEL.—Mira que puede oirte. 20

DOR.—Temblando me está el coraçón; estoi por llamarle.

FEL.—Tu madre ha conocido la voz, y está mirando, aunque finje desatención, la inquietud de tus acciones y el desasossiego de tus mouimientos.

DOR.—¡Ay, Felipa, que somos Fernando y yo como la 25 voz y el eco! El canta, y yo repito los vltimos acentos.

FEL.—Creo que andas porque te vea.

DOR.—¿Puede ignorar su alma que la mia le escucha?

FEL.—La prima que se le quebró ha puesto, y a cantar buelue. 30

FER.—Tan viuo está en mi alma
De tu partida el día,
Que viue ya mi muerte,
No viue ya mi vida.

Nunca del pensamiento
Vn átomo se quitan
Las luzes eclipsadas
De tu postrera vista.
5 Assí las açucenas
Por la calor estiua
Entre las hojas verdes
Las cándidas marchitan.
Assí la pura rosa
10 Que vió la dulce risa
Del alua, con la noche
La púrpura retira.
Trocado muerte auemos,
Siendo en mis ansias viuas
15 Tu vida la que muere,
Mi alma la que espira.
Intento consolarme
Con ver que, fugitiua,
Parece que me llamas,
20 Y que a partir me animas.
Mas tanto pueden desdichas,
Que obligan, si porfían,
A no estimar la muerte ni la vida.,,

FEL.—Yo os prometo, cauallero, que el poeta dessas en-
25 dechas escriue de lo más crespo.

FER.—Antes de lo más peinado.

FEL.—Leuantan agora los nueuos términos a la lengua.

FER.—Testimonios.

FEL.—Bien parece lo realzado.

30 FER.—Si se entendiesse.

FEL.—O se escriue verso o prosa.

FER.—Sentencia y belleza bien pueden estar juntas; que son como discreción y hermosura.

FEL.—Yo no quiero argüir con vos, que sería descortesía
35 y atreuimiento.

FER.—Yo no os he visto en esta casa, pero me persuado que quanto ay en ella es entendimiento.

FEL.—Fauorecéis al dueño; pero dezidme cómo.

FER. Porque son tantos los que aquí le han perdido, que le tendrán hasta las esclauas que le huuieren hallado. 5

FEL.—No será a lo menos el vuestro, pues le mostráis tan grande.

FER.—No habla aquí mi entendimiento, sino mi desdicha, y todos los desdichados son discretos.

FEL.—Yo he visto necios desdichados. 10

FER.—Serán dos vezes necios.

FEL.—Con las gracias que vos mostráis aquí, aunque no os veo bien el talle, por la sombra de la noche, tengo por impossible que a lo menos en vna cosa dexéis de ser dichoso.

FER.—¿En qué, por vida vuestra? 15

FEL.—En ser querido.

FER.—Quando fuera ansí, que yo tuuiera algunas gracias, ¿qué cosa más contra mí para ser correspondido?

FEL.—Pues los méritos, ¿no son el fundamento del amor?

FER.—Como quisiere la fortuna. 20

FEL.—La fortuna, ¿no compite con la naturaleça?

FER.—No, porque siempre la derriua.

FEL.—¿Qué llamáis fortuna?

FER.—Riqueza.

FEL.—Méritos conquistan. 25

FER.—Sí, pero no conseruan.

FEL.—Quien dexa lo que tiene por su gusto, quéxese de sí mismo.

FER.—Assí lo hago yo, que por esso canto cosas tristes; pero yo os prometo que no pude dexar de dexarlo. Pero 30 ¿qué me importa, si lo que dexé no me dexa?

FEL.—Si otra noche venís por aquí, no traigáis lamentaciones.

FER.—Acabaldo vos con mi tristeza; que por hazerla ma-

yor, he buscado entre los versos que sé de memoria los que mejor se aplican a las que tengo.

FEL.—Paréceme que esse pescador lamentaua alguna prenda muerta: ¿por dónde se aplica a sentimiento vuestro, 5 pues la tenéis viua?

FER.—Porque lo mismo es tenerla ausente, aunque se diferencian en que los ausentes pueden ofender y los muertos no; y este pescador lloraua la más hermosa muger que tuuo la ribera donde nació, más firme, más constante y de 10 más limpia fe y costumbres.

FEL.—Parece aprouación de libro.

JUL.—Tres hombres reboçados te han escuchado en la esquina con alguna inquietud, y pienso que, pues suenan los broqueles, tocan a pesadumbre.

15 FER.—Pues dame el mío, y arrima esta guitarra a essa reja.

SCENA NONA

DON BELA.—DON FERNANDO.—JULIO.—FELIPA.
LAURENCIO.—DOROTEA

BEL.—Este deue de ser el seuillano de quien siempre 20 nos cuenta Dorotea tantas gracias.

LAU.—Si las demás lo son como la voz, será perfeto en todas.

BEL.—Dame, por tu vida, más zelos de los que tengo.

LAU.—Esto no es para darte zelos, sino para quitártelos.

25 BEL.—Si los zelos nacen de las gracias agenas, ¿cómo se han de quitar encareciéndolas?

LAU.—Sabiendo vn hombre dexar el campo libre al que las tiene, pues le dan lugar para que las execute.

BEL.—¡Hermosa cobardía! Reconocerle quiero; porque

si la cara y el talle desdizen de la voz, ésse es el mejor camino para perder los zelos.

FER.—¿Qué es lo que miran? ¿No pueden passar sin reconocer? ¡Qué gentil cortesía!

BEL.—No vengo a ser cortés, sino a echarle dessa puerta. 5

FER.—Si trae essa determinación, a buen tiempo viene.

FEL.—¡Ay, señora, que se matan!

DOR.—Don Bela y don Fernando son.

FEL.—Y Julio y Laurencio.

DOR.—Saca vna luz a essa ventana; que el coraçón se 10 me sale del pecho por ayudar a Fernando.

FEL.—¡O qué mal dicho!

DOR.—¡O qué bien hecho! Ayudalde, coraçón animoso, o no digáis que sois mío.

CORO DE ZELOS 15

DÍCOLOS DÍSTROPHOS

¡O zelos, rey tirano!
¡O bastardos de amor! ¡O amor villano!
¡O guerra del sentido!
¡O engaño a la verdad, puerta al oluido! 20
¡O poderosa ira,
Que en sombra amor por accidentes mira,
Con miedo del agrauio,
Furia del necio y necedad del sabio,
Que con tu propio daño 25
Presumes engendrar el desengaño!
¡Cuerpo que el aire finge,
Enigma que propone fiera esphinge,
Sustancia y diferencia,
Que resultas del acto y la potencia, 30
De amor que desconfía,
Fuego abrasado y calentura fría!

Por ti la bella Elena
Suspensa puso fin a tanta pena.
Antíope por Dirce
Y en las ondas del mar Scila por Circe
5 Por Zéfalo gallardo,
La esposa que mató sangriento dardo,
Por quien la blanca aurora
Tierno maná sobre las flores llora
Tu imagen formidable
10 Sin causa en mil tragedias fué culpable.
No passes de rezelos;
Que si llegas a ofensa, no eres zelos.

ACTO QVARTO

[*El Prado de San Jerónimo.*]

SCENA PRIMERA

MARFISA.—CLARA.—FELIPA.—DOROTEA.
FERNANDO.—JULIO 5

MAR.—¡Qué solo está el Prado!
CLA.—¿Cómo no quieres que lo esté, si apenas le acompaña el día?
MAR.—¡Qué bien pintara esta mañana Fernando!
CLA.—Mejor supo despintar el oro de tus joyas. 10
MAR.—El oro se halla en la fortuna, y el buen ingenio en la naturaleza.
CLA.—Ganado auemos la palmatoria en esta escuela de las damas que toman el azero.
MAR.—Allí vienen dos pisando de valentía. 15
CLA.—Como si huuiera galanes que las miraran.
MAR.—Quando la biçarría es natural, no ha menester cuidado.
CLA.—Hazia nosotras vienen. [*Salen Dorotea y Felipa.*]
MAR.—Señora Dorotea, ¿tomáis azero, o venís a florecer 20 el campo?
FEL.—Parece que los sacáis las dos en desafío.
DOR.—Ya le tendréis florido, pues venistes primero. No os he pagado la visita de aquel día, porque no supe vues-

tra casa, y porque no me obligastes con dezirme que veníades a visitarme, sino que fué acaso y por accidente el verme.

MAR.—Buena estáis ya del todo, Dios os bendiga. ¡Qué cara! ¡Qué colores! ¡Qué nácar!

5 DOR.—No os pago con la misma lisonja, porque se ve en vos con verdad lo que en mí por fauor; que yo como me acosté anoche, vengo esta mañana.

MAR.—Por esso dizen vnos versos:

"Para amar, es la cosa más segura
10 Buen trato, verde edad, limpia hermosura.,,

Y en otros que escriuieron a vna dama que consultaua astrólogos para saber si la quería a quien ella amaua:

"Toma vn espejo al apuntar del día;
Y si no has menester jazmín ni rosa,
15 No quieras más segura astrología.,,

DOR.—En verdad que no pude tomarle, porque no auía luz para verle.

MAR.—Vos sois espejo de vos misma.

DOR.—Y vos del mismo sol, que sale más aprisa por ver
20 en vuestra cara si amanece más aliñado en España que en las Indias.

MAR.—Vos lo sabréis mejor, que amanecéis en entrambas.

DOR.—Mucho sabéis de mí: deue de deziroslo don Fer-
25 nando.

MAR.—¿Cómo lo puede saber esse cauallero, que ha tanto que está en Seuilla?

DOR.—¿Fingís ignorancia? Días ha que está en Madrid, y no pocos días.

30 MAR.—No ay que fiar en amistades zelosas: no me lo ha

dicho aquella amiga que le quiere bien; que deue de guardarse de mi.

DOR.—Aora creo que no sois vos, pues no lo sabéis.

MAR.—Deuéis de engañarme, pensando que puedo yo daros nueuas dél; con que vengo a estar engañada entre dos 5 zelosas.

DOR.—Yo no le he visto; pero le he oído hablar y cantar en mi calle, y aun acuchillar vnos hombres, de los quales el vno está herido, aunque ya sin peligro.

MAR.—Auraos engañado; que sabe fingir vna muerte 10 con gran donaire.

DOR.—Yo me holgara que no fuera tan cierto.

MAR.—Y yo de acompañaros; pero voy a Atocha, y temo al sol si bueluo tarde.

DOR.—Encomendadme a ella. [*Vanse Marfisa y Clara.*] 15

FEL.—Bizarra es esta dama, Dorotea, aunque pica un poco en gruessa, que no la haze tan gentil como lo fuera con menos bulto.

DOR.—Las manos son bellíssimas, y las sacó del guante, como si me huuiera yo de enamorar dellas. 20

FEL.—Es falta de buenas manos y buenos dientes enseñarse a todos, y la de los dientes mayor; porque hazen gestos para que se los vean, no sin fealdad y nota de liuiandad.

DOR.—Alabaua Octauio a doña Inés las manos de vna 25 dama, que las lleuaua asidas a la cortina del coche, como vestido en tienda, que sólo le faltaua dezir: ¿quién quiere manos?; y ella, zelosa, sacó las suyas del guante, y dándole vn bofetón, le dixo: "¿Eran como éstas?,,

FEL.—¡Ay, Dorotea! Cúbrete, que yo no importa, pues 30 no me conoce don Fernando; que él y Julio son, sin duda, los que entran por la Carrera.

DOR.—Assentémonos cerca desta fuente; que me he turbado: fuera de que, sentada, seré menos conocida.

FEL.—Toma esta alcorça, y si quieres agua, aquí tengo vn búcaro de los que llaman de la Maya.

DOR.—Por encarecimiento solía dezir Fernando que deuía de ser ésta tierra del Paraíso, donde fué la fábrica del
5 primer hombre.

FEL.—El llega; cúbrete bien. [*Cúbrese Dorotea, y salen don Fernando y Julio.*]

DOR.—Sin mirarnos passó de largo.

FEL.—¡Qué estraña melancolía!

10 DOR.—Yo pensé que iba siguiendo aquella dama; pero va la Carrera arriba; llámale, pues no te conoce: veamos qué nos dize; que yo no hablaré palabra.

FEL.—¡A, cauallero! ¡A, gentil hombre!

JUL.—Mira que te llaman aquellas mugeres.

15 FER.—Déxalas, necio; que no es esse el remedio de mis tristezas.

FEL.—No seáis descortés, cauallero.

JUL. [*A don Fernando.*]—De mañana salen a buscar la vida..., aunque no parece ropa desocupada. Llega a ver lo
20 que te quieren.

FER.—¿No sabes que no hablo con mugeres?

JUL.—No sanarás del mal que tienes,—y si no, pregúntalo al Petrarca en el *Triunfo de amor*—si no te acuerdas del rey Assuero. [*A Felipa.*] Dize mi amo que no habla con
25 mugeres.

FEL.—¿Mas qué si voy por él, que le quito la capa, y le hago sentar aquí, aunque le pese?

JUL.—Señor, aquella dama está determinada a lleuarte allí por fuerça; aduierte que las mugeres siguen a quien las
30 huye, y se vendrá tras ti, no más de porque no la quieres.

FER.—¿Qué es, señora, lo que me mandáis? Y agradecedme que sois la primera muger con quien he hablado más ha de quatro meses.

FEL.—¿Por qué, rey mío? ¿Qué le auemos hecho?

FER. [*A Felipa.*]—Los agrauios y traiciones de vna han sido causa para aborrecerlas todas.

FEL.—¡O qué historia tan linda me prometo! Sentaos junto a las dos, y haréis dos cosas justas: que descansaréis vos, y nos entretendréis a nosotras. 5

FER.—¿Porqué no habla essa dama?

FEL.—Porque está mal con los hombres, como vos con las mugeres.

FER.—Si ella los aborrece tanto como yo a ellas, bien se podrá hazer de los dos vn veneno para acabar el mundo. 10 Ya estoy sentado.

FEL.—¿Cómo venís al campo tan de mañana, pues no venís a ver çapatillos y plumas?

FER.—No duermo en toda la noche, peleando con el más necio amor y más desengañado que ha tenido la porfía 15 sin la esperança desde que ay locos desta tema en el mundo.

FEL.—Ya que nos auéis hecho merced de sentaros, y estamos ciertas, pues aborrecéis mugeres, que no nos diréis amores, entreteneos a vos mismo con referir la historia de que os quexáis; que los enfermos de vuestro mal darán dine- 20 ros porque los escuchen.

JUL.—¡Quál es la hermana compañera! Pero, señora, essa que lo es suya, ¿es muger o piedra? Porque la pondremos en la fuente. Siéntome junto a ella como quien se arrima a vn poste. ¡Pesia tal, y qué buen olor que tiene! No es 25 de mala casta lo rollizo del braço. Aún no me ha dicho: "¿Quién está aí?,,

FEL.—Guardaos no os lo diga con el cuchillo del estuche; pero dad silencio, que tose vuestro amo, y es señal que quiere començar la obra. 30

FER.—Yo, señoras, la que habla y la que no habla, nací de padres nobles en este lugar, a quien dexaron los suyos poca renta: mi educación no fué como de príncipe, pero con todo esso quisieron que aprendiesse virtudes y letras. Em-

biáronme a Alcalá de diez años, con el que está presente, que tendría entonces veinte, para que me siruiesse de ayo y de amigo, como lo ha hecho con singular amor y lealtad.

JUL.—¿Quién como tú le merece?

5 FER.—Para con tu dotrina, Julio, tengo por ignorante al Chirón de Aquiles; pues por lo que toca a la verdadera amistad, ¡assí fuera yo Alexandro como tú Ephestión!

JUL.—No quiero responderte por no interrumpir el hilo de tu amorosa historia.

10 FER.—De la edad que digo, ya sabía yo la gramática, y no ignoraba la retórica; descubrí razonable ingenio, prontitud y docilidad para qualquiera ciencia; pero para lo que mayor le tenía era para los versos; de suerte que los cartapacios de las liciones me seruían de borradores para mis 15 pensamientos, y muchas vezes las escriuía en versos latinos o castellanos. Comenzé a juntar libros de todas letras y lenguas, que después de los principios de la griega y exercicio grande de la latina, supe bien la toscana, y de la francesa tuue noticia.

20 JUL.—Parece que informas esta dama para algún oficio.

FEL.—No me tengáis por tan ignorante, que no escuche con tanto gusto la materia de las letras como la de los amores; que las mugeres, quando no esperamos interés, qualquiera cosa nos entretiene.

25 FER.—Murieron mis padres, y vn solicitador de su hazienda cobró la que pudo, y passóse a las Indias, dexándome pobre; que siempre fuí desdichado en las Indias; pues como otros traen dellas hazienda, me lleuaron allá la mía.

JUL.—Parece que se ríe esta dama de que dixesses que 30 eras desdichado en Indias.

FER.—No puede ella entender por lo que yo lo digo.

FEL.—Tenéis razón; que el reirme procedió del donaire con que lo dixo, que no de la causa porque lo siente.

FER.—Y ¡cómo si lo siento! ¡Pluguiera al cielo que

nunca se huuieran descubierto, ni Colón huuiera nacido en el mundo!

FEL.—¿Tan poco ánimo tenéis, que porque os lleuaron vuestra hacienda, no quisiérades que España se huuiera hecho con ellas tan rica y poderosa, y nuestra fe se huuiera 5 dilatado tanto?

FER.—Muy lexos vais de mi pensamiento: no me admiro, siendo impossible penetrarle.

FEL.—Bolued a engarçar la cadena de vuestro cuento, no se os pierdan algunos eslàuones. 10

FER.—Boluí a la corte, y a su casa de vna señora, deuda mía, rica y liberal, que tuuo gusto de fauorecerme.

FEL.—Tuuo muy buen gusto.

FER.—Tenía vna hija de quinze años, quando yo tenía diez y siete, y vna sobrina de poco menos que los míos: con 15 qualquiera de las dos pudiera estar casado; pero guardáuame mi desdicha para diferente fortuna: las galas y la ociosidad (cuchillo de la virtud y noche del entendimiento) me diuirtieron luego de mis primeros estudios, siendo no pequeña causa poner los ojos en Marfisa; assí se llamaua la sobrina 20 desta señora, y ella Lisarda. Este amor aumentaua el trato, como siempre; mas en medio desta voluntad, que por mi cortesía y poca malicia no dió fuego, la casaron con vn hombre mayor y letrado, aunque no el mayor letrado, pero muy rico. El día que el referido jurisconsulto la lleuó a su 25 casa, hize la salua a su boca, porque no le matasse el veneno que lleuaua en ella con el disgusto de la violencia, y lloramos los dos detrás de vna puerta, mezclando las palabras con las lágrimas; tanto, que apenas supiera quien nos mirara quáles eran las lágrimas o las palabras. 30

FEL.—Gran llorador deuéis de ser.

FER.—Tengo los ojos niños y portuguesa el alma; pero creed que quien no nace tierno de coraçón, bien puede ser poeta, pero no será dulce.

FEL.—¡Qué presto os vais a la professión!

FER.—Amor tiene la culpa.

FEL.—¿Por qué?

FER.—Porque amar y hazer versos todo es vno; que
5 los mejores poetas que ha tenido el mundo, al amor se
los deue.

JUL.—Esso es cierto; y que ningún hombre amó, que, o
bien o mal, no los hiziesse.

FEL.—¿En qué paró la señora nouia?

10 FER.—En que el negro esposo se oluidó de la edad y se
acordó de la hermosura, y ayudando su flaqueza con artificio, perdió la vida en la empresa, como buen cauallero.

FEL.—*La vida del puerco, corta y gorda.*

FER.—Boluieron a Marfisa a casa, y no el dote, porque
15 sin él la quiso; que ay muertes que se quieren de valde,
más que vidas por dineros.

FEL.—Brauas fiestas haríades a su venida.

FER.—Ningunas, cierto; que el día de su boda me truxo
vn grande amigo vn recado de vna dama desta corte. No sé
20 cómo la nombre; que me cubre vn yelo toda la sangre. Finalmente se llama...

FEL.—No os quedéis en finalmente.

FER.—Leona, Tigre, Serpiente, Aspid, Sirena, Euripo, Circe, Medea, Pena, Gloria, Cielo, Infierno y Do-
25 rotea.

FEL.—¡Con qué de injuriosos nombres desembarca essa
pobre muger del mar de vuestra ira!

FER.—No los he dicho todos; pero sí, que ya dixe Dorotea.

30 FEL.—Los hombres querrían las mugeres como vassallos
de Aragón, a bien y a mal tratar.

FER.—Peor lo hazen ellas, pues nunca nos tratan bien.

JUL.—Essa pendencia, señores, començó en las calendas
de la edad de plata; sólo me admira que, no auiendo en el

mundo tercera diferencia de hombres y mugeres, nunca estemos en paz.

FER.—Essa discordia nace de querellas.

FEL.—No, sino de querer tantas.

FER.—También ay tantos. 5

JUL.—Bien dicho.

FEL.—A vos, claro está que os lo ha de parecer, por hombre, por ayo y por amigo.

FER.—Si fuera menos aficionado a la defensa de las mugeres Julio, no estuuiera yo perdido. 10

FEL.—Luego ¿nunca os riñe?

FER.—Si yo tuuiera lo dócil de Alcibiades, topado auía con Sócrates.

FEL.—Dexad historias, y venid a la vuestra. ¿Qué recado os truxo aquel amigo? 15

FER.—Que fuesse a ver a Dorotea, porque en ciertas conuersaciones en que los dos nos auíamos hallado, le auía caído en gracia o mi persona o mi donaire, o todo junto; y fué gracia con que he caído en estas desgracias, que faltan estrellas al cielo para conferirlas. 20

FEL.—¿Fuistes en efeto a verla el mismo día de la boda de Marfisa?

FER.—Púseme lo mejor que tuue y lo más galán que supe, y fuí á verla con todas las circunstancias de pretendiente, mesura, olor y aseo. 25

FEL.—Auía calças largas, cuera de ámbar, y su poquito de cadena, ensayando la habla para lo tierno y los ojos para lo eleuado.

JUL.—Pues assi es la que habla, ¿quál deue de ser la que calla? 30

FEL.—Ya os digo que no la toquéis; que no está madura, y os dará dentera.

JUL.—Las mugeres nunca son mejores que por madurar.

FEL.—Gusto tenéis de ayo... que estuue por dezir de pedagogo.

JUL.—¿Latín sabéis?

FEL.—Tengo vn hermano estudiante, y dame quando
5 corta latín estos retales. Dezidme, por vida vuestra, ¿qué tal será vna muger quando huele al nido?

JUL.—Peor es a corral de ouejas, y no me podéis negar que son mejores dos de a veinte que vna de cuarenta.

FER.—Este día de la boda de Marfisa fuí galán, como
10 dixe, tanto, que se trocaron los efetos, porque yo parecía el desposado y el nouio el suegro.

FEL.—Sólo os diferenciaríades en que todos los desposados se hazen la barba, porque vos no la tendríades. Pero ¡qué gentil sentimiento de la dama que se casaua! ¡Ay hombres!
15 ¡Qué presto se le enxugaron las lágrimas, y se le oluidó la salua de la boca a la sombra de la puerta!

FER.—Pues, ¿qué queríades? ¡Qué gentil necedad fuera matarme yo, quando ella estaua en braços de su marido!

FEL.—Tenelda lástima; que es milagro del cielo auer
20 conformidad en edades desiguales, de que han nacido muchas vezes tristes sucessos.

FER.—Para tristes sucessos no es menester la desigualdad de las edades, sino de las condiciones.

FEL.—En fin, vistes essa Dorotea: ¿es muy hermosa?

25 FER.—Esso quisiera que no me preguntáredes, porque parece que la naturaleza distiló todas las flores, todas las yeruas aromáticas, todos los rubíes, corales, perlas, jacintos y diamantes, para confacionar esta bebida de los ojos y este veneno de los oídos.

30 JUL.—Deuía de ser entonces boticaria la naturaleza; no te faltó sino mezclar aí essos simples con el tártaro.

FER.—No sé qué estrella tan propicia a los amantes reinaua entonces, que apenas nos vimos y hablamos, quando quedamos rendidos el vno al otro.

FEL.—¿Y Marfisa?

FER.—Era amor venial, y fué menester poca diligencia, y menos para Dorotea; pues yo pudiera dezir lo que el excelente poeta Vicente Espinel dixo por la facilidad de la hermosa Ero: 5

"De Ero murmuráis, yo lo sé cierto,
Que fué muy blanda en el primer concierto.,,

FEL.—¡Qué falta en los hombres! ¡Malayan las mugeres, 10 porque no los hazen rabiar! Pero dezidme, ¿tan hermosa es essa Dorotea?

FER.—Esto es quanto al paramento visible; que el talle, el brío, la limpieza, la habla, la voz, el ingenio, el dançar, el cantar, el tañer diuersos instrumentos, me cuesta dos mil 15 versos; y es tan amiga de todo género de habilidades, que me permitía apartar de su lado para tomar lición de dançar, de esgrimir y de las matemáticas, y otras curiosas ciencias; que en entrambos era virtud, estando tan ciegos. Estaua en esta sazón ausente el esposo desta dama, donde no se tenía 20 esperança de su buelta; en cuyo medio la auía conquistado vn príncipe estrangero, — a quien ella entretenía poderosas esperanças con remissas dilaciones, y ardientes deseos con fauores tibios—que hallé en la possessión deste pensamiento, quando nos vimos Dorotea y yo tan conformes de estrellas, 25 que parece que toda nuestra vida nos auíamos tratado y conocido. Con este gran señor que os digo, me sucedieron grandes auenturas, no por soberuia de mi condición, que bien sabía que el que se opone al poderoso con flacas fuerças, es fuerça que alguna vez caiga en sus manos. Y assí, 30 vna noche que llamé con más amor que discreción a su puerta de Dorotea, salió él propio a abrirme, sin que ella ni su madre pudiessen con ruegos detenerle; y como auía conocido mi voz, traía la daga en la mano, y tirándome vna

puñalada de las que llaman de resolución, por encoger el cuerpo o por mi buena fortuna, me clauó por las cuchilladas de vna cuera blanca que traía suelta a la misma puerta que me abría, cerrándola de golpe. Y esto no os parezca impossi-
5 ble, porque como yo pensaua que era criada la que me abría, fuí a entrar con el deseo donde los zelos me esperauan con la traición; y auiendo de baxar vn passo, porque la sala de aquella puerta no estaua igual con la calle, baxé el cuerpo y quedó la cuera en el aire.

10 FEL.—Turbada os escucho, imaginando en tal ocasión essa vuestra Dorotea qué noche passaría si os imaginaua herido de tan fuerte determinación.

FER.—Yo no pude auisarla; y assí, partimos entre los dos la pena.

15 FEL.—¿Cómo salistes del peligro de competidor tan poderoso? Que me tenéis suspensa.

FER.—Tengo por cierto que me huuiera quitado la vida, porque yo auía perdido el temor a su poder y a mi muerte, si el rey entonces no le embiara con vn cargo conforme a
20 su grandeza y a mi dicha; que no pudiera traçar mi imaginación tan eficaz remedio. Pero fué gracia, que hizo grandes diligencias para lleuarme por secretario suyo, no porque me auía menester ni mi edad era suficiente, sino por apartarme de Dorotea, que antes que saliesse el alua auía embiado vna
25 criada suya a saber de mi vida, que celebramos los dos, siendo los braços parabienes de la felicidad deste sucesso, en el primer hurto que se pudo hazer a los desvelados zelos de tan poderoso amante, tomando vengança dél en amorosas ofensas con el aumento que hazen a dos conformes volunta-
30 des las resistencias y priuaciones. Ausentóse finalmente, y quedé señor pacífico de tan rica possessión, que me parecía que Creso, que se llamó entre los mortales felicíssimo, era pobre para conmigo, y que el resplandeciente exército de Antíoco Magno, con los arneses y celadas de plata y oro,

era menos lustroso que mis galas y menos soberbio que mis pensamientos. Pero con toda esta riqueza, en breues días me començaron a afligir y atormentar cuidados de verme pobre, y que no estaua seguro por serlo de alguna ofensa merecida de mi necessidad, no de mi culpa; y que no se podía con- 5 seruar nuestra amistad dentro de las esferas de la actiuidad de amor. En estos miedos y entre tanta copia de competidores y deudos, no auiendo yo nacido con aquel linage de sufrimiento que está (según dizen los que le han leído) en el capítulo primero del libro de la infamia, que con poca 10 distinción comprehende la opinión de los galanes y la honra de los maridos, entendió Dorotea este pensamiento; que fácilmente se assoma al rostro en la tristeza de los amantes, donde parece que quieren que les pregunten lo que no quieren que sepan, y me asseguró que sería tan mía, que 15 quitándose las galas y las joyas con la plata de su seruicio, me las embió en dos cofres.

FEL.—Hazaña fué por cierto de muger de valor.

FER.—Con esto duró nuestra amistad cinco años, en los quales quedó casi desnuda, aprendiendo labor que no sabía, 20 para sustentar las cosas más domésticas.

FEL.—¡O singular fineza en tanta hermosura, en tal edad y en la corte!

FER.—Yo la confiesso, y que me vi mil vezes con tal vergüença y lástima, que no pudiendo cubrir aquellas her- 25 mosas manos con diamantes, las bañaua en lágrimas, que ella tenía por mejores piedras para sortijas que las que auía vendido y despreciado.

FEL.—¿Y qué hazían vuestros competidores entonces?

FER.—No reparauan tanto en Dorotea, porque donde 30 las galas no llaman los ojos de los hombres, parece que está cobarde la hermosura. Finalmente la vi de suerte, que quando considero su necessidad la disculpo; mas quando mi amorosa perdición, me bueluo loco.

FEL.—Pues ¿qué hizo?

FER.—Díxome vn día con resolución que se acabaua nuestra amistad, porque su madre y deudos la afrentauan, y que los dos éramos ya fábula de la corte, teniendo yo no
5 poca culpa, que con mis versos publicaua lo que sin ellos no lo fuera tanto.

JUL.—Esso es cierto; y crean las damas que siéndolo de poetas, serán celebradas, pero no secretas.

FEL.—Y vos, ¿qué hizistes en tan súbita mudança?

10 FER.—Fingí en mi casa que auía la noche antes muerto vn hombre (y dezía verdad, si era yo el muerto), y que era fuerça ausentarme o caer en manos de la justicia: dióme Marfisa el oro que tenía y las perlas de sus lágrimas, y con él me partí a Seuilla.

15 FEL.—Braua resolución.

FER.—De hombre de bien.

FEL.—Y ¿cómo lo passates?

FER.—Tristemente: a cada legua que andaua me boluía; pero pudiendo más la honra que el amor (que la cosa más
20 fuerte siempre fué la honra, perdone aquel antiguo problema del vino, la verdad y la muger), proseguía mi camino, hasta que cayendo y leuantando llegué a Seuilla.

FEL.—Allí presto se oluidaría Madrid y la dicha Dorotea con la hermosa variedad del trato, damas, caualleros,
25 estrangeros, naues de las Indias, río, barcos y Triana.

FER.—Y ¡cómo si se oluidó! Luego en llegando fué esse milagro: el río me parecía el Leteo; las barcas, almas; las damas, sus ministros; las naues, montes flamígeros, como el Etna de Sicilia; su trato, la confusión de sus vozes; final-
30 mente, la más bella y populosa ciudad, un infierno soñado. No pensé amanecer viuo aquella noche, porque la felicidad y la desesperación son los vltimos términos de los amantes; y auiendo perdido el primero, era fuerça que diesse en el segundo. Partíme a ver el mar, que esto sólo fué deseo mío

entonces, después de mi muerte; vile en Sanlúcar, y díxele lo que auía oído a vn poeta:

> "Bebérmele quisiera
> Por boluerle a llorar, si yo pudiera,
> Porque para mi fuego no presuma 5
> Que el golfo es más que la menor espuma.„

De allí fuí a Cádiz, donde tenía vn deudo, dignidad de aquella iglesia; y como me pareció que no podía huir mas que hasta donde se acaba la tierra, que dió sujeto al heroico blasón de Carlos Quinto, hize algunos versos, de los quales éssos tengo en la memoria: 10

> "Si vas conmigo, Amarilis,
> ¿Para qué se llama ausencia
> Querer apartar los ojos
> De donde el alma se queda? 15
> ¡O, qué discreta ignorancia!
> ¡O, qué necia diligencia!
> ¡Huir del arco, lleuando
> Atrauesada la flecha!
> ¿De qué sirue a mis desdichas 20
> Mudar de cielo y de tierra,
> Si en la tierra está la embidia,
> Y en el cielo mis ertrellas?
> Ni la muerte ni la vida
> Vienen bien a mi tristeza: 25
> La vida porque me mata,
> La muerte porque me alegra.
> O ya de sentir no siento,
> O no son penas mis penas,
> O naturaleza hizo 30
> Peñas hombres y hombres peñas.
> No tengo, si no me miro,
> Exemplo que me parezca,
> Porque, si no fuera yo,
> Ninguno me pareciera.„ 35

FEL.—Holgárame de tener entendimiento para alabar vuestros versos; sólo os diré, por no ofender vuestra modesria, que son castos, limpios y libres de la congoxa que algunos causan.

5 JUL.—Bien le auéis conocido, y aueisle hecho particular lisonja en respetar su modestia; porque hallaréis hombres desta professión que se alaban a sí mismos tan neciamente, que no dan lugar a que los otros los alaben; éstos passan por locos; pero otros veréis que si les leyesse Virgilio sus ver-
10 sos, no saben abrir la boca para alabárselos: que es vn linage de descortesía que, si no toca en arrogancia, descubre embidia.

FER.—Con lo que allá descansaua, descanso agora; porque no tenía más aliuio que escriuir mis pensamientos, como
15 agora le siento en repetirlos.

FEL.—Pues no os acobarde mi ignorancia para entenderlos, ni mi ánimo para celebrarlos; que esta dama cubierta los haze y los entiende.

FER.—Pues a ella le suplico que, ya que no merezco que
20 me hable, merezca que me escuche.

JUL.—Baxó la cabeça: si todas fueran ansí, concedieran y no cansaran.

FER.—"Cuidados, ¿qué me queréis?
Tened vn poco la rienda;
25 Que no podréis derribar
Lo menos de mi firmeza.
Entre el amor y vosotros
Ay notable diferencia;
Que el amor tiene por gloria
30 Lo que vosotros por pena.
Pensaréis que me obligáis
En hazer que no la tenga:
¿Quién os engaña, cuidados,
Si descanso en padecerla?

Para cuidados os quiero;
Que no puede ser que os quiera
Para descansos quien ama,
Para descuidos quien zela.
Quando contemplo, Amarilis, 5
En tu diuina belleza,
Tanto gusto de los males,
Que de los bienes me pesa.
Los desdenes de tus ojos
Agradezco por fineza: 10
¡Qué nueua inuención de amor
Que los disgustos se deuan!
A tal estremo he llegado,
Que estimo que me aborrezcas,
Por ver si puede mi amor 15
Satisfacerse de penas.
Y con pensar que te obligo,
Aun no quiero que lo sepas;
Porque el verdadero amante
Sólo de su amor se premia. 20
Pero mira, ¡qué desdicha!,
Que tal vez en esta ausencia
No me aliuia tu hermosura,
Por imaginar mi ofensa.,,

FEL.—Por vuestros versos he creído que os acordáis de 25
Dorotea.

FER.—¡O, quisiera el cielo que no fuera tanto! En el lugar que digo, señora, estuue algunos días (mejor dixera estuue [1] muchos años), vno de los quales, solicitado de mi profunda imaginación, me subí por aquellos riscos, lleuándo- 30
le mayor al hombro que entre las eternas penas pintan a Sisifo; y creo que, si no fuera por Julio, me huuiera precipitado dellos: obedecí su imperio, y en vn libro de memoria escriuí estos versos, trasladando de los efetos de la mía sus pensamientos: 35

[1] *Así* 1654 y 1675; *en* 1632, tuue.

"En vna peña sentado,
Que el mar con soberuia furia
Conuertir pensaba en agua,
Y la descubrió más dura,
5 Fabio miraua en las olas,
Cómo la playa las hurta,
A las que vienen la plata,
Y a las que se van la espuma.
Contemplando está las penas
10 De amor y de oluido juntas:
El oluido en las que mueren,
Y el amor en las que duran.
Verdades de largo amor
No ay oluido que las cubra,
15 Ni diligencias humanas
A desdeñosas injurias.
En vano ruegos humildes
Las deidades importunan;
Porque se ríen los cielos
20 De los amantes que juran.
Desea amor oluidar,
Y no quiere que se cumpla,
Porque nunca está más firme
Que pensando que se muda.
25 Más daña a quien solicita
Cuidado a quien se descuida,
Quando la ventura es poca,
Ser la diligencia mucha.
Naturaleza se alabe
30 De discretas hermosuras;
Pero quando son tiranas,
No se alabe de ninguna.
Tomó Fabio su instrumento,
Y dixo a las peñas mudas
35 Sus locuras en sus cuerdas,
Porque pareciessen suyas.,,

FEL.—¿Qué dixo?

FER.—No lo escriuí; pero quiero deziros un desatino que hize.

FEL.—¿Cómo?

FER.—Saqué el retrato desta dama, que, embuelto en vn tafetán, traía en vn naipe; con que pude dezir, mejor que los jugadores desdichados, que perdí mi hazienda al naipe. 5

FEL.—¿Pues cómo auéis dicho que érades pobre, y que ella perdió la suya?

FER.—¿Qué tienen que ver la libertad, la vida y el alma con el oro? 10

JUL.—Pues no sólo traía essa prenda este cauallero; pero, entre otras deuociones, vna çapatilla de ámbar sobre el coraçón, como madeja de seda carmesí para alegrarle.

FER.—Julio, ¿para qué dizes de ámbar siendo del pie de Dorotea? Escusado pudiera estar [l]o [1] que ya estaua entendido. 15

JUL.—Dirás que es redundancia o amplificación, como figura retórica; pero todauía ayudaría el ámbar a confortar el coraçón, y era donaire que le dexaua en la camisa al lado izquierdo señalada la suela, y llamáuale yo el Comendador Zapata; que, según los puntos, pienso que pudiera ser treze de su Orden. 20

FEL.—Diréislo porque sería pequeña.

JUL.—Bien cubría todo el coraçón. 25

FEL.—¿Tan gran coraçón tiene este cauallero?

JUL.—No, porque es muy valiente, y los que lo son tienen el coraçón pequeño, como se ve en los leones, que le tienen menor que los demás animales.

FEL.—Mal hazía si le traía por remedio para sossegar el coraçón, porque los pies están enseñados a andar, y las çapatillas con ellos, y se le traerían más inquieto. 30

FER.—No lo auía menester mi coraçón; porque sólo en

---

1 *Todas las edic.* o.

él se halló con verdad el mouimiento perpetuo. Finalmente determiné de quitarme la ocasión de tantas penas, porque ya no me seruía de consuelo, sino de desesperación, y sacando la daga...

5 FEL.—¡Jesús! ¿Matastes a Dorotea?

FER.—Caué la poca tierra que en el espacio de dos peñas estaua ociosa, y enterré el retrato, auiendo hecho primero estos versos:

"Aquí donde jamás tu rostro hermoso
10 Planta mortal, diuina Dorotea,
Toque atreuida, tu sepulcro sea,
Sin colunas de pórfido lustroso.
"El fénix yaze en inmortal reposo;
No buelua a renacer ni el sol le vea,
15 Construyéndole, en vez de vna sabea,
Mis lágrimas pirámide oloroso.
"Mas, ¿qué importa, si amor inmortaliza
El vnico milagro que deshaze,
Y a más eterno sol la pluma enriza?
20 "Remedio inútil entre peñas yaze,
Si del alma que abrasa en la ceniza
Infante fénix del difunto naze.,,

JUL.—En tiempo de Claudio (si no miente Plinio) truxeron a Roma vn fénix, y dizen que era de la grandeza y
25 proporción de vn águila; el cuello dorado y resplandeciente, el cuerpo purpúreo, la cola cerúlea, distinta de rosadas plumas, o que en ellas estauan formadas rosas, como en la cola del pauón los ojos, y coronado de diuersos rayos de otras más sutiles de varios cambiantes y tornasoles. Mas quisiera
30 yo agora preguntar a Plinio: Si no auía más de aquella fénix en el mundo, ¿de qué se engendraron las que le sucedieron?

FER.—Julio, yo no sé más de que viuen seiscientos años, y que, para la mía, son pocos. ¡Ay de mí! ¡No sé cómo pude boluer a Cádiz, después que hize tan grande, aunque amo-

rosa, locura! ¡O si fuera mi sepultura el mar, como de Dorotea lo fué la tierra!

FEL.—Mucho me admiro de que sintáis tanto la pena de dexar vn retrato, auiendo tenido ánimo para dexar el dueño.

FER.—Al dueño no le dexé yo, que le truxe conmigo. 5

FEL.—Si le truxérades con vos, huuiérades hecho diligencia para saber dél, y en toda vuestra relación no ay tal memoria.

FER.—Muchas vezes tuue esse pensamiento.

FEL.—¿Por qué no le executastes? 10

FER.—Por no darle más vengança.

FEL.—Quien ama, no la da amando.

FER.—Pues ¿cómo?

FEL.—Aborreciendo.

FER.—Pues esso pretendía yo, que Dorotea penssasse de 15 mí, lo que no hiziera escriuiéndola.

FEL.—¿Pues no es mejor que piense que la queréis?

FER.—No, porque me ha oluidado.

FEL.—¿De qué lo sabéis?

FER.—De que es muger. 20

FEL.—Essa no es palabra de hombre discreto; que no todas las mugeres son mudables ni todos los hombres firmes.

FER.—Yo solo tengo firmeza para abonar los hombres.

FEL.—Y Dorotea, para que en fe de su lealtad ninguna pierda el crédito. 25

FER.—¿Esso cómo lo puede saber quien no la conoce?

FEL.—Por las señas que me auéis dado, tengo por cierto que es la misma de quien me contó vna amiga que la noche del día que se partió vn cauallero, por quien os tengo, quiso matarse desesperadamente, de que estuuo muchos días con 30 gran peligro.

JUL.—Señor, bien puedes creerlo; que no era Dorotea de mármol para no sentir la crueldad con que te partiste. Acuérdate de lo mucho que le cuestas de alma, vida y hon-

ra; que esto que se executa con amor no se pierde con entendimiento; que entre los que le tienen y aquellos a quien falta ay esta diferencia, que los vnos quieren por razón, y los otros por costumbre.

5 FER.—Bien dizes, Julio. Yo erré con pocos años; yo pudiera ser causa de la muerte de Dorotea, yo priuara a la naturaleza de su mayor milagro y al mundo de su hermosura. Suplícoos, señora mía, que me perdonéis; que se me ha cubierto el coraçón y los ojos de agua.

10 JUL.—¡Ay tal desdicha de hombre! Tenelde, señora; que se hará pedaços.

FEL.—¡Pobre mancebo! ¿Dale otras vezes este mal?

DOR.—No lo puedo sufrir, Felipa.

FEL.—Pues descúbrete, Dorotea.

15 DOR.—¡Ay, mi bien! ¡Ay, mi Fernando! ¡Ay, mi primero amor! Nunca yo huuiera nacido, para ser causa de tantas desdichas. ¡O, tirana madre! ¡O, bárbara muger! Que tú me forçaste, tú me engañaste, tú me has dado la muerte. No me gozarás; yo me quitaré la vida, yo me boleré loca.

20 FEL.—Quedo, que ya lo estás, Dorotea; dexa el cabello, dexa las manos. ¿Para esso callauas tanto? ¡O amor, terrible mal entre discretos! Mira que ya buelue Fernando con la bebida de tus amorosas lágrimas.

DOR.—¿De qué sirue engañarme, Felipa? Mi bien es 25 muerto.

JUL.—¡Qué naturaleza de amor tan propria! Tengo para mí que el amor y el temor nacieron de vn parto.

DOR.—Ponle la cabeça en mi regazo; seré leona, que con bramidos le infunda vida.

30 FEL.—Mírale el pulso, Julio.

JUL.—La mudança de los accidentes siempre fué presagio de grandes males.

FEL.—Tienes razón en lo primero, porque el color ya es pálido y ya es roxo, y ya tiene la mano fría y ya caliente.

JUL.—De vna causa bien pueden proceder dos efetos contrarios: exemplo el sol, que con vn mismo calor vnas cosas ablanda y otras endurece.

FEL.—Trae este búcaro de agua.

DOR.—¿Para qué, Felipa, donde están mis lágrimas? 5

JUL.—Espántome, siendo este desmayo de amor, que no buelua con ellas.

FEL.—¿Qué haremos, que va mui adelante y temo la gente?

JUL.—Recetarle quiero vn remedio. 10

FEL.—¿Cómo?

JUL.—Récipe la yerua Dorotea, y quitadas todas las hojas de las Indias, lauada mui bien en tres aguas, de amor, de nueua amistad y de confiança segura, cocida con arrepentimiento de lo passado, a fuego lento de perdonar inju- 15 rias, y puesta en el pecho de don Fernando todas las mañanas deste mes, sin que lo sepa su madre, boluerá en sí, según dotrina de confirmar voluntades, en el libro primero de amistades sobre zelos.

DOR.—¡Pluguiera a amor que essa receta fuera segura!; 20 que yo la executara con tantas veras como tú la dizes de burlas.

JUL.—Pues mira si comiençan los efetos deste eclipse, que ya dió el alma la llaue a don Fernando para abrir los ojos.

DOR.—¿Viues, mi bien? Habla, o no me hallarás con 25 vida si te detienes.

FER.—Viuo estoi, Dorotea; que, como estuuo en tu mano mi muerte, pudo también mi vida.

JUL.—Assí la dan en los pechos a los gusanos de seda las damas de Valencia. 30

DOR.—Quando yo te huuiera hecho quantos agrauios has imaginado (que sobre auerte auisado ninguno pudo serlo), con el susto que me has dado, era mayor la vengança que la ofensa.

FER.—Yo no he deseado tenerla de ti.
DOR.—Ni yo ofenderte.
FER.—Yo me fuí porque tú quisiste.
DOR.—Antes por no quererme.
5 FER.—En mí fué amor dexarte.
DOR.—No fué sino cobardía.
FER.—¿A qué auía de esperar con tal desengaño?
DOR.—A que intentaran quitarme de tus ojos.
FER.—¿Para qué, Dorotea?
10 DOR.—Para matar a quien lo intentara.
FER.—No sabia yo tu gusto.
DOR.—Con él y sin él era honra; que amor bastaua.
FER.—Tarde me aconsejas.
DOR.—El amor y la honra no quieren consejo.
15 FER.—En no competir con el oro, pienso que fuí cuerdo.
DOR.—Las espadas son de azero, y el amor es loco.

FER.—Contra oro no ay azero; porque yo no auía de matar a quien le tomaua.

DOR.—Si no huuiera quien le diera, no huuiera quien le 20 tomara.

FER.—Yo no vi a quien le daua, porque me fuí antes que le diesse.

DOR.—Los amantes finos son como tudescos, que de donde ponen el pie nadie los quita.

25 FER.—Y las finas damas son como los catalanes, que perderán mil vidas por guardar sus fueros.

DOR.—Leí en vn libro de fábulas que luchauan Hércules y Anteo, que era hijo de la tierra, y que con sus grandes fuerças, Hércules le alçaua en alto; pero que quando boluía 30 a poner el pie en ella, cobraua mayores fuerças quando más rendido.

FER.—¿Qué quieres dezir en esso?

DOR.—Que luchando amor y interés, que es inuencible gigante, si estuuieras presente, todas las vezes que pusiera en

ti los ojos cobrara nueuas fuerças para defenderme; pero si te fuiste, y me dexaste en los braços de Hércules, sin querer ayudarme con assistirme, ¿quién ha tenido la culpa?

FER.—Esto tenéis bueno las mugeres, que no os contentáis con agrauiarnos, sino que nos dais la culpa de los mis- 5 mos agrauios que nos hazeis.

DOR.—Mi amor no te ha ofendido.

FER.—Obras son amores.

DOR.—Yo fuí forçada.

FER.—No era rey don Bela. 10

DOR.—Fuerças ay sin reyes.

FER.—¿Dirás que tu madre?

DOR.—Pues ¿qué mayores?

FER.—¡Gentil obediencia!

DOR.—Tú sabes que començó la fuerça por mis cabellos, 15 y que todos fuistes contra mí: ella con injurias, Gerarda con hechizos, tú con dexarme, y vn cauallero discreto con persuadirme.

FER.—¿Discreto, Dorotea?—Vámonos, Julio; que nos dirá sus gracias. 20

JUL.—No te leuantes furioso, que no te ha dado causa.

FER.—Yo sé que es don Bela vn necio.

FEL.—Todo lo has echado a perder; ¿por qué le dixiste que era discreto?

DOR.—Por disculpar mi yerro con lo que le podía dar 25 menos zelos, que yo no alabé su talle.

FEL.—Ea, señor don Fernando, que algo bueno ha de tener don Bela.

FER.—Tenga plata, tenga oro, tenga diamantes, sea bien nacido; pero no sea entendido, ni de buen talle. 30

DOR.—Digo que es vn necio, y de la más fea persona que ay en el mundo.

FER.—No tanto, Dorotea; que parece cumplimiento.

JUL.—Gente viene al Prado: mejor es que nos vamos

juntos, que en nuestra casa podéis hablar sin que os juzguen, y aueriguar estas quexas sin testigos.

DOR.—Si Fernando me da la mano, yo iré con él; si no, ten por sin remedio que tengo de dar mil vozes, y hazer mil 5 locuras en este Prado.

JUL.—¡Ea, reyes míos!: que en el Prado y por abril, sólo tienen licencia los rozines.

FER.—¿Que tú me escuchauas, Dorotea?

JUL.—¡Con qué bostezo tan moscatel despiertas del enojo!

10 DOR.—En el alma me imprimías tus razones. ¿Qué dudas de darme la mano? Dámela, y te perdonaré vn bofetón que un día me diste con ella porque alabé vn cauallero moço, tan bizarro en la plaça como valiente con los toros; que no fué el de Teágenes a Clariquea sin conocerla: agrauio que 15 tú lloraste mucho tiempo, y que la misma noche me dauas tu daga para que yo me vengasse de la agressora de tan injusto delito.

JUL.—¡Qué disparates hazen y dizen los que aman! Cierto estoi que te la dió porque él lo estaua de que no se la 20 auías de cortar; que con amor tan imitador de Mucio Scéuola, ¿quién fuera Porsena?

FER.—¿Qué te podrá negar quien te deue la vida?

FEL.—Id vosotros delante; que ya nos miran.

JUL.—¿Eres tú el que no auías de hablar a Dorotea?

25 FER.—¿No ves que tengo mi horóscopo en quadrado y en oposición de Venus, y que oy la miré a ella en el Tauro y en la Libra?

JUL.—¡Qué cierto es culpar los hombres a la influencia, como si las estrellas hizieran fuerça, siendo la resistencia 30 efeto de la virtud de nuestro aluedrío, como lo hizieron el diuino Platón y Scipión el Africano!

FER.—Ni yo soy diuino ni romano; pero no sé lo que hizieran, vno filósofo y otro capitán, si vieran a Dorotea. [*Vanse.*]

SCENA SEGUNDA

[*Sala en casa de Ludouico.*]

LUDOUICO. — CÉSAR

CÉS.—No vendrá esta mañana a nuestra junta don Fernando. 5

LUD.—Deue de andar con los pensamientos de su poema; que desvela mucho la dificultad de vn principio.

CÉS.—No sea el poema Dorotea.

LUD.—El ha puesto la honra en no rendirse. Mostradme el soneto que le traíades. 10

CÉS.—Es en la nueua lengua.

LUD.—No importa; yo sé vn poco de griego.

CÉS.—Algunos grandes ingenios adornan y visten la lengua castellana, hablando y escriuiendo, orando y enseñando, de nueuas frases y figuras retóricas que la embellecen y 15 esmaltan con admirable propiedad, a quien como a maestros (y más a alguno que yo conozco) se deue toda veneración, porque la han honrado, acrecentado, ilustrado y enriquecido con hermosos y no vulgares términos, cuya riqueza, aumento y hermosura reconoce el aplauso de los bien entendidos; 20 pero la mala imitación de otros, por quererse atreuer con desordenada ambición a lo que no les es lícito, pare monstruos disformes y ridículos. El soneto es burlesco, y dize:

"Pululando de culto, Claudio amigo,
Minotaurista soy desde mañana, 25
Derelinquo la frasi castellana,
Vayan las *Solitudines* conmigo.

"Por precursora, desde oy más me obligo
Al aurora llamar Bautista o Juana,
Chamelote la mar, la ronca rana
Mosca del agua, y sarna de oro al trigo.
5 "Mal afecto de mí, con odio y murrio,
Cáligas diré ya, que no griguiescos,
Como en el tiempo del pastor Bandurrio.
"Estos versos, ¿son turcos o tudescos?
Tú, lector Garibay, si eres bamburrio,
10 Apláudelos; que son cultidiablescos.,,

LUD.—¿Queréis que le comentemos, mientras viene Fernando?

CÉS.—A mí me parece que el argumento deste soneto (Dios vaya conmigo) es emprender esta nueua religión
15 poética algún ingenio arrepentido de su misma patria; mas no querría que nos dixessen que parecemos a los trastejadores, que desde el tejado ageno van echando a la calle quanto hallan: allá va vna pelota, allá va vna bola, allá vnas calças viejas o algún cadáuer gato, a quien dieron la muerte
20 los perdigones, y las tejas sepultura.

LUD.—Assí son muchos, que quanto hallan en *Estobeo,* la *Poliantea* y *Conrado Gisnerio* y otros librotes de lugares comunes, todo lo echan abaxo, venga o no venga a propósito.

CÉS.—Sin passión digo que muchos dellos no son dignos
25 de alabança, aunque yo lo quiero ser deste soneto, porque como la inuención es la parte principal del poeta, si no el todo, y inuención y imitación sean también vna misma cosa, ni lo vno ni lo otro se halla en el que comenta; antes parecen a los horcones de los árboles, que aunque están arrima-
30 dos a las ramas, no tienen hojas, ni fruto, sino sólo siruen de puntales a la fertilidad agena, y como si no lo viéssemos, nos están diziendo: "Esta es pera, éste es durazno y éste es membrillo,,, como el otro pintor que puso a vn león trasquilado: "Este es león rapante,,.

LUD.—Los que comentan y declaran a los poetas griegos y latinos merecen alabança y premio, assí por las canas de la antiguedad que los ha hecho inaccessibles, como porque se muestra mejor la erudición de autores y de varias lenguas. Deseo [1] quien escriua sobre Garcilaso; que hasta 5 aora no le tenemos.

CÉS.—Grandes poetas son los de esta edad; pero más querrán ellos imprimir sus obras que ilustrar las agenas. Diego de Mendoza, Vicente Espinel, Marco Antonio de la Vega, Pedro Láinez, el doctor Garay, Fernando de Herre- 10 rra, los dos Lupercios, don Luis de Góngora, Luis Gálvez Montalvo, el marqués de Auñón, el de Montes Claros, el duque de Francauila, el canónigo Tarraga, el marqués de Peñafiel, que tanta gracia tuuo para los versos castellanos, como se ve en aquellas endechas: 15

> "En tiempo de agrauios
> ¿De qué siruen quexas?
> Que pues no ay orejas,
> ¿Para qué son labios?,,;

Francisco de Figueroa y Fernando de Herrera, que en- 20 trambos han merecido nombres de diuinos; Pedro Padilla, el doctor Campuzano, López Maldonado, Miguel Cervantes, el jurado Rofos [2], el Doctor Soto, don Alonso de Ercilla, Liñán de Riaza, don Luis de Vargas Manrique, don Francisco de la Cueua y el Licenciado Berrio, y este Lope 25 de Vega, que comiença agora.

LUD.—¿Essos son todos los que ay aora en España?

CÉS.—Déstos tengo noticia, y de Bautista de Viuar,

---

1 *El original repite* LUD, *antes de Deseo.*

2 ¿Rufo? 30

monstro de naturaleza en dezir versos de improuiso con admirable impulso de las musas, y aquel furor poético que en su *Platón* diuide Marsilio Ficino en quatro partes.

LUD.—¿Cómo?

5 CÉS.—El primero es el poético, el segundo el misterioso, el tercero el vaticinio, y el quarto el amatorio: de las musas es la poesía, el misterio de Dionisio, el vaticinio de Apolo y el amor de Venus. Cómo esto suceda, hallaréis en el mismo discurso.

10 LUD.—Paréceme que destos poetas se han de venir a engendrar tantos, que en sola vna calle de Madrid aya más que los que aora dezís que escriuen en toda España.

CÉS.—Tal nos podemos prometer de la fertilidad de sus ingenios.

15 LUD.—¿Qué han impresso hasta aora?

CÉS.—*Austriadas, Araucanas, Galateas, Fílidas* y varias *Rimas*. Don Francisco de la Cueua, y Berrio, jurisconsultos grauíssimos, de quien pudiéramos dezir lo que de Dino y Alciato, intérpretes consultíssimos de las leyes y 20 poetas dulcíssimos, escriuieron comedias que se representaron con general aplauso.

LUD.—¿En qué ha parado el examen de las comedias?

CÉS.—Su majestad, que Dios guarde, por descargo de su real conciencia, hizo que ventilassen su decencia o inde-25 cencia, y han salido por vltimo escrutinio indiferentes, siguiendo a los dotores sagrados que las dan por lícitas, porque adelante no las calumnien y impugnen; aunque se deue aduertir que sea con todas las condiciones que tocan a nuestra santa fe y buenas costumbres.

30 LUD.—Para esso las censura un secretario y las aprueba el real Consejo.

CÉS.—Boluiendo a nuestro soneto, de que nos auemos diuertido, dezid algo deste nombre *culto;* que yo no entiendo su etimología.

CÉS.—Con deziros que lo fué Garcilaso, queda entendido.

LUD.—Garcilaso, ¿fué culto?

CÉS.—Aquel poeta es culto, que cultiua de suerte su poema, que no dexa cosa áspera ni escura, como vn labra- 5 dor vn campo; que esso es cultura, aunque ellos dirán que lo toman por ornamento.

LUD.—La ley segunda de las cosas que no se tienen por escritas, dize que son iguales lo no entendido y lo que no fué escrito. 10

CÉS.—A mí me parece que al nombre *culto* no puede auer etimología que mejor le venga que la limpieza y el despejo de la sentencia libre de la escuridad; que no es ornamento de la oración la confusión de los términos mal colocados, y la bárbara frasi traída de los cabellos con metáfora 15 sobre metáfora.

LUD.—Viciosa es la oración en buena lógica, que se saca por términos escuros y improprios, y que más escurece que declara la naturaleza de la cosa definida; y si las que entre sí tienen essencial correspondencia no se pueden difinir la 20 vna sin la otra, ¿qué relación hará *velera paloma* a las naues para difinirlas o descriuirlas por este término, pues que lo mismo fuera velero cernícalo a vn galeón, o velera cigüeña a vna fragata?

CÉS.—¡Qué bien llamó Virgilio a la saeta *volador hierro!* 25

LUD.—Era Virgilio.

CÉS.—Pues con todo esso, quando dixo *líquido fuego* por puro o lúzido, dixo Macrobio que auía sido atreuimiento, y le disculpa con que primero lo auía dicho Lucrecio.

LUD.—Arato, traducido por Germánico César, llamó a 30 las lluuias del cielo *linfas tenues,* y el gran poeta, *alegres* a las espigas fértiles.

CÉS.—¡Qué translación tan propria! Que es como dezir que el agua se va riendo.

LUD.—Los términos que difinen mal la etimología de los nombres son de todo punto bárbaros, como el que llamó *pecadores* a los herradores, trasladando los yerros de las costumbres al herrar las mulas.

5 CÉS.—Vn estudiante comía moras, y respondió al que le preguntaua qué hazía: *Manduco sarracenas*; trasladando la fruta a la nación del Africa.

LUD.—No se entienden aquí los que dize Pico Mirandulano, aquel milagro florentín, como lo son todos los ingenios 10 de aquella patria, en su *Heptaplo,* que disfraçan la filosofía con el ornamento de las palabras, porque en los que yo digo falta toda la razón de lo bueno, que consiste en el modo, en la especie y en el orden.

CÉS.—La demostración, como dize el filósofo, es de las 15 cosas verdaderas; porque de las falsas se puede inferir lo falso y lo verdadero; pero de las verdaderas sólo aquello que es verdadero.

LUD.—César, la prueua se ha de hacer por las cosas más conocidas; que de otra suerte sería confusión y no prueua; 20 porque ha de manifestar el entendimiento y no confundir el entendimiento.

CÉS.—Parecen proposiciones hipotéticas, que pueden ser y no ser, con cierta condición que las denuncia.

LUD.—Mejor dixérades enigmas; que si Platón emboluió 25 su filosofía en escuros términos, los poetas, para declarar sus concetos, deuen vsar los más fáciles, y para esto pensaua yo que se borrauan los primeros delineamentos, que es lo que llaman lima.

CÉS.—No les parece que se puede leuantar la lengua sin 30 frasis bárbaras, y es engaño o falta de ingenio, pues lo vemos en otros.

LUD.—Dirán ellos que tienen de su opinión muchos hombres científicos, y que el problema dialéctico es proposición que se propone por entrambas partes de la contradición.

CÉS.—Desto quisiera yo que trataran en sus juntas los que en este lugar se llaman ingenios, como lo hazen en Italia en aquellas floridíssimas academias; pero juntarse a murmurar los vnos de los otros deue de traer gusto; pero parece embidia, y en muchos ignorancia. 5

LUD.—Allí ninguno enseña y todos hablan, por lo que fuera bueno poner en vna tablilla: "Aquí se juntan los ingenios,,; como: "Esta es casa de posadas,,.

CÉS.—¿No auéis visto aquel instrumento con que los libreros cortan los libros que enquadernan? Pues ésse se llama 10 *ingenio,* y deue de ser por éstos que también cortan papel; pero es la dicha de lo escrito, que no passan de las márgenes.

LUD.—Dizen algunos que basta la lógica natural para arguir y responder; y que assí también para los versos la natu- 15 raleza sola, sin estar a los preceptos del arte.

CÉS.—El arte poética es parte de la filosofía racional, y por esso se cuenta entre las liberales; pero aunque es verdad que tiene principio de la naturaleza, ¿qué bárbaro no sabe que el arte la perficiona? Verdad es que sin letras auemos 20 visto ingenios, pero dentro de las esferas de su actiuidad; porque en saliendo de aquel pequeño ámbito donde dan bueltas, es fuerça que se pierdan y que deliren. Pero ya que esta digressión ha sido inescusable, boluamos a los versos.

LUD.—"Pululando de culto, Claudio amigo.,, 25

CÉS.—Columela nos dirá lo que es *pulular,* por ser propio de los árboles.

LUD.—Assí las musas os fauorezcan, César, que no hablemos de veras, pues el soneto es de burlas: dexad a Columela y los lugares comunes, ¡malditos ellos sean!, que ya no 30 tengo cabeça para sufrirlos.

CÉS.—Sea como quisiérades; pero si se ofrece alguna

cosa seria o científica, auéisme de perdonar; y aora digo que pulular de culto es como ser catecúmeno desta secta, y que es hispanismo muy frequentado de todos, como por exemplo: *çabúllome de pato, anda de reboço, viue de milagro, viste* 5 *de verde, habla de enfermo, sale de juizio;* y otras cosas a este propósito, porque no digáis que os quiero cansar con el tal Columela. Pero mirad qué diuiníssima traslación de *pulular* hizo el *Eclesiástico*, hablando de Caleb y de aquellos juezes israelitas, que sus huessos pululauan en los sepulcros, 10 como que dellos nacían siempre nueuas memorias y descendencias.

SCENA TERCERA

JULIO.—LUDOUICO.—CÉSAR

JUL.—Estén en buen hora Niso y Eurialo, Pílades y 15 Orestes, Damón y Pithias, Scipión y Lelio.

LUD.—¡O, Julio amigo, seas bien venido! ¿Dónde sin don Fernando?

JUL.—Queda en casa en vna ocupación notable. Embióme a que os dixesse que vendría lo más presto que le fuesse 20 possible.

CÉS.—Yo asseguro que le han ocupado las musas.

JUL.—No, sino la musa.

CÉS.—¿Cómo es possible?

JUL.—Assí lo fuera dezirlo.

25 CÉS.—La musa que él inuocaua anda fuera del Parnaso con otros pensamientos.

JUL.—Preguntáuale Virgilio a la suya que por qué causa auía venido Eneas de Troya a Italia. Que esta figura en la retórica es como apóstrofe, o antipófora.

30 CÉS.—Respondes a tu propósito, y no al mío.

JUL.—Tú quisieras saber quién es la musa, y yo digo que se lo preguntes a ella; que, fuera de ser necessario el secreto, sería larga de contar la historia.

LUD.—Pues haz vna brachilogia, como aquel verso:

"Abrasa a Paris amor, 5
Roba a Elena, el griego se arma.,,

JUL.—Pues digo en essa imitación:

"Ausentóse Fernando,
Juró, mintió, boluió, rogó llorando.,,

LUD.—Tú lo has dicho con tu ingenio. 10

JUL.—A lo menos es inducción por quien de los particulares se puede hazer progresso a los vniuersales.

CÉS.—Julio, no vienes mal templado para lo que tratáuamos, aunque a ti nunca te oluidó la corte de aquellos buenos estudios. 15

JUL.—¿En qué passáuades el tiempo?

LUD.—Mientras venía Fernando, intentáuamos entender vn soneto.

JUL.—¿Entenderle?

CÉS.—¿De qué te admiras? 20

JUL.—¿Tales ingenios?

LUD.—Toma y lee para ti, y luego nos ayudarás a comentarle.

JUL.—Sin arrogancia leo.

CÉS.—Estremado ingenio tiene Julio; él y su amo son 25 perpetuos estudiantes.

LUD.—No sé cómo puede Fernando amar y estudiar a vn tiempo.

CÉS.—Parece essa duda al problema del filósofo: ¿cómo se engendran los hermafroditos? 30

LUD.—Ouidio lo intentó con la fábula de Salmacis y Troco.

CÉS.—El orador romano dixo en sus *Tusculanas* que ninguna de las perturbaciones del ánimo era más vehemen-
5 te que el furor del amor; pues ¿cómo puede aplicarse el ánimo turbado a los estudios que requieren estado tan pacífico?

JUL.—Yo he leído y considerado esta bizarra macarronea: ¡mal año para Merlín Cocayo!

10 CÉS.—Aunque llegáuamos al segundo verso, ¿qué te parece del primero?

JUL.—Que habla con vn amigo suyo.

LUD.—En razón de comentarle, no se escusauan en la palabra *amigo* Luciano y Tulio.

15 JUL.—Si algo me tocare a mí, no lo pienso prouar con la ilustre cáfila de la antigüedad, sino con poetas exquisitos, como los autores modernos, que piensan que es erudición ensartar nombres sin leer los libros.

CÉS.—¿Cómo dize el segundo verso?

20 JUL.—"Minotaurista soy desde mañana.,,

CÉS.—Bien se ve claramente que se burlaua, si confiessa que esta poesía es laberinto, pues él se haze Minotauro.

JUL.—Mal compuesto para de toro y hombre.

LUD.—Esta voz lo es de Minos y Tauro; assí se llamaua
25 el hijo de Pasifé, a quien leuantó Ouidio, que se enamoró de vn toro; que entre las fábulas y apólogos de los poetas ninguna agrauió tanto las mugeres como esta bestialidad y el cauallo de Semíramis; porque el cisne de la hermosa Leda, y la lluuia de oro de la impossible Dánae, ya fueron
30 hombres; si bien por alegoría deuieron de querer dezir que el poder, la fuerça, el interés y la ocasión vencieron a muchas.

CÉS.—Valientemente la pintó Ausonio.

JUL.—En fin, dize que desde mañana será minotauro.

CÉS.—Del laberinto de los cultos.

LUD.—Ayúdele el hilo de oro, tan celebrado del epigrama de Estigelio. 5

CÉS.—El minotauro traían los romanos en sus vanderas por símbolo del secreto.

JUL.—Y aquí también pudieran; que para muchos lo es este género de lengua.

CÉS.—De la mañana, ¿no diremos algo? Que los comen- 10 tos no perdonarán cosa tan clara.

LUD.—Pues dezid que es la sucessora de la noche, como ella la máscara del día; y si la queréis mui rústica, trasladad el *Moreto* de Virgilio.

JUL.—¡Qué fuera estaua de pintarla Rebotín de Marse- 15 lla quando dixo en sus estrambotes:

> "Lo primero que hago con la aurora,
> Ya lo he dicho quitándole dos letras!,,

LUD.—¿Dónde hallaste esse poeta, Julio?

JUL.—No os metáis en aueriguarlo, porque sabed que 20 califican mucho a los que escriuen, autores estraordinarios.

LUD.—Y aunque sean clássicos, fuera mejor que dixeran ellos lo que dixeron los autores.

CÉS.—No tuuiera tanta autoridad; que muchas cosas se respetan por antiguas, que no igualan con las que agora 25 vemos.

JUL.—Essa desdicha no la padecen las mugeres; que más las respetan moças.

LUD.—Dizen que se enfadaua Micael Angel, aquel escultor romano que dexó igual memoria con sus estatuas, que 30 con sus originales tiene la misma naturaleza...

JUL.—¿De qué se enfadaua?

LUD.—De que anduuiessen celebrando los estatuarios antiguos Phidias, Euphanores y Policletos, y que él no tuuiesse el nombre que merecía, porque no era de aquellos tiempos, haziéndoles ventaja conocida; y para burlarse de
5 la embidia, que es la que siempre sigue a los viuos...

JUL.—Y a vezes a los muertos.

LUD.—Hizo vna famosa estatua, y, acabada con suma perfección y estudio, quitóle vn pie y enterróla de noche en vna villa de vn cardenal [1] (assí llaman allá los jardines)
10 que a la sazón se edificaua; halláronla a pocos días los ministros de la fábrica, y acudiendo al espectáculo toda Roma, que vnos dezían que era de Mentor, el que hizo el Júpiter Capitolino y la Diana Efesia; y otros, que de Mironio el que hizo la Minerua y el Sátiro, de quien Juuenal se acuer-
15 da, y algunos que de Telecles [2] y Teodoro; finalmente, los escultores dezían que ninguno se podía atreuer a hazerle el pie que le faltaua, en todo el mundo. Entonces Micael hizo traer el pie, y poniéndole a la estatua, les dixo: "Romanos, yo la hize,,.
20 JUL.—Ahora viene.

"Derelinquo la frasi castellana.,,

CÉS.—*Derelinquo* es más que *linquo,* porque es dexar de todo punto.

JUL.—Assi es verdad, y por esso dixo con propriedad
25 grande Cosme Pajarote, poeta manchego, en su *Zarambaina:*

"En viendo que el estío está propincuo
Por mi salud las damas derelinquo.,,

---

1 *Las ediciones, por errata:* viña de un cardenal.
30 2 *El original:* Teladeo.

Y porque tan gran mudança no se podía hazer sin gran fauor, remata el quarteto diziendo:

"Vayan las *Solitúdines* conmigo.,,

CÉS.—Digo yo que estuuieran allí mejor *las Soledades.*
LUD.—Esso no, porque las vozes esdrúxulas son hinchazón del verso. 5
JUL.—No, sino lobanillo.
LUD.—Fuera de ser más culto, está más crespo.
JUL.—El poeta Bartolino de Cordellate usaua mucho de esdrúxulos; y assí, dixo en su *Merendona:* 10

"No quiero más ventura,
Que tener la bucólica segura.,,

Pero mejor Cairasco en las *Cadencias:*

"Y tiene una carátula
Que la haréis mejor con una espátula.,, 15

CÉS.—El segundo quarteto, ¿cómo dice?

JUL.—"Por precursora, desde oy más me obligo
A la aurora llamar Bautista o Juana.,,

Y es bellíssima figura, tomando desde el río Jordán la metáfora, y si fuere menester, desde el río Marañón. 20
LUD.—Hame hecho Julio reir y acordar de vna comedia de San Cristóual, donde, descriuiendo vna processión, el poeta hizo vno de los gigantes al Santo y la tarasca al demonio, cuyos dos versos, paralelos de vna estancia, dezían:

"Y con estos azeros 25
Tragaré querubines por sombreros.,,

CÉS.—¡Valiente hipérbole!

LUD.—Pero mirad qué culteria ésta del mismo poeta:

> "Que ya sangre coral, ya carne nieue.,,

O mirad ésta por el mismo estilo:

5
> "Dexa sangre cristal, vidro embeleco.,,

LUD.—Prosigue, Julio, para acabar el quarteto.

> JUL.—"Chamelote la mar, la ronca rana,
> Mosca del agua, y sarna de oro al trigo.,,

CÉS.—¡Notable cosa!

10 LUD.—Ya sabéis que ay chamelote de flores y chamelote de aguas.

CÉS.—Los dos he visto.

LUD.—Pues sabed que la tierra es entre cultos chamelote de flores, y la mar chamelote de aguas.

15 JUL.—No estaua mal dicho, si la voz chamelote no fuera tan áspera.

CÉS.—Assí es verdad, porque muchas cosas de los cultos agradan por la hermosura de las vozes, como llamando al ruiseñor *cítara de pluma,* que por la misma razón se auía de 20 llamar la cítara *ruiseñor de palo;* pero la baxeza del sonido de estas dos vozes no sufre que se diga siendo lo mismo: de suerte que la hermosura de cítara y pluma hace que no se repare en la conueniencia.

JUL.—¿Y si tuuiera lo vno y lo otro?

25 LUD.—Fuera perfeto, posseyendo la forma essencial del conceto mejor materia en las vozes, como para la perfección de la hermosura: es opinión de León Hebreo en sus *Diálogos.*

JUL.—Las licencias claro está que son permitidas, y, como

dixo vn poeta: "Que los trabajos obligan a lo que vn hombre no piensa,,; lo mismo también se ha de entender de los consonantes, que aun de las cosas que se engendran, vnas son por contingencia y otras por necessidad, como quiere el filósofo; y Quintiliano llamó a esta permissión *fuerça del verso.* 5

LUD.—Ninguna cosa deue disculpar al buen poeta: piense, borre, aduierta, elija y lea mil vezes lo que escriue; que rimas se llamaron de *rimar,* que es inquirir y buscar con diligencia: assí le vsó Cicerón, assí Estacio. 10

CÉS.—De suerte que no es alabança no borrar.

JUL.—Oíd lo que respondía en vna comedia vn poeta a vn príncipe, que le preguntaua cómo componía, y veréis con qué facilidad lo dixo todo:

"¿Cómo compones? Leyendo, 15
Y lo que leo imitando,
Y lo que imito escriuiendo,
Y lo que escriuo borrando:
De lo borrado escogiendo.,,

CÉS.—Oid vna curiosidad de Suetonio Tranquilo, que, 20 hablando de que Nerón era poeta, y que muchos creían que eran agenos los versos, y que los vendía por suyos, dize que después de muerto hallaron los cartapacios borrados y los versos sobrescritos; con que se certificaron de que eran suyos: luego en lo borrado se conoce lo que se piensa; que 25 quien no piensa no borra; y así, el que rimare hallará lo más perfeto; que de hallar se llamaron los versos *trobas;* y por esso dixo el otro poeta:

"Dios perdone a Castillejo,
Que bien habló de estas *trobas*.,, 30

LUD.—Desse poeta aún viuen sus obras: fué secretario del

Emperador, y no indigno de fama entre los antiguos; aunque mayor la mereció otro del mismo oficio, que fué Gonzalo Pérez, excelente traductor de Homero, como Gregorio Hernández, de Virgilio. Estos eran hombres de veras, que
5 no aguardaron a que los passasse a su lengua Italia; que primero que los viéssemos en ella, fué su versión del griego y del latino.

JUL.—Tocado auéis vn punto que no ha causado poca risa entre los hombres de buenas letras, digo humanas, que
10 agora llaman pulidas, si bien no sé la causa.

CÉS.—¿Qué punto, Julio?

JUL.—Algunas versiones del latino, francés y griego, que, sacándolas del toscano, nos las venden por legítimas.

CÉS.—Tan malo es esso como vender por proprios los
15 estudios agenos, y los libros que hurtaron a quien los escriuió. Pero voluiendo al *rimar* o hallar, que es lo mismo que inuentar, y de quien aora en Italia y en España se llaman *Rimas* las obras sueltas, la misma voz manifiesta lo que se deue pensar; y assi llamó Cicerón a aquella fuerça oculta de
20 inuestigar, *inuención* y *pensamiento:* mirad si es menester cuidado, que aun para la oración suelta no quiso Aristóteles que se frecuentassen el yambo y el trocheo, y le cita él mismo.

LUD.—La causa de que los poetas escriuiendo prosa mez-
25 clen en ella versos medidos, es el vso de escriuirlos; de que se enfadan los dos filósofos, y con mucha razón; pero el que fuere poeta natural, no podrá remediar este defeto, si no es con mucho cuidado.

JUL.—Lasciuamente trujo el rimar el poeta Simaco. Pero
30 ¿cómo os oluidáis del mar, a quien nuestro soneto llama *chamelote?*

CÉS.—Aunque essa voz fuera dulce, era la traslación durissima.

LUD.—Mirandulano dixo que la materia estaua en vna

cama del mar, en esta esfera de las cosas generables y corruptibles.

JUL.—Sí; pero no dixo si auía de ser de grana o de chamelote.

LUD.—Salomón aplicó diuinamente a las generaciones que van y vienen, el fluxo y refluxo de las ondas.

JUL.—Yo asseguro que no las hizo de paño de rey ni de picote de Córdoua.

CÉS.—Desagradaron a Antonio Espelta, en su *Retórica*, las cosas duramente traídas desde lexos, y en vua palabra difinió Quintiliano la metáfora *hermosa y clara;* ¿qué hará lo que no tiene conueniencia, de que acusa a Licofronte, Gorgias y Alcidamantes en los epitetos y adjetiuos.

JUL.—Oid la *ronca rana* del sétimo verso.

CÉS.—¿Cómo la llama?

JUL.—*Mosca del agua.*

CÉS.—¿Porqué causa de conueniencia?

LUD.—Porque es importuna.

CÉS.—Luego un carro de bueyes, la tolba de vn molino, vn órgano cuando le templan, y vna pulga cuando porfía, ¿serán moscas?

LUD.—Por esso puso *ronca*, porque por su atributo se conociesse su importunidad; pero no aduirtió cómo Virgilio llamó a los cisnes roncos, y le disculpa Ambrosio Calepino, dando la culpa al estrépito de las alas.

JUL.—*In verbo* pulga, ya que la hauéis nombrado, quisiera deziros vna canción que hizo el maestro Burguillos a cierta pulga.

CÉS.—Dila por tu vida, Julio, para que nos descanses de este inexorable soneto, pues ya no vendrá Fernando.

JUL.— "Espíritu lasciuo,
De los reinos de amor libre tirano,
Sutil átomo viuo,

En picar y color, mostaça en grano;
Para en alguna parte,
Que mal podré, saltando, retratarte.
"Pues la noche defiende
5 Tu vida a tantos dedos alguaziles,
No huyas, dulce duende;
Que en tus heridas a traición sutiles,
Como los zelos eres,
Que picas y te vas por donde quieres.
10 "En la tórrida zona
Los bárbaros respetan la hermosura,
Que aun la muerte perdona;
Y tú, cruel, inexorahle y dura,
Más turca que Amurates,
15 Campos de aljófar siembras de granates.
"¡O punto indiuisible
De la circunferencia de tu dueño,
Arador inuisible,
Homicida frenética del sueño,
20 Que como delinquente
Te passas a Aragón tan fácilmente!
"¿Qué grauedad no encuentras?
¿Qué hermosura no asustas? ¿Qué clausura
Sacrílega no entras?
25 ¿Qué estrado, qué valor, qué compostura
No asaltas y sarpulles,
Y quando más te agarran te escubulles?
"Corrido vn elefante,
Dixo a una pulga: "¡O gran naturaleza!
30 ¡Mi embidia no te espante!
¿Para qué quiero yo tanta grandeza,
Si duermo en la campaña,
Y ésta en la olanda, que en azar se baña?
"De yerua me sustento,
35 Y tú de la más pura sangre humana:
En tierra, en agua, en viento
Vive todo animal, tú en oro y grana,

De donde miras sola
Quanto circunda la terrestre bola.,,
"Verdad dixo la fiera,
Pues nunca vió Colón, si se compara,
En vna y otra esfera, 5
Y aunque por nueuos climas navegara,
A tanta hidrografía
Como suele mirar tu fantasía.
"Si la pluma descriue
Tu cantidad, ¿quál hombre, aunque rey sea, 10
Tantos palacios viue,
Ni en tantas galerías se passea?
Pero en efeto eres
Mala justicia, de torcida mueres.
"Hazaña fué de Alcides 15
Flechalle las arpías a Fineo;
Tú, pulga, que resides
En la mesa mayor de mi deseo,
Mira que no te inclines
Donde te maten flechas de jazmines. 20
"Pero, pimienta viua,
Que naces en los reinos orientales;
Tenaça fugitiua,
Que tienes los candiles por fiscales;
Abispa, que sin pena 25
Vagas ociosa entre la miel agena;
"¿Qué vengançasiguales
Como hallarte en el hurto, y retorcerte
En yemas de cristales,
Porque parezcas en la dulce muerte 30
A los enamorados,
Que mueren retorcidos y estrujados?
"No andes por las ramas
Poniendo en nieue cándida lunares,
Si bien pulga te llamas 35
Porque sueles morir entre pulgares,
Aunque te puso un día

Hernando del Pulgar su valentía.
"¡Qué necios anduuieron
En sus transformaciones fabulosas
Los dioses que se hizieron
5 Cisnes, toros, cauallos, fuentes, rosas!
Pues si en ti se boluieran,
¿Qué linzes Argos sus engaños vieran?
"Filis está enojada
Porque eres, pulga, caçador sin miedo
10 De la legua vedada:
Guárdate, pulga, del puñal de vn dedo;
Mas, ¡ojalá yo fuera
Quien entre puertas de marfil muriera!
"Pulga, a los dos nos falta,
15 A ti mi humano ser, y a mí tu dicha;
Pica, repica, salta,
Y si morir tuuieres por desdicha,
Troquemos el empleo:
Yo seré pulga y tú serás deseo.
20 "Mas ya que el diente aplicas,
Purpúreo estamparás círculo breue,
Seremos, si la picas
Saltando por el arco de su nieue,
Aunque a mis ojos fuego,
25 Tú el perro, yo el que paga, amor el ciego.,,

LUD.—¡Qué cosa tan propia de su condición!

CÉS.—Nunca el maestro Burguillos hizo elección para sus musas de más eleuados assuntos.

LUD.—Si aquí le tuuiéramos, él nos sacara de muchas
30 dudas en la tremenda esfinge de este soneto.

CÉS.—¿En qué le dexamos.

JUL.—En que Virgilio llamó a los cisnes *roncos*, y os prometo que me holgué en estremo; porque estoy cansado desta dulçura y suauidad con que dizen que cantan.

35 LUD.—De ahi le viene esto de *canoro* y *sonoro*, tan ordi-

narios atributos suyos, como lo veréis en Propercio y otros.

JUL.—Y de todas las aues; que por esso dixo el poeta Filondango Mocuseo...

LUD.—Prodigioso poeta.

JUL.—En su *Lucifereida*, aunque tomado del griego 5 *Calipodio*.

CÉS.—¡Qué bien se burla!

JUL,—"Cántenme buhos, no sonoras aues,
Endechas tristes, no canciones graues.,,

LUD.—Lo vnico, lo aplaudido, lo grande, aunque yerre 10 sin disculpa, se ha de venerar por acierto.

CÉS.—La voz de las ranas, o los villanos de Licia que transformó Latona, llamó ronca Ouidio, y las pintó gallardamente, pero no las llamó moscas.

JUL.—Agudamente dixo Zanahorio Caracola en vn so- 15 neto a vna dama gruessa de rostro y flaca de piernas:

"Tirsi, como yo soy grosero amante,
Más te quisiera rana que gigante.,,

Luego dize, *sarna de oro* al trigo.

CÉS.—Esso, ¿quién puede entenderlo? 20

JUL.—Antes es fácil; porque, como la sarna tiene granos, assí el trigo, y añadióles *de oro*; que las comparaciones no se entienden *in omnimodam rationem;* pero deuiólo de tomar el poeta deste soneto de la *Sarneida* que escriuió Trancón Gerundio en el libro intitulado *Pupilaje:* 25

"¡Qué dulce almiuar masco,
Quando lleno de cólera me rasco!
Porque parece, aunque después lo lloro,
Que ensarto por las uñas granos de oro.,,

LUD.—La metáfora ha de ser según la proporción, como el vestido.

CÉS.—De Gorgias se rió Aristóteles porque llamó *verdes cosas* a las *semillas*; ¿qué hiçiera si huuiera visto lo que
5 agora passa?

LUD.—*Ceres* llamó Virgilio al trigo, por metonimia.

CÉS.—Dessos tropos leed a Quintiliano, aunque Cipriano los reduce a once.

JUL.—El primer verso de los tercetos dice:

10 "Mal afecto de mí, con tedio y murrio.,,

LUD.—Dize que está mal consigo mismo, por no auer seguido siempre esta nouedad, porque viuir con las costumbres passadas y hablar con las palabras presentes le pareció consejo saludable. *Tedio* ya sabéis que es fastidio, de quien
15 dixo aquel sagrado vate Betlehemita, que dormitaua su alma por el gran tedio, y casi lo mismo el barón de Hus, grande entre los príncipes orientales, y Cicerón, que ay hombres a quien no causa tedio su grande infamia. *Murrio* es una voz castellana no poco significatiua, si bien no vsada; es final-
20 mente vna manera de tristeza, que obliga a traer a un hombre siempre descontento el rostro, como si dixéssemos de los enamorados o maridos, que por no declarar sus zelos andan murrios.

JUL.—Esso es tomado del poeta Magalón de Pestinaquis,
25 en su comento a la *Gaticida* de Gusarapo Magurnio:

"La cara traigo murria
De sufrir tu zelosa cancamurria.,,

Y en la comedia llamada *La bella Zaragatona*:

"Ninguna cosa tanto me desmurria
30 Como mirar damaças de fanfurria.,,

Porque estas erres son muy significatiuas y sonoras en nuestra lengua, y de excelente boato, como *sarria, angurria, tirria* y otras semejantes. Y *tedio* me ha hecho acordar de vn papel de vna dama, cuyo principio podré deziros: 5

"Estoy con tan inusitado tedio, que parece que me estrangulan el coraçón los anhélitos de carecer de vuestro amabilíssimo consorcio y primoroso gusto.,,

LUD.—Competir podía seguramente con lo que dezía vn preceptor de gramática a un pupilo que açotaua: "Numera, 10 pícaro, los flagelos; que si me provocas a iracundia, reiterando las líneas en el pódex, te las haré solfa de antífonas, aunque esmaltes de púrpura las cáligas,,.

JUL.—Ahí viene bien el verso que se sigue:

"Cáligas diré ya, que no griguiescos.,, 15

Los griguiescos se llamaron assí de *grex gregis*, y la lana del ganado; sino es que vinieron de Grecia: son hábito descansado, aunque las calças son mejores para las armas, y tengo para mí que las calças españolas no eran las que se llamaron *cáligas*, sino todo género de medias, como las traían de 20 azero los soldados romanos, y las llaman los franceses *chause de guerre*.

CÉS.—Cicerón, en la epístola quinta a su amigo Atico, muestra no agradarse dellas.

LUD.—Los cultos deste tiempo sabrán mucho de calças, 25 porque todo es calçar estrellas, calçar flores, nubes, noches, soles, y aun ponelle chapines a la luna, como si fueran a propósito para andar buscando a Endimión por el monte Lathmo.

JUL.—Estremadamente dixo Macario de Verdolaga, ha- 30 uiéndole hurtado vna[s] medias y çapatos a su dama, que bañándose en el río, pudo desde unas çarças:

"Tan medias las medias eran,
Que las medias calças son;
Y tuuieran más razón
Si fundas de flautas fueran:
5 De los çapatos no siento
Cómo diga su primor:
Por Dios que tengo temor
Que los echen aposento.,,

LUD.—Prosigue el soneto.

10 JUL.—"Como en el tiempo del pastor Bandurrio.,,

CÉS.—Ese pastor no he oído, ni leído, con auer passado algunos poetas griegos, latinos, franceses y toscanos.

JUL.—Bandurrio es muy antiguo: fué el primer inuentor de las bandurrias, que oy se llaman de su nombre; es ins-
15 trumento pequeño, que a guisa de los que lo son, en subiéndosele el humo a las narizes, tapará vn órgano. Fué Bandurrio llamado Rústico Orfeo, porque auiéndosele muerto su dama, intentó ir a los campos Elísios; y hauiendo llegado con esta locura vna noche a las dehesas Gamenosas, junto a
20 Córdoua, se le antojó que vnas yeguas blancas eran las almas; sacó su bandurria y espantó de manera los ganados, que los yegueros ignorantes, como si fueran las bacanales de Tracia, le mataron a palos; y aunque no se lamentó a la traça de Orfeo con el gentil epigrama de Fausto Sabeo, no faltó quien
25 le hizo este epitafio:

"AQUÍ YAZE BANDURRIO; ¡OH CAMINANTE!,
DETÉN EL PASO.,,

LUD.—Detenelde vos; que estoi tan pudrido de ver que en todos los epitafios ha de entrar el caminante, que he ju-
30 rado no leer ni oir alguno que le tenga.

JUL.—Tenéis mucha razón; porque, fuera de ser cosa tan triuial y ordinaria, es fuerte caso que quiera vn poeta que se detenga vn caminante que va a sus negocios, a leer lo que a él se le antojó escriuir, o en alabança o en vituperio de aquel difunto. Si va a cauallo, ¿cómo se ha de apear, o quién le ha 5 de tener la mula? Y si la sepultura está en iglesia, claro está que no se ha hecho el epitaficio para los que van en coche. Si el tal caminante va a pie, ¿para qué se ha de detener a lo que no le importa, para llegar más tarde a la posada?

CÉS.—Esso, y lo de los antiguos, "séale la tierra leve,, , 10 me tiene también cansado; pues al difunto no se le puede dar nada de que le echen encima vn monte o vn necio, que es la cosa más pesada.

LUD.—Assí dixo aquel filósofo que se mandó enterrar en el campo, diziéndole sus dicípulos que le comerían las 15 aues: a quien replicó que le pusiessen en la mano el báculo; y ellos entonces a él, que si no tenía sentido para apartar las, que ¿de qué seruiría el báculo? A quien dixo: "Pues si no tendré sentido, ¿qué importa que las aues me molesten?,, 20

CÉS.—¡Qué poco se acordó del caminante aquel valiente que puso en su sepultura: "Aquí yaze Velasco Fernández, que nunca tuuo miedo,, , y respondió el gran duque de Alua, a quien se lo contaba: "Esse hombre nunca llegó a despauilar una vela con las manos,, . 25

LUD.—¡Sutil sentencia para dar a entender que nunca se auía puesto en las ocasiones de tenerle!

JUL.—El poeta Serpentonio Proculdubio hizo vn epitafio a Bonamí, vn criado de su majestad, monstro hermoso de la naturaleza, pues en la mayor pequeñez que puede alcan- 30 zar el pensamiento, era perfetíssimo, como la nuez de aquel escritor raro, en que puso toda la Ilíada de Homero.

CÉS.—Dí, Julio, el epitafio:

JUL—"Ten el passo, caminante,
A ver lo que no has de ver,
Aunque si tienes que hazer,
Puedes passar adelante.
5 Pero si verlo te place,
Tan pequeño yaze aquí
El átomo Bonamí,
Que no se sabe si yaze.,,

Pero sin detener los caminantes, al sepulcro de vna dama
10 mui alta, y mui flaca, dixo el maestro Burguillos:

"Doña Madama Roança
Tan alta y flaca viuía,
Que mandó su señoría
Enterrarse en una lança.
15 Y aún huuo dificultad,
Porque lo alto faltó,
Y de lo ancho sobró
La mitad de la mitád.,,

LUD.—Esto basta para digresión; vamos al verso duo-
20 décimo.
CÉS.—¿Cómo dize?

JUL,—"Estos versos, son turcos ó tudescos?,,

LUD.—Pregunta el autor, haziendo vn apóstrofe á si mismo, si están en lengua turca o tudesca.
25 JUL.—De los turcos no tenéis que dezir mas de que está llena dellos Constantinopla.
CÉS.—¡Nouedad estraña! Perdóneselo Dios á Constantino.
LUD.—Leed al Jobio.
30 CÉS.—Leelde vos, que los españoles no le deuemos nada, si no son deudas las injurias.

LUD.—Esse escriuia por dineros, y los tomó del turco. En esso mas parecía muger ordinaria que coronista.

JUL.—Los tudescos ya sabéis que viuen en aquellas partes de Alemania que vos fuéredes seruido; que a fe que aquí algún escritor truxera fuera de propósito la elección de 5 los emperadores por incidencia. El soneto, finalmente, acaba:

"Tú, letor Garibay, si eres bamburrio,
Apláudelos; que son cultidiablescos.,,

CÉS.—Garibay se toma aquí por vizcaíno, como *Roma* 10 *pro Romanis,* y *Céres* por el trigo.

JUL. — *Cultidiablescos* es vn compuesto de diablo y culto.

LUD.—Dí que es identidad. Pero Fernando viene.

SCENA QVARTA

15

DON FERNANDO.—LUDOUICO.—CÉSAR.—JULIO

FER.—Nadie me culpe; que más fácil me fuera dexar la vida que la ocasión que me ha ocupado.

LUD.—¿De qué es tanta alegría, que parecéis otro?

CÉS.—¿Qué os puede auer sucedido, que de vn Herá- 20 clito venís hecho vn Demócrito?

FER.—No es para dicho aprisa: vitorias son de amor, milagros son de la firmeza, portentos de la voluntad, prodigios de las estrellas, mudanças de la fortuna, condiciones de los tiempos, efetos de la paciencia, vitorias del sufrimiento, 25 y dichas de vn desdichado, que suelen venir juntas. Entrad conmigo en mi estudio; que no será mal principio de poema leeros mi sucesso.

CÉS.—¿Qué tiene este hombre, Julio?

JUL.—Lo mismo que antes, mejorado de mayor locura: él os lo dirá todo, aunque por los ojos y las acciones ya os ha dicho la causa.

LUD.—Yo he leído en Aristóteles que una muger llamada 5 Policrata, de vn súbito contento perdió la vida.

CÉS.—Lo mismo sucedió a Felípides, aquel gran escritor de comedias, que llama *varón nobilísimo* Guidón Bituricense, auiendo vencido en un certamen de poetas, como refiere Aulo Gelio.

10 LUD.—Y Sócrates el trágico, a quien llama Cicerón *diuino,* tuvo la misma muerte.

FER.—El mismo Cicerón dize, en el libro quinto de sus *Tusculanas,* que viuió Demócrito Gelasino, riéndose siempre, ciento y nueve años: luego no a todos mató el con- 15 tento.

JUL.—Sin duda que quieres ser como Juan de los Tiempos, que viuió trescientos sesenta y vn años, como refiere Gaguino, pues nació reinando Carlo-Magno y murió en el cetro de Ludouico el moço.

20 FER.—Todo lo puede hazer vna felicidad no esperada.

JUL.—De ese Juan de los Tiempos deuio de tener príncipio en España la fábula de Juan de Espera-en-Dios y sus cinco blancas.

LUD.—Sosiégate, loco, y dí, si puedes, lo que te ha su- 25 cedido.

FER.—¿No alaban la religión de Pompilio, la constancia de Régulo, la fortaleza de Catón, la justicia de Aristides, la sabiduría de Sócrates, la piedad de Scipión, la clemencia de Lelio, la perseuerancia de Fabio, el brío de Rómulo, la 30 equidad de Zeleuco, la continencia de Curcio, la modestia de Camilo, la humanidad de Pirro, la fortuna de Alexandro, la caridad de Mucio, la audacia [1] de Bruto, la milicia de

1 *Las edics.:* audiencia.

Tulio, la magnificencia de Anco Marcio, el hábito de Tarquino y la prudencia de Seruio? Pues añadan las historias a estos títulos el contento de don Fernando.

JUL.—¡Notable sarta de romanos y griegos!

FER.—¿No llamaron a Scipión el *Africano,* porque venció aquella parte del mundo? 5

LUD.—Por lo mismo llamaron *germánicos* o *británicos* a sus Césares.

FER.—Pues ¿cómo se llamará quien ha vencido los desdenes de Dorotea? 10

LUD.—Fernando el *Doroteánico.*

FER.—Pues ésse es mi nombre, mi dicha y mi historia. Sentaos, y sabréis quán secretos caminos tiene la fortuna, y quánta obligación tengo de escriuir su alabança.

LUD.—No lo hagáis; que dixo Tulio que alabar la fortuna era necedad, y vituperalla, soberuia. [*Vanse.*] 15

SCENA QUINTA

GERARDA.—TEODORA

TEO.—No ha buelto essa muchacha desde esta mañana, que fué con vuestra hija Felipa a pasear el azero, y temo 20 que le ha sucedido alguna cosa.

GER.—Ya tiene edad para no perderse, no tengáis pena; que *niña es Marina, quando la lleuan por el diente a missa.*

TEO.—No sé qué me da el coraçón, después que está aquí Fernandillo; que, fuera de auer herido a don Bela y 25 sus criados, de que temo que nos resulte algún trabajo, no sé qué mayor que sufrir sus músicas.

GER.—Ya os dixe lo que sentía, y lo que auiades de hazer; pero *no des consejo a viejo, ni espulgues çamarro prieto.* ¿Para qué la dexáis salir con quanto quiere? 30

TEO.—Por no enojarme de vna vez.

GER.—*Ni tan yus ni tan sus, ni tu pan en tortas ni tu vino en botas.*

TEO.—Celia me ha traído engañada.

5 GER.—*Ni perro negro, ni moço gallego.*

TEO.—Ella está rica de lisonjas de su ama y necedades de don Bela.

GER.—*El rocín en mayo buéluese cauallo.*

TEO.—Si Fernandillo buelue, perdidas somos.

10 GER.—Consolaos desse miedo con que va con ella Felipa.

TEO.—*Quando los Pedros están a vna, mal para Aluaro de Luna.*

GER.—Pues ¿en qué opinión tenéis a Felipa?

15 TEO.—De amiga, de muger y de moça.

GER.—Amiga lo es vuestra, muger casada y moça es entendida.

TEO.—¿A quién queréis que se parezca vn guevo?

GER.—Diréis que a otro.

20 TEO.—No, sino el alba.

GER.—¿Tan mala opinión tenéis de mí?

TEO.—No es opinión, sino cierta ciencia.

GER.—Comadre, sabed que al rey don Juan de Portugal le truxo vna labradora, que le pedía que le perdonasse
25 vna muerte que su marido auía hecho, vna cantidad de natas, no estando allí la reina, que sentada con él a la mesa comïó muchas. Echóse a sus pies la labradora, pidiendo la vida de su marido a entrambos: el rey perdonaua; la reina no quería; a quien él dixo, viéndola tan airada: "Passo, señora;
30 que auéis comido muchas natas,,.

TEO.—Ya os entiendo, Gerarda. Callad, que vienen.

SCENA SEXTA

TEODORA.—FELIPA.—GERARDA.—DOROTEA

DOR.—¿Mas qué me preguntas de dónde vengo?

TEO.—¿Para qué, viniendo tan colorada?

DOR.—Mal si estoi colorada, mal si estoi descolorida; 5
¿con qué tengo de contentarte?

TEO.—Con venir a la vna.

FEL.—¡O, qué sermón auemos oído!

TEO.—Predicaría el padre don Fernando.

FEL.—No, en buena fe, sino vn descalço famoso. 10

TEO.—¿Qué más descalço que esse cauallero?

DOR.—¡O, madre! Si le huuiera oído, no pudiera detener las lágrimas.

TEO.—Como essas he llorado yo por su paternidad de esse bendito predicador. 15

GER.—*Por el cabo de la cuchar sube el gato a la olla.*

DOR.—¡Tú también, Gerarda! ¿No te parece que vengo de donde digo?

GER.—*Ida y venida por en casa de mi tía.*

DOR.—¡Qué propias virtudes de los años mayores, la 20
malicia y la embidia!

GER.—Yo con Felipa hablo, que no contigo, Dorotea: Felipa es mi hija, y la *coz de la yegua no haze mal al potro.*

DOR.—Todas sabemos adagios, Gerarda; y *aunque la lima muerde, alguna vez se le quiebra el diente.* 25

GER.—¿Métome yo contigo?

DOR.—Dobla, Celia, esse manto; que están de pauana las dos señoras.

GER.—Pues en verdad que no me he desayunado, sino de mis deuociones. 30

DOR.—¡Gerarda, Gerarda! *A carne de lobo, diente de perro.*

GER.—No tienes razón; que harto he procurado sossegar a tu madre.

5 DOR.—Mi madre no se cansa de leuantarme testimonios; por mí no me pesa, sino por tu hija Felipa, que es vna santa.

TEO.—*Berças y nauos, para en vno son entrambos.* Negra, pon aquí la mesa.

10 DOR.—No quiero comer.

TEO.—¿Para qué, si has comido?

DOR.—El veneno que me has dado.

TEO.—*Vñas de gato y hábito de beato.* Haz pucheros por vida mía.

15 FEL.—Calla, Dorotea; no leuantemos alguna poluareda, que no se vea don Beltrán.

DOR.—Oy, Felipa, ni pienso llorar, ni reñir; que, aunque los estremos del placer suelen ser los principios del pesar, haré agrauio a mi alma si con la memoria de tanto bien

20 estoi triste en mi vida.

FEL.—Nadie se acuerda de la mocedad que passó, sino de la vejez que passa.

TEO.—No me agrada esta nueua compañía.

GER.—*Tocóse Marigüela, y dexóse el colodrillo de*

25 *fuera.*

TEO.—Plegue a Dios, Gerarda, que *sea agua limpia.*

GER.—*Obispo por obispo, séalo don Domingo.*

TEO.—*Las malas tixeras hicieron a mi padre tuerto.*

GER.—Si Dorotea tiene buen natural, Felipa no será

30 parte para estragar sus costumbres.

TEO.—¿*Qué tienen que hazer las bragas con el alcauala de las habas?*

DOR. [*Aparte.*]—¡O, felicissima muger, con qué dicha te leuantaste oy! Ya tus deseos se cumplieron, ya viste el

sujeto de tus ansias, el centro de tus pensamientos, cierta de que te adora, cierta de que te estima. Yo vi lágrimas en Fernando quando más desconfiaua de su memoria; será mío, aunque pese a esta vieja de mi madre y a la hechizera que la aconseja. No quiero Indias, ni cautiuar mis años; ¿qué 5 oro, qué diamantes como mi gusto? ¡O, muger felicíssima! Yo no me hallé en las mocedades de mi madre; biuda es, y no le pesa de parecer bien. *La muger del ciego, ¿para quien se afeita?*

TEO.—¿Qué murmuran estas damas? 10

GER.—Murmuren lo que quisieren; que sólo pueden poner falta en nuestros años, siendo lo que nos sobra.

TEO.—Vuestra Felipa destruye a Dorotea.

GER.—*Quien tiene hijo varón, no dé vozes al ladrón.*

TEO.—*Salíme al sol, dixe mal, y oí peor.* 15

GER.—Dorotea es discreta, Felipa es boba; ¿quál puede engañar a quál?

TEO.—De sermón dizen que vienen.

GER.—*Las truchas y las mentiras, quanto mayores tanto mejores.* 20

TEO.—Temo, Gerarda, temo que no se aya buelto Dorotea a la amistad de don Fernando; que este moço tiene gracias de pobre, y ella desbanecimientos de linda.

GER.—*Anillo en dedo, honra sin prouecho.* Pero si vos teméis la reconciliación destos dos amantes, yo que llegue 25 a noticia de don Bela, con que nos amenaça a todas fatal ruina.

TEO.—*Quitósele el suelo al cesto, y perdimos el parentesco.*

GER.—Pues esso no lo dudéis; que no es hombre que 30 sufrirá tan necio agrauio; que amor y señorío no quieren compañía.

TEO.—¡Ay, Gerarda! ¡Dorotea contenta, sin venir de la puerta de Guadalaxara con tabíes o joyas, y a la vna!

Buelto se han a enquadernar a las voluntades passadas. Muerta soi.

GER.—*Romería de cerca, mucho vino y poca cera.* Examinalda, Teodora; que la dexáis salir con quanto quiere; y
5 si buelue a lo que solía, perdióse vuestra casa, rematóse vuestra hazienda. *Que costumbres y dineros hazen los hijos caualleros.*

TEO.—*Las llaues en la cinta, y el perro en la cozina.* ¿Qué me importa a mí reñir a Dorotea, si anda con ella
10 Felipa?

GER.—*Ponte buen nombre, Isabel, y casarte has bien.* ¡Ay, Teodora, Teodora! Felipa no la pierde, sino el amor que tiene a don Fernando.

TEO.—*Fuíme a palacio, fuí bestia, y vine asno.* Vos me
15 entendéis, Gerarda: amigos tiene Fernandillo, y vuestra hija deseos.

GER.—¿Qué podéis dezir desta moça, que ofenda su virtud y recogimiento? Lo que le sucedió antes de casarse ha sucedido a muchas, y para esso estaua yo en el mundo; que
20 en verdad que no lo echó de ver su marido, aunque no era bobo. ¡Moça es por cierto de malos consejos! ¿Qué sermón oye donde no llore? Esta Quaresma ayunó al traspasso, que la tuue por muerta; vn rosario ha hecho de nudos de cordel, para quando la entierren, que llegará desde aquí a
25 Roma; por cierto que la noche del desposorio no la podíamos conducir al tálamo entre seis vezinas: mirad vos, ¡qué vergüença! Assí la tuuiera Dorotea.

TEO.—Lo más fácil es negar, y lo más difícil defender: tomado me auéis lo fácil y dexádome lo difícil.

30 GER.—Callad, que escuchan. [*Vanse.*]

SCENA SEPTIMA

[*Calle.*]

MARFISA.—CLARA

MAR.—Pues no pierdo el juizio, no le tengo.

CLAR.—La traición es de suerte, que no me permite 5
consolarte; antes bien quisiera añadir sentimientos a los
que tienes: acción más desesperada que justa.

MAR.—¡Don Fernando en Madrid, Clara, y tantos días
sin verme! ¿Quién duda que le tendrá ocupado y diuertido
aquella famosa Circe, donde ha comido sueño su entendi- 10
miento? No he de quitarme desta puerta, aunque me lo man-
de la noche, por más que me afrenten la vezindad y el día.
Aquel gentil hombre que hablé, es vno de los amigos de
don Fernando; que el seruir a Lisena, su vezina de Doro-
tea, los hizo iguales, como en el amor, en la confiança. Pre- 15
guntóme cómo me iba con él, después que auía venido de
Seuilla; yo le respondí que don Fernando no auía venido, y
él entonces (como en la corte se vsa) me refirió la causa
por que se auía partido, que eran los zelos de vn cauallero
indiano, no mal admitido de su casa, aunque con poco gusto 20
de Dorotea; que no auía muerto a nadie; en que conocí que
fué inuención para sacarme lo que sabes que le di para que
se fuesse; que en mi vida compré tan barato el gusto de
apartalle de aquella ninfa, por cuya ausencia alguna prome-
sa la obliga a vn hábito, casto por ironía; sólo el escapulario 25
azul será verdadero, por lo zeloso. No sé qué pretendió en
esta conuersación Fabricio (este es su nombre); pero ¿para
qué lo dudo? Lo que todos los hombres, que quanto ven co-
dician: deuió de querer apartarme del amor de Fernando,

que me dió esta carta, que desde el camino le auía escrito, con vnos versos que a su partida compuso, que todo dize assi.

CLAR.—Seruirá de entretener la pena de esperarle.

5 MAR. [*Lee.*]—"Yo voy, amigo Fabricio, sin alma porque la dexé, y sin vida porque me quiere dexar, y tan acompañado de pensamientos, que como venenos diferentes, compitiendo vnos con otros, me sustentan viuo. No he dormido, aunque lo he deseado; principios son de loco, y 10 que ya no soy parte a resistirlos; más vamos Julio y yo en Dorotea, que en el camino; no hablamos en otra cosa desde que amanece, y estoi cierto que no le sucede lo mismo. !Gran fortuna de las mugeres, que al primero desaire de sus galanes, hallan quien las sirua, ruegue, diuierta, regale 15 y enriquezca! ¡Ay de los hombres, para quien no ay más remedio que no esperarle! Essos versos os dirán más de mí que lo que yo sabia cuando los hize: si ay quien los cante, no me pesará que los oiga Dorotea.,,

¿Adónde vais, pensamiento,
20 Con passos tan engañados?
Que no puede bien huir
Quien lleua hierros de esclauo.
Si os han de boluer por ellos,
¿De qué seruirá alexaros?
25 Que es dar ocasión al dueño
Para mayores agrauios.
Mirárades lo primero;
Que fué pensamiento vano
Querer librar en un día
30 La prisión de tantos años.
Si es impossible viuir,
Mirad que fué necio engaño
Ir huyendo de la vida,
Pues la dexáis en sus braços.

Si en lágrimas os fiastes,
Presumid que no fué llanto,
Sino escriuir en el agua
La fe del amor passado.
Si pensáis hallar remedio 5
Donde se han perdido tantos,
O sois cuerdo, pensamiento,
O somos locos entrambos.
Lleuáis con vos la memoria
De tantos bienes passados, 10
Y ¿queréis que se os oluide
Lo mismo que vais pensando?
Si yo fuera más discreto,
Y vos menos arrojado,
No estuuiéramos agora 15
Yo confuso y vos volando.
Diréis que puedo boluer,
Pues que no ha tanto que falto,
Sin ver que con tal flaqueza
Mayor vengança le damos. 20
Y más quiero yo morir
Que no verme despreciado,
Pues nunca amor al rendido
Trató bien, aunque es hidalgo.
El ver que rendido buelue 25
El que se despide airado,
Cuando no yele, assegura,
Que es en amor graue daño.
Amor, pensamiento, es miedo,
Y una vez assegurado, 30
Bien puede ser que se quiera,
Mas no que se quiera tanto.
Pues andar con inuenciones
No me parece acertado;
Que no se llama cautela 35
La que saben los contrarios.
Nunca de vos me fiara,

Pues que me auéis engañado,
Sin ver lo que puede amor
Fauorecido del trato.
Si no pensáis, pensamiento,
5 Otro remedio más sano,
Los dos nos hemos perdido,
Y Amarilis se ha vengado.

CLAR.—El está mui bien escrito: ¡assí estuuiera bien empleado!

10 MAR.—¡Qué cortesano estilo!

CLAR.—¡Y qué descortés contigo! Pero dime, señora: ¿de quándo acá se llama esta señora Amarilis? Dorotilis auía de dezir; que a ti, como a Marfisa, te tocó siempre esse nombre.

15 MAR.—¡Ay, Clara! Por engañarnos a entrambas; que los poetas tienen versos a dos luzes, como los cantores, villancicos, que con poco que les muden siruen a muchas fiestas.

CLAR.—Guarda la carta; que él y Julio, su postillón, vienen hablando.

20 SCENA OCTAUA

JULIO.—DON FERNANDO.—MARFISA.—CLARA

JUL.—¡Mugeres tapadas a nuestra puerta!

FER.—Será algún recado de Dorotea.

JUL.—Aurá reñido su madre la tardança; que después 25 que has venido andará el palomar alborotado.

FER.—¿Mandan vuessas mercedes alguna cosa de su seruicio? Si quieren descansar, casa es de hombre moço.

MAR.—Y tan moço, que aún no ha llegado la verguença a componer el desenfado de la cara.

30 FER.—¡Jesús! ¡Marfisa, mi bien, mi señora! ¡Tú a mi

puerta! ¿Cómo auía yo de hallarte? Que apenas nos quitamos las espuelas quando fuimos a verte. ¿No es verdad, Julio?

JUL.—Para essa obligación, ¿eran menester testigos?

CLA. — No, por cierto, que cara tienes tú de jurar 5 falso.

JUL.—Pues, Clara, ¡á tu querido y deseado Julio!...

CLA.—Pues, Julio, ¡a tu aborrecida y oluidada Clara!...

MAR.—Ocho días ha que estás en Madrid; no sé si diga ochenta. 10

FER.—¡Qué disparate! Lo que ha que vine he andado huyendo de la justicia.

JUL.—Y siempre por los arrabales recónditos.

MAR.—¿Comiença ya la sombra de tus maldades, el aforro de tus insolencias, el Mercurio de tus embaxadas, la capa 15 de tus traiciones a echarnos bernardinas?

JUL.—Esso merezco yo por los consejos saludables que le he dado, para que se te muestre agradecido, y el auer venido todo el camino hablando a don Fernando en tu hermosura, entendimiento y gracia; tanto, que vna noche le hize com- 20 poner vnos versos al sentimiento de tu partida.

MAR.—Infame, essos versos para Dorotea, su lindíssima dama, se escriuieron; la del ábito cándido y el escapulario celeste, la del indiano rico, por quien le ha dexado como merece. ¡Essa sí es digna destos encarecimientos, por firme, 25 por leal, por desinteressada! Para sus zelos di yo mi oro, como verdadera y necia, como muger de bien, que se crió contigo, martirio de mi inocencia. ¡O mugeres honradas! ¡qué poco merecéis el amor de tales hombres! A éstos no les obliga la virtud ni el recogimiento, sino los tiros, los agrauios, 30 los zelos, las competencias, las temas y los desprecios: esto los enamora, y assí tienen los fines, los sucessos, las desgracias y el matar los hombres, como aquel por quien te fuiste a Seuilla, Dios le perdone. ¡Qué estocada le diste! Valiente

eres de palabra. Mal ayan mis pensamientos, mis firmezas y quanto he padecido por ti con mis tíos y con mis...!

JUL.—No le dexaron acabar las lágrimas. ¿Qué las miras? ¿Porqué no hablas? ¿Porqué no la consuelas? También llora
5 Clara, y yo estoi consultando los pucheros, si me estarán bien con tantas barbas.

FER.—Marfisa, yo veo claramente la razón que tienes. Corrido, confuso y arrepentido me pusiera a tus pies, y te diera esta daga para que me passaras mil vezes el pecho, si
10 no estuuiéramos en la calle. Entra, mi solo bien; que has de ser mi verdadero amor, a pesar de mis mal empleadas locuras, o no he de tener honra ni ser hijo de mis padres. Entra.

MAR.—No lo verán tus ojos; no más burlas. Muchas lágrimas me cuestas, Fernando, muchos trabajos, dulce ene-
15 migo mío: ya no puede mi sufrimiento hallar disculpa a tantas sinrazones; sólo te suplico por nuestra criança y por aquella ternura con que nos prometimos la fe, que tan mal han logrado mis desdichas y tus mal empleadas imaginaciones, que si hallares nueuas de aquella prenda tuya, expósito
20 del furor de mis parientes, me des auiso y licencia para poder cobralle.

FER.—Espera, señora, espera; por lo menos, no te vayas llorando.

MAR.—Suéltame; que daré vozes.

25 JUL.—A Dios, Clara.

CLA.—Julio, poco tenéis de César: no seré yo vuestra Roma, aunque no soy aguileña. [*Vanse las dos.*]

FER.—¿Qué te parece desta desdicha?

JUL.—Que tengo lástima al desprecio que has hecho de
30 tantos méritos. Conozco el amor que Dorotea te ha tenido y dize que te tiene; pero en fin es de otro, y no siendo marido (que se deue sufrir por fuerça), es grande infamia hazer papel de segundo galán, y guardar el respeto a quien no se deue.

FER.—Julio, hago testigo al cielo, a quanto ha criado, a

ti, a mi honra, a este poco entendimiento mio, de solicitar con todos la vengança de Dorotea, que al fin vino a despedirme, y pagar a Marfisa tan justa deuda.

JUL.—Pues, señor, no sea de súbito; que yo te daré la traça con que el amor de Marfisa te vaya quitando el de 5 Dorotea.

FER.—Con verla rendida se me ha quitado.

JUL.—Templado basta.

FER.—Quitado digo, Julio.

JUL.—Pareceráte a ti con la satisfación de los braços; 10 pero es impossible que tan grande amor aya muerto a manos del mismo deseo que auía de aumentarle.

FER.—No me pareció que era Dorotea la que yo imaginaua ausente, no tan hermosa, no tan graciosa, no tan entendida; y como quien para que vna cosa se limpie la vaña 15 en agua, assí lo quedé yo en sus lágrimas de mis deseos. Lo que me abrasaua era pensar que estaua enamorada de don Bela; lo que me quitaua el juizio era imaginar la conformidad de sus voluntades; pero en viendo que estaua forçada, violentada, aflixida, que le afeaua, que le ponía defetos, que malde- 20 zía a su madre, que infamaua a Gerarda, que quería mal a Celia y que me llamaua su verdad, su pensamiento, su dueño y su amor primero, assí se me quitó del alma aquel graue peso que me oprimía, que vían otras cosas mis ojos y escuchauan otras palabras mis oídos: de suerte que, cuando llegó 25 la hora de partirse, no sólo no me pesó, pero ya lo deseaua.

JUL.—Harás que me buelua loco y que diga que la filosofía de amor no está entendida en el mundo, pues tantos amorosos afectos, desmayos, ansias, locuras, desesperaciones, zelos, deseos y lágrimas han tenido templança en su 30 mismo centro; lo que parece impossible.

FER.—Si entre los remedios del amor pone Ouidio la consideración de las traiciones de lo que se ama y los daños que resultan, y yo los miro, ¿de qué te admiras?

JUL.—Ya no me admiro; pero deseo que no te engañes; que amor contento huye, y rezeloso buelue.

FER.—Yo sé que he topado la rosa de Apuleyo.

JUL.—¿Dónde?

5 FER.—En Marfisa.

JUL.—Essa merece amor, por firme y por sola; que no puede nadie amar con verdad ni tratar con honra, sustituyendo ausencia; que de galán a galán es el sufrimiento miedo y el respeto infamia.

10 FER.—Por lo menos diré agora lo que Catulo a Lesbia:

"De amor y aborrecimiento
Tan igual veneno tomo,
Que si me preguntan cómo,
No se más de lo que siento.,,

15 CORO DE VENGANÇA

HENDECASÍLABOS FALECIOS

Amor de ser amado satisfecho,
Quando agrauiado imaginó vengarse,
Templado el fuego, y el furor desecho,
20 Adonde pudo arderse, pudo elarse.
Quien ama y agrauió, no buelua y diga
Que fué violencia agena la mudança,
Pues quando piensa que rendido obliga,
El agrauiado intenta la vengança.
5 Quien ofendido buelue a verse amado,
¡Quán fácilmente lo que quiso oluida,
Fingiendo que ama hasta quedar vengado,
Con falso gusto y voluntad fingida!
Tenga quien agrauió justos rezelos,
30 Y nunca mire el alma por los labios;
Que amistades son dulces sobre zelos,
Pero siempre fingidas sobre agrauios.

ACTO QVINTO

SCENA PRIMERA

DON BELA.—LAURENCIO

BEL.—Mira qué quiere esse criado del conde, Laurencio. 5

LAU.—Viene por el cauallo que le mandaste para las cañas destas fiestas; que tiene puestos en él los ojos para salir luzido.

BEL.—¿Porqué no le dixiste que estaua clauado?

LAUR.—Ya se lo dixe, y que te pesaua en estremo. 10

BEL.—Perdido estoi de triste; no sé qué tengo estos días, que no puedo alegrarme.

LAU.—De la tristeza de Dorotea nace la tuya.

BEL.—Pensé que la enterneciera el auerme herido por su causa, y desde entonces pienso que me aborrece. 15

LAU.—Si este amor se acabasse, muchos te desengañarían.

BEL.—¿Pues tú sospechas algo?

LAU.—No lo sé de cierto.

BEL.—Después que te passé de criado a amigo, has perdido la condición de los que siruen, que parlan quanto saben; pero, pues ya eres amigo, como tienes licencia de reprehenderme, tenla de desengañarme. 20

LAU.—Examina la tristeza de Dorotea, que ella te dirá la causa; porque si hay algún peligro, deue de ser con gran

secreto; si bien ha dias que ni aun sombra de sospecha entra en su casa.

BEL.—Pues desa manera, ¿qué me queréis, tristezas? ¿Qué me afligis, zelos? Laurencio es mi criado y mi amigo, 5 y por la vna parte no parla y por la otra no desengaña: luego Dorotea no tiene culpa de mis sospechas.—Dame aquellos papeles, que con la memoria de los estudios de mis primeros años, he hecho vn epigrama esta noche, y querria sacarle en limpio.

10 LAU.—Estos son los papeles. Mucho has borrado.

BEL.—Yo conocí vn poeta de marauilloso natural, y borraua tanto, que sólo él entendia sus escritos, y era impossible copiarlos; y ríete, Laurencio, de poeta que no borra. El epigrama dice:

15 "Miré, señora, la ideal belleza,
Guiándome el amor por vagarosas
Sendas de nueue cielos;
Y absorto en su grandeza,
Las exemplares formas de las cosas,
20 Baxé a mirar en los humanos velos;
Y en la vuestra sensible
Contemplé la diuina inteligible;
Y viendo que conforma
Tanto el retrato a su primera forma,
25 Amé vuestra hermosura,
Imagen de su luz diuina y pura,
Haziendo, quando os veo,
Que pueda la razón más que el deseo;
Que si por ella sola me gouierno,
30 Amor que todo es alma, será eterno.,,

LAU.—Está mu bien escrito; pero yo te confiesso que no le entiendo, y aun lo dudo del sutil ingenio de Dorotea.

BEL.—Mira, Laurencio: lo que ha de entender Dorotea

de mi pluma son las librancas de los mercaderes para sus galas: esto, basta que yo lo entienda.

LAU.—Y yo querría.

BEL.—Assí como la diuina belleza, que con eterna é incomprehensible luz resplandece en aquel soberano Artífice, 5 esparce sus rayos, que, decendiendo por todos los cuerpos, ilustra las mentes angélicas, hermosea el alma del vniuerso, y, finalmente, deciende a la materia de los cuerpos donde se rebueluen con suaue armonía los cielos, resplandece el sol, centellean las estrellas, consérũase puro el fuego, alé- 10 grase el aire sereno, gozan su perpetuo curso las instables corrientes de las aguas, la tierra se adorna de diuersas flores, árboles y plantas, y vltimamente el hombre se admira en los rayos de esta diuina belleza, que en la hermosura de las mugeres sobre todas las inferiores criaturas resplandece; 15 assí el amor enseña de grado en grado (quanto es capaz nuestro entendimiento, aspirando a tan alta contemplación) a formar vna idea particular, que ama sin diuertir el pensamiento fuera de los límites de la razón.

LAU.—¿Qué tienes por idea? 20

BEL.—La noticia exemplar de las cosas.

LAU.—De manera que tú me das a entender que amas a Dorotea tan platónicamente, que de la belleza ideal suprema has sacado la contemplación de su hermosura.

BEL.—Querría a lo menos quererla con este propósito; 25 que no sé si he leído en el filósofo, que amor puede ser de entrambas maneras; y quererla con sola el alma es el más verdadero, y para ella lo más seguro.

LAU.—No sé qué traes de ocho días a esta parte, que no pareces el que solías. ¡Tú deuoto! ¡Tú contrito! ¡Tú me- 30 lancólico! Si es diuino impulso (quiéralo el cielo), daré de albricias quanto me ha valido el ir y venir en casa de Dorotea; si es melancolía zelosa, guárdate de dar en hipocondríaco, que perderás el seso y los amigos.

Bel.—¡Ay, Laurencio! ¿Quién ay que tenga entendimiento, que no conozca que es mortal? Traen consigo los deleites por sombra la conciencia, como suelen dezir los que han muerto algún hombre a sangre fría, que le traen siempre a cuestas. Dorotea es hermosa vnicamente, entendida, y con tantas gracias, que si el hilo de oro de la razón no me saca deste laberinto, creo que hauemos de dezir al fin de la vida, como aquel rey de la Gran Bretaña: "Todo lo perdimos,,.

Lau.—No te entristezcas, por Dios; que no estás en mal estado de enmendarte, pues lo conoces. A buen tiempo viene Gerarda: ella te desenfadará con sus vegezes y aun con sus astucias.

SCENA SEGUNDA

GERARDA.—DON BELA.—LAURENCIO

Ger.—*Donde no está el rey, no le hallan.*

Bel.—¿Hasme buscado, madre?

Ger.—Y ¡cómo! Díganlo todos essos criados que no salen contigo: al despensero le quité ayer vn dolor de muelas, que rabiaua como vn perro por la canícula.

Lau.—Pensé que las muelas.

Ger.—¿Qué dizes, Laurencio? Aún no he entrado, y ¡ya me persigues! ¿Saco yo muelas por ventura?

Lau.—No, tía; pero dizen algunas ignorantes que aprouechan para sus mentiras.

Ger.—*Essa, don Vasco, rapáosla del casco;* que, en verdad, en verdad, que nunca creí que podían hazer dichosos las alhajas de hombres tan desdichados, que predican en la horca, echando la bendición al pueblo con los talones.

LAU.—Mira, madre: quando más piensas que yo me burlo, más alabo tus habilidades; y tú también me dizes a mí las mías quando sacamos galas a Dorotea, leuantándome que me aprouecho, y que voy horro con el mercader.

GER.—*Está el mono en la pared, dize de todos y todos* 5 *dél.* Hijo Laurencio, *con un lobo no se mata otro.* ¿Cómo calla don Bela, viendo tratar mis tocas honradas con este desafuero? Estoi por dezir por ti, que *en casa del ruin la muger es alguazil.*

BEL.—Madre, luego lloras; no he visto ojos tan tiernos. 10 Dale quatro reales, Laurencio.

GER.—*Mucho os quiero, Pedro; no os digo lo medio;* no ay aquí para la holla, que oy come vna amiga conmigo.

BEL.—¿Es moça?

GER—Entre las dos tenemos tres dientes y ciento y qua- 15 renta y cinco años. ¡Qué! ¿Pensauas hazer algún peso falso a Dorotea? Dios me libre de tus mañas; siempre la matas a zelos. Pues ¡el vellano de Laurencio que te encubre, y siempre la anda engañando!

LAU.—¡Yo, tía! ¿Quién te lo ha dicho, si don Bela, 20 mi señor, es tan retirado y yo tan encogido?

GER.—*Entre pupa y buruxón, Dios escoja lo mejor.* Todo se sabe, comadre. Pero, boluiendo a mi combidada, e aquí la holla. Vna libra de carnero, catorze marauedís. Media de baca, seis: son veinte. De tocino vn quarto, otro 25 de carbón, de perejil y cebollas dos marauedís, y quatro de azeitunas, es vn real cabal. Pues tres reales de vino entre dos mugeres de bien es mui poca manifatura: no ay para dos sorbos. Añade, assí Dios te añada los días de la vida.

LAU.—¡Tres reales de vino, valiendo a doce marauedís 30 la azumbre!

GER.—Hermano Laurencio, *en año caro, harnero espeso y cedazo claro.*

BEL.—Dale otros quatro reales.

GER.—*De la baca flaca, la lengua y la pata.*

BEL.—Madre, ¿dónde aprendiste tantos refranes?

GER.—Hijo, estos son todos los libros del mundo en quinta essencia; compúsolos el vso y confirmólos la expe-
5 riencia.

BEL.—Cierto que muchos dellos son tan verdaderos y sentenciosos, que enseñan más en aquel modo lacónico que muchos libros de filósofos antiguos en dilatados discursos. Pero díme, Gerarda: ¿a qué venías?

10 GER.—Dize Dorotea que no quiere ventanas para los toros, porque está de mala gana, como dizen en Valencia; y porque ella no se quiere holgar quando se huelgan todos.

LAU.—Buen remedio.

GER.—¿Cómo?

15 LAU.—Correlle vn toro en su aposento.

GER.—¡O qué gracia! Dios te bendiga. Toma.

LAU.—¿No te agrada el arbitrio?

GER.—*Dixo mayo a abril: aunque te pese, me he de reir.*

20 BEL.—Estar triste Dorotea y no ir a los toros..., algo tiene en el campo que le duele.

GER.—¿Qué ha de tener, sino los zelos que le das, míralo todo? ¿Piensas que no te vió mirar a las escultoras en la Merced? ¡Por cierto que son mui lindas! No diera yo por
25 ellas para mi traer, si fuera persona de calças atacadas, vna cinta de seda: afeitadillas, bachillerillas, bailadorcillas...

BEL.—¿Aquellas se afeitan, madre?

GER.—No, sino el alua. Ninguna lo dexa en el arca: las blancas para serlo más; que las negras ya está dicho.

30 BEL.—Yerran mucho, porque más vale ser moça mucho tiempo, que hermosa poco; efeto del solimán que les quita los dientes y les arruga la tez del rostro; sino que el afeite es como el tiempo; que, como quita cada día tan poco, no se siente. Y a la cuenta también se lo pondrá Dorotea.

GER.—No hay regla sin excepción, don Bela; que no se entiende que generalmente se le ponen todas, y no es el afeite cosa que se puede encubrir; que si se acuesta una muger y amanece otra, ¿cómo lo puede ignorar el que la tiene al lado? Pero boluiendo a las ninfas que mirauas, ¡qué mu- 5 geres para competir con el reposo de Dorotea! ¡Con aquella grauedad patricia, que parece vn clarissimo veneciano; aquella honra del estrado, aquella honestidad por la calle, aquella deuoción en la iglesia, aquella libertad en el campo, *y á su tiempo nabos en aduiento!* Si la vieras agora de sire- 10 na con el arpa, trayendo aquellos dedos de cuerda en cuerda, que parece que se reían, como que les hazía cosquillas; los cabellos sueltos, que a vezes sobre el arpa, embidiosos de las cuerdas, querían serlo, porque los tocasse también a ellos; y aun pienso que las cuerdas dezían, en lo que sona- 15 uan, que les dexasen hacer su oficio, pues ellas no los iban a estoruar quando se tocaua Dorotea.

BEL.—Madre, mui poética vienes esta mañana.

GER.—Pues en verdad que no me he desayunado, sino es de mis deuociones, porque fuí a consolar vna moça que 20 ha parido y no sabe a quién darlo: pedíame consejo, y de quatro le dixe que al más bobo.

BEL.—¡En buenos passos andas!

GER.—Hijo, dar consejo al que le ha menester, es obra de misericordia. 25

BEL.—¿Qué cantaua Dorotea?

GER.—"Velador que el castillo velas,
Vélale bien, y mira por ti;
Que velando en él me perdí.,,

¿Qué te parece cómo alude a tu nombre? Pues ella ha 30 hecho las coplas, mira lo que canta, mira lo que entiende, mira lo que le deues.

BEL.—Dale otros quatro reales.

GER.—¡Ay, amigo! Sois galán viejo. *El moço y el gallo un año:* todos sois liberales a los principios; después queréis comer sobre tarja.

5 BEL.—Gerarda, Gerarda; si hablamos de veras, no soy tan simple que no me aya reportado la mala correspondencia de Dorotea.

GER.—¿Hate traído Laurencio essos chismes? ¡Pobre Dorotea! Todo el día atada a la labor para hazerte cami-
10 sas... Ella se lo merece.

BEL.—Perdona, que no lo digo porque te enternezcas, Dale otros quatro reales.

GER.—Ya son doze: ¡qué lindo número. Soy yo deuotíssima de los doze apóstoles.

15 LAU.—Pensé que de los doze pares.

GER.—Llégamelos a los veinte y quatro, así lo seas de Seuilla; que tengo empeñada vna saya en diez y seis reales.

BEL.—Dáselos, Laurencio, si me dize quién de los gala-
20 nes que passean a Dorotea es el mas fauorecido.

GER.—Tú, bobillo.

BEL.—¿En qué lo ves, madre?

GER.—*En que esse es de la boda que duerme con la nouia.*

25 BEL.—Aduierte que no le digas nada a Dorotea.

GER.—Pues dame otros seis reales.

BEL.—Dáselos, y adiós; que me voy a missa. [*Vase.*]

LAU.—Veinte y séis lleuas, madre.

GER.—Pues algo has de hazer tú: llégamelos a treinta, y
30 te daré diez y siete años sin afeite, sin pedir, sin malicia, y con vna cara como vna mançana de Náxara.

LAU.—Bien dizes, tía; *que la muger ha de ser como la muleta, la boca sangrienta.*

GER.—Tú verás que yo soi agradecida.

LAU.—¿Y cómo sabes que ha de querer essa moça que dizes?

GER.—Porque es de las que tengo en administración, y ¿no reparas en que me ha menester?

LAU.—¿Y es sin duda de diez y siete años? 5

GER.—Extraño eres: ¿tengo de traerte fe del bautismo? Todas son de la edad que parecen; que a fe que andan por aí mugeres en zapatos haziendo melindres con el manto, que ha más de cuarenta que dijeron *taita;* pero aquel círculo de vna toca bien puesta, encubridora de ladrones pliegues y 10 los cabellos de la que tuuo tabardillo, pollera en arco, y lo resplandeciente del Gran Turco, las hazen niñas, y passan plaça de nouedad a fuerza del desenfado y en gracia de la bachillería.

LAU.—Dame pena que sea casada essa moça. 15

GER.—Pues no eres tú el que pierde, sino su marido.

LAU.—Si dura la amistad, forçoso es el peligro.

GER.—*La casada y la ensalada, dos bocados y dexalla.*

LAU.—¿Y si me enamoro?

GER.—Andar a hurtar los ratos que se ocupare el dueño 20 fuera de casa.

LAU.—*El hurtar es cosa linda, si colgassen por la pretina.*

GER.—*Hombres tan mirados no jueguen a los dados.*

LAU.—Siempre tuue respeto al matrimonio. 25

GER.—Paréceme de perlas, y más si te has de casar; porque muchos que han ofendido casados, lo pagan quando lo son.

LAU.—Si el que mata con yerro muere a yerro, el que mata con la madera que sabes, bien puede temer lo mismo; 30 quisiera yo vn entretenimiento a medio traer, libre de polbo y de paja y de toda fullería.

GER.—Pareces hábito, que informas de limpieza.

LAU.—Ojea tu catálogo, y mira a quántas hojas está

alguna desocupada de riesgos, humilde de rostro, nouicia de semblante y sobrevisoña de pedir, diestra de guardar decoro.

GER.—Pensé que sólo eras indiano en el dar, y también
5 lo eres en el pedir.

LAU.—¿Por qué piensas que los indianos son tan recatados?

GER.—Por lo que les cuesta.

LAU.—No, por cierto: sino porque son discretos.

10 GER.—Aora bien: yo quiero contentarte.

LAU.—Aurás recorrido el manual de tus cuentas.

GER.—En la Casa del Campo ay una fuente del dios de las aguas, a cuyos lados están dos nichos y dos ninfas en ellos de mármol blanco; vamos allá esta tarde, y escogerás
15 la que te agradare.

LAU.—Si no te huuiera dado los quatro reales, no te los diera.

GER.—Si esso te pesa, tómalos.

LAU.—¡Igas a mí!

20 GER.—Pues ¿qué pensauas, escuderaço?

LAU.—¡O, vieja desollada!

GER.—Quando se acaben estos amores sabremos quién lo queda.

LAU.—Sí; pero estás a peligro.

25 GER.—¿De qué, mis ojos?

LAU.—De obispar, mi alma.

GER.—Si esso fuera peligro, no lo pretendieran tantos.

LAU.—*Hazte boba, Séneca de Segouia.*

GER.—Laurencio, poco a poco; que también ay de mi
30 oficio entre vosotros.

LAU.—El que sirue no es tercero, sino criado.

GER.—Yo conozco alguno que tiene recetas de remendar donzellas de la Vera, con otros embustes, destilaciones y yeruas.

LAU.—Auràsle tú enseñado.

GER.—Hombre compuesto de lacayo y mayordomo, respeta mis tocas, o si no...

LAU.—Gerarda, ya soi duro para chupado.

GER.—Pícaro, con torreznos me vnto; que soi de las montañas de Burgos. 5

LAU.—Aí es donde andan ellas.

GER.—Y vos en las de Judea, mal nacido.

LAU.—Vieja centéssima, mira que soi tataranieto de vn embaxador de Persia. 10

GER.—Pues poneos el turbante de vuestro abuelo.

LAU.—Con letras de oro tengo un priuilegio rodado.

GER.—Ya sé yo que si no rodara, no le alcançárades.

LAU.—Yo no soy de los que se ponen nombres que no tienen. 15

GER.—En siendo vn hombre hijo de padre estrangero, se gradúa de cauallero, y lo sustenta hasta que le descubre por quien es la infamia de las costumbres.

LAU.—De tal lengua, tales palabras. Estoy...

GER.—Quedo; que tengo un conocido poeta de mal 20 hazer, que en granizando consonantes, no teme viuos ni perdona muertos.

LAU.—Y yo vna conocida de tanta habilidad, que te dará lo empatado, aunque te digan docientos a las espaldas.

GER.—No llegues a mis días. 25

LAU.—Aunque los eches en la calle, nadie llegará a ellos.

GER.—Bien sé por qué me aborreces.

LAU.—¿Porqué?

GER.—Porque los criados como tú son como los perros; 30 que muerden a los pobres porque piensan que les vienen a quitar lo que les toca a ellos. A fe que no te me atreuías tú quanto me auía menester, don Bela.

LAU.—También quiero que sepas que los terceros son

como los ochos y nueues, que vienen atados y iguales en la baraxa, y en queriendo jugar, los echan en la calle.

GER.—Ya lo sé yo, Laurencio, y que siempre son tantas las ingratitudes después del recibir, como fueron las reuerencias antes del alcançar, y las sumissiones al pretender. [*Vanse.*]

SCENA TERCERA

CÉSAR.—DON FERNANDO.—JULIO

CÉS.—Templando está su instrumento don Fernando: desde aquí, porque no le dexe, quiero escuchar lo que canta.

FER.—Malas primas.

JUL.—No ay cuerda buena.

FER.—Mira lo que dizes; que no es cuerda la que es mala.

JUL.—¿Desto sacas alegorías?

FER.—Dorotea fué la causa.

JUL.—¿Ya es mala Dorotea?

FER.—Tú lo sabes.

JUL.—Hasta que no digas mal de Dorotea, no tengo de creer que la has oluidado.

FER.—Pues digo que es vn ángel.

JUL.—Tampoco.

FER.—Pues ¿cómo ha de ser?

JUL.—No dezir bien ni mal de Dorotea; que el que ha oluidado lo que amaua, no dize mal ni bien de lo que oluida: bien, porque ya no ama, y mal, porque no se venga.

FER.—Pues vengarse, ¿es amor?

JUL.—No, sino desesperación amorosa; y acuérdate de lo que de Medea escriue Ouidio, que, auiéndose casado Jasón con otra, se la mató con dos hijos y puso fuego a sus casas.

FER.—Si tuuieras, aldeana,
La condición como el talle,
Fueras reina de tu aldea,
Tuuieras vassallos grandes.
Opuesta al sol de tus ojos 5
La luna de tu donaire,
La tierra de tu aspereza
Forma eclipses, sombras haze.
¿Eres tú la bien prendida,
Aunque es mejor que te llamen 10
La que quanto mira prende,
Y tiene zelos del aire?
Si no puede tu belleza
De ti misma assegurarte,
¿Qué hará mi amor, Amarilis, 15
Que para tus zelos baste?
El día, aldeana bella,
Que baxas del monte al valle,
¿Qué embidias no te asseguran
Tu hermosura y mis verdades? 20
Las zagalas que te miran
Apenas dizen que saben
Adónde pones los pies;
Tan breues estampas hazen.
Todas embidian tu brío, 25
Y en tus galas, siempre iguales,
Aprenden cuidados todas
De los descuidos que traes.
Pareces la primauera,
Que las flores y las aues 30
Todas dispiertan a verte,
Y al sol de tus ojos salen.
Mal ayan los arroyuelos
Si quando por ellos passes,
No murmuraren alegres. 35
¡Que tengas zelos de nadie
Siendo ansí! ¿Porqué te ofendes

En presumir que me agrade
Quien tiene embidia de ti,
Y se precia de imitarte?
No gastes mal tantas perlas,
5 No llores más, no me mates;
Que pienso que tus estrellas
Se están diuidiendo en partes.
Baste el enojo, Amarilis,
Sal por tu vida a escucharme;
10 Que a las niñas de tus ojos
Quiero cantar, porque callen.
"No lloréis, ojuelos,
Porque no es razón
Que llore de zelos
15 Quien mata de amor.,,
Quien puede matar
No intente morir,
Si haze con reir
Más que con llorar.
20 Si queréis vengar
Los que muerto auéis,
¿Porqué no tenéis
De mí compassión?
"No lloréis, etc.,,

25 CÉS.—No dexéis el instrumento, Fernando, por mi vida.

FER.—Ya les auían dado licencia los versos a las cuerdas para que descansassen.

CÉS.—Está tan bien cantado como escrito.

FER.—No son juezes los gustos en las hauilidades de los 30 amigos.

CÉS.—Hazed cuenta que no lo soi para las vuestras.

FER.—Arto diuino es la música.

CÉS.—Danle por inuentor a Mercurio y otros a Aristógeno; pero lo cierto es que lo fué amor, porque la armonía 35 es concento, el concento es concordia del son graue y del

agudo, y la concordia fué instituída de amor; porque con aquella recíproca beneuolencia, se sigue el efeto de la música, que es el deleite. Esta unión amorosa llamó Marsilio Ficino ministra suya: assí la bella Lamia enloqueció de amor al gran Demetrio. 5

FER.—¿Qué os auéis hecho estos días?

CÉS.—He estado ausente y cuidadoso de vuestros sucessos. ¿Cómo os va de las fortunas de Dorotea? Que en este tiempo que he faltado de la corte, deuen de auer sido para los dos notables, si no me han engañado las estrellas. 10

FER.—Luego ¿remitís vuestras conjeturas a los planetas? Nunca me ha persuadido esta ciencia a su crédito.

CÉS.—Por lo menos es más fácil saberlo de vuestra boca.

FER.—Ya no ay amor de Dorotea.

CÉS.—Antes me persuadiré que no ay mouimiento en 15 aquellos dos luminosos presidentes del día y de la noche; porque vos y Dorotea tenéis la luna en la duodécima parte de los pezes, en dignidad de Venus; como por lo contrario, si sucediesse Venus al tardo y frígido Saturno, y le tuuiessen dos en vn mismo grado. 20

FER.—Pues deue de auer sucedido, y vos no lo auéis mirado bien. Para la inteligencia de lo qual os suplico no os tengáis por deseruido de estarme atento; por ventura daréis por bien empleado el silencio. Por vuestra curiosidad y estudio en todas materias veréis los admirables efetos de las 25 condiciones de nuestra naturaleza, y por qué caminos tan estraños tiene imperio sobre nuestra mayor firmeza la inconstancia.

CÉS.—No sólo tendré gusto de estar atento, pero os rendiré por el fauor infinitas gracias. 30

FER.—Aduierte, Julio, que para todos los amigos estoi fuera de casa, excepto Ludouico.

JUL.—Mejor es que tú salgas a la ventana y se lo digas como el otro filósofo. Pero llamen y buéluanse; que respon-

der y no estar yo contigo, dará sospecha de que te has negado.

Fer.—Ya supistes, señor César, antes de vuestra partida a la montaña, lo que os referí a vos y a Ludouico, que me
5 auía sucedido en el Prado vna mañana del abril passado con Dorotea.

Jul.—Con esse tiempo bueIues a errar las leyes de la tragedia.

Fer.—Perdone la fábula, pues por su gusto en esta oca-
10 sión se casó con la historia.

Cés.—Bien me acuerdo del regozijo con que veníades de tan alegre triunfo, como si en el carro de amor fuérades vos el cónsul y los desdenes fingidos de Dorotea los despojos de la vitoria.

15 Fer.—¡O amor! Si en alguna ocasión has parecido niño, como te pintan, ésta se auentaja a todas con exceso jamás oído. Apenas, César, conocí que Dorotea me tenía el mismo amor que antes que me partiesse a Seuilla, quando començó mi espíritu a sossegarse, mi coraçón a suspenderse, y todas
20 las acciones de hombre cuerdo y prudente boluieron a la patria del entendimiento, de donde las auía desterrado la inquietud de imaginarme aborrecido; porque estauan de la manera que suelen los hierros de vn relox deshecho, que, boluiendo a poner cada vno en su lugar, obra concertadamente
25 su armonía.

Cés.—¡Estraña condición de amor! ¡Que quiera maltratado, y con la seguridad oluide!

Fer.—Al paso, finalmente, que Dorotea me iba descubriendo su pecho, iba yo sosegando el mío, y como se abra-
30 saua en mis braços de aquellos antiguos deseos, yo me elaua en los suyos.

Cés.—De dos maneras dize Marsilio Fecino, sobre Platón, que se cura amor, vna por naturaleza y otra por diligencia: la que es por naturaleza, se haze por ciertos inter-

ualos de tiempo, lo que conuiene también a todas las enfermedades; la que por diligencia, consiste en la diuersión del entendimiento o en otras ocupaciones o en otros sujetos. La inquietud de los amantes tanto perseuera quanto dura aquella infección de la sangre, que, como por fascinación metida 5
en las entrañas, permanece oprimiendo el coraçón con aquel graue cuidado; porque dél passa a las venas, de las venas a los miembros, y hasta que del todo se templa, es impossible que cesse la inquietud en que viuen. Todo esto quiere espacio de tiempo, y en los hombres melancólicos mayor que 10
en los jouiales y alegres, y más si tienen a Saturno con Marte retrógrado o al sol opuesto.

FER.—¡Qué presto os vais a la professión!

CÉS.—Quien tuuiere en su nacimiento a Venus en la casa de Saturno, o mirare la luna vehementíssimamente, 15
tarde sanará de la enfermedad de amor.

JUL.—Holgárame de saber cómo se hace essa sangría, aunque no estoi enamorado de Celia.

CÉS.—Lee todo aquel capítulo, Julio, que es de lo más curioso que vi en mi vida, y verás entre aquellos consejos 20
cómo se han de pensar los defetos de lo que se ama, cómo se ha de guardar de que se acerquen mucho las luzes de los ojos, cómo se ha de aplicar el ánimo a muchos y graues negocios, cómo se ha de procurar disminuir la sangre, cómo se ha de vsar del vino para que se críe nueua y nueuos es- 25
píritus, cómo se ha de hazer exercicio hasta llegar a sudar para abrir los poros; y, sobre todo, lo que los médicos aconsejan para presidio del coraçón y alimento del celebro; que todo lo dixo Lucrecio en quatro versos.

FER.—Yo no quise esperar a la naturaleça, por descon- 30
fiança de la costumbre; y assí, me puse en manos de la diligencia.

CÉS.—¿De qué suerte?

FER.—Vn día, César, estaua mi honra considerando la

baxeza de mi pensamiento en hablar y querer a Dorotea, como los hombres viles que, por aprouecharse del interés de las mugeres, sufren la possessión de los otros, ocupando aquel tiempo que la dexan, y guardándose de que no los 5 conozcan; y fué tanto el corrimiento, que me pareció que todos me mirauan, y que todos me tenían en poco, como acontece al que ha hecho algún delito secretamente, que siempre imagina que hablan dél, aunque sea diferente la materia; y afrentado de mí mismo (que el que es hombre de 10 bien no ha menester que le digan lo que haze mal para que le salgan colores, quando esté más solo), determiné dos cosas: tomar vengança de la libertad de Dorotea, y curarme en salud para que no me hallasse el mal desapercebido; todo lo qual executé fácilmente.

15 CÉS.—¡Fácilmente, cosa tan difícil!

FER.—Criámonos juntos Marfisa y yo, como otras vezes auéis oído; y aunque es verdad que fué el primer sujeto de mi amor en la primauera de mis años, su malogrado casamiento y la hermosura de Dorotea me oluidaron a 20 vn tiempo de sus méritos, como si jamás la huuieran visto mis ojos.

CÉS.—¡Qué inconstancia!

FER.—Sea verdad que, boluiendo a nuestra casa por la intempestiua muerte de su marido, boluió a mirarme, pero 25 sin efeto alguno de los que presumía el amor passado; porque vn sujeto es impossible que tenga más de vna forma, y no puede obrar acción alguna faltando la potencia.

CÉS.—Todo lo creo de la bizarría y gracia de Dorotea.

FER.—Entretenía yo á Marfisa; pero vanamente, porque 30 luego conoció mi engaño, si bien le toleraua cuerda, por no darme a entender que la desestimaua: de suerte que entre los dos viuía el amistad por cuenta de la llaneça y de la criança.

CÉS.—¡Qué prudente muger!; ó no estaua zelosa.

FER.—Yo, César, después de lo referido, como el arte se haze de muchas experiencias, y la tenía tan grande por cinco cursos en la vniuersidad de amor, peregrino estudiante, hize resolución de amar a Marfisa sin dexar a Dorotea, hasta que con el trato y el fauor de mi buen deseo conualeciesse de 5 todo punto.

CÉS.—¡Estraña industria para mitigar el amor repartiendo el gusto!

FER.—Conocía Dorotea menos viuos mis afectos, y con serena templança aquellas ansias de verla por instantes. 10

CÉS.—Nacidas por ventura de aquella larga fábula que en su *Combite de amor* Platón escriue; pues, diuididos los que primero fueron vnos, aora buscan sus mitades.

FER.—Como Dorotea no penetraua la causa, dormían los zelos, engañados del agrauio que resultaua en mi honor de 15 la amistad injusta de don Bela; y no se engañaua en parte, pues era la ocasión porque yo intentaua aborrecerla, con las preuenciones de los remedios, fundados en la asistencia a la hermosura y entendimiento de Marfisa, que, aunque no era como las gracias de Dorotea, tenía más de señora y de re- 20 catada. Bien quisiera Dorotea quererme solo; pero ya no podía ser, ni el interés la dexaua.

JUL.—Y más con los dos alanos de Gerarda y Felipa; que las mugeres más yerran por los consejos de las amigas que por sus propias flaquezas. 25

FER.—De Teodora, su madre, no quiero quexarme, pues sólo fué ocupada en la permissión; pero las otras en la solicitud.

JUL.—Es Gerarda, si no lo sabéis, la quinta essencia de la astucia, el término de la inuención, y la mayor maestra 30 del concierto que ha tenido el impossible gusto de la vejez después de la lasciua mocedad. Felipa es su hija, pollo desta lechuza, cuyos actos y quodlibetos la prometen el mismo grado.

FER.—A espaldas desta gente, que refiere Julio, me vía Dorotea, fiándose de Celia, moça de buena intención, y que tomaua con suauidad humana, y no con grifo desalumbramiento.

5 JUL.—Harto comedida era de lo que no la dauan.

FER.—Parecióle a Dorotea ayudar a mis galas por modo de sufragio, y alcancé baxamente vna cadena y algunos escudos naturales de México, como si ya fuéramos a la parte del desollamiento indiano, o por lo menos horros.

10 JUL.—Medio tomó que ha vencido maridos, quanto más galanes; no diré yo juezes, que mentiría.

FER.—Como el vernos tenía intercadencias, era forçoso escriuirnos, y por que fuesse sin aduertimiento de don Bela, a quien yo auía herido vna noche, que tuuo zelos de 15 mi voz, como yo de sus manos, y se quiso acreditar de la espada con Dorotea, tan enemiga della, que solía cantar el arpa:

"Dadiuoso le quiero yo,
Que valiente no,,;

20 para lo qual (que en fin era necessario para conseruar nuestra amistad y escusar los efetos de la vengança de su herida), yo llegaua a su puerta en hábito de pobre a las diez horas todas las noches. Salía Celia, la criada que os he referido, a darme limosna; y en el pan o el dinero traía el papel que me 25 daua y le lleuaua el que yo traía. Era esto con beneplácito de Teodora, tanto, que me llamauan el pobre de casa: y tenían razón, que don Bela era el rico; que assí estaua repartido aquel encantamento.

CÉS.—¡O, si huuiérades empleado esse cuidado en aquel 30 amor de la diuina belleza que en nuestra mente assiste, por cuya gracia seguimos los oficios de la piedad y los estudios de la filosofía y justicia!

FER.—¡Qué metido estáis en el amor socrático! Ya de

los platónicos me cupo el ínfimo; pero si quanto viue ama, y lo que más parece que repugna, es por amor naturalmente, y no por odio, ¿qué os admiráis desta fuerza que el mismo filósofo llamó demonio? Amor es nudo perpetuo y cópula del mundo, inmoble sustento de sus partes y firme funda- 5 mento de su máqnina. El fuego no huye del agua por odio que la tiene, antes por amor proprio, reusando que no le mate con su frialdad, ni ella le apaga porque le aborrece, sino por acrecentarse a sí, solicita conuertirle en su materia misma. 10

JUL.—Dexad, por Dios, paradoxas y impertinencias; que ya sabe don Fernando que el tacto no es parte del amor, ni afecto del amante, sino vn deseo de la hermosura y vna seruil perturbación del hombre.

CÉS.—Prosigue el sucesso, y perdona el auerte diuertido. 15

FER.—Hazer yo el disfraz del pobre, y no Julio, deue de ser ya objeción que tácitamente me pone vuestro entendimiento; pero respondo que muchas vezes podía hablarla, echándome en el suelo debaxo de la rexa de su ventana, que confinaua con la tierra lo que podía ocupar ten- 20 dido en ella vn hombre: y assí lo estaua yo, fingiéndome dormido. Salía Dorotea, y ocupando en pie toda la rexa, me hablaua, leuantando yo el rostro al resplandor de su hermosura.

JUL.—Assí pintan al enemigo común a los pies del ángel. 25

FER.—En este sitio me hallaua don Bela algunas noches, y sin hazer caso de mí, llamaua seguro y entraua confiado. ¡Mirad a lo que me auía traído mi fortuna! que en una casa donde auía sido señor absoluto cinco años, apenas me concedían lugar para reclinar el cuerpo las piedras de la calle, 30 donde me seruía de dosel la rexa!

CÉS.—¡Qué vitoria de Dorotea, teneros a los pies más humilde, más pobre y más afligido que el Tamorlán a Bayaceto!

JUL.—Y la jaula de la rexa, pues tenía Dorotea los pies sobre ella.

FER.—Era esto con tanto peligro de la vida y de otros sucessos, que, passando por allí la justicia vna de aquellas noches, me hizieron leuantar y lleuaron a la cárcel, por más que Dorotea afirmaua que era vn pobre que en aquella casa fauorecían, acreditando lo mismo Teodora y Celia, Felipa y las esclauas, que salieron a las vozes: mas el cruel ministro (que pocos dexan de serlo), porque desde que las telas de las arañas cogen las moscas viles, dexándose romper de los animales mayores, algunos de los que digo, que no todos, exercitan el imperio en miserables y se humillan y rinden a los poderosos; y assí, no huuo remedio de darles crédito porque no les dieron oro. A título, en efeto, de ladrón me lleuaron hasta la calle de Toledo; porque, quitándome vn sombrero viejo y vn paño con que parecía pobre, descubrí el cabello de que era rico, por más que lo negaua el hábito: mas como se diuirtiessen en vna aloxería, y los criados quedassen a la puerta, al tiempo que ellos quisieron beber, encomendé a mis pies el peligro y al beneficio de mi aliento la reputación.

CÉS.—Fuerte sucesso para vn hombre conocido y que deseaua guardarse de don Bela.

FER.—Aliento y pies lo hizieron tan valerosamente, que, como el perro de Ganimedes, se quedaron los esbirros mirando el águila. Pero boluiendo desta digressión a la historía (que ninguna dexa de tener sus episodios, ni se ofende la buena retórica como no sean largos), sabed, César, que Marfisa tuuo gusto de hazerme vna camisa, que fué como aquella de la hermosa Deyanira con la sangre del Centauro, aunque faltó en mi sucesso la imitación de Alcides.

CÉS.—Pues ¿a qué propósito?

FER.—Para que saliesse galán de randas amarillas o amacigadas, vso nueuo, como auéis visto: esto me preuino con vn papel que dezía assí:

"Si no temes que te pida cuenta la señora Dorotea de la nouedad de vna camisa que te estoy acabando, dame licencia, Fernando, que te la embíe; que bien merezco que me des este gusto por la sangre que me han sacado las agujas, diuertida en que te la has de poner; pero, si ha de ser 5 para descomponer vuestra paz, dexarélа començada; que no quiero ser causa de que riña contigo, embidiosa de las diligencias que has de hazer para desenojarla.,,

Replicaua yo a estos zelos y a esta nouedad de trage por modestia; que, aunque me visto bien, no querría que fuesse 10 con nota, puesto que todo tiene disculpa en los pocos años; mas no para la embidia, que también muerde vn vestido como vn entendimiento: a cuya desdicha están infelizmente sujetos los hombres que tienen alguna gracia, si los acompaña buena persona; porque no puede sufrir este enemigo de 15 sí mismo que los que tienen ingenio tengan buen talle, ni los que tienen buen talle tengan ingenio.

CÉS.—Esso es certíssimo, y que los querrían desproporcionados y mal hechos, como si la naturaleza de las almas obrasse con perfeción por instrumentos imperfetos. 20

JUL.—Harán argumento de que la armonía (como dize el filósofo) se compone de contrarios.

FER.—El mismo afirma que conocer la naturaleza del alma, la sustancia y los accidentes es mui difícil; y assí, no sabremos con certidumbre la condición de sus operaciones. 25

CÉS.—Si donde llama perfeción del alma a la filosofía, nos dixera cómo auía de ser el cuerpo, supiéramos en quáles obraua con más virtud, porque la vnida es más fuerte.

FER.—No se habla de la cantidad, sino de la proporción.

CÉS.—Proseguid vuestro sucesso. 30

FER.—En la porfía de no tomar el presente, venció Marfisa, y acabada la camisa por sus manos, cuya labor competía con la hermosura, embiómela con vna esclaua y con vn papel, que, auiéndole leído y respondido, puse en la faltri-

quera con descuido. ¡O, quánto cuidado quieren papeles!

CÉS. — En ellos suele consistir la perdición de los hombres.

JUL.—Por esso dize el adagio castellano: "*Médicos erra-*
5 *dos, papeles mal guardados, y mugeres atreuidas, quitan las vidas*,,.

FER.—Llegó la noche de aquel día; y escriuiendo a Dorotea, puse el papel en el mismo lugar que estaua el de Marfisa, y al darle a Celia se trocaron de suerte, que le di el de
10 Marfisa, y me boluí con el de Dorotea.

CÉS.—Perdonadme; que fué estraña ignorancia lleuarlos juntos.

FER.—Nunca yo me he puesto en el número de los que saben.

15 JUL.—Esso es dezir que sabes; porque, sino supieras, creyeras que sabías.

CÉS.—Los días passados vi vn libro en el estudio de vn amigo, que se llamaua *Verdades averiguadas;* abríle y dezía la segunda hoja:

20 "Catálogo de los que no saben.
Muchos.
Memoria de los que saben.
Pocos.,,

Y a esta traça lacónica diuersas verdades.

25 FER.—Aunque confiesso el yerro, agradezco a mi fortuna el auer errado; porque, como el coraçón es lo primero que viue y lo vltimo que muere, assí en el amor lo primero es el deseo y lo vltimo la vengança.

CÉS.—Pensé que queríades dezir con el discreto Boscán:

30 "Justa fué mi perdición,
De mis males soy contento.,,

FER.—Agora veréis, César, si fué acertar por yerro: no bien me acostaua para esperar la mañana, en que Dorotea, por el que me dieron suyo cuando di a Celia el papel de Marfisa, prometía verme, quando los golpes de la ventana y Julio me aduirtieron de que estauan allí Felipa y Celia. 5
Pensé que se me auía passado la noche en esta imaginación, y que venía Dorotea al concierto; lo que fué tan al contrario, que, entrando las dos que digo, me enseñaron el papel de Marfisa, y me dixeron que no auía sido en mí descuido, sino desprecio, añadiendo todas las injurias que las enseñó 10
la ira y las permitió mi modestia.

JUL.—¡O, si nos huuiera hecho la naturaleza como a las cigarras, que no cantan jamás las hembras!

FER.—¿Quién lo dize?

JUL.—Aristóteles, por lo menos. 15

CÉS.—Y ¿qué auíamos de hazer los hombres, si solos nosotros habláramos y siempre callaran ellas?

JUL.—Entenderlas por señas.

CÉS.—Peor fuera esso; porque, enojadas, nos sacaran los ojos. 20

FER.—Yo disculpaba, César, el descuido, pero no el delito; mas no pudiendo satisfacerlas, me hallé consolado y di gracias a mi fortuna, que por tan estraño camino me auía dado vengança de Dorotea.

CÉS.—Pues ¿qué teníades por vengança? 25

JUL.—Parece essa pregunta al problema de Aristóteles, que ¿porqué los hombres no nacían con cola? Y responde que porque son animales que se assientan.

CÉS.—¿Quién dirá que es respuesta de Aristóteles?

FER.—Fueron y vinieron papeles de vna parte a otra, 30
y llegó a estremo lo abrasado de Dorotea, que se contentaua para las pazes con que le diesse la camisa o la rasgasse a sus ojos. Esta satisfación me pareció indigna de mi obligación a muger tan principal como Marfisa, y no auiendo

remedio de otra suerte para confirmar las pazes, de que a mí ya se me daua menos... ¡O tiempo! ¡O amor vengado! ¡O mudanças de fortuna! ¡O condición humana! Donde viene también lo que dixo en aquel soneto el ilustre portugués, 5 Luis de Camoes:

> "Mudanse os tempos, mudanse as vontades,
> Mudase o ser, mudase a confiança;
> Todo mundo he composto da mudança,
> Tomando sempre nouas qualidades.,,

10 Púseme, en fin, la camisa en el más festiuo día que tiene el año. No podía determinar Dorotea desde vna ventana, donde estaua, la color de las randas; y con súbita passión de zelos baxó a la calle, y entre la confusión de la gente que íba mirando las telas y imágenes de que estaua adorna-15 da, llegó adonde yo iba con otros amigos, siguiendo a Marfisa, y oluidando a Dorotea. Referiros el coloquio era cansaros. Habló con zelos, respondí sin amor; fuésse corrida y quedé vengado, y más quando vi las lagrimillas, ya no perlas, que pedían fauor a las pestañas para que no las dexas-20 sen caer al rostro, ya no jazmines, ya no claueles.

CÉS.—No lo creyera menos que de vuestra boca. ¿Y continuáis el amor de Marfisa?

FER.—Con el mayor que puedo le agradezco auer sido el templo de mi remedio, la imagen de mi salud y el vltimo 25 asilo de mis desgracias.

CÉS.—¿Es possible que no ay en vos reliquias del amor de Dorotea?

FER.—Ni apenas las señales que suelen quedar de las heridas.

30 CÉS.—Guardaos no os engañe el gusto de la vengança, y la mal curada herida reuerdezca; que si boluéis, no ha de hauer estrago que no haga en vos. Seréis su Troya, seréis

Numancia, seréis Sagunto; no ha de quedar en el edificio de vuestra vida piedra sobre piedra.

FER.—Yo me guardaré desso; ni creo que ella fuera tan cruel, quando yo pudiera llegar a estado tan humilde.

CÉS.—Sola vna cosa dixo Eurípides que creía de las mu- 5 geres.

FER.—¿Y quál era, César?

CÉS.—Que vna vez muertas no podían boluer a resucitar.

FER.—No dexará Dorotea sus Indias, ni yo la puedo ser- 10 uir con ellas, que ya sabéis que el derecho las llama género auaríssimo.

CÉS.—No le pongáis faltas; que pensaré que la queréis.

FER.—Tenéis razón, y más por el dicho vulgar, que las iras de los amantes son redintegración del amor; pero yo os 15 asseguro desse peligro.

CÉS.—¿No ha hecho Dorotea más diligencia?

FER.—El cerco de Pompilio.

CÉS.—¿Qué respondistes?

FER.—Vn papel con más tinieblas que los versos de Li- 20 cofronte, para que le leyesse y no lo entendiesse, como la poessía destos tiempos, que los que la escriuen son los que menos la entienden; pero hazedme vna merced, assí tengáis más dicha con Felisarda que yo he tenido con Dorotea.

CÉS.—Yo soy amigo vuestro hasta las aras. ¿En qué os 25 siruo?

FER.—Alçad vna figura para que veamos qué fin prometen estos sucessos.

CÉS.—Interrogaciones no se pueden hazer, y es mui justo prohibirlas; pero yo tengo hecha vna figura de vuestro 30 nacimiento, y sólo me faltaua juzgarla. A mi posada voy, y si no viniere a la tarde a veros, vendré mañana, porque tengo que lleuar vn epigrama que he escrito a los felicíssimos casamientos de la excelentíssima señora D. Vitoria Colona

y el conde de Melgar, hijo del gran almirante de Castilla don Luis Enríquez de Cabrera, que, como sabéis, entró ayer en esta corte, donde fué recibida con tanto aplauso, que no se ha visto en Madrid más alegre día ni más luzido
5 de galas. Era el Prado vn jardín de caualleros y damas, donde fué notable la bizarría del duque de Pastrana, príncipe de Asculi y conde de Castañeda; y entre las señoras, la marquesa de Auñón, don Antonia de Bolaños y doña Isabel Manrique.

10 FER.—Auéis nombrado las tres gracias, hijas de Júpiter y compañeras de Venus; y si se huuiera de añadir la quarta, como lo hizieron Homero y Estacio, poned a Marfisa en lugar de Pasitea. Essas son las tres diosas de la competencia de Paris.

15 CÉS.—A Marfisa daremos también el premio; que ya no me parece que gustaréis de que le tenga Dorotea.

FER.—Yo os asseguro que no faltó esse día del Prado; que, fuera de la primera gerarquía de las damas, no cedería ventaja a Lucrezia romana ni a la troyana Elena.

20 CÉS.—Allí anduuo, (a lo que yo sospecho), deseosa de daros zelos con nueuas galas.

FER.—Ya es tarde, César. Pero, boluiendo a la señora doña Vitoria, ¿por dónde os ha tocado celebrarla?

CÉS.—Dexando aparte su generosa grandeza, que como
25 sol hermoso reberbera en el espejo de toda Italia, el ilustríssimo cardenal Ascanio Colona, su hermano, estudiando en Alcalá, fauorecía los ingenios y estimaua mi ignorancia.

FER.—Campo dilatado se os ofrecía, si huuiérades de
30 tratar de las grandezas de su excelentissimo padre Marco Antonio Colona, y de la señora doña Juana de Aragón, su madre, cuyo valor tanto se ha mostrado en los enojos del pontífice, de donde resultaron por su defensa los de nuestro rey católico, y ver Roma en sus muros las vanderas del

duque de Alua, pacíficas en el sagrado respeto, y vitoriosas sin execución en la fuerça del agrauio. Dezid el epigrama.

CÉS.—"La siempre excelsa, graue y gran coluna,
Sobre cuya cerbiz tan firme estuuo
La gloria de los césares, que tuuo 5
En siete montes su primera cuna;
"Contra la embidia opuesta a la fortuna,
Que su rueda magnánima detuuo,
Quando del sol la línea de oro anduuo,
Hizo de todas sus vitorias vna. 10
"Esta, que fué de la ciudad sagrada
Gloria y honor, para mayor memoria
A la casa de Enríquez se traslada;
"Que, sustentando en sucessiua gloria
Los arcos de su máquina dorada, 15
Será coluna de inmortal *Vitoria*.,,

Y voime porque no me digáis lo que os parece. [*Vase.*]

JUL.—Ya que se fué César, ¿para qué quieres andar en pronósticos? Que si bien esta ciencia fué tan estimada de los antiguos, otros muchos la despreciaron por temeraria, como 20 lo es todo lo que trata de futuros contingentes.

FER.—La fe que el vulgo ignorante pone en ella, como si fuesse hablando con el adagio de los trípodas, piensan que no puede faltar lo que por la mayor parte sucede tan al contrario de lo que los hombres piensan; y assí lo verás en Corne- 25 lio Tácito, que llama a los adiuinos engañadores y infieles, de quien son inumerables los exemplos, como indignos de crédito sus sentidos equívocos; si bien Séneca, hablando de los años de Claudio, no los desprecia, como prolixamente Faborino en Gelio. O cosas aduersas o prósperas, dizen los astrólogos; 30 si prósperas y salen falsas, ¿qué mayor desdicha que estarlas esperando? Si aduersas y mienten, ¿qué mayor miseria que estarlas temiendo? Porque si son ambiguas y dudosas,

valiéndose desta inuención para interpretarlas después de los sucessos, es como no auerlas dicho.

JUL.—Quanto me vas diziendo, y otras infinitas autoridades, he visto en Leuinio Lemno, libro *De verdadera y falsa astrología*; y siendo assí que conoces que es fábula, ¿por qué la preguntas?

FER.—Por ir con el infinito número de los que desean saber o vicio o virtud de nuestra naturaleza.

JUL.—Por las ciencias lo dixo el filósofo, que no por las fábulas.

FER.—Si te digo que no lo creo, ¿qué me quieres?

JUL.—Que no quieras lo que no crees; que en razón de lo que tú mismo propones, me holgaré que leas lo que siente Cicerón en el libro onze de *Adiuinación*, acerca de la escuridad con que estos hombres predizen los futuros contingentes, para acomodarlos después con artificio a lo que dixeron con ignorancia; y por esso también diría de la sibila Virgilio que dexó sus versos escondidos en vna cueua.

FER.—¿Qué tienen que ver, Julio, con los astrólogos los que Ambrosio llama fanáticos o pithones, de quien Amiano Marcelino dixo que el sol, alma del mundo, difundía en las suyas aquellas centellas vehementes con que pronosticaban? Yo sólo creo la verdad diuina, a quien siempre fueron desagradables.

JUL.—Esso es prudencia, y lo demás, engaño; que ya no es el tiempo de la sibila que respondía en Delfos, como Diodoro escriue; de quien el poeta Homero hurtó para sus libros tantos versos. [*Vanse.*]

SCENA QUARTA

[Sala en casa de Teodora.]

DOROTEA.—GERARDA

GER.—¿Tienes juizio, Dorotea? ¿Qué es esto? ¡Tú llorando todo el día! ¡Tú inquieta toda la noche! ¿Qué nouedad te obliga? ¿Qué sucesso tan triste marchita poderoso la flor de tu juuentud y la alegría de tu conuersación, que lo era de tu casa y de tus amigas? ¡Tú descompuesta! ¡Tú los cabellos desordenados! ¡Tú por labar la cara! 5

DOR.—Déxame, tía; que no ay agua de rostro como las lágrimas. 10

GER.—Por los pecados, hija; pero no por los sucessos humanos.

DOR.—Essos son los pecados.

GER.—Es verdad; pero bien sé yo que no lloras por penitencia, sino por no auerla hecho. 15

DOR.—Y esso, ¿no es arrepentimiento?

GER.—Bien sé yó de qué le tienes.

DOR.—¿De qué, Gerarda?

GER.—De auer empleado mal tanta hermosura, tan rico entendimiento y tantas gracias; pero dalas a Dios de que te ha traído a tiempo que lo conoces. 20

DOR.—No fueran ellas mal empleadas si fueran bien agradecidas.

GER.—¡Por cierto que se acabaron en él los hombres! Sí, sí: manca le quedó la mano a la naturaleza. ¿Hízole con modelo? ¿Costóle estudio? ¡Gentil Narciso! Mirárasle tú con mis ojos. ¿Qué tenía bueno? 25

DOR.—Luego ¿no es don Fernando gentil hombre?

GER.—No por cierto, niña, mirado a partes; sino que a vosotras la inuención os engaña, el embeleco y la eleuación, las lagrimillas mugeriles, los suspiros a medio puchero, como muchacho acabado de açotar, que ha perdido la
5 habla.

DOR.—Mientras vn hombre no tiene boço, no le están mal las lágrimas; que los hombres no lloran descompuestos, sino con dulce embuste.

GER.—De cualquier manera es de mugeres.

10 DOR.—Las almas ni son mugeres ni hombres, y ¿porqué lloró Jacob quando vió a Raquel?

GER.—Niña, niña, las mugeres no han de saber de historias ni de lágrimas, sino de hazer vainillas.

DOR.—Nunca he visto las que tú hazes.

15 GER.—¿En qué andas? ¿Qué sacas de esse escritorio? Parece retrato. ¿Mas qué sé de quién es? Muestra, muestra.

DOR.—Luego le verás. Gerarda; ve agora, por tu vida, y consuela a mi madre, que está llorando de verme triste, y entretenla mientras escriuo dos palabras.

20 GER.—Voy a obedecerte; que a lo que yo imagino, entrambas auéis menester consuelo.

DOR.—Salid, salid, verdadero traslado del hombre más traidor que tiene el mundo; salid, que quiero hazer justicia de vos, como el toro, que se venga en la capa quando se
25 le huye el hombre. ¿Sois vos el que me engañastes con los tiernos años que aquí tenéis, no presumiendo yo que se mudara vuestro dueño quando fueran mayores? ¿Qué me miráis con aquella falsa risa que os puso Felipe en essos ojos? ¿Qué dezís? ¿Por qué no habláis? ¿Por qué no respon-
30 déis? Que quien sabe mirar, bien puede responder. Con estos ojos miráis a Marfisa, y con esta boca me engañáis a mí: ¡qué mucho que ella os quiera y que padezca yo! Aquí dize: "Esclauo de Dorotea,,. Esclauo, no; fugitiuo, sí. ¿Qué leo? ¿Qué miro, que dilato la vengança justa destos engaños,

destas traiciones, destas crueldades, destos dulces venenos de mis sentidos? ¿Adónde estaua mi entendimiento quando me fié de diez y siete años? ¿Para qué criaua yo vn áspid en mi pecho? Para que quando grande me sirviesse de lo mismo que a la reina de Egipto por Antonio. Aquel boço 5 que nació en mis labios con el enamorado anhélito de mis suspiros, sirue a los de Marfisa de lisonja, entre los requiebros de sus amores y la burla de mis verdades. ¡A este lleué yo los cabellos que por su causa me quitó mi madre! ¡O, madre, qué bien hazías! Tú aquéllos y yo éstos, no 10 quedarán en mi frente, porque te agradaron, porque dezías que nunca cosa ponía en paz tus deseos como verlos rebueltos; y llamándome tu aurora, al salir la del cielo, con amorosos requiebros, como los pajarillos a la puerta de sus nidos, me dauas, a imitación de sus vozes, los buenos días. 15 ¡Triste de mí! ¿Cómo pienso en esto? ¿Por ventura imagina que su retrato será la espada de Eneas para la reina Dido? ¿Quién fué tan necio en el mundo que se entretuuo con la copa en que le dieron veneno? ¿Este hablaua desta suerte? ¿Este con tales humildades ganó dichoso el imperio de vna 20 voluntad tan libre? ¡Ay, infeliz de mí! Que solo parezco hermosa en ser desdichada, como Marfisa parece que no lo es en ser dichosa. Mas ¿para qué llamo yo dichosa a quien tan presto mudará de fortuna la inconstante naturaleza de los hombres? Porque si agora esta vitoria la prouoca a 25 risa, desde los acentos della la combido a las mismas lágrimas. ¡O quién pudiera, como romper este retrato, hazer en el del alma el mismo castigo! ¡Jesús! ¡Qué fuerte se haze! Pues, perro, ¿tú te resistes? Pero no; que mi flaqueza es la que no tiene fuerza para romperle, porque lo intento 30 con las manos de amor, y amor es niño. Desta vez le rompo: quiero boluer los ojos a otra parte. Rompíle. ¡Vitoria! Lo mismo haré con su exemplo del que tengo en el alma.—Celia, Celia...

SCENA QUINTA

CELIA.—DOROTEA

CEL.—Señora, señora.

DOR.—¡Vitoria, vitoria! Rompí el retrato de don Fer-
5 nando.

CEL.—Mataste el moro de Carlos Quinto quando tenía entre los pies aquel hidalgo seuillano.

DOR.—¿Luego te parece poco?

CEL.—Romper vn naipe, ¿es mucho? ¡Miren qué valien-
10 te Céspedes, que rompía juntas quatro barajas!

DOR.—Luego ¿no es más vn hombre?

CEL.—Tirar puedes la barra con don Gerónimo de Ayança o con el valiente don Félix Arias.

DOR.—Pues yo he pensado que Hércules no hizo mas
15 desquixarando el león Nemeo a toda aquella tierra formidoloso, ni Sansón en romper las cuerdas con que estaua atado, o en derribar a braços de aquel famoso templo las dóricas colunas, que entre basas de pórfido y capiteles de bronce pensauan competir con la eternidad de los celestes
20 polos.

CEL.—De vna puñada, he leído yo que derribó Milón vn toro.

DOR.—Más hize yo en romper este naipe. Al león de Lisímaco saqué la lengua; muerta me han de hallar el cora-
25 çón de Aristómenes.

CEL.—¿Dónde has leído tantas historias? Estas medras nos dexará Fernando.

DOR.—¿Qué miras? ¿Qué tanteas?

CEL.—Aún se pueden juntar estas mitades.

30 DOR.—Para juntarlas, mejor fuera no auerlas apartado.

CEL.—¿Para qué rasgas essos papeles?

DOR.—Bien dizes. Trae vna vela.

CEL.—Encenderé una buxía.

DOR.—¡O falsos papeles, o mentiras discretas, o engaños disfrazados, o palabras venenosas, áspides en flores y 5
cédulas falsas, donde no auía crédito; estelionatos de amor, que obligáuades la voluntad que no teníades! ¿Porqué me engañastes? ¿Porqué me adormecistes? ¿Porqué fuistes los terceros de mi perdición? Aquí me pagaréis lo que auéis mentido, lo que me auéis engañado, quedando hechos ceniças 10
para que no quede memoria de mi fuego ni reliquia de vuestro engaño. Llega, Celia, la buxía.

CEL.—Ponlos presto. ¿Para qué los miras?

DOR.—Oye éste sólo:

"Tu papel me ha dado Celia, en que me culpas y me 15
disculpas: cúlpasme de no verte, y discúlpasme con la aspereza de la noche. Yo fuí, Dorotea, a verte; que para mi amoroso fuego no hay en los Alpes nieue: sentéme en aquella piedra que otras vezes; salió Celia a la ventana, y quando pensé que me abría, deuía dezirte que no me ha- 20
llaua; tanta era la nieue que me cubría. Con todo esso esperé dudoso; más por padecer por ti que porque esperasse que bolueria; y porque creas que esto es verdad, mira el quadro alto de tu ventana, en que hallarás tu nombre; que con un yeso que quité de la pared con la daga, pude escri- 25
uirle. Notable fué el frío; mi amor y él compitieron; pero venció mi amor, y esperé tanto, que porque no me perdiesses, no pensé morirme. Boluí a casa, donde me riñó Julio, que estaua durmiendo al fuego, como si él truxera la nieue y yo fuera el dormido. Para que boluiesse en mí, 30
fueron muchos remedios necessarios, y si no fuera por no haberte visto, tuuiera por mejor auerte obligado. Roldán estuuo conmigo toda la noche, págalde la lealtad en algún regalo, aunque me costó su compañía ocuparme harta parte

de la capa. ¡O, si me vieras mejor que suelo pintarme en los versos, pastor cubierto de nieue, con el ganado de mis pensamientos y el perro al lado!,,

¿Esto passaua este hombre por mí?

5 CEL.—No te eleves, por Dios; que estoy de prisa.

DOR.—¡O, si tuuiérades vida, para que sintiérades el justo efeto de mi vengança! Llega, Celia, la buxía; tendrásla tú, y yo los iré quemando.

CEL.—Aunque es papel de nieue, vaya al fuego.

10 DOR.—Vaya; pero escucha.

CEL.—Si te paras a leerlos, a la noche no auremos quemado la quinta parte.

DOR.—No será más deste principio.

CEL.—¿Cómo dize?

15 DOR. [*Lee.*]—"¡Qué gallarda saliste oy, diuina Dorotea, a matar hombres y mugeres, vnos de amor y otros de embidia! Y para que huuiesse muerte para mí, dísteme zelos, y tales zelos, que me pesó de verte tan hermosa.,, Vaya al fuego.

20 CEL.—Vaya. ¿Otro lees? ¿Quándo acabaremos?

DOR.—Fiad en hombres.

CEL.—Lo mismo dizen ellos, y los vnos y los otros tienen razón; pero ¿qué fin te prometías de amor, que no le tiene en el casamiento, donde la possessión acaba con él o con

25 la vida?

DOR.—Este parece soneto.

CEL.—Quémale por esso sólo.

DOR.—Mal estás con poetas.

CEL.—Con los de infame lengua y pluma; no con los

30 bien nacidos y doctos.

DOR.—"Quexosas, Dorotea, están las flores,
Que las colores las auéis hurtado;
Y la frígida nieue se ha quexado
De que mayores son vuestros rigores.

"Quexoso está el amor, que los amores
Se han remitido a vuestro pecho elado,
Y el sol, que en vuestros ojos abrasado
Desprecia los laureles vencedores.

"Quexosa está de vos naturaleza 5
Por vuestra condición áspera y dura,
Que para humana os dió tanta belleza.

"O menos perfeción o más blandura;
Que, a presumir de vos tanta dureza,
¿Cómo os pudiera dar tanta hermosura?,, 10

CEL.—Qué bien escrito y qué claro; pero este poeta no era bueno para muger.

DOR.—¿Porqué?

CEL.—Porque tenía mucha facilidad. Pero ¿cómo, queriéndole tanto, se quexaba de tu condición? 15

DOR.—Estaua enojado entonces.

CEL.—Y enojado ¡te alabaua y encarecía! Esse sí que es poeta, y no vnos satíricos ignorantes y fantásticos, que a los mismos que los alaban deshonoran.

DOR.—Los honrados, Celia, son espejos de los infames, 20 y como en su cristal se ven tan feos, manchan con aliento sucio la claridad que los ofende. Pero oye aqueste.

CEL.—Despacio lo has tomado. ¡O amantes locos! Aun en la misma pena se deleitan.

DOR. [*Lee.*]—"Plegue a Dios, mi bien, que si conozco 25 essa muger que dizes...,,

CEL.—¿Zelitos?

DOR.—No me quexaua yo de ualde. Vaya al fuego.

CEL.—Vaya.

DOR.—Este sólo, éste sólo. 30

CEL.—Más parece que te quemas tú que los papeles.

DOR.—"Amaneció el alua, y no a mis ojos, y díxele yo que para qué salía.,,

CEL.—No leas essas boberías, por tu vida, que también ay amores rancios como perniles.

DOR.—Vaya al fuego.

CEL.—Vaya; pero mira que se acaba la buxía.

5 DOR.—"Oy dize Felipe de Liaño que irá a retratarte, y yo le digo que ¿dónde ha de hallar colores? No ay para qué auisarte que estés hermosa; que a todas horas está esso negociado; pésame que este pintor sea tan gentil hombre, que os retratéis el vno al otro.,,

10 ¡Ay, Celia! Esto me parecía bien entonces. ¡Qué estrañas necedades! Vaya al fuego.

CEL.—Vaya; pero está cierta, señora, que no ay cosa que más necia parezca que vn papel de amores fuera de la ocasión, o acabado el juego. Mas assí Dios te guarde, que 15 los quememos juntos; que tengo que almidonar tres o quatro abaninos de cadeneta, y me reñirá tu madre.

SCENA SEXTA

GERARDA. — DOROTEA

GER.—¡Agua, agua! ¡Jesús! ¿Qué incendio es éste?

20 DOR.—¿Tú pides agua, tía? ¿Qué nouedad es ésta?

GER.—¡Papeles! Juráralo yo, muchacha.

DOR.—Ardese Troya.

GER.—"¡Fuego, fuego!, dan voces, ¡fuego!, suena,
Y sólo París dize: Abrase a Elena.,,

25 DOR.—¿Es canción nueua?

GER.—Esto cantan aora los músicos del duque de Alua.

DOR.—"Arded, mentiras, arded;
Que yo no os puedo valer.,,

GER.—Ya entiendo lo que castigas.

DOR.—Aquí dió fin la historia.

GER.—*Contra peón hecho dama, no para pieza en la tabla.*

DOR.—Pues que rompí el retrato, ¿qué mucho que quemasse los papeles? 5

GER.—*Coscorrón de la hornera, no tiene pena.* ¿Quánto va que te arrepientes?

DOR.—Estoy ya mui consolada.

GER.—*Colorada, mas no de suyo, que de la costanilla lo truxo.* 10

DOR.—Tía, contigo yo no he menester inuenciones, que fuera muy ocioso desaire. Confiesso que me muero; pero ¿que tengo de hazer, si un traidor me ha engañado, y me hablaua y enamoraua con falsedad, hasta hallar ocasión para 15 vengarse de mí por lo que sabes de don Bela?

GER.—*Coxo, y no de espina; caluo, y no de tiña; ciego, y no de nuue; no ay maldad que no encubre.* Pero ¿qué puedes echar menos, siendo tan pobre don Fernando?

DOR.—Su talle, su entendimiento, sus caricias, sus amores; 20 que de todos estos actos se haze el alma vn hábito tan estrecho, que es impossible quitarle sin romperle.

GER.—¡Qué de bachillerías que te ha enseñado! Pero si te hallas, hija, en el estado que dizes, intenta tu remedio y tu vengança. 25

DOR.—¿Yo cómo puedo?

GER.—¿Qué me darás, y le haré venir a tu casa como vn cordero?

DOR.—Gerarda, si es por mal camino, Dios me libre de que tal intente. Fuera de que yo no sé qué muger de juizio 30 se vale de echicerías; que es afrenta grande que lo que no pudieron los méritos lo puedan las violencias.

GER.—Hija Dorotea, *hágase el milagro, y...* ecétera.

DOR.—Arda esse ecétera en el infierno; y ya te digo,

tía, si quieres entenderlo, que, fuera de la ofensa de Dios, que esto es en primer lugar, no me quiero tener en tan poco que afrente con essas baxezas mi cara, mi entendimiento, mis gracias y mis pocos años; y de los dos remedios, mejor 5 fuera rogalle que forçalle: ni hallo cosa que se le pueda dezir a vna muger más afrentosa que llamarla hechicera.

GER.—Mira que te oigo.

DOR.—Pues, tía, ¿éreslo tú?

GER.—Por curiosidad supe algo; pero ya, ni por el pen- 10 samiento: y te puedo jurar con verdad, que ha más de seis días que no he tomado las habas en la mano.

DOR.—No lo hagas, Gerarda; escarmienta en el castigo de alguna que tú conoces.

GER.—Mira, niña; bien se puede atraer la voluntad con 15 yeruas y piedras naturalmente.

DOR.—¡Ay, tía! ¡Qué grande engaño querer que la virtud de las cosas que tienen cuerpo se imprima en las potencias del alma! Con esso engañan los que os enseñan a las mugeres ignorantes para sus interesses y mentiras, y para 20 tanta desventura de los hombres.

GER.—¡Ay, niña, niña! No harás casa con azulejos; ándate a amor por amor, y a pelo por pelo, y al cabo, al cabo moría fea y nacer hermosa. *Más vale rostro bermejo, que coraçón negro.* No te manques en el establo; que *mejor es* 25 *dexar a los enemigos que pedir a los amigos.* Don Bela está zeloso; no sé qué le han dicho, y él lo ha visto en su tristeza; si él te dexa, y Fernandillo se está con su Marfisa, *¿qué has de hazer, mano sobre mano, como muger de escriuano?* Quando yo era mosa leí en Garzilaso aquello de: "En tan- 30 to que de rosa y açucena...,, ¿Piensas que el tiempo duerme cuando nosotros? Pues engáñaste, niña; que tres cosas no durmieron eternamente.

DOR.—¿Quáles, Gerarda?

GER.—Los días, los censos y los agrauios.

DOR.—Galla, madre; que viene Laurencio con algún recado de don Bela.

GER.—*Malo Medellín, bueno Medellín, hele aquí viene Lázaro Martín.*

DOR.—Traeráme algún papel de desafío. 5

SCENA SEPTIMA

LAURENCIO.—DOROTEA.—GERARDA

LAU.—¿Qué humo es éste? ¡Qué gentil pastilla! ¡Esto en vuestra casa, señora Dorotea, donde dize mi amo que se retrató el paraíso, los olores de la India oriental, donde na- 10 cen el clauo y la canela, y espira más fino el ámbar que en los mares de la Florida!

GER.—Hermano Laurencio, auemos quemado vn poco de tela vieja para sacalle la plata.

LAU.—Creo, Gerarda, que has leído la *Alquimia* del 15 Treuissano; pero, si te digo la verdad, yo pensé que chamuscauas algún vassallo del hijo pródigo, que para lo que bebes éssa es tu *Alquimia.*

GER.—Laurencio, Laurencio, *más vale dar buen trueno que dinero a mase Pedro;* den gracias a Dios los hombres, 20 que no nacieron con nuestros achaques.

LAU.—También tenemos algunos.

GER.—¿Los hombres? ¿Quáles?

LAU.—Sufrir los vuestros quando estáis con ellos. ¿Ay cosa más cruel que veros desmayadas, haziendo más ruido 25 con la garganta que vn pabo cuando se eriza, el ver la confusión de las criadas, la solicitud de las vezinas, las plumas de perdiz quemadas, y andar buscando ruda, y más si es a media noche?

GER.—Y esso, ¿de qué nace, vellacos, insolentes y arro- 30

gantes, sino de las pesadumbres que nos dais quando venís de la casa de juego y de la otra, el sombrero hasta las narizes, como celada borgoñona; y luego, sobre si está bien guisado o mal guisado, echar la mesa en el suelo, tornar a
5 tomar la capa y boluerse a la querencia? Pero no aueriguëmos culpas: dínos ahora a lo que vienes, y si está tu amo toda vía enojadito. ¡Qué gran ofensa, hablar Dorotica una palabra con vn conocido! No, sino dar ocasión a que la tengan por descortés, le digan una libertad o le hagan vna
10 sátira.

LAU.—Mi amo no está enojado, sino que anda con pesadumbre.

DOR.—Y ¿de qué es la pesadumbre?

LAU.—Auía prometido a ciertos señores a Pie de Hierro
15 para el juego de cañas de mañana, y hale clauado el herrador; y como se ha disculpado, le han escrito vn papel tan atreuido, que está perdiendo el sesso. Este te traigo, y tengo que hablarte.

DOR.—Muestra; que con dificultad seremos amigos.

20 GER.—*Paz de gallego, tenla por agüero.*

SCENA OCTAUA

DON FERNANDO.—CÉSAR.—JULIO

FER.—¿Tan infaustas cosas pronostica essa figura, que no queréis dezírmelas?

25 CÉS.—Tan infaustas.

JUL.—Bien sabe don Fernando que no he de creerlas.

FER.—Miraldo en aquel lugar de Jeremías: "No seáis como los gentiles, ni aprendáis sus caminos, ni temáis las señales del cielo; porque las leyes de los pueblos son vani-
30 dades,,.

JUL.—Lo mismo dize Isaías por los que se dauan a la curiosa obseruación de las estrellas: "Sáluente los adiuinos del cielo que contemplan las estrellas, para anunciar las cosas futuras, porque ya, como si fueran aristas, los ha consumido el fuego,,. 5

CÉS.—Bien lo veo, Julio; bien conozco y sé que la misma Verdad dixo que no fuéssemos solícitos en inquirir la obseruación de las cosas futuras; y os asseguro que siempre me desagradaron y parecieron temerarias las prediciones de lo que Dios inescrutable tiene prescrito en su mente eterna. 10 Esto estudié en mi tierna edad, del doctísimo portugués Juan Bautista Lauaña, y sólo tal vez juzgo por curiosidad, y no de otra suerte, algún nacimiento; pero no respondo a las interrogaciones por ningún caso. El hombre no se hizo por las estrellas, ni el libre aluedrío les puede estar sujeto. 15

FER.—La astrología y tales ciencias, dixo Agustino que eran más para exercitar los ingenios que para iluminar las mentes de los hombres a la verdadera sabiduría.

JUL.—Su detestación hallaréis en el mismo en el tomo primero, y en el octauo contra los vanos astrólogos vna in- 20 uectiua.

CÉS.—Pues con esse aduertimiento diré, por sola curiosidad, lo que en este juizio me parece, dexando en su lugar todo lo que toca al diuino respeto. Vos, don Fernando, seréis notablemente perseguido de Dorotea y de su madre en 25 la cárcel donde os han de tener preso; el fin desta prisión os promete destierro del reino; pero antes de lo qual seruiréis una donzella, que se ha de inclinar a vuestra fama y persona, con quien os casaréis con poco gusto de vuestros deudos y los suyos. Esta acompañará vuestros destierros y 30 cuidados con gran lealtad, y ánimo para toda aduersidad constante; morirá a siete años deste sucesso, y con excesiuo sentimiento vuestro daréis la vuelta a la corte, biuda ya Dorotea, que os solicitará para marido; pero no saldrá con

ello, porque podrá más que su riqueza vuestra honra, y que sus amores y caricias vuestra vengança.

FER.—¡Estraños desatinos!

CÉS.—Vos tenéis muy desdichada la parte de la fortuna
5 en los amores: sabed que os esperan inmensos trabajos por su causa. Guardaos de alguna que os ha de dar echizos; si bien saldréis de todo con oraciones a Dios, en otro estado del que agora tenéis.

FER.—Quando esso llegasse a ser, siendo como es tan
10 dudoso, me valdré desse remedio, porque es el verdadero, y vanos los de los hombres, en quien no se ha de tener confiança; porque, según la Verdad Diuina, ni aun en los príncipes se ha de hallar salud.

CÉS.—Vno os ha de estimar y fauorecer mucho, cuyo
15 amor conseruaréis hasta el fin de vuestra vida, que aquí parece larga.

FER.—¿Qué vida con trabajos fué breue?

JUL.—El fin de la ciencia especulatiua es la verdad, y de la prática, la obra.

20 FER.—Assí lo enseña el filósofo en su *Metafísica.*

JUL.—César dize lo que contiene el juizio desta figura, y don Fernando pondrá en execución con su aluedrío el remedio de tan cruel pronóstico.

FER.—Dize vna ley que quando la verdad y la ficción
25 concurren juntas (y aunque no lo dixera), se ha de guardar a la verdad el decoro que de derecho diuino y humano se le deue; y otra dize que es impossible que sea infinito el efeto donde es finita la causa. Bien creo que me auéis entendido.

CÉS.—Yo os responderé lo que en otra parte dize.

30 FER.—¿Cómo?

CÉS.—Que aquello que tácitamente puede ser entendido se tiene por declarado. Ya sé que tenéis verdadero ánimo de poneros en saluo de todos los pensamientos de Dorotea, con que me satisfacéis que cessando la causa cessará el efe-

to; pero en los *Físicos* dixo Aristóteles que el fin es lo primero en la intención y lo vltimo en la execución. ¡Plega a Dios, Fernando, que os portéis de suerte que se den por vencidas vuestras estrellas de la virtud de vuestro aluedrío, contra el qual ninguna cosa es fuerte sino él mismo! Que no 5 ay Theorica de planetas contra la virtud inuencible, freno poderoso de las inuasiones molestas del apetito, cuyos efetos vencieron con ella tantos filósofos. Pero si este sagrado se llama la señora Marfisa, y la virtud desta defensa dar ocasión a Dorotea para desesperados zelos, nunca os tendré por 10 seguro; que, aunque no lo aduirtiera Juuenal, es infalible que ningún animal (por fiero que sea) gusta más de la vengança que la muger.

FER.—Bien sé que consiste la paz de mis pensamientos en dexar por algún tiempo la patria; y assí pienso trocar 15 las letras por las armas en esta jornada que nuestro rey intenta a Ingalaterra. Pero, ya que os acordastes de Marfisa, ¿cómo no me dezis algo en el juizio deste pronóstico?

CÉS.—Admírome de que preguntéis curioso aquello a que no auéis de dar crédito, desengañado. 20

FER.—Ya vamos aduertidos de que todo quanto podéis hallar en las estrellas se remite a la primera causa de las causas; que lo que es primero, ninguna cosa puede tener delante de sí, como dize el prohemio de los *Digestos*. Hablad en Marfisa, reseruando (como nos manda la verdadera ley 25 que professamos) a la diuina Sabiduría lo futuro, y a la Omnipotencia la disposición.

CÉS.—Con esse aduertimiento, digo, Fernando, que Marfisa se casará con vn hombre de letras segunda vez, que con vn honroso oficio saldrá fuera destos reynos; embiudará 30 presto, y casándose con vn soldado de nuestra patria, será muy desdichada.

FER.—¿De qué forma?

CÉS.—Que la ha de matar de zelos de vn amigo suyo.

FER.—¡Qué trágico estáis y qué sangriento! ¡Qué rigurosamente auéis puesto los aspectos deste quadrángulo! ¿Ninguno impide tales sucessos? ¿Ninguno se mira benéuolo de trino? No os preguntaré más en mi vida. ¡Jesús! ¡Qué tristeza
5 me auéis causado! ¡Marfisa muerta y fuera de la patria!

CÉS.—Agora veréis que el humano deseo abraça mejor la lisonja mentirosa que la verdad segura; no porque esto lo sea, pero porque si yo os dixera que vos auíades de heredar cien mil ducados y Marfisa vn título, aunque lo tuuiéra-
10 des por mentira, me lo agradeciérades.

JUL.—Conocí yo vn cauallero (hombre ya de muchos años) que, saliendo vn día galán a su parecer, porque fué de los que deseauan encubrirlos, preguntó a un pajezillo que tenía, si le parezía iba bien puesto. El tal page (como se usa,
15 y porque el pan de los señores cría lisonjas en los criados, como lombrizes en los niños) le dixo: "Prometo a vuestra merced que va tan gallardo, que parece de veintidós años,,. A quien respondió el cauallero: "Juanico, bien sé que mientes; pero por vida del rei que me huelgo de oírtelo
20 dezir,,.

CÉS.—Dize Julio mui bien, y bien ayan los gitanos que no han dicho a hombre mal sucesso; todos han de ser ricos, todos bien queridos de sus damas, todos venturosos, a todos ha de venir cierta cantidad de plata de las Indias, y todos
25 han de viuir infinitos años.

JUL.—Añadid a esso la gracia de los astrólogos de almanaques, que juzgan los temporales por los días, que en diziendo que ha de llouer, haze sol, y en prometiendo serenidad, ay vn diluuio de agua; y después de dezir que aurá
30 muchas enfermedades y pendencias por mugeres, como si fuesse nouedad lo vno y lo otro, y que será buen año de lentejas y de cañas de azúcar, y que ha de morir vn turco, donde ay infinito número, ponen mui descansados: "Dios sobre todo,,; que si en lo demás dixessen la verdad que en

esto, era cargo de conciencia que no valiesse vn pronóstico mil ducados.

FER.—No puedo boluer en mí con saber que esto es incierto, de la tragedia que César promete a Marfisa: assí es el coraçón cobarde, quando ama, y la duda poderosa para 5 temer la desdicha. ¡Yo preso! ¡Yo desterrado! ¡Marfisa muerta!

CÉS.—Dexad, Fernando, essas necias imaginaciones, y vamos a oir missa, donde pidáis a Dios su diuino auxilio para reformar vuestros passos, con que os libraréis de todo; 10 y agradecelde el entendimiento que os ha dado con amarle y temerle; que la corona de la sabiduría es el temor de Dios. Bolued los ojos a tantos amigos muertos, y muchos de vuestros años; y para que no boluáis a Dorotea, no os enlacéis con Marfisa; que no sale del peligro el que entra en mayor 15 peligro; y para que sepáis lo que la vna y la otra pretenden de vos, leed con atención el capítulo séptimo de los *Prouerbios*.

SCENA NONA

DOROTEA.—CELIA 20

DOR.—Dame aquel arpa, Celia.

CEL.—De buen humor te leuantas: no querría que te sucediesse lo que al tiempo; que *arreboles de la mañana, a la noche son de agua*.

DOR.—Seguríssima estoy de que por culpa mía se mude 25 el tiempo. Mi amor paró en zelos, mis zelos en furia, mi furia en locura, mi locura en rabia, mi rabia en deseos de vengança, mi vengança en lágrimas, y mis lágrimas en arrojar por los ojos el veneno del coraçón. Quédese aquel ingrato con su Marfisa; que si don Bela quiere fauorecerme, pues 30

ya es cierta la nueua de que Calidonio, mi marido, es muerto en Lima, trocaré estas galas a vn hábito, y daré con prudencia esto que los hombres llaman gracias al Autor dellas, que ni puede engañar ni faltar, ni dexar de agradecer; que,
5 boluiendo los ojos a lo passado, ¿qué tengo yo, Celia, de la amistad de Fernando, sino el arrepentimiento de mi ignorancia? Aquellos papeles, cuyas letras quemadas, blancas entre lo negro del papel, me ponían miedo, y auer echado cinco años por la ventana de mi apetito en la calle de mi
10 deshonra. La hermosura no buelue, la edad siempre passa; posada es nuestra vida, correo el tiempo, flor la juuentud, el nacer deuda, el dueño pide, la enfermedad executa, la muerte cobra.

CEL.—Dizen que los sucessos aduersos son muchas vezes
15 causa de la emienda de las costumbres; en que se ve luzir la prouidencia del cielo, y quánto desea su diuino Autor la reducción de nuestros passos a su seruicio. ¡Ay, señora! ¡Qué grande es el engaño de la hermosura! Más mugeres se han perdido por los oídos que por los ojos; más daño les ha
20 hecho siempre el oir alabanças que el mirar gentilezas. ¡Dichosa la que, como tú agora, en el principio de su vida preuiene los cuidados de su muerte! Ya me parece que te veo, toca sobre toca, guarnecida essa cara del resplandor de tus virtudes, tan lexos del mundo como has estado dentro.

25 DOR.—Notables sois las que seruís: todo lo aprouáis. ¡Qué hechas tenéis las lisonjas para todo, aplicando el ánimo indiferente a lo bueno o a lo malo que se os propone! ¡Estraño caso, que también ay lisonjas a lo diuino! Si te dixera que fuéramos a inquietar a Fernando, ya te huuieras
30 baxado el enfaldo, puesto el manto en los ombros, y con çapatos de huir y alcançar, puesto en la calle la obediencia.

CEL.—Si quieres que vamos, ¿para qué me lo dizes con inuenciones?

DOR.—¡Yo, Celia! ¡Plega a Dios!...

CEL.—No pliegues, ni jures, si quieres que te crea; que ha vna hora que estás martillando essas clauijas, templando, más que las cuerdas del arpa, las locuras del pensamiento.

DOR.—He quitado dos o tres, porque falseaban en los bemoles. 5

CEL.—Essos deuían de ser los pensamientos de don Fernando.

DOR.—Bien dizes, Celia; que la ciencia de la música (como me dezía mi maestro Enrique) no está en la facilidad de los dedos, ni en la voz entonada, sino el alma, que es lo 10 que llaman teórica. Pero dime, ¿qué haze mi madre?

CEL.—Allá está tratando con Felipa de vender estas esclauas; que dize que son buenas y estremadas, pero que para su casa es mucho toldo.

DOR.—¿Y qué le aconseja Felipa?

CEL.—Que no lo haga, que se enojará don Bela.

DOR.—Ya he templado.

CEL.—Que tú lo estés, deseo.

DOR.—"Si todo lo acaba el tiempo,
¿Cómo dura mi tormento?,, 20
Si tantas dificultades
Como mi amor ha tenido,
No solicitan oluido
A la fe de mis verdades;
Si penas, si soledades 25
Adorando mi porfía;
Si toda esperança mía
Nace monte y muere viento,
"¿Cómo dura mi tormento?,,
Mis penas y mi valor 30
Hazen honra el porfiar
Quién antes se ha de acabar,
O mi tormento o mi amor.
Piden al tiempo fauor,

Y él, que todo lo consume,
Se espanta quando presume
De inmortal mi pensamiento:
"¿Cómo dura mi tormento?„
5 Puesto que tan mal me trata,
Estimo tanto mi mal,
Que apelo al alma inmortal,
Si mi tormento me mata;
Que fuera a mi pena ingrata
10 Si menos gloria me fuera,
Ni quisiera, si quisiera
Saber de mi pensamiento
"¿Cómo dura mi tormento?„
Para el mal que estoy sufriendo,
15 ¿Qué podrá el tiempo passando,
Si quando passa bolando,
Mi amor le va deteniendo?
Pues si viuiendo o muriendo
Doy ocasión a mi mal
20 Para que viua inmortal,
En vano saber intento
"Cómo dura mi tormento.„

CEL.—Aquí sí que entraua como nacido aquello de los libros de los pastores, que se paró el aire, que abrieron las 25 flores los pinpollos de las hojas, y que se desató el nácar de la verde cárcel de los botones, aromatizando el aire; que callaron los sonoros cristales de los arroyos, que aprendieron las filomenas de las seluas dulces passos. Pero, señora, nunca te he oído estos versos ni este tono. ¿Quién los hizo?

30 DOR.—Los versos, Celia, yo, y el tono, aquel excelente músico Juan de Palomares, competidor insigne del famoso Juan Blas de Castro, que diuidieron entre los dos la lira, árbitro Apolo.

CEL.—¿Tú hiziste estos versos?

35 DOR.—¿Pues no ves cómo hablan en nombre de muger?

CEL.—Agora creo que amor fué el primero inuentor de la poesía.

DOR.—La ira y el amor son nuestras dos passiones principales; pues díme, Celia, si dixeron los antiguos que la ira los hazía, ¿porqué no serán más fáciles al amor, que se quexa de lo que padece en dulcíssimas consonancias? 5

SCENA DEZIMA

GERARDA.—DOROTEA

GER.—¡Tú cantando, tú alegre, tú vestida de gala, Dorotea! ¡Tú tocada con cintas verdes! ¡Tú cadena y joyas! 10 ¿Qué nouedad es ésta? ¿Qué te ha sucedido? ¿Qué te has hallado, niña? ¡Qué diferente que estás de lo que estos días! Luzido se te ha el regalo. *Bien aya pan que presta, y moça que le come.*

DOR.—Tía, no son todos los tiempos vnos: de los nubla- 15 dos sale el sol, y de las tormentas la bonança.

GER.—¿Tienes algún papel humilde de don Fernando? ¿Quiere venir a verte? ¿Date satisfación de los agrauios de Marfisa? ¿Ay dézimas concetiles, soneto releuante, o romance brillador con su villancico a la postrero o lamentable es- 20 triuo como aquello de "¿Filis me ha muerto?,, Que te dará mucha honra.

DOR.—De rúa traes el gusto, madre Gerarda. Siéntate, siéntate, y díme de dónde vienes.

GER.—Sácasme del propósito. Yo, hija de mis ojos, me 25 leuanté buena; di gracias al Señor de la salud y de auer nacido en tierra de christianos. Mira tú si yo fuera agora Jarifa Rodríguez o Daraxa Gonçález, muger de Zulema Pérez o de Zacatin Hernández, ¿qué fuera de mí? Pues era cierto que me auia de lleuar esta desdicha al infierno, embuelta en 30

vna almalafa. Luego me puse el manto, y fuí a missa; no la he perdido día con salud, desde que tengo vso de razón. Fuíme desde allí en casa de la Marina, que es buena muger, de rudo y menudo, por aorrar de poner la holla: halléla 5 que estaua sembrando unas valerianas para vnas amigas, atando en la raíz vn hilo de oro con unas perlas.

DOR.—¡Qué estraños embelecos y necedades!

GER.—Lauóse las manos, hizo vnos torreznillos de a quatro en libra, y en verdad que començó el almuerço a las 10 siete, y que vengo aora, porque tenía vna botilla de tres azumbres, y como no auía agua en casa, fué menester toda.

DOR.—¿Toda, toda?

GER.—Más estruxada la dexamos que cuero que aprietan con sogas para sacarle la trementina; y aun, si no me 15 acuerdo mal, embiamos enfrente por otro traguillo, que llaman de refacción, porque siempre la Marina viue cerca, no de quien mire, sino de quien mida; que nunca en las tabernas ay ventanas, y quantos salen de allí salen sin ojos. Díxele que te guardasse vn gato negro que ha parido la Mo- 20 ronda; que no ay en Madrid animal de tanto precio: más vale que si fuera de algalia.

DOR.—No me traigas essas cossas, tía; que hazen sospechosas las casas con gatos negros, y son mui suzios.

GER.—¡Qué melindroseta eres, rapacilla! En verdad que 25 ay mil amigas que esperauan el parto de la gata.

DOR.—Contaríanle las faltas.

GER.—Aora bien: boluamos a coger el hilo de nuestro cuento; que nos auemos detenido más que los texedores en darle el nudo. Cuéntame lo que ay de Fernando; díme todo 30 lo que passa; que por ventura me deues algunas palabras en tu fauor. ¡Qué! ¿me miras y te ríes? Bueno, bueno: dexa el arpa, y dame parte de tu alegría; que como tú estés contenta, mas qne se ahorque don Bela; *que más vale hazeña parada que amigo molinero;* y yo apostaré que dize aquel

bobillo, polligallo, quiérelo todo: "*Por el alabado dexé el conocido, y vime arrepentido*,,.

DOR.—¿Piensas, tía, sacarme con inuención lo que tengo en el pensamiento?

GER.—No, hija, sino aconsejarte que viuas y te gozes; 5 que la mayor discreción es poner la capa como viniere el viento. Quiere lo que quisieres, y no repares en intereses; *que mi hija hermosa, el lunes a Toro, y el martes a Zamora.*

DOR.— No te desveles, tía; que no he tenido papel 10 de don Fernando, ni le quiero. Vete con Dios y déxame; que esta alegría esterior es el oro de las píldoras y el membrillo de los jaraues.

GER.—No te lo digo yo porque te enojes; que bien puedes agradar a don Bela y querer a Fernando; que vn rico 15 es mui a propósito para no saber lo que passa, y un pobre para sufrir lo que passare; que *por esso se vende la baca, porque vnos quieren la pierna, y otros la falda.*

DOR.—Para esso, Gerarda, es menester nacer a propósito. 20

GER.—Que todo se aprende, hija; y no ay cosa que nos sea más fácil que engañar a los hombres: de que ellos tienen la culpa; porque, como nos han priuado el estudio de las ciencias, en que pudiéramos diuertir nuestros ingenios sutiles, sólo estudiamos vna, que es la de engañarlos; y como 25 no ay más de vn libro, todas le sabemos de memoria.

DOR.—Nunca yo le he visto.

GER.—Pues es excelente letura y de famosos capítulos.

DOR.—Díme los títulos siquiera.

GER.—De fingir amor al rico, y no disgustar al pobre. 30
De desmayarse a su tiempo, y llorar sin causa.
De pedir, alabando lo que no se pide.
De alabar feos y de desvanecer lindos.
De presentar poco para sacar mucho.

De dar zelos al libre, y al colérico satisfaciones.
De tener dos puertas a diferentes calles.
De la exortación a las criadas en el secreto de los agrauios.
En encubrir defetos y descubrir perfeciones.
5 De instruir vna tía para que estorue entrando.
De hazer que no sabe nada vna madre y fingir temerla.
De negar ofensas y leuantar que se las hazen.
De tener amigos poderosos y agradar maldicientes.
10 De mudar el nombre y huir poetas.
De entretener la esperança con los principios.
De dilatar los postres hasta que nadie se alabe de la costa.
De dotrinar mulatas y gastar olores.
15 De mirar dormido y reir con donaire.
De estudiar vocablos y aprender bailes.
De encajar cuentos y hazerse de los godos.
Del hábito prouocatiuo y limpieza cuidadosa.
Del andar en coche y parecer señora.
20 Y de no enamorarse por ningún acontecimiento, porque todo va perdido; sin otros muchos capítulos de mayor importancia.

DOR.—Te prometo que me has hecho reir de todo gusto, aunque estoi tan triste, que me pongo cosas alegres por
25 huir de mí misma.

GER.—Pues no se dirá por ti que *la muger y la camuesa, por su mal se afeitan.*

DOR.—¡Ay, Gerarda! Si hablamos de veras, ¿qué viene a ser esta vida, sino vn breue camino para la muerte? Si
30 don Bela quiere, tú verás estos pies que celebrauas trocar las çapatillas de ámbar en groseras sandalias de cordeles; estos rizos cortados, y estas colores y guarniciones de oro, en sayal pardo. ¿Quién ay que sepa si ha de anochecer la mañana que se leuanta? Toda la vida es vn día: ayer fuiste

moça, y oy no te atreues a tomar el espejo, por no ser la primera que te aborrezcas: más justo es agradecer los desengaños que la hermosura. Todo llega, todo cansa, todo se acaba.

GER.—¡Ay, hija Dorotea! Conmigo hablas, que no sé si amaneceré viua. Las lágrimas me has traído del coraçón a los ojos. Conozco (aunque tarde) mis engaños. Dios te ha puesto las palabras en la boca. 5

SCENA VNDEZIMA

LAURENCIO.—DOROTEA.—FELIPA.—GERARDA.—TEODORA y CELIA 10

LAU.—No sé cómo tendré ojos para mirarte en tan lastimosa tragedia, ánimo para hablarte en tan miserable sucesso ni aliento para dezirte, Dorotea, la mayor desgracia que ha sucedido a hombre de quantos ha tenido desdichados el mundo, desde que la resolución soberuia de la ira executó las armas de la inocencia, el poder en la humildad, y quedó la injusta vengança introducida en la honra. 15

DOR.—¡Ay Dios! Laurencio, si no te viera las lágrimas en los ojos, que traes más sangrientos que la más fina púrpura, no pudiera persuadirme a que no me engañauan tus palabras; pero ¿qué palabras con lágrimas no fueron verdaderas en los hombres? Quita el lienço del rostro, esfuerça el aliento; que en tanto que nos hablas, Gerarda y yo lloraremos por ti. 20 25

GER.—¡Y cómo si lloraremos! Habla, hijo; que tienes nuestras vidas colgadas en el hilo del agua de tus lágrimas.

LAU.—¡Ay, Dorotea! ¡Ay, Gerarda! Acábese mi vida en acabando de referiros la causa de que soy trágico y desdichado nuncio, más lloroso y con más razón de dolor que en 30

el *Hipólito* de Séneca. Ya os auía dicho que mi señor don Bela auía prometido a ciertos señores graues a Pie de Yerro más desdichado cauallo que el de Seyano: clauóle el herrador (que fué el primero yerro deste sucesso), no pudo por
5 esta causa seruir a la fiesta; escriuiéronle que lo auía hecho de industria, por no prestarle, en desprecio de quien le auía pedido y con infamia de su palabra, que es la mayor de todas entre españoles; a cuyo papel respondió la modestia y calló la honra, que consultando con el temor el agrauio,
10 erró el consejo, porque, no contentándose la ira de la satisfación de la inocencia, vinieron a nuestra casa dos hermanos y le llamaron con vn page. Baxó al patio don Bela, con sola vna ropa de leuantar que tenía puesta, y sin otra defensa de su persona mas que la verdad del caso. ¡O,
15 quánto yerra quien se fía de la soberuia de la ira en confiança de la razón! No porque no es justo, mas por la temeraria violencia de la condición humana. A pocas palabras, finalmente, que le dixeron... No sé cómo agora passen adelante las mias, si no desocupa el camino a la lengua para formar-
20 las el confuso tropel de los sollozos y el espeso diluuio de las lágrimas; pero ¿qué me detengo mirando vuestro sentimiento?

DOR.—Habla, Laurencio; que me matas.

LAU.—Sacaron las espadas, y entre los dos le han
25 muerto.

DOR.—¡Jesús! ¡Qué crueles hombres!

GER.—¡Ay, Laurencio! Bien pudieras escusar tan encarecido estilo de contar vna desgracia; que bastauan las palabras sin las lágrimas, y los sentimientos sin los sollozos.
30 Tenla essa mano, que le ha dado mal de coraçón. Tenla, que se hará pedazos, mientras voy por agua.

LAU.—Si con agua ha de boluer, ¿qué más viua que la de mis ojos cae sobre los suyos? ¡A señora Dorotea!

ESCENA DUODEZIMA

TEODORA. — FELIPA. — CELIA. — LAURENCIO. —LA FAMA

TEO.—¿Qué vozes son aquéllas, Felipa, y que ruido? ¿Quién ha caído en la cueua?

FEL.—¡Ay, señora! En la voz es mi madre, que iba por agua para Dorotea, que se ha desmayado. 5

TEO.—¿No auía de donde más cerca pudiera traerla? ¡Qué buena diligencia para vn desmayo!

FEL.—Baxa, Celia; que me ha faltado el ánimo.

CEL.—Tampoco yo le tengo. ¡O miserable espectáculo! 10 Gerarda es muerta: mas ¿quién dixera que buscando agua?

FEL.—¿Donaires, Celia? Pues no se lo deuías.

CEL.—Dios sabe que lo siento. Reposa en paz, catedrática de amor, Séneca del concierto, consejera del pedir, consultora del dar, y la que mejor ha entendido en el mundo la 15 prática de las mugeres y el desuello de los hombres.

FEL.—¿Qué vas diziendo por la escalera, muger sin alma? En otra cantes lo que en ésta rezas. ¡Ay, dulce madre mía!

CEL.—Antes era salada. 20

FEL.—¡Cómo han quedado aquellas honradas tocas!

CEL.—Las tocas sanas: ¡assí lo estuuiera la cabeça! Pero puédese consolar, que murió cayendo, como aquellos a quien leuanta la fortuna.

FEL.—Sentenciada te veas. ¡Aora sentencias! 25

CEL.—Nunca creí como agora la santidad de Gerarda: el jarro en que iba por el agua, no se ha quebrado.

TEO.—Tan afligida me veo, que no acierto a preguntarte, Laurencio, la causa destedesma yo.—¡Niña, a niña! 30

DOR.—¡Ay Dios, qué de desdichas!

CEL.—¿A qué muger llamaran niña, que no boluiera del otro mundo?

DOR.—Madre, ¿qué quiere? Mire esse afligido moço llo-
5 rando, y sabrá que su señor don Bela ha muerto.

CEL.—Y que Gerarda le fué a buscar, para saber si le dexaua algún dinero.

TEO.—¡Tu señor muerto, Laurencio! ¿Aquel Alexandro indiano, aquel cauallero dadiuoso, aquel galán luzido, aquel
10 entendidíssimo cortesano?

LAU.—Esse mismo, Teodora, para que veas qué se puede fiar desto que llaman vida, pues ninguno (como dixo vn sabio) la imaginó tan breue, que pensasse morir el día que lo estaua imaginando.

15 No ay cosa más incierta que saber el lugar donde nos ha de hallar la muerte, ni más discreta que esperarla en todos.

LA FAMA.—Senado, ésta es LA DOROTEA, este fin tuuieron don Bela, Marfisa y Gerarda: lo que resta fueron trabajos de don Fernando. No quiso el poeta faltar a la
20 verdad, porque lo fué la historia. Si ha cumplido con el nombre, aduertid el exemplo a cuyo efeto se ha escrito, y dalde aplauso.

CORO DEL EXEMPLO

ALCMANIOS EURIPÍDEOS

25 Este fin a tus desvelos,
Loca juuentud, alcança,
Porque amor engendra zelos,
Zelos, embidia y vengança;
Assí marchitan los cielos
30 La más florida esperança.

Quanto el exemplo es mayor,
Prouoca a más escarmiento,
Todo deleite es dolor,
Y todo placer tormento;
Que el más verdadero amor 5
Se buelue aborrecimiento.
Quando del amor lasciuo
El tráfico fin contemplo,
No sólo al deleite escriuo,
Pero sentencioso templo 10
La dotrina en lo festiuo,
Y en el engaño el exemplo.

Lectionem sine vlla delectatione negligo.
(Cic., 2.ª *Tusc.)*

Todo lo que contiene La Dorotea se sujeta a la co- 15
rrección de la santa católica romana Iglesia, y a la censura de los mayores, desde la primera hasta la letra vltima.

Frey Lope Félix de Vega Carpio.



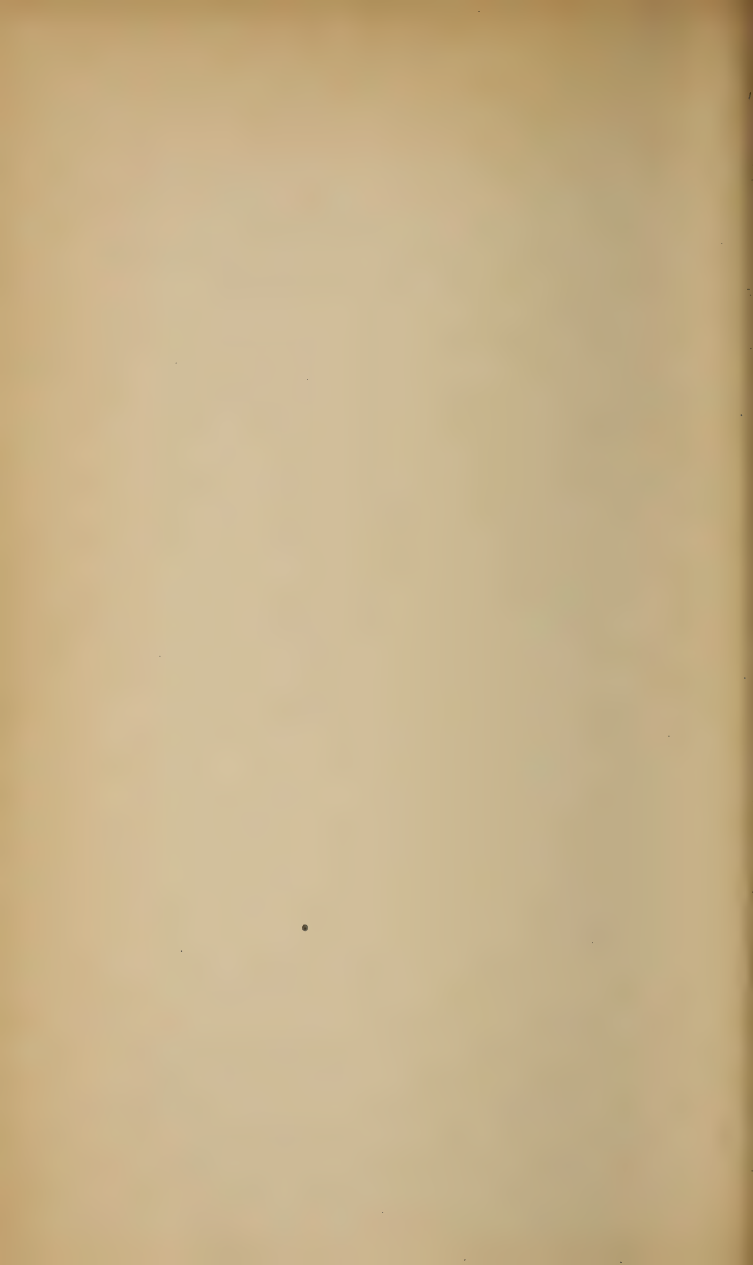
FE DE ERRATAS DE "LA DOROTEA„

Léase: *agora* en vez de *aora* en la pág. 23, lín. 19; pág, 27, lín. 24 y pág. 33, lín. 33.

aiquermes en vez de *Alquerines,* pág. 16, lín. 25.

Débora en vez de *Délbora,* pág. 24, lín. 7.

Camino en vez de *caminos,* pág. 53, lín. 30.



*Acabóse esta reimpresión de la edi-
ción Príncipe de* "La Dorotea,,
(Madrid MDCXXXII) *en la
imprenta "Renacimiento,,
el día 11 de diciem-
bre del año
MCMXIII*

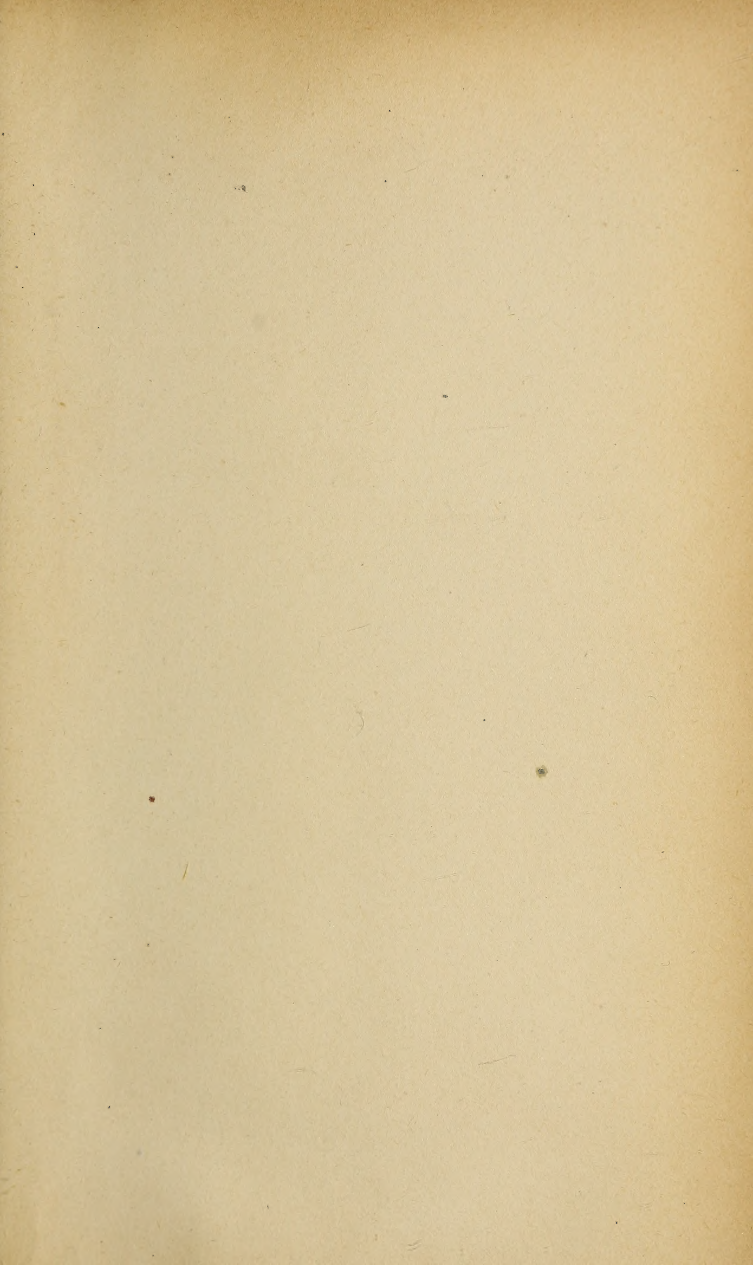


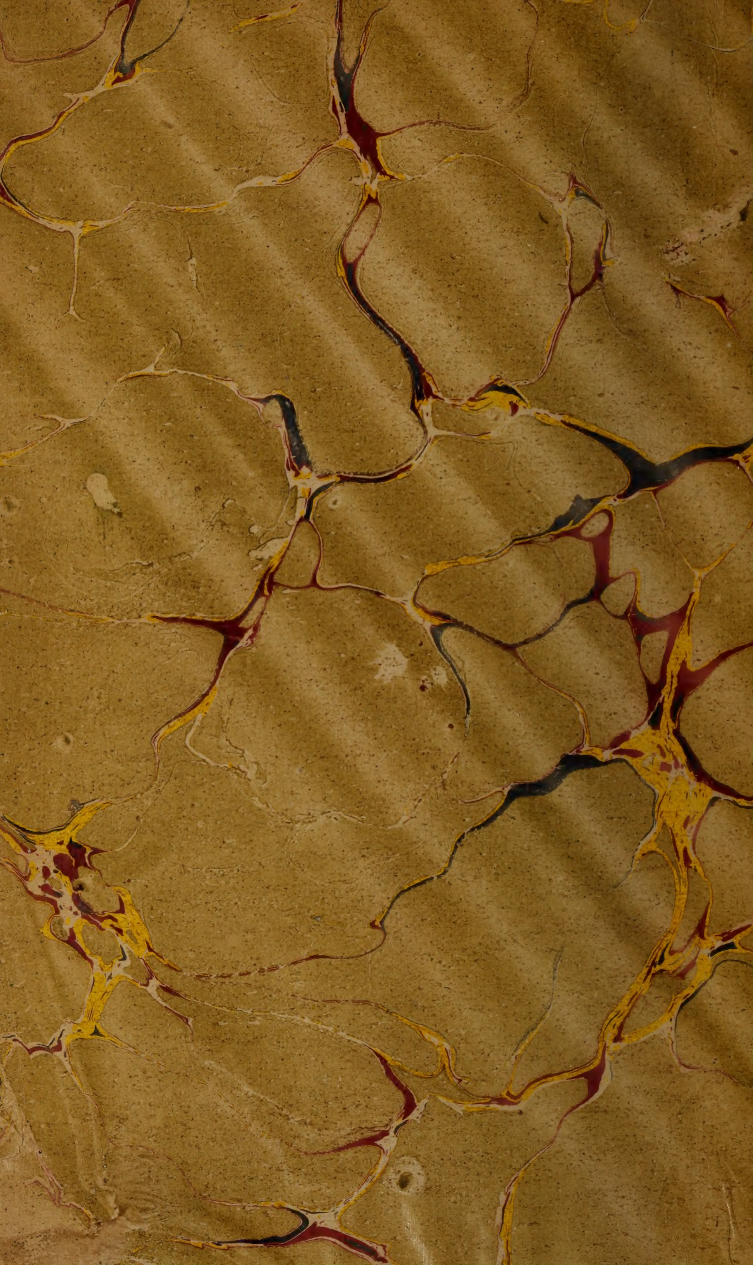


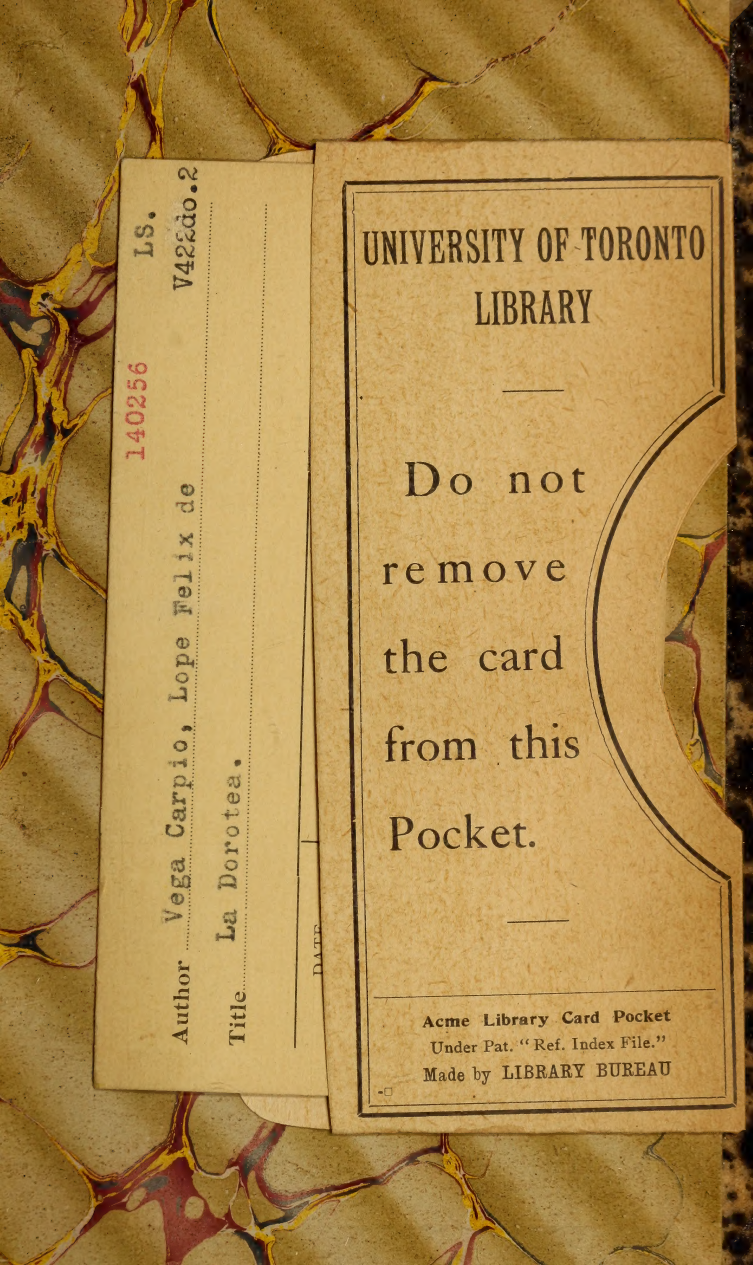











UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY
Do not remove the card from this Pocket.
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File."
Made by LIBRARY BUREAU
140256
LS.
V422do.2
Author Vega Carpio, Lope Felix de
Title La Dorotea.
DATE

